

EL SINDICATO IVANOV

# La Cautiva DE LA BRATVA

SCARLETT SHELTON

# LA CAUTIVA DE LA BRATVA

SCARLETT SHELTON

Copyright © 2025 por Scarlett Shelton

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Formateado con Vellum

# TAMBIÉN POR SCARLETT SHELTON

**El Sindicato Ivanov Serie**

La Cautiva de la Bratva

**Eruditos Pecadores Serie**

Devoción Cruel || Tentación Imprudente || Entrega Malvada

# ÍNDICE

Blurb

1. Sloane
2. Maxim
3. Sloane
4. Maxim
5. Sloane
6. Maxim
7. Sloane
8. Maxim
9. Sloane
10. Maxim
11. Sloane
12. Maxim
13. Sloane
14. Maxim
15. Sloane
16. Maxim
17. Sloane
18. Maxim
19. Sloane
20. Maxim
21. Sloane
22. Maxim
23. Sloane
24. Maxim
25. Sloane
26. Maxim
27. Sloane
28. Maxim
29. Sloane
30. Maxim
31. Sloane
32. Maxim

33. Sloane
34. Maxim
35. Sloane
36. Maxim
37. Sloane
38. Maxim
39. Sloane
40. Maxim
41. Sloane

# BLURB

***Él me llama su cautiva. ¡Pero yo soy quien guarda todos los secretos!***

*Nunca pensé que me entregaría a la mafia rusa.*

Un baile privado se convirtió en sus manos por toda mi piel.

Todavía puedo saborear el vodka en su lengua cuando me reclamó,

su voz ronca de deseo y algo mucho más peligroso.

Ahora estoy atrapada en su mansión, ahogándome en seda y pecado.

**Maxim Ivanov. Heredero de la Bratva. Verdugo de la Bratva.**

Mayor. Más frío. Demasiado poderoso para una chica como yo...

y sin embargo su tacto me marca como fuego.

Sus hombres le llaman el Carnicero a sus espaldas.

Su abuela me mira como si fuera una mancha en el mármol.

Pero cuando me ata y me hace suplicar,

**olvido la vergüenza. Olvido el miedo. Solo le recuerdo a él.**

Los enemigos se acercan, rodeándonos como lobos.

**La sangre pinta las paredes. Los secretos se pudren bajo la superficie.** Debería correr. Debería esconderme.

Pero anhelo su castigo. Su poder. Su protección.

Y ahora, estoy ocultando el mayor secreto que podría destruirnos a ambos.

*Ya estoy esperando un hijo suyo.*

**Y él no lo sabe.**

Y, cuando lo descubra...

**¿Me protegerá?**

*¿O volverá a destruirme?*

***Nota de la autora: La Cautiva de la Bratva*** es un ardiente romance oscuro de mafia con: **Heredero posesivo de la Bratva. Heroína de clase trabajadora. Juegos de poder. Proximidad forzada. Embarazo sorpresa. De enemigos a amantes.**Primer libro de *El Sindicato Ivanov*: una pareja independiente con final feliz.

# SLOANE

Cada día era igual. Sin importar qué, nada cambiaba jamás en esta miserable existencia que se suponía que debía llamar *vida*.

Me despertaba agotada, me preparaba para trabajar y me dirigía al Stanley's para desnudarme y bailar toda la noche, solo para luego arrastrarme de vuelta a este diminuto agujero de mierda que llamaba apartamento para poder levantarme al día siguiente y volver a hacer lo mismo.

Y otra vez.

No había cambios en este constante juego de pagar deudas, y no veía esperanza de ganarlo nunca.

Qué deprimente. Trabajar sin ningún final a la vista. Para siempre.

No tenía ningún entusiasmo por apresurarme a salir por la puerta y llegar al club para tener tiempo suficiente para maquillarme y prepararme. Y era evidente lo robótica que me sentía al correr para coger mi bolso y salir por la puerta de mi apartamento.

*Todo* era exactamente igual, incluida mi falta de puntualidad. Tenía la misma rutina, la misma ruta de ida y vuelta al Stanley's, y aun así, llegaría tarde. No importaba lo preparada que intentara estar para no estresarme tanto por llegar al trabajo a tiempo. *Siempre* iba con

retraso debido a la interminable privación de sueño con la que luchaba.

Fuera de mi puerta, la empujé para cerrarla con llave. Como de costumbre, no se cerró con un clic, así que tuve que golpearla con la cadera contra la superficie para forzarla a encajar en el marco destartalado que dudaba que mis caseros se preocuparan jamás por arreglar.

—¿Qué demo...? —me detuve después de golpear mi cuerpo contra el panel. Agitándose por la fuerza del aire que se movió con mi impaciente empujón, un trozo de papel amarillo claro captó mi atención. Había sido pegado con cinta a la puerta, y el familiar membrete del complejo de apartamentos resaltaba demasiado en contraste con el tono pálido.

Ya sin interés en el esfuerzo de cerrar correctamente la puerta con llave, tiré de la parte inferior del aviso y lo leí por encima rápidamente.

*¿Pero qué demonios?*

La ira creció rápidamente ante lo que indicaba el mensaje. Lo volvería a leer más tarde, pero no era estúpida. Sabía exactamente lo que decía esta breve nota. Releerla no cambiaría el hecho de que los caseros perezosos, tacaños y ávidos de dinero querían subir el alquiler. ¡Otra vez!

—Tiene que ser una broma —gruñí para mí misma, entrecerrando los ojos mientras me quedaba absorta mirando el mensaje pegado a mi puerta esta mañana cuando estaba durmiendo, o intentándolo.

A mi lado, mi vecina abrió su puerta. Con un bebé en la cadera y una bolsa de basura en la mano, no pudo evitar que su niño pequeño saliera corriendo por la puerta abierta. Golpeando una olla con una cuchara, llevó su típico escándalo desde su apartamento hasta el pasillo. Cada golpe de metal contra metal servía para empeorar mi dolor de cabeza, uno que no quería en absoluto camino

al club. El Stanley's atronaba música como cualquier otro club de striptease lo haría, y normalmente podía ignorarla. Pero este crío...

Apreté los dientes mientras lo veía pasar corriendo. En pañal y una camiseta sucia, marchaba con esa olla y cuchara sostenidas sobre su cabeza, tocando y chillando al ritmo de algún tipo de música que tenía en su mente.

Esa era una de las razones por las que no podía dormir. Entre sus ruidosos días de rabietas, juegos, gritos o tamborileo, y los cólicos llorosos de su hermano menor, no tenía paz para poder descansar. Peor aún eran los gritos de su madre a su novio. Y luego, al otro lado, esa cacofonía competía con la música de *ese* vecino que subía el volumen a primera hora de la mañana mientras hacía ejercicio en su apartamento.

—Lo siento —dijo la madre, sin sentirlo realmente. Quizás tenía buenas intenciones y estaba genuinamente arrepentida por el alboroto que armaban sus hijos, pero estaba demasiado abatida y agotada por la vida para hacer cualquier tipo de enmienda—. Están haciendo un poco de ruido hoy.

Resoplé antes de poder contenerme. No me estaba riendo de ella, y no era justo que reaccionara con sarcasmo, pero estaba bromeando, ¿verdad? Su bebé y su niño pequeño hacían ruido *todos* los días. Como las paredes eran tan finas y lo oía todo, sabía perfectamente que los descuidaba, negándose a ayudarlos e insistiendo en que aprendieran a llorar hasta calmarse y a resolverlo por su cuenta.

No tenía ni idea de qué se suponía que un bebé debía resolver por sí mismo, y menos aún un niño pequeño, pero sabía que era mejor no ofrecer consejos no solicitados a otra mujer.

La madre entrecerró los ojos. —He dicho que lo siento —espetó, interpretando mi resoplido como una razón para pelear—. No tienes ni idea de lo difícil que es ser madre soltera. Ser madre en general.

—Ahí me has pillado. —Solía soñar despierta con tener una familia, pero tenía suficiente lógica como para no acabar así, soltera y en la miseria. Tener que devolver una deuda exorbitante desde que mi ex novio, Derick, se fugó con mis tarjetas de crédito me impedía recuperarme lo suficiente como para siquiera considerar formar una familia.

Pero eso no significaba que fuera a juzgar a una madre por serlo. Deseaba tener un bebé y un niño pequeño como ella, pero con la capacidad de cuidarlos adecuadamente. Quería un hijo propio para disfrutar y enseñar y verlo crecer, pero no cuando no pudiera mantenerlo.

Echando un vistazo al bebé que sostenía, me contuve de suspirar e intentar explicarle que no la odiaba a ella ni a sus hijos por ser la razón por la que estaba crónicamente privada de sueño. Tampoco tenía tiempo para pelearme con mi vecina.

Ella recorrió con su cansada mirada de arriba abajo, y luego sonrió con suficiencia. —No tienes ni maldita idea de lo dura que es mi vida.

*¿Ah, y la mía no?* Todos teníamos nuestros problemas. Pero sabía que era mejor no recordárselo.

—Tú simplemente te vas y bailas toda la noche. —Subió a su bebé un poco más y miró al niño pequeño que tocaba y marchaba, ahora también gritando—. No tienes ni idea de lo que es estar atrapada en casa con niños y sin un hombre decente que ayude. No tienes ni maldita idea, zorra con suerte. —Sacudiendo la cabeza, agarró la mano del niño y lo arrastró para que girara en la dirección que ella quería que fuera. Después de lanzarme otra mirada grosera, recogió su bolsa de basura del suelo y se dirigió a sacarla fuera.

Tenía razón. No tenía ni idea de lo que era criar hijos, pero eso era porque había hecho todo lo posible para evitar que eso sucediera todavía. Derick no era el tipo de hombre con quien tener un hijo. Ni siquiera era el tipo de hombre para mantener en mi vida como

novio. Infiel, mentiroso, manipulador, era una pésima excusa de hombre. Y lo peor de todo, era demasiado controlador.

Al salir para empezar el trayecto hacia el club, agarré la correa de mi bolso con más fuerza y metí en él la notificación del aumento del alquiler. No quería pensar en tener que pagar más a unos caseros a los que no les importaba un edificio que se estaba desmoronando. Pero con Derick en mente, tampoco quería pensar en la cantidad de deudas en las que me estaba ahogando por su robo.

*Nunca me pondré al día.* Con este alquiler adicional que pagar, ni siquiera estaba segura de cuánto tiempo podría mantenerme a flote en este bache en el que estaba atascada.

Cuando entré por la parte trasera del club y vi el pelo rojo brillante de una compañera bailarina que era de las más amables conmigo, me acerqué a ella. No era prudente considerar amigas a ninguna de estas bailarinas. Este negocio era demasiado despiadado. Demasiado competitivo. Pero Nevaeh era más amable que las demás.

—Hola, chica —la saludé cuando me acerqué a ella mientras se dirigía a los camerinos.

—Hola. —Se volvió, con cara larga.

Me reí una vez. —*Acabamos* de llegar. ¿Cómo puedes estar tan desanimada ya? —No disfrutaba haciendo striptease más que yo, pero ganar dinero era algo que nos animaba. Haría feliz a cualquiera.

—Nicky me está diciendo que tengo que ganar más dinero. —Hizo un puchero con esa respuesta sobre su novio—. Quiere reducir sus horas y no quiere renunciar a su coche, así que ahora tengo que hacerme cargo de los pagos de su coche.

Levanté las cejas. Con ella, no censuraba mis juicios. A diferencia de cómo era cuidadosa para no meterme en una discusión con mi vecina, me sentía libre de darle mi opinión a Nevaeh. —No puedes hablar en serio. ¿*Tú* tienes que pagar *su* coche?

Ella gimió. —Sé que suena mal...

—Eso es malo. ¡Te está utilizando!

—No realmente.

Negué con la cabeza, abriendo la puerta que conducía al pasillo de los camerinos. —No. Sí *es* malo. Te está utilizando para tener un lugar donde quedarse. Comida, ¿ahora su coche? ¿Por qué está reduciendo horas?

—Para poder jugar más con su consola.

Era mi turno de gemir. —La consola que *tú* le compraste.

—Mira, no quiero oírlo. Es diferente con nosotros. —Levantó la barbilla, obstinada.

—¿Cómo? —Le dirigí una mirada aburrida y expectante, curiosa por saber cómo podía ser tan estúpida.

—¿Cómo? —Sonrió—. Es diferente porque nos queremos. No como tú y Derick.

Si quería intentar comparar a su novio vago y codicioso con mi ex, perdería esa discusión en dos segundos. La principal diferencia era que yo había echado a Derick de mi vida, mientras que ella nunca vería la luz y dejaría al tipo que la trataba como una sugar mama.

—Solo necesito ganar un poco más de dinero por un tiempo —concluyó, recogiendo su cabello en una cola de caballo para que pudiéramos empezar con nuestro maquillaje.

—¿Necesitáis más dinero? —preguntó Lenny, el gerente a cargo de este turno. Disminuyó el ritmo en su paseo por el pasillo, comprobando que todas las bailarinas se estaban preparando. En realidad, el viejo pervertido con barriga cervecera estaba ocupado desnudándonos a todas con la mirada, pero eso no era nada nuevo —. Porque ya sabes que siempre puedes obtener bonificaciones por extras, cielo.

Me estremecí ante su voz repugnante. Había mencionado esa oportunidad antes, pero yo no quería tener nada que ver con las bonificaciones o extras que estaba sugiriendo.

Algunas de las bailarinas hacían fiestas privadas para esos turnos con bonificación. Eran principalmente eventos aquí en el club o en casas de fiesta para VIPs. Pero como muchos de esos VIPs eran miembros de la Mafia o de las bandas que tenían poder por todo Nueva York, nunca, jamás me involucré con ellos.

Mi objetivo era no volver a ser controlada por un hombre. Derick me mostró lo infernal que podía ser esa experiencia. Y esos VIPs eran *todo* sobre poder y control.

—¿Qué tal un no, gracias? —murmuré en voz baja mientras recogía mi largo cabello ondulado en un moño para mi maquillaje.

Nevaeh se rió de mi comentario, sabiendo perfectamente lo cautelosa que era para evitar a esos VIPs. Pero le dio a Lenny una dulce sonrisa y negó con la cabeza. —Ah, no. Gracias, pero no. Nicky no quiere que acepte esas bonificaciones.

*¿Ves? ¡Te está controlando al esperar que pagues por sus cosas, y es más controlador al decirte lo que puedes y no puedes hacer!*

Una vez que Lenny se encogió de hombros y se marchó, Nevaeh disminuyó la intensidad de su sonrisa. —Sí, claro. Nicky nunca tendría que saber cómo conseguí más dinero. Pero no voy a arriesgarme a quedarme embarazada o ser vendida.

—¿Eh? —Confundida, la miré por un momento. Había oído, y visto, a bailarinas que pensaban que podían ganar buen dinero dejando que alguien se las follara en una habitación privada. Y luego se quedaban embarazadas. ¿Pero vendidas?—. ¿Quién está siendo vendida por aquí?

Nevaeh se encogió de hombros mientras se ocupaba de aplicarse el maquillaje. —Todavía conozco a algunas de las antiguas bailarinas. Las que solían trabajar aquí, pero fueron vendidas a VIPs.

—¿Como sus bailarinas privadas permanentes? —Saqué mis cosas, conteniendo un bostezo ante la desalentadora idea de tener que pasar por todo el maquillaje para otra noche larga.

—No. —Nevaeh resopló—. A veces, olvido que solías ser una chica inocente de un pueblo pequeño.

Lo había sido. Derick era mi amor del instituto que me trasladó a la ciudad después de la universidad. Pero ahora parecía que habían pasado años.

—Se las venden a los VIPs y ellos las venden. —Me lanzó una mirada de *obvio*—. Trata de personas, Sloane.

—¿En serio? Joder. —Negué con la cabeza y comencé a aplicar los gruesos cosméticos, observando su reflejo en el espejo. Con el lejano golpeteo de la música de fondo, era más consciente de mi pulso y de la intensidad de mi dolor de cabeza. La risa de Lenny sonó en la distancia, y suspiré profundamente.

—Sí, en serio —dijo Nevaeh—. Los hombres de la Bratva. Los italianos. Algunos de los gánsteres. Todos están metidos en buscar bailarinas aquí. Las enganchan a las drogas y luego nunca pueden irse.

Oculté mi estremecimiento, no queriendo que viera lo ingenua que era. Claro, sabía que las mujeres eran vendidas todo el tiempo, pero nunca fui testigo de que sucediera aquí en Stanley's.

—Así que, solo para que lo sepas —añadió, encontrando mi mirada a través de nuestros reflejos—. Ten cuidado con quién podría estar escuchando cuando dices que necesitas más dinero.

Asentí. —Pero lo necesito. Mi maldito alquiler está subiendo.

Resopló. —¿Otra vez? ¿Qué coño?

Me encogí de hombros, sin saber realmente qué decir. Necesitaba más dinero para mantenerme a flote, pero no lo anunciaría. Aunque odiaba este trabajo, estaba decidida a hacerlo y salir adelante.

Pero eso no me impedía desear una vez más que la vida pudiera ser más fácil que esto.

# MAXIM

Las luces brillaban desde las arañas del salón de baile. Los diamantes resplandecían en la novia mientras bailaba con su nuevo marido. Las joyas. Su vestido. Los adornos en su cabello. Ella giraba y sonreía a su esposo, y él no podía haber parecido más orgulloso de tener a esta mujer en su brazo.

La elegancia era el tema de esta fiesta que celebraba la unión de las familias rusas en este recinto abarrotado. No se había escatimado en gastos. Todo lo más exquisito estaba en exhibición, desde los vestidos, las copas de cristal que acabábamos de alzar para un brindis, y la comida gourmet que habían servido a los cientos de invitados.

—Cuando has visto una boda —murmuré suavemente a mi padre, Grigory, sentado a mi izquierda—, las has visto todas.

Mi hermano menor, Damon, bostezó desde la silla a mi izquierda y sonreí con ironía.

*Amén, hermano. Esto es aburridísimo.*

Mientras mi padre se reía, su madre discrepó con mi comentario sarcástico. —Los Smirnoff han hecho un trabajo maravilloso con esta boda.

Saul, mi hermano más joven, bajó su copa de vino el tiempo suficiente para arquear las cejas hacia ella. —No es como si *ellos* hubieran hecho algo. Simplemente contratan a un organizador para estas mierdas.

Anastasia Ivanov nunca toleraría que ninguno de sus cuatro hijos la contradijera. Levantó la barbilla y ni pestañeó ante su comentario, que probablemente era completamente acertado.

Aunque los Smirnoff no eran una familia influyente como la mía, importaban en nuestro círculo de conocidos. Más que eso, estaban seguros bajo la protección del Sindicato Ivanov. De todos los invitados aquí en la boda de la novia y el novio, cuyos nombres ya había olvidado, si es que alguna vez los había sabido, nuestra mesa era la más importante. Éramos invitados de honor, los seis acudiendo para representar el poderío de nuestra familia criminal. A pesar de que mi padre era el jefe, el *Pakhan* de nuestra Bratva, mis tres hermanos y yo éramos príncipes y jefes con un poder considerable. A pesar de ser mujer, la influencia de mi abuela seguía siendo codiciada y envidiada.

El maestro de ceremonias anunció que otras parejas se unieran a los recién casados, y mi padre gruñó. Viudo desde hace tanto tiempo, cuando mi madre se convirtió en traidora y logró que la mataran, él no era la mitad de una pareja. Nunca pude culparlo por abstenerse de volver a casarse. Tenía a sus hijos. Los cuatro hermanos éramos herederos, los siguientes en la línea para empuñar el poder de nuestra familia. Juró no volver a confiar nunca en otra mujer. Con él, no solo predicaba. Practicaba con el ejemplo y permanecía felizmente soltero y viudo, sin ningún interés en permitir que alguna mujer se le acercara más allá de un polvo rápido.

—¿Cuánto tiempo más tenemos que quedarnos, joder? —preguntó Damon. Debía estar deseando quitarse ese esmoquin. Como el más grande de nosotros, el más musculoso y acostumbrado a perfeccionar su cuerpo para convertirlo en una máquina de matar

como nuestro ejecutor más letal, parecía fuera de su zona de confort vestido así.

Hizo una mueca ante la pista de baile abarrotada de parejas e invitados que no estaban molestos por estar aquí. Mientras su cara se tensaba con la mueca, la cicatriz sobre su ceja permaneció rígida.

—No hemos felicitado a la pareja —protestó mi abuela.

—Ni siquiera sé sus malditos nombres —refunfuñó mi padre.

Sonreí, divertido de que mi padre y yo compartiéramos sentimientos sobre esta boda estúpida. Entendía que teníamos que estar presentes para mostrar nuestra lealtad a las familias menos influyentes en nuestra organización. Pero, ¿no había durado ya lo suficiente?

Alargando la mano hacia atrás para coger mi copa, la encontré vacía y suspiré. El alcohol ayudaría a adormecer el aburrimiento, ¿no? No había bebido lo suficiente para encontrar esta velada soportable todavía.

—Tengo cosas que hacer —se quejó Damon mientras se frotaba la cara con la mano.

—¿Te refieres a más capullos a los que interrogar en el calabozo? —bromeó Saul.

Nikolai frunció el ceño y miró alrededor de la sala. Él y Damon eran gemelos, entre Saul y yo, pero no podían ser más diferentes. Donde Damon era enorme y aterrador, Nik casi podía parecer encantador y relajado. Pero como era nuestro mejor espía, demasiado sigiloso para ser atrapado por nuestros enemigos, yo sabía que no estaba simplemente buscando una salida de aquí.

Estaba buscando a alguien.

—Volverás a ellos lo suficientemente pronto —le dijo nuestro padre a Damon. Su sonrisa era de orgullo, llena de aprecio por su segundo

hijo por ser este castigador letal para los hombres que capturábamos—. Y habrá más antes de que te des cuenta.

Nuestro padre no estaba alardeando por gusto. Decía la verdad. Con el aumento de los ataques a nuestros negocios y el sabotaje en nuestras operaciones, era evidente que una tendencia de malestar nos mantenía alerta más a menudo que no.

Todavía no entendía por qué, pero así era la vida en el mundo del crimen organizado. La violencia y la muerte eran variables con las que podíamos contar como constantes, pero últimamente, había sido incesante. Tarde o temprano, encontraríamos la fuente principal de todo el caos reciente.

—No te haría daño considerar a todos los invitados aquí —me reprendió mi abuela, mirándome directamente mientras tomaba otra copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba.

Puse los ojos en blanco, sabiendo exactamente lo que quería decir.

—Deberías ser tú quien estuviera ahí fuera presumiendo de tu nueva esposa.

Negando con la cabeza, busqué una reserva de paciencia para zanjar el tema. —No, abuela —dije con desdén—. No debería.

—Tienes que casarte tarde o temprano y...

—Ah, déjala estar, madre —mi padre le hizo un gesto con la mano, también ligeramente molesto, haciendo una mueca mientras la desestimaba. Sus experiencias estableciéndose con una esposa no habían terminado bien, y me alegraba tenerlo de mi lado en este asunto. A él no le importaría que yo postergara las cosas.

—No tengo ningún deseo de establecerme —le recordé, algo que le había dicho varias veces últimamente.

—Ya casi tienes cuarenta años —protestó ella—. Y... —se quedó callada cuando Nik se levantó y dejó la mesa. Renunciando a fruncirle el ceño por haberse marchado sin decir palabra, suspiró

profundamente—. Casi tienes cuarenta años, Maxim. Necesitas encontrar una mujer y...

—No —repetí. Ser el hermano mayor no era una maldición, excepto en lo que se refería a *esto*. Tendría que ser el primero en conseguir una esposa y dejarla embarazada. Y temía el momento en que tuviera que cumplir con esa obligación.

Claro, sabía que ese día llegaría, pero dudaba que alguna vez pudiera confiar plenamente en una mujer, no en una que permaneciera en mi vida para siempre. Follarme a putas aleatorias estaba bien. Cualquier cosa que implicara más compromiso que eso era un rotundo no.

—Maxim, para ya. —Negó con la cabeza antes de ponerse a observar a la gente en lugar de entrecerrar los ojos hacia mí—. No puedes asumir que toda mujer acabará como tu madre. Beatrice no representa a todas las mujeres que existen.

Me encogí de hombros, bebiendo un sorbo y deseando poder cambiar el champán por vodka. Algo más fuerte para adormecer este maldito aburrimiento que no me soltaba. No importaba lo que ella dijera. Me parecía bien asumir que todas estas mujeres estaban cortadas por la misma tela manipuladora y traicionera.

—Hay tantas aquí, todas estas hijas y sobrinas de tantas buenas familias. —Levantó la mano para señalar la amplitud del salón de baile—. Podrías elegir entre las mejores. ¿Sería tan terrible levantarte de esta mesa y dejar de estar enfurruñado? Solo ve y habla con alguien. Conoce a algunas de las princesas y...

—No —repetí, con más firmeza y sin mucha paciencia. Amaba a mi abuela. Mi familia lo significaba todo para mí. Aunque tendría que cumplir con mi deber y conseguir una esposa y un heredero algún día, no veía ninguna razón para centrarme en ello esta noche.

—¿Por qué no? —exigió, descarada y capaz de salirse con la suya—. Mira. Solo abre los ojos y observa.

—Apenas puedo mantener los ojos abiertos —bromeó Damon con ironía—. Estoy a punto de quedarme dormido.

Me reí, sonriéndole. Esto sería un fastidio para él. Un ejecutor letal más acostumbrado al poder y a derramar sangre que a actuar como un príncipe refinado nunca encajaría aquí.

—Oh, cállate —nuestra abuela frunció el ceño hacia él—. Contigo será aún más difícil trabajar.

Damon casi sonrió, haciendo crujir los nudos de su cuello y suspirando como si le molestara estar presente.

—No sé —dijo Saul mientras levantaba su copa de vino y señalaba con un dedo levantado—. La hija de Richard se ve más... madura ahora.

Le eché un vistazo a la joven de diecinueve años y puse los ojos en blanco. Me gustaban jóvenes, pero no infantiles. Le lancé una mirada a mi hermano para que se callara, y él sonrió y obedeció bajo las reglas de la psicología inversa.

—Oh, ahí están las hijas de Evanovich. —Señaló a un par más de princesas de la Mafia.

Gruñí y negué con la cabeza. —Córtalo ya.

—No, tiene razón —insistió la abuela, sonriendo mientras ella también miraba a las regias mujeres presentes—. Lo mínimo que podrías hacer es *mirar*.

—Estoy mirando —mentí. *Veía* a todas las mujeres de la Mafia aquí, pero no estaba considerando a ninguna. No iba a permitir que mi abuela se hiciera ilusiones de que estaba a la caza de una esposa. Todavía no.

Incluso si no estuviera tan hastiado y en contra de la idea de comprometerme con una mujer, no me interesaban las mujeres de nuestro círculo. Todas eran iguales, llenas de sí mismas y dispuestas a asegurar todo el poder y la riqueza que pudieran. Todas y cada

una de ellas tenían la misma posibilidad de acabar como mi madre, y me negaba a permitir que alguien volviera a herir a mi familia.

—¿Y? —preguntó, sonriendo con esperanza floreciendo en sus ojos azules.

—Y son tan molestas como las demás —respondí, inexpresivo.

Ella resopló y negó con la cabeza.

—Déjalo estar —dijo mi padre—. No es como si hubiera prisa. —Arqueó una ceja hacia ella, quien frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—Ni siquiera lo intenta. No es mala idea mantener algunas opciones abiertas para considerarlas —respondió ella.

—Dudo mucho que vaya a tener dificultades para encontrar una mujer dispuesta a ser su esposa —argumentó mi padre con sequedad—. Hasta la más tonta de esas putas querría ser elegida por un jefe Ivanov.

*Y quien sea que elija solo estará en esto por el dinero y el poder. Nada más.*

—Será una transacción comercial —comenté con ligereza.

—Oh. —Se animó, incluso de manera sarcástica, ante eso—. ¿Quieres decir que estás listo para que te arreglemos un matrimonio?

Entrecerré los ojos. —Ni de coña.

Ella suspiró de nuevo. —Entonces al menos *habla* con una mujer. Considera las opciones.

—Estoy considerando opciones. La opción de permanecer soltero tanto tiempo como pueda. —Le sonreí lobunamente.

—Oh... —gruñó ella—. Ninguno de vosotros siquiera lo intenta...

—Eh, eso no es justo. —Saul fingió una expresión dolida—. Yo me tomo mi tiempo para cultivar mi club de fans.

Me reí de nuevo. Damon también. —Sí. Para cuando se espere que te establezcas, el resto de nosotros ya habremos logrado tener herederos.

Sonrió. —Y mira a Nik. —Señaló hacia donde nuestro hermano hablaba con una mujer cerca del bar. Desde esta distancia, era difícil decir si estaban discutiendo o intentando conversar. Yo apostaba por lo primero. Esos dos habían estado discutiendo desde que éramos niños.

—¿Otra vez? —reflexioné en voz alta.

Padre miró en dirección a Katerina Kozlov, quien parecía hacer una respuesta mordaz a Nik. —Siempre han sido así.

Asentí, bebiendo un poco más. Lo habían sido. Pero cuando Nik y Katerina eran niños —sin que aún se esperara que se comportaran como adultos dentro de la Mafia—, Padre y Thomas Kozlov eran amigos. Sin embargo, desde la muerte de Thomas, la amistad entre los Ivanov y los Kozlov se había vuelto más tensa con los años.

*Tal vez solo está espiando, haciendo que hable para saber qué traman los Kozlov ahora.*

Por un lado, era ridículo pensar que los Kozlov intentaran provocar problemas con nosotros, pero no podía quitarme la idea de que alguien estaba haciendo precisamente eso.

Haciendo una mueca y aflojándome la corbata, odiaba la sensación de que esto bien podría ser la calma antes de la tormenta. Algo estaba pasando. Tal vez se estaba planeando un golpe. Las guerras surgían por menos.

*Y la abuela quiere que me centre en sentar la cabeza. No en mantenerme alerta ante el enemigo.* Contuve una risa de incredulidad ante la estupidez de todo aquello. Siempre tendríamos

enemigos. Como la organización mafiosa más poderosa de Nueva York, podíamos contar con que habría muchos adversarios deseando reclamar nuestro poder, nuestra riqueza y nuestro territorio.

—No estás haciéndote más joven —me recordó mi abuela, casi haciendo un puchero. Miró también a Damon y a Saul—. Ninguno de vosotros lo está.

—Tranquila, madre —repitió mi padre después de cruzar su mirada con la mía—. Tendrán tiempo de sobra para encontrar a una mujer y preñarla. —Se encogió de hombros, mostrando lo poco que le importaba el proceso.

Ahora que me había recordado sus ganas de que empezara a buscar una mujer, estaba de todo menos tranquilo.

Ignoré las miradas del grupo de hijas de mafiosos que pasaban por allí. Podían mirar y comerme con los ojos todo lo que quisieran, pero no me dejaría tentar.

En su lugar, miré mi reloj, preguntándome cuánto tiempo más tendría que dejarme ver aquí antes de poder largarme de esta gran producción de boda.

Cuando tuviera que tomar una esposa, no sería así. Me terminé la bebida y sabía que nadie me haría cambiar de opinión. Encontraría una mujer fértil y la dejaría embarazada lo antes posible para poder retomar la vida que disfrutaba como jefe de la mafia.

Una vida independiente.

Una vida libre.

Sin una sola mujer que intentara decirme lo que tengo que hacer, jamás.

# SLOANE

Durante toda la noche, mis preocupaciones me atormentaron. Bailar siempre me resultaba fácil. En cuanto sonaba la música, seguía el ritmo y me dejaba llevar. Era una liberación física mover mi cuerpo y, después de cuatro años trabajando como stripper y bailarina, desde que cumplí los veintiuno y era legal, lo había perfeccionado hasta convertirlo en un ejercicio que podía ejecutar en piloto automático. No tenía que pensar. Simplemente *me movía*.

Me daba demasiado tiempo para reflexionar sobre los problemas de mi vida, así que durante toda la noche, en el escenario y en la barra, me obsesioné con lo desesperadamente que necesitaba más dinero.

Mi piso no era nada decente, pero sin él, estaría en la puñetera calle.

*¿Quizás podría buscar otro compañero de piso?*

Como estaba bailando, no podía hacer muecas. Tenía que mantener ese aspecto sensual, especialmente para aquel idiota borracho que ni siquiera miraba los billetes que me lanzaba mientras yo me concentraba en él.

Pero la idea de buscar un compañero de piso para compartir los gastos era una que normalmente me habría provocado una mueca instantánea. La última vez que dejé que otra bailarina compartiera habitación conmigo, me robó todo el dinero en efectivo antes de que pudiera ingresarlo. Luego, como quería creer que un compañero de

piso no podía representar a todos los posibles compañeros, encontré a otra persona, una camarera aquí en el Stanley's, y había invitado a todo tipo de drogadictos cuando yo no estaba.

De ninguna manera iba a tentar al destino por tercera vez para ver qué tipo de pésimo compañero de piso podía encontrar. Estaba mejor por mi cuenta.

*Siempre estoy sola.*

Como huérfana que escapó de Boston para terminar en un pequeño pueblo de Connecticut, había vivido principalmente en solitario. A los catorce años, huí de una familia de acogida abusiva cerca de Boston. Luego tuve la suerte de encontrar a una mujer mayor en ese pequeño pueblo que me acogió siempre y cuando le limpiara la casa y no le diera guerra por ser una fumeta. Conocer a Derick en el instituto fue la primera vez que me sentí acompañada, pero odiaba lo mucho que tardé en darme cuenta de que había pasado por alto sus defectos y su naturaleza controladora durante tanto tiempo que su compañía se convirtió en una maldición en lugar de una ventaja.

A este ritmo, dudaba que alguna vez quisiera arriesgarme a estar con alguien. Después de demasiadas decepciones y de que se aprovecharan de mí, tenía que hacerme cargo de mi vida y ser muy selectiva sobre a quién permitía acercarse. Si es que permitía a alguien acercarse.

En cuanto terminó el último baile, me dirigí a los vestuarios para cambiarme. Nevaeh ya estaba allí, refunfuñando mientras contaba su dinero. Levantó la mirada con una sonrisa burlona. —Qué noche más mierda.

*Habla por ti.* —Sí.

Era lo más parecido que tenía a una amiga, pero aun así no hablaría de dinero con ella.

—Quizás debería aceptar lo de Lenny —reflexionó mientras se desplomaba en su silla y comenzaba a pasarse toallitas

desmaquillantes por la cara—. Una de esas sesiones VIP.

Hice una mueca, negando con la cabeza. —O... podrías decirle a Nicky que mueva su perezoso culo y gane su propio dinero para pagar su coche.

Suspiró como si yo estuviera siendo tonta. —Algún día verás lo que se siente.

—¿Ver lo que se siente? —Arqueé una ceja mientras sacudía mi pelo antes de recogerlo en una coleta despeinada. Me llevaría al menos veinte minutos en la ducha quitarme todos estos productos pegajosos. Y odiaba irme a la cama sin limpiármelo. Ya era bastante malo *parecer* sucia como bailarina exótica, pero no quería sentirme inmunda en la intimidad de mi habitación.

—Sí, algún día conocerás a un hombre y sabrás lo que se siente al querer hacer todo lo posible para hacerle feliz.

Solté un bufido. —Lo dudo.

—Una vez que encuentres una buena polla, querrás hacer lo que sea para aferrarte a él todo el tiempo posible. —Se rio ligeramente, haciendo un gesto obsceno.

—Qué va.

Se rio con más fuerza.

—No es como si *necesitara* a un hombre para correrme. —Me encogí de hombros mientras me ponía una camiseta—. Tengo juguetes que pueden hacer el trabajo.

—Oh, cariño. Eso no es para nada lo mismo. Un juguete nunca podrá reemplazar lo que se siente con una buena polla. —Contoneó las caderas, casi practicando los movimientos que había hecho en el escenario toda la noche.

—Ja —dijo otra bailarina, Holly, mientras pasaba por allí—. Eso no es cierto, Nevaeh. Necesitaría encontrar a un hombre bien dotado y

que sepa usarla. —Ella también empezó a bailar, ambas siendo obscenas y tomándome el pelo.

—Dios mío —dije, riéndome con sus payasadas—. ¿Cómo tenéis energía para seguir bailando? —Me quejé, frotándome la planta del pie que acababa de liberar de los horribles tacones que había llevado esa noche.

—Bueno, tía, si te tomaras aunque fuera *una* noche libre de vez en cuando, no estarías tan agotada —bromeó Holly.

Sonreí con tristeza mientras me quitaba el otro zapato y flexionaba los dedos. *No puedo tomarme una noche libre.* Ahora con este aumento del alquiler, probablemente me vendría bien buscar un segundo trabajo.

*Uf. No puedo. Solo hay tantas horas en un día y en una noche.* Me desplomaría de agotamiento si aumentara mis horas de trabajo. El sueño era vital para seguir funcionando a medio gas como ahora.

Todas bromeamos y nos vestimos para irnos, y en grupo, nos dirigimos a la salida trasera para marcharnos.

—¿Viene Nicky a recogerte? —le pregunté a Nevaeh—. Porque no me negaría a que me llevaras.

—Lo siento, no. Mi hermana viene a recogerme. A Nicky no le gusta que su coche esté por esta zona de la ciudad tan tarde.

*Oh, así que su coche debe estar protegido pero tú no eres tan valiosa. Vaya.*

—Oh, bueno, te veré mañana —dije con un gesto antes de que ella girara a la izquierda para dirigirse al aparcamiento. Holly caminaba delante de mí, ya girando a la derecha para salir en dirección al callejón entre los edificios.

En cuanto estuve fuera, agaché la cabeza y respiré profundamente el aire apestoso y húmedo del verano. Sin mirar hacia arriba, casi choqué contra alguien.

Holly acababa de estar justo delante de mí, pero fue con Lenny —apestando a humo de cigarrillo y alcohol— con quien tropecé.

—Oh, vaya. —Retrocedí para disculparme con el sórdido encargado, pero él me agarró la muñeca. Alarmada, levanté la mirada por completo y vi cómo llevaban a Holly en volandas hacia una furgoneta.

—Eh, ¿qué tal esta? —gritó Lenny, sin soltarme.

*¿Esta? ¿Yo?*

Luché contra su agarre inmediatamente. —No. Lenny... ¡No! ¡Suéltame!

No aflojó su agarre, manteniéndome en el sitio. El horror me invadió, haciendo que mi corazón galopara en mi pecho mientras veía cómo un par de hombres trajeados metían a Holly a la fuerza en la parte trasera del coche.

Un hombre la sujetaba contra su pecho y otro tipo le agarraba las piernas, para dominarla mejor y lanzarla a la parte trasera.

*Joder. ¡No!*

No me había dado cuenta de cuántas bailarinas eran víctimas de trata en el club donde trabajaba, pero ahora, casi como si el mundo se burlara de mi ingenuidad, lo presenciaba de primera mano.

—Suéltame, Lenny.

No lo hizo. Ni siquiera me miró mientras observaba a los tipos cerca de la furgoneta blanca. Trabajaban juntos para arrojar a Holly en la parte trasera mientras otra bailarina intentaba escaparse corriendo.

—Parad —protestó ella, luchando por escapar—. ¡Parad y dejadme ir!

Otro hombre la reprendió duramente, hablando tan rápido que no pude entender lo que decía. Con la cabeza mareada por la subida de

adrenalina y sin poder pensar con claridad más allá del instinto de lucha o huida, ni siquiera creía que estuvieran hablando en inglés.

*La Mafia.*

*Quizás el Cártel.*

No importaba quiénes fueran estos criminales. Entendía lo que estaba pasando. Era un destino que no quería sufrir, así que redoble mis esfuerzos por resistir el agarre de Lenny.

—Lenny, suéltame. No soy...

—No te vas a ir hasta que yo lo diga —gruñó Lenny. Volvió su rostro amarillento hacia mí mientras gruñía—. Estabas quejándote de que querías más dinero. Y así es como las zorras como tú pueden conseguirlo.

—¡No! —Luché con más fuerza, combatiendo el miedo a ser atrapada. Era demasiado independiente para permitir que ese fuera mi destino. En el fondo, la ira ardía con más fuerza, impulsándome a querer ayudar a las otras a escapar, pero primero tenía que salvarme a mí misma.

—¿Me oís? —gritó Lenny—. Tengo otra aquí si aún os falta una chica.

—No —protesté, golpeando el brazo de Lenny. Nadie más estaba cerca a estas horas y en esta parte trasera del callejón. Nadie vendría a salvarme. Solo podía contar conmigo misma. Como siempre.

—Esa rubia no está mal —dijo uno de los hombres, viéndome en el agarre de Lenny cerca de la puerta.

—No. —No podía dejar de repetir la palabra. Ninguno de ellos la obedecía como una orden. No tenía el control aquí. Nunca lo tendría. Tenía que obligarles a reconsiderarlo—. Yo... No. —Frenética por hacer que apartaran la mirada y dejaran de considerarme como la próxima víctima que querían arrojar a la furgoneta y obligar a hacer

su voluntad, ya fuera como prostituta o lo que fuera, sentí la bilis subiendo por mi garganta.

La mera idea de ser vendida y abusada...

*A la mierda. Esto* no *va a pasar.*

Me metí el dedo en la boca, obligándome a vomitar. Otro niño del sistema me había enseñado ese truco la primera vez que un padre de acogida quiso "jugar a un juego" conmigo. Y al igual que entonces, funcionó.

Vomité, soportando el escozor en mis ojos. Mientras devolvía todas las bebidas y la escasa comida de mi estómago, esperaba haberlo dirigido hacia Lenny.

Si sus dedos soltando mi muñeca eran una indicación, así había sido. Funcionó.

—¿Qué coño?

Arrojó mi brazo lejos, consternado y cabreado por el vómito que había escupido sobre su camisa.

—Joder, ni de coña, Len —dijo uno de los hombres cerca de la furgoneta—. No voy a lidiar con eso.

*Oh, gracias a Dios. Gracias. Gracias. Gracias.* No estaba segura de si alguna deidad me estaba escuchando todavía, pero mentalmente repetía gracias a lo que fuera y a quien fuera que pudiera estar escuchando. Forzando una tragar en seco, parpadee más allá del dolor en mi garganta y la fatiga muscular en mi abdomen.

Funcionó.

Les repugnaba que vomitara, no querían la molestia de lidiar con una persona enferma. Era algo tan simple y estúpido que nunca debería haber funcionado, pero lo hizo.

Aproveché mi oportunidad y corrí. No era estúpida. No iba a quedarme. Lenny me miró con desprecio mientras trataba de

quitarse el desastre que le había hecho, pero no miré atrás una vez que empecé a huir. Tan asustada y alarmada por casi haber sido secuestrada y vendida a esos hombres, tropecé y perdí el equilibrio. Pero aun así, me levanté como pude con piernas temblorosas y corrí.

Esprinté.

Con el corazón latiendo salvajemente en mi pecho, moví los brazos y esprinté como si el diablo me persiguiera.

Mis pies dolieron al instante. Punzadas de dolor agudo me atravesaban desde los talones, pero no aminoré ni un segundo. No paré en absoluto, corriendo con todas mis fuerzas hasta que llegué a la esquina detrás del edificio y giré. Resbalando y patinando, me negué a perder impulso mientras corría hacia la seguridad.

No había seguridad en la que pudiera confiar en este mundo.

No en mi lugar de trabajo.

Tampoco en mi apartamento, si lo perdía porque no podía reunir suficiente para el aumento del alquiler después de pagar a los cobradores de deudas que Derick me hizo acabar pagando.

Incapaz de pensar, demasiado alterada por el miedo, me apresuré y renové mi promesa de mantenerme lo más lejos posible de esos hombres, de esa vida.

*¿Eran hombres de la Mafia?*

Una vez que estuve cerca de mi edificio y arriesgándome a mirar por encima del hombro para comprobar si alguien me seguía hasta allí, esa pregunta surgió en mi mente.

Escapar de una amenaza era el primer paso. Pero tenía que saber quién era la amenaza para dar el segundo paso de evitarlos en el futuro.

No podía dejar mi trabajo en Stanley's. Lo necesitaba por el dinero. Pero si alguna vez volvía a ver a esos hombres trajeados, correría y

me escondería antes de que pudieran intentar llevarme.

*No hay manera de que deje que otro hombre me controle.*

Abrí la puerta de mi edificio, lanzando una mirada severa a los jóvenes adolescentes borrachos que holgazaneaban en el vestíbulo.

*No os metáis conmigo.*

Dejaron de sonreírme y apartaron la mirada, demasiado inexpertos como para intentar alguna tontería conmigo.

Ojalá todo fuera siempre tan sencillo.

# MAXIM

La mañana después de la boda que pareció una tortura, encontré a mis hermanos en la cocina con mi padre. Todos teníamos nuestras propias viviendas, pero a menudo acabábamos aquí, en el edificio propiedad de mi padre. Cada uno de nosotros reclamaba un piso como apartamento, pero los niveles principales que mi padre consideraba su residencia eran donde nos reuníamos para las reuniones y otros encuentros.

Verlos aquí no significaba necesariamente que ocurriera algo. Teníamos nuestras responsabilidades pero siempre trabajábamos en equipo. Sin embargo, cuando mi abuela apareció, fruncí el ceño y me pregunté qué querría ahora.

Mientras que Damon, Nik, Saul y yo teníamos nuestros respectivos equipos y prioridades, la abuela realmente no tenía un papel general que cumplir.

La visión de las carpetas en sus manos sugería que, al menos, había investigado sobre algo.

—¿Qué es todo eso? —pregunté mientras me servía el café.

—En un momento —dijo mi padre mientras dejaba su taza de café. Apoyando las manos en el borde de la isla de granito, nos miró a cada uno de nosotros—. Antes de que os marchéis, quiero abordar

este asunto de los ataques y amenazas que han ocurrido durante la última semana.

Suspiré, preparándome para otro repaso de los incidentes que habían surgido. No era la primera vez que lo discutíamos, pero parecía que mi padre había hablado con mis hermanos en diferentes momentos. Ahora hablaríamos de ello colectivamente, y odiaba la molestia de esta sensación que no podía quitarme. Que esto era la calma antes de la tormenta. La vida era una tormenta constante entre las familias de la Mafia, pero a diferencia de cualquier otra cosa a la que nos habíamos enfrentado, no podía decir quién estaba causando esta tormenta.

Sin nada que añadir, me mantuve apartado y escuché mientras los demás hablaban. Cuando mi padre tuviera un plan directo para que yo actuara, me diría en qué consistía y yo no perdería tiempo en ponerme manos a la obra.

—¿Y por qué coño estabas hablando con Katerina anoche? —exigió mi padre, mirando severamente a Nik.

Lo miré, sin sorprenderme de que pareciera imperturbable al ser puesto en evidencia de ese modo. Nadie era tan sereno y tranquilo como mi hermano. Su máscara era envidiable, pero tenía curiosidad por saber qué diría.

—Solo estábamos hablando —respondió encogiéndose de hombros.

—No. No estabais *solo* hablando —espetó mi padre.

De nuevo, Nik se encogió de hombros. —Lo estábamos.

—¿Sobre qué? —exigió mi padre.

—Nada importante. Tonterías que les importan a las mujeres. —Sonrió a nuestra abuela, que no pareció impresionada.

—¿Tonterías? —Mi padre negó con la cabeza—. No. No hay "tonterías" que discutir con nuestros potenciales enemigos. Nadie puede confirmar quién está intentando meterse con nosotros, si son

los Kozlov o los Romano —dijo, haciendo referencia a la antigua familia Bratva con la que solíamos llevarnos bien y a la familia de la Mafia italiana con la que nunca nos habíamos entendido.

—Quizás sea mejor mantenerse alejado de Katerina hasta que podamos determinar si Anton está detrás de este problema —aconsejé. Yo no estaba al mando. Nuestro padre daba las órdenes, pero sentía tanta aversión como yo hacia Anton Kozlov, el tío de Katerina y actual cabeza de su familia.

Nik bufó. —Tranquilizaos. —Una vez más, se encogió de hombros.

—¿Tranquilizarnos? —preguntó Damon arqueando una ceja—. ¿Por qué la defiendes tanto?

—¿Defender a Katerina? —Nik le sonrió, burlándose de él—. No lo hago. No hay nada entre nosotros. Simplemente estábamos hablando en la boda porque nos conocemos. Se quejaba de algo que supuestamente le dije hace años. No es nada.

*¿Nada?* No, no me tragaba esa excusa. Estaba intentando demasiado que dejáramos el tema como para creerle. Se estaba esforzando demasiado en cortar esta conversación para que fuera *nada*.

—¿Estabas tonteando con ella para que bajara la guardia? —supuse. Era calculador de esa manera, y así era como operaba tan bien como espía.

—¿Qué? —Me miró con desprecio.

—¿Estás manteniendo tu atención en Katerina como forma de espiar a los Kozlov? —pregunté.

Mi padre sonrió, asintiendo, como si eso le apaciguara.

Nik bajó la cabeza y suspiró mientras la sacudía. —Maxim, *tranquilízate*.

—Eso no es una respuesta —repliqué.

—Sé lo que estoy haciendo —dijo en su lugar, evadiéndose de nuevo.

—Quizás tú creas que lo sabes —dijo la abuela, hablando por primera vez desde que se había unido a nosotros para esta reunión familiar no oficial. Arrojó las carpetas sobre la encimera, dejando que se esparcieran—. Pero dudo que ninguno de vosotros os deis cuenta de qué más estáis haciendo. —Cogiendo una carpeta, hojeó su contenido.

Me coloqué junto a ella, viendo desde esta distancia que los papeles de esta carpeta componían un dosier sobre una princesa de la Mafia.

—Todos vosotros —los cuatro— estáis desatendiendo vuestro deber de traer un heredero a la familia —declaró con aire majestuoso.

—Otra vez con esto no —gemí.

—Sí. Otra vez con esto. Sé que todos estáis aplazando este tema y dando largas, pero desde un punto de vista táctico, estáis debilitando el apellido Ivanov. —Dejó la carpeta y se cruzó de brazos —. No me importa si no estáis preparados para sentar la cabeza. Yo tampoco lo estaba cuando me concertaron con vuestro abuelo. Grigory, tú tampoco estabas inclinado a tomar una esposa cuando conociste a Beatrice. Pero eso no importa. Sin *ninguna* planificación para la próxima generación, estáis debilitando el linaje familiar. No tenemos ningún niño, ningún descendiente, nadie sobre quien planificar el futuro, y eso nos debilita.

Mi padre suspiró, frotándose la cara con una mano.

—Vi a todas esas familias anoche en la boda. Y pude ver lo estratégicos que eran, pensando en el futuro, en tener una familia a la que transmitir su legado. Todos iban por delante, esperando que nacieran hijos para poder crecer y fortalecerse.

Miré de reojo a mis hermanos y vi que ponían los ojos en blanco, justo como yo quería hacer.

—Todos nuestros enemigos son lo bastante inteligentes como para pensar en la próxima generación y fortalecerla. —Levantó una mano al aire antes de dejarla caer sobre el brazo que tenía sobre el estómago—. ¿Y ninguno de vosotros puede?

—Tú eres el mayor —dijo Saul con una sonrisa burlona mientras me miraba—. ¿A qué estás esperando?

Le lancé una mirada asesina, advirtiéndole que no siguiera burlándose de mí.

—Sí, eres el mayor de nosotros —dijo Nik, mostrándose ansioso por tener la oportunidad de fastidiarme y presionarme.

—Soy consciente de ello —repliqué con dureza.

Damon se dirigió a nuestro padre.

—¿No puedes simplemente concertarle un matrimonio y acabar con esto?

Empujé su hombro, sin conseguir moverlo mucho.

—No. Nadie va a concertarme nada. —Si tenía que tomar una esposa que probablemente me engañaría y traicionaría a la familia, *yo* quería elegirla. Mantendría ese control.

—No es mala idea —dijo la abuela—. Los matrimonios se conciertan constantemente...

—No —gruñó Padre—. Basta ya. Habrá tiempo más adelante para ocuparse de encontraros a todos parejas decentes. —Con esas palabras finales, sacudió la cabeza y se giró para salir a grandes zancadas de la habitación, como si la idea de los matrimonios o de encontrar mujeres le hubiera quitado las ganas de seguir con esta conversación. Así era como le había afectado la traición de mi madre.

—Maxim —dijo la abuela una vez que él salió de la habitación—, podrías...

—Más tarde —respondí acaloradamente. La respetaba y la quería, pero por el amor de Dios, parecía que asistir a una boda como invitada le había contagiado la fiebre nupcial.

Puse los ojos en blanco al ver a Saul y Nik sonriéndome con suficiencia, apenas conteniendo la risa por verme en esta situación comprometida como el mayor de todos.

*Ni de coña.*

—Entiendo que necesitaremos herederos algún día —dije con sequedad. Todos lo sabíamos. Alguien tendría que estar esperando como próxima generación para continuar nuestro legado y gestionar nuestro poder y riqueza—. Pero aún no. Aún no para mí.

La abuela me miró fijamente, pero no me doblegaría.

*¿Cuál es la maldita prisa?*

—Tendré tiempo para ocuparme de eso más adelante.

Levantó la barbilla y suspiró.

—No estoy convencida de que lo tengas.

No se trataba de si quería o no. Engendrar con una mujer para conseguir el próximo heredero era parte de mi deber, y me ocuparía de ello... algún día.

Pero hoy no.

—No hay prisa por ampliar nuestra familia, abuela. —Me encogí de hombros, marchándome y planeando apartar de mi mente la idea de buscar una esposa durante todo el tiempo que pudiera.

# SLOANE

Holly nunca volvió.

No apareció por Stanley's en toda la semana después de que vi a aquellos hombres trajeados cargándola a ella y a otra bailarina en la parte trasera de aquella furgoneta en el callejón.

Stanley's era solo uno de los varios clubes que los dueños tenían por toda la ciudad. A veces, trasladaban a las bailarinas de un local a otro. Stanley's era el "mejor" de todos, con más salas y mejor clientela, así que nunca entendí por qué una bailarina tendría que ser trasladada a otro. Quizás podían degradarlas. Nunca había preguntado adónde iban las mujeres, y en esta industria, experimentábamos una alta rotación de strippers y bailarinas. Yo era una de las empleadas más veteranas, como Nevaeh, pero solo era tan "dedicada" por mi deuda.

—¿Dónde crees que está Holly? —le pregunté a Nevaeh cuando nos presentamos para otra noche de trabajo. Era la vigésima noche seguida que trabajaba, y estaba funcionando con las últimas gotas de energía. Ella había tenido algunas noches libres, así que pensé que era lo suficientemente seguro mencionar a la otra bailarina. Había pasado el tiempo suficiente entre aquella noche en que vi cómo se llevaban a Holly y ahora. Nadie recordaría ese incidente excepto yo.

—He oído de Jocelyn que se mudó a Florida con su hermana —se encogió de hombros, poniendo su bolso sobre el tocador—. ¿Por qué? ¿Qué te importa a ti?

Fruncí el ceño, sintiéndome atrapada. Otra regla callejera que había aprendido demasiado joven en el sistema era ocuparme de mis propios asuntos. No meter las narices donde no me llamaban. No hacer preguntas sobre cosas en las que no tenía por qué involucrarme. Vale, tenía curiosidad sobre dónde estaba Holly. Pero también me preocupaba cómo la vi protestar contra la orden de Lenny para que esos hombres se la llevaran. Y cómo no pudo escapar.

Yo sí lo había hecho. Estaba agradecida de haber escapado de Lenny y de esos hombres aquella noche.

*¿Pero lo conseguiré la próxima vez?*

—Nada —no hice contacto visual.

Resopló.

—O quizás encontró un sugar daddy y pudo dejarlo. Me alegro de que se haya ido. Esa zorra se llevaba demasiados buenos clientes.

Nevaeh siempre había albergado cierto nivel de envidia y celos, pero no podía culparla. Solo había cierta cantidad de hombres que venían al club cualquier noche, solo cierta cantidad de carteras que vaciar. Y a veces parecía que éramos demasiadas bailarinas para todas conseguir la cantidad de dinero que buscábamos.

Era ese tipo de mundo despiadado, donde el pez grande se come al chico, y sería inteligente mantenerme al margen de todo drama.

*Solo trabaja. Vete a casa. Intenta dormir. Y repite. Por la jodida eternidad.*

Suspiré, moviéndome en automático mientras ponía mi bolso en la mesa junto al suyo y empezaba a pensar en los colores que usaría para mi maquillaje esta noche. Esa era la *única* desviación para que

cada noche en el escenario no fuera igual a la anterior. Tenía que confiar en cierta variedad con mi aspecto para que los clientes habituales no se aburrieran conmigo.

Cuando levanté la mirada, noté el cambio en la cara de Nevaeh.

—Joder —me quedé boquiabierta ante los moretones alrededor de su ojo—. ¿Por eso te tomaste unos días libres esta semana?

—Cállate —frunció el ceño—. No se ve tan mal.

Le entregué mi corrector más espeso.

—Claro, no se ve tan mal —respondí con sarcasmo.

Tomó el tubo y suspiró mientras comenzaba a aplicárselo.

—Nicky estaba de mal humor.

—¿Y ahora por qué? —me contuve de reírme secamente. Ella intentaría hacer que sonara como si lo tuviera todo resuelto, saliendo con un perdedor como Nicky. Pero nada me tentaría a enredarme con un tipo como su estúpido novio cuando solo me darían bofetadas. Después de Derick, mi vibrador siempre sería suficiente para mí.

*Como si tuviera la energía para querer un orgasmo.*

Como si fuera una señal, bostecé, incapaz de animarme todavía.

—Llegó tarde con el pago de su coche.

—Oh, ¿ese que espera que tú pagues?

Me lanzó una mirada furiosa, probablemente lista para recordarme que yo no sabía lo que era tener un hombre al que querer complacer. Nunca lo sabría.

—Le di el dinero para ello, pero se lo gastó todo en alcohol antes de la fecha de pago —mordiéndose el labio inferior, se giró al oír la voz ebria y arrastrada de Lenny en el pasillo mientras hacía su habitual

paseo pervertido por el área de bastidores mientras nos vestíamos para la noche.

Negué con la cabeza. No sabía qué decir. Ella se molestaría si la regañaba y, sin importar cuánto le señalara que él la estaba utilizando y abusando de ella, respondería con alguna estupidez sobre cómo yo no lo "entendía" y nunca entendería que estar *tan* enamorada de un hombre significaba hacer sacrificios.

*Sí. Yo* nunca *sacrificaré nada por un hombre otra vez.* Estaba pagando por el "sacrificio" de no haber bloqueado mis tarjetas de crédito antes de que Derick las consiguiera todas y me hundiera en un infierno de deudas. Había pasado la única hora de "tiempo libre" antes de venir aquí pagando las facturas, y odiaba tener ahora solo doce dólares a mi nombre.

—Y —dijo, bajando la voz mientras hacía una pausa en la aplicación del corrector—, me va a dar una paliza otra vez si no tengo suficiente para pagarlo todo, más la multa por retraso, después de esta noche.

Negué con la cabeza, sin saber qué decirle. Ella no se beneficiaría de mi lástima, y no me sentía lo suficientemente generosa como para darle mi simpatía. Estaba cansada de decirle que lo dejara.

—Por favor, Sloane. Por favor, ayúdame.

Levanté las cejas mirándola. —¿Estás de broma? No tengo nada que darte.

—No, dinero no —. Ella sabía perfectamente lo endeudada que estaba yo—. Pero haz el evento privado conmigo esta noche. Por favor.

La miré boquiabierta. —¿Qué? No. *Ni de coña*.

—Por favor —. Arrugó la cara en un puchero completo que no debía sentirse bien con ese ojo morado—. Por favor, Sloane.

Seguí negando con la cabeza, sin ceder en absoluto.

—Al entrar, Jocelyn dijo que tienen una fiesta VIP en las salas traseras —sonrió rápidamente mientras intentaba engatusarme—. Sería buen dinero. Más que suficiente para que pueda ocuparme del pago del coche de Nicky.

—No, Nevaeh. Absolutamente no.

Como norma, ambas evitábamos esos eventos especiales y fiestas VIP porque allí iban criminales y poderosos canallas. A ella no le gustaban más que a mí, pero teniendo en cuenta que me había dicho que las bailarinas no solo se marchaban y dejaban el trabajo sino que estaban siendo vendidas a redes de trata, sabía que era mejor no considerar un evento privado. Tan poco después de que Lenny intentara forzarme a subir a las furgonetas de aquellos mafiosos, solo quería mantener un perfil bajo, hacer mi trabajo y salir ilesa.

—Ni de coña —repetí, debatiéndome si debería haberle contado sobre haber visto cómo se llevaban a Holly y a aquella otra mujer. Si pensaría dos veces antes de quejarse para que hiciera un evento privado con ella después de que le contara que Lenny casi me obligó a irme con esos mafiosos.

—Sé que es arriesgado. Pero por eso te lo pido a ti. Tú y yo podemos mantenernos juntas.

—No —no la miré mientras trabajaba en mi delineador.

—Podemos mantenernos juntas y vigilarnos la una a la otra, ¿vale? El sistema de compañeras —se movió para entrar más en mi campo de visión mientras yo evitaba mirarla de frente—. Y solo piensa en lo bueno que sería el dinero.

Ninguna cantidad de dinero valdría la pena ser vendida o llevada por hombres que había jurado evitar. —No.

Justo entonces, Lenny se detuvo en su caminar. Se quedó de pie en la puerta abierta de este pequeño camerino que Nevaeh y yo compartíamos. Y con su horrible mirada recorriéndonos de arriba

abajo, me estremecí. Encogiéndome ante la posibilidad de que se me acercara al final de la noche, me pregunté si Nevaeh tenía razón.

Él se rio con desprecio mientras se alejaba, y ese sonido era demasiado siniestro y ominoso como para que yo quisiera estar cerca de él en absoluto.

Nevaeh y yo *podríamos* mantenernos juntas. Nos aseguraríamos de que la otra estuviera bien y que no se la llevaran de la fiesta privada. Aquí fuera, en la zona general del escenario, Lenny estaba al mando y bien podría intentar otra jugarreta de obligarme a ir con esos hombres y lanzarme a la parte trasera de una furgoneta. Él no estaría al mando cerca de esas salas traseras.

—¿Por favor? —suplicó.

Dejé mi delineador y la miré con seriedad. —Escucha —miré alrededor para comprobar que nadie nos estaba escuchando. Todas las demás bailarinas estaban demasiado ocupadas vistiéndose y preparándose para prestarnos atención—. Lenny casi me obliga a subir a una furgoneta para uno de esos mafiosos la semana pasada.

Sus cejas se dispararon hacia arriba. —¿La Bratva?

Negué con la cabeza. —Creo que hablaban en español.

—¿El Cártel? —entrecerró los ojos.

*¿Qué más da?* Todos eran hombres malos que nos venderían a un destino peor. —No. Italianos, creo.

Hizo una mueca. —Uf. Huelen *tan* mal. Demasiado ajo.

—Nevaeh. Casi me llevan. Como... como a Holly.

Su expresión siguió siendo la misma, esperanzada y suplicante a pesar de lo que le conté.

—Sí, podría usar el dinero, pero estoy demasiado nerviosa para arriesgarme a estar cerca del tipo de hombres que podrían llevarme y hacer que yo también desaparezca.

—Sloane, vamos. Te lo dije. Nos mantendremos juntas —levantó la barbilla en dirección al pasillo cuando la voz pastosa de Lenny sonó más fuerte—. Además, Lenny ya está colocado hasta las cejas. Apuesto a que intentaría hacer algo así de nuevo esta noche. Y si estás conmigo en esta fiesta privada en la parte trasera, no tendrás que lidiar con él.

Tenía razón. Sin embargo, cuanto más empezaba a considerar su idea, más me advertía esa molesta voz de la razón que no siguiera adelante con esto.

—Confía en mí —insistió—. Podemos mantenernos juntas. El sistema de compañeras. Solo esta vez, por esta noche.

Me estremecí, tratando valientemente de ignorar la tentación del dinero extra. *Sería* agradable tener un poco de dinero disponible para comprar alimentos decentes por una vez. Y podría pagar los gastos de servicios para que mi apartamento pudiera tener aire acondicionado de nuevo, ya que los caseros eran unos cabrones para mantener esas tarifas altas y separadas para estafar mejor a los inquilinos.

Suspiré.

*Lo que sea. Una vez.*

—Vale —la señalé con mi mirada más severa—. Solo esta vez.

—Sí, sí. Solo esta noche —sonrió, retomando felizmente el corrector para borrar la evidencia de su ojo morado.

—No hagas que me arrepienta —le advertí.

—No lo harás. Ganaremos tanto dinero que no te arrepentirás en absoluto.

Seguía escéptica y nerviosa. Ya era bastante malo sentir que estaba vendiendo mi alma por ser stripper y bailarina, pero ¿para esos VIP? Sentía que le estaba entregando mi alma al diablo.

—Solo haré esto si nos mantenemos juntas, como dijiste. El sistema de compañeras.

Ella asintió a mi reflejo en el espejo y me guiñó un ojo. —Yo cuido de ti, y tú cuidas de mí.

No estaba segura de que ella lo creyera. Ya había intentado cuidarla y vigilar su espalda. Cuando le dije que dejara a Nicky y le señalé cómo se estaba aprovechando de ella, nunca, jamás me escuchó. Entonces, ¿cómo podía confiar en su lógica sobre mantenernos juntas para arriesgarnos a bailar en este evento privado?

Estabilicé mi respiración. *Solo esta noche. Una vez.*

Demonios, quizás podría ganar suficiente dinero extra como para justificar tomarme libre la noche de mañana e intentar dormir más de unas pocas horas por una vez.

# MAXIM

Como mi padre todavía estaba regresando de Miami tras una reunión con un aliado, me correspondía a mí actuar en su lugar aquí en la residencia Ivanov. De pie en la parte trasera, más allá del patio, esperaba con Nik y Damon mientras los soldados transportaban a un espía que habían capturado esta misma tarde.

No era necesario supervisar esto, pero quería ver la cara del hombre que Hugo, uno de los jefes de equipo, había pillado intentando matar a uno de nuestros guardias. El almacén donde estaba apostado el guardia no era uno de nuestros principales centros de distribución y empaquetado de drogas, pero todos eran importantes. Independientemente de dónde viniera un ataque, cada agresión contra el Sindicato Ivanov se castigaba con la máxima severidad.

Cuando Hugo acompañó al joven hacia las puertas que conducían a las mazmorras del sótano, donde torturábamos a nuestros enemigos para mantener la ventaja sobre las otras familias criminales de Nueva York, no vi nada que me hiciera adivinar para quién trabajaba.

—¿Ha dicho algo? —le pregunté a Hugo cuando regresó a la zona exterior. Estábamos cerca del área recreativa y podíamos oler el cloro del agua de la piscina, pero apartados así, solo había oscuridad sobre el pavimento. Varios coches esperaban con el motor encendido

en la entrada bajo las luces de seguridad, pero Hugo se detuvo para hablar con nosotros antes de marcharse.

—No —respondió Hugo, usando un pañuelo para limpiarse la sangre de la barbilla. Se aclaró la garganta, pareciendo necesitar otro momento para recuperar el aliento después de lidiar con el hombre capturado—. No dijo ni una sola palabra. —Mayor que mi padre, parecía cansado. Pero sabía que estaba preparado para más violencia. Verlo bajo esta luz, jadeando por aire, me recordó lo importante que era equilibrar cada equipo con soldados o líderes veteranos experimentados y los reclutas más jóvenes que podían asumir más del trabajo pesado.

Damon se crujió los nudillos y se balanceó sobre sus talones.

—Veré qué puedo sacarle.

Nik y yo intercambiamos una mirada, sin decir nada. Damon era el "Demonio" y siempre estaba ansioso por infligir dolor a nuestros enemigos. Pero por el breve vistazo que había tenido del hombre capturado antes de que lo llevaran abajo, ya lucía demasiada pulpa sanguinolenta en lugar de cara como para resistir mucho más tiempo.

Cualquiera que se metiera con los Ivanov solo vivía lo suficiente para revelar sus secretos.

—No entiendo por qué alguien atacaría ese almacén —añadió Hugo mientras metía su paño ensangrentado en el bolsillo y se alisaba la chaqueta—. Mi sector no ve mucha actividad de ese tipo.

*Quizás por eso Padre te ha destinado allí en tu vejez. Una semi-jubilación por tus décadas de lealtad.*

—En esos almacenes no ha pasado nada durante años, ¿y ahora, de repente, hay un ataque contra uno de los traficantes de allí? —Frunció el ceño mientras negaba con la cabeza—. No tiene sentido.

—Ninguno de estos incidentes recientes tiene sentido —me quejé.

Hurtos menores. Peleas callejeras provocadas. Ataques a traficantes y jefes de bajo nivel. Todo sumaba a una serie de problemas, como mi padre nos había comentado la semana pasada en la cocina aquella mañana. Y todo ello me desconcertaba hasta el punto de sospechar que podría ser la calma antes de la tormenta. Pero como dijo Hugo, nada de esto tenía sentido. Nada nos dirigía a asumir que nuestros enemigos tuvieran algún objetivo en mente. No se había comprometido nada de valor. No se habían cerrado nuevos tratos en nuestra contra que nos obligaran a planificar la protección de diferentes activos.

Todo parecía como pequeños dolores de cabeza que surgían con demasiada frecuencia, como si alguien quisiera mantenernos alerta.

*¿Pero quién?*

—Quizás todo sea una distracción —aventuró Nik, mirándome a mí y luego a Damon.

—¿Distracción de qué, sin embargo? —Negué con la cabeza y deseé tener un cigarrillo. Cuando a nuestro abuelo le diagnosticaron cáncer de pulmón, nuestra abuela nos instó a todos a dejarlo. No había sido fácil, y todavía tenía mis momentos de debilidad, pero por ella, lo intentábamos.

Nik se encogió de hombros.

—El tiempo lo dirá.

—Estoy de acuerdo —dijo Hugo—. Al igual que esas órdenes de Anastasia para organizar una reunión con la familia Barzini. —Puso los ojos en blanco—. ¿En serio uno de vosotros va a sentar cabeza? —Se rio una vez—. Esperad a estar más mayores como yo para buscar esposa.

—No —gruñí. No podía hablar por mis hermanos, pero no tenía ningún interés en sus intrigas—. Ni siquiera estoy pensando en sentar cabeza.

Hugo soltó otra risa ahogada.

—Me parece a mí que Anastasia está empezando a preparar un proceso de selección para que uno de vosotros se comprometa en un matrimonio concertado.

—Yo no —dijimos Nik, Damon y yo al unísono.

Riéndose un poco más, Hugo se dirigió a su coche.

—Si necesitáis algo más, ya sabéis dónde encontrarme.

Le dimos las gracias por capturar al hombre. Después de que se marchara con los soldados asignados a él y a su sector, mis hermanos y yo entramos en la casa.

—¿Distracción de qué? —pregunté de nuevo mientras nos deteníamos en la gran sala de entretenimiento de la parte trasera.

Nik se encogió de hombros.

—No lo sé. Y no entiendo por qué los Romano o los Kozlov se molestarían en intentar eliminar a un traficante en ese barrio.

Damon arqueó una ceja mientras nos miraba.

—¿Estáis seguros de que nuestros problemas vienen de esas dos familias?

Nik negó con la cabeza mientras yo me encogía de hombros.

—Parecen los más probables —respondí—. Las cosas han estado más tensas de lo habitual entre Padre y Anton Kozlov.

—Y los Romanos buscan recuperar dinero tras enfrentarse con los Cárteles esta primavera —dijo Nik.

—Entre esas dos posibles amenazas, no hay tiempo para distraerse con ninguna diversión —dije, frunciendo el ceño ante cómo alguien desde dentro de la familia nos estaría distrayendo de centrarnos en la seguridad.

—Pero creo que no es sorprendente que alguien pueda estar intentando meternos en líos ahora —dijo Nik—. Hemos estado estables y aumentando beneficios sin que nadie nos frene durante décadas.

—Sí, porque a Padre le llevó al menos una década limpiar las pérdidas y los desastres que Beatrice causó al convertirse en traidora. —Hice una mueca al pensar en nuestra madre. Nunca la llamábamos por ese título. Incluso la Abuela luchaba por pronunciar su nombre sin una expresión de disgusto en su rostro.

—Hemos sido envidiados durante mucho tiempo —dijo Nik mientras se unía a mí en dirección al bar para tomar una copa.

—Así es —asintió Damon—. Y me sorprende que las familias no nos hayan estado persiguiendo para un matrimonio concertado por eso.

—Todos quieren un pedazo de nosotros —murmuré antes de beberme un chupito de vodka de golpe—. Todos quieren nuestro poder y riqueza. Sin una mujer para utilizarnos, sin embargo, no han podido derribarnos.

—¿Crees que eso es lo que está pasando? —preguntó Nik—. ¿Alguien está intentando tomar el control?

—¿Cuándo no está alguien intentando hacer eso? —desafié con ironía. Estábamos en la cima, los líderes del submundo criminal en Nueva York, y muchos de nuestros enemigos querían lo que teníamos. Lo que habíamos tardado generaciones en construir. Nuestro imperio no había crecido de la noche a la mañana. Y no sería amenazado sin que se hiciera justicia. Mirando a Damon, que no tomó una copa como Nik y yo, negué con la cabeza—. Y Padre no estaría entreteniendo ninguna oferta de arreglos matrimoniales porque le importa un bledo.

—Lo hará —dijo Nik—. Sabe que necesitaremos un heredero.

—Algún día —argumenté—. Pero lo digo en serio. No tengo prisa por encontrar esposa. Padre tampoco se apresurará porque sabe mejor

que nosotros lo peligrosa que puede ser una mujer.

Nuestra abuela era una excepción, pero eso no me haría cambiar de esta terquedad de seguir soltero. Con una mujer, siempre tendríamos que preocuparnos de si vendería secretos familiares, tendría aventuras o miraría por sí misma para obtener más y más poder de otras familias.

—Y Padre está bien. —Nik sonrió con suficiencia—. No es tan mayor todavía. Con su salud, podría follarse a un par de amantes más y añadir a la línea de herederos aparte de nosotros.

*No lo hará.* —No está dispuesto a dejar entrar a otra mujer en su vida después de que Beatrice casi nos matara a todos por su aventura con la gente equivocada. —Tomé otro chupito, necesitando relajarme de todo este estrés. Damon iría abajo y se encargaría de torturar a ese estúpido cabrón, pero yo estaba tenso, de todos modos. Toda esta charla sobre el matrimonio me molestaba—. Joder, no estoy seguro de que alguna vez esté preparado para tener una mujer en mi vida para siempre. —Prefería aventuras, polvos rápidos con mujeres aleatorias y absolutamente sin ataduras.

Solo sexo. Sin emociones. Porque así fue como Beatrice casi acabó con la familia. Ella tenía emociones. Se enamoró, pero no de Padre. Esos sentimientos fueron toda la motivación que necesitó para manipularnos a todos, pero desde entonces había aprendido la lección: las mujeres solo podían servir para un propósito en este mundo, en nuestra familia.

Para ser criadas.

Para darnos un heredero para que pudiéramos gobernar para siempre.

—Además, en cuanto cualquiera de nosotros tenga que lidiar con mantener a una esposa, serán más garantías de las que preocuparse. No necesitamos dividir así nuestro equipo de protección.

Me reí una vez. —¿Equipo de protección? ¿Qué, como si a nuestras esposas se les permitiera tener una vida y vivirla? ¿Ir a alguna parte?

Por lo que a mí respecta, cualquier mujer a la que nos viésemos obligados a preñar podría simplemente quedarse tras las puertas cerradas de esta casa.

Nik y Damon no discutieron conmigo sobre ese punto, pero sabía que tenían que estar pensando lo mismo.

—A la mierda. —Puse mi vaso en el bar y metí las manos en los bolsillos—. No voy a cambiar de opinión sobre eso pronto, no importa lo que piense la Abuela. —Mirando a mis hermanos, levanté la barbilla—. ¿Dónde está Saul?

—Creo que está lidiando con una rata en Brooklyn —dijo Nik—. Algo sobre malversación en uno de los burdeles.

—Ah. —Me froté la barbilla, sabiendo que Damon estaría ocupado esta noche en la mazmorra sacándole algunas respuestas a golpes a ese hombre que Hugo trajo—. ¿Quieres ir al evento de los Geminis conmigo? Voy a salir ahora.

Nik hizo una mueca, indiferente. —¿Qué evento?

—Una especie de fiesta. —No quería salir y celebrar, para nada de humor festivo en este momento, pero me di cuenta de que la invitación a la fiesta de la Familia Gemini podría ser una forma de escuchar rumores. Con esta incertidumbre de anticipar más ataques contra nosotros, parecía imperativo mantener ojos y oídos abiertos en todas partes.

—Nah. Me voy a quedar —dijo Nik.

Me encogí de hombros. —Como quieras. —Mientras salía con un par de hombres flanqueándome, me pregunté si podría encontrar una mujer sin nombre para distraerme durante la noche. Había pasado un tiempo, y aunque las diversiones y distracciones eran lo último

que necesitaba, una aventura rápida de una noche no persistiría como distracción por mucho tiempo.

Con una sonrisa alzando mis labios, esperaba con ganas desahogarme si podía.

*Nada de esposas para mí todavía.*

*No si puedo evitarlo.*

# SLOANE

Aunque nunca había bailado para un evento privado antes, sabía lo que implicaban. Había escuchado a otras bailarinas hablar sobre cómo se desarrollaban y, en la primera hora siendo una de las bailarinas que trabajaba exclusivamente en la fiesta VIP de la parte trasera, comprobé cuán similar y diferente era de mi noche habitual en el escenario.

Aquí atrás, las proporciones eran diferentes. Había menos hombres e invitados a los que atender, por lo que los bailes privados eran una forma fácil de sacar más rendimiento. En el escenario principal de Stanley's, era una bailarina para muchos hombres. En estas salas lujosas y poco iluminadas para los invitados VIP, era más o menos una bailarina por cada dos o tres hombres. Al instante, vi cuánto más dinero podía llevarme a casa, y eso casi me hizo pensar que valía la pena.

Pero la gran diferencia a la que intentaba acostumbrarme era cómo las reglas internas del club quedaban completamente ignoradas aquí atrás.

*No voy a prostituirme esta noche.*

Un hombre sacó su miembro de los pantalones mientras yo bailaba en la barra frente a él.

*Ni se te ocurra tocarme con esa cosa.*

Allí mismo, en medio de la fiesta, se masturbaba mientras yo me contoneaba y movía por la barra a su alcance.

*Juro por todos los dioses que gritaré si me tocas.*

Los vigilantes se encargaban de los pervertidos en el club. Sacar el pene simplemente no estaba permitido, y aunque algunas bailarinas y vigilantes tenían un acuerdo tácito de que ciertos manoseos eran tolerables, aquí atrás era la anarquía total.

Casi pierdo la sonrisa y mi máscara de servicio al cliente cuando vi a un invitado dando una palmada en el trasero de Nevaeh en otra zona de asientos. Escuché el impacto de piel contra piel e inmediatamente me preocupé. Pero cuando la miré allí con los dos hombres de la familia Gemini de la mafia, ella parecía estar disfrutando. Quizás las palizas de Nicky como castigo se estaban convirtiendo en algo excitante para ella, porque parecía que le gustaba. Todas nosotras fingíamos placer y deseo. Era parte del trabajo. Pero ella no parecía estar fingiendo.

*¿Qué cojones?*

No podía creer que hubiera bajado la guardia.

No importaba dónde mirara, veía peligro. Cada hombre allí no me veía como una bailarina para admirar sin tocar, sino como una puta privada para usar a su antojo. Cada vez que un invitado llevaba a una bailarina a una sala privada, mi estómago se tensaba de miedo.

En la sala principal de Stanley's, podíamos rechazar las peticiones de bailes privados.

Aquí atrás, en la fiesta VIP, parecía más bien una expectativa. Los vigilantes no arbitraban aquí. Los soldados de la mafia eran los que mandaban, y aún no había visto a ninguna bailarina rechazar un baile privado.

*¿En qué demonios me he metido?*

*¿Por qué? ¿Por qué tuve que ceder y decirle que haría esto esta noche?*

Cuando bailaba y me quedaba en el escenario, el equilibrio de poder estaba claro. Para el público habitual, *yo* era la que tenía todo el poder. *Yo* hacía que todos los hombres me miraran y ellos agitaban y lanzaban su dinero hacia *mí*.

Con los VIP eso estaba descompensado. No me sentía como una artista, sino como una presa. Miradas depredadoras me seguían por todas partes, y hacía todo lo posible por no entrar en pánico pensando que me obligarían a participar en una orgía o me llevarían como esclava sexual privada después de esto.

*¿Por qué?*

*¿Por qué demonios le dije que haría esto?*

Intentando moverme de una zona de asientos bajos a otra —con la esperanza de que mantenerme en movimiento me mantendría más segura— traté de encontrar a Nevaeh otra vez.

Nunca la consideraría una amiga después de esto. No podía. Ninguna *amiga* convencería a otra para someterse a ser acechada así. No había escapatoria. Todos estos invitados operaban bajo sus propias filosofías de ley y orden, y yo no tenía ninguna protección. Ningún vigilante vendría a decirle a este viejo verde que me quitara las manos de encima. Ningún gerente echaría a un invitado por masturbarse justo frente a mí.

*Oh, joder.*

Parpadee una vez ante la visión de Nevaeh chupándole el miembro a un invitado. ¡Justo aquí fuera! ¡Ni siquiera en una sala privada!

*Me mentiste.*

No cuidaba de mí. Si no tenía cuidado, acabaría *de* espaldas, justo aquí a la vista de todos, donde las salas privadas equivalían a un prostíbulo para invitados VIP con el precio adecuado.

Solo había aceptado venir aquí si permanecíamos juntas, pero durante toda la noche, me había dejado valerme por mí misma. Enfrentarme a hombres borrachos, drogados y demás no era nada nuevo. Era una stripper y bailarina experimentada y, antes de esta noche, podría haber dicho que lo había visto todo.

—Eh, por aquí.

Me estremecí por dentro mientras me giraba hacia la voz masculina.

Un hombre alto estaba de pie junto a una mesa con un par de personas sentadas a ambos lados. Con aspecto grasiento, demasiado sudor en la frente y una mirada nebulosa, parecía estar a dos segundos de desmayarse. La sangre goteaba desde la marca de una aguja en el hueco de su codo.

*Oh, joder. No, no, no.*

Yo no consumía drogas. Ni duras. Ni blandas tampoco. Mi vida ya era bastante infernal sin añadir el miedo a estar intoxicada.

—Sí, tú, rubita. —Dio un paso adelante para hacerme señas de que me acercara, levantando la mano y llamándome con un movimiento de su dedo. Sin embargo, en el instante en que se alejó del apoyo de la columna que tenía detrás, casi se cae de bruces. Sacudiendo la cabeza y retrocediendo para apoyarse de nuevo, sonrió y se rio—. Aquí. Ahora.

Me quedé paralizada. Mentalmente, entré en pánico y no estaba segura de cómo salir de esta situación. No había dicho lo que quería. Podría ser que simplemente deseara un baile privado una vez que se sentara, pero algo en su mirada me advertía que me mantuviera alejada.

Moviéndome al ritmo de la música para no destacar por perder el "personaje", algo que era una orden mientras estuviera de servicio, me acerqué pero manteniéndome fuera de su alcance. Uno de los hombres sentados en una silla intentó agarrarme de todas formas, y aproveché el cambio de ritmo de la música para esquivarlo.

—Más cerca, zorra. Mi amigo aquí ha estado esperando una rubia... —El hombre que estaba tan borracho que apenas podía mantenerse en pie me hizo un gesto para que me acercara a su colega. Efectivamente, tenía el pene fuera de los pantalones. Se lo acariciaba, sin importarle las ampollas de pus en la punta.

Retrocedí, conteniéndome para no hacer una mueca de asco ante la visión de su pene infectado.

*Ni de coña.*

No iba a tocar esa cosa. Ni siquiera iba a respirar el mismo aire que ellos. Manteniendo la distancia mientras las luces parpadeaban y destellaban sobre nuestras cabezas, vi que estos tres estaban aún más desaliñados y asquerosos que los otros VIP.

De ninguna manera iba a pillar una enfermedad por su culpa.

—Chúpasela —ordenó el hombre colocado—. Para que pueda follarte.

El otro hombre sentado a su izquierda sacó también su pene de los pantalones.

Si hubiera sabido que estos eventos VIP eran excusas para que las strippers ganaran dinero extra comportándose como putas, nunca habría aceptado.

Sin comprometerme, y moviéndome al ritmo de la música, me escabullí. Esperando que estuvieran tan borrachos y fuera de sí por las drogas y el alcohol que no pudieran dirigirse a mí de nuevo, me deslicé entre la multitud.

¿Quizás el camarero me ayudaría? Si no lo hacían, simplemente serían testigos de esta mierda ilegal.

No había porteros aquí atrás. Todavía no había visto a ningún encargado. Estarían observando toda la acción a través de cámaras ocultas por las salas, pero eso no era para garantizar mi seguridad

como empleada. Una vez más, intenté mantenerme valiente con la idea de que estaba completamente sola.

Antes de llegar a la barra, me giré y vi a Nevaeh chupándole el pene a otro hombre. Esta vez, dejaba que otra bailarina también la penetrara con los dedos, todo para que más hombres les vitorearan.

*Ella lo sabía.*

Tenía que haber tenido una idea de que era así aquí atrás, y estaba totalmente de acuerdo, participando felizmente.

*¿Cómo has podido, Nevaeh?*

Cuando aparté la mirada, vi que aquel trío de hombres borrachos venía directo hacia mí.

*¡Joder!*

Todos estos VIP eran demasiado para manejar, pero no iba a involucrarme con esos tres que querían una rubia.

*¿Cómo has podido prepararme para esto, Nevaeh?*

*¿Cómo has podido?* Quería gritárselo mientras ella seguía a lo suyo.

Una mirada más por encima de mi hombro mostró que esos tres hombres me seguían. Me habían fijado como objetivo. Solo a mí.

*¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!*

Tratando de evitar quedarme atrapada en un solo lugar, evité entrar en pánico y me concentré en mantenerme en movimiento.

*No, ¿cómo has podido* tú?

Si no estuviera tan nerviosa y haciendo todo lo posible por perder a esos tres pervertidos que me seguían, me habría reprochado a mí misma por haber aceptado esto. Lo sabía muy bien, maldita sea. Y ahora... estaba atrapada. Me sentía traicionada por Nevaeh, que tan rápidamente se había olvidado de cubrirme las espaldas.

*Esto es lo que consigo por confiar en ella. Por confiar en cualquiera.*

Toda mi vida había tenido que cuidar de mí misma. Nadie más haría ese trabajo. Pero cuando vi a algunos de los miembros de la Mafia con aspecto más "normal" que no eran tan groseros como para sacar sus pollas como si esto fuera una casa de fraternidad, deseé poder tener un hombre fuerte y distinguido como ellos. Alguien musculoso y feroz. Alguien en quien apoyarme, aunque solo fuera una vez. Una persona que quisiera protegerme, no utilizarme.

Algo tenía que diferenciar a estos invitados. Todos disfrutaban con el olor a sexo en el aire y nos miraban a todas las bailarinas con una lujuria similar ardiendo en sus ojos, pero no todos estaban tan obsesionados con follarnos.

Así de desesperada me sentía. Así de irracional me estaba volviendo. Cuando los tres hombres que me habían elegido como objetivo me acorralaron, supe que realmente estaba alcanzando lo imposible al desear que un hombre fuerte me protegiera. Que alguien rudo y temible se preocupara por mí.

Solo había podido contar conmigo misma.

Y cuando tropecé con una botella de cerveza caída y me di cuenta de que estaba verdaderamente jodida, acorralada cerca del pasillo que conducía a las habitaciones privadas, apreté los dientes y supe que así sería siempre.

Sola. E indefensa ante la miseria y los monstruos de este mundo.

Me negué a mostrar a estos tres invitados una pizca de miedo, pero mientras se burlaban de mí y se acercaban, contuve la respiración y traté frenéticamente de pensar en una forma de salir de aquí.

# MAXIM

Antes de que llegara a la puerta para ir al evento de los Géminis, el sonido de unos tacones acercándose me advirtió de que aún no estaba libre.

Contuve un suspiro, sabiendo que solo una persona en esta casa podía estar usando tacones altos para hacer ese sonido en el suelo de mármol. Solo había una mujer aquí, y si quería perseguirme, tenía que ser para sermonearme de nuevo.

—Maxim. Me gustaría hablar contigo.

Exhalé, cerrando los ojos con la espalda hacia mi abuela mientras me detenía.

No quería *una* palabra. Quería tener la última palabra.

Caminando rápidamente más allá de los guardias hasta que pudo rodearme y quedar frente a mí, no ofreció ninguna explicación adicional sobre por qué tenía que retenerme antes de marcharme. De todas formas, no necesitaba más explicaciones. Su ligero ceño fruncido sugería que estaba molesta y decepcionada conmigo.

Pero ahí no había nada nuevo.

—¿Sí? —respondí, cuidando mis modales. Como la única mujer de la familia, se merecía respeto. Y como mi abuela, le debía toda la cortesía que pudiera mantener.

—Casualmente he oído tu conversación con tus hermanos hace un momento. —Juntando tranquilamente las manos, las dejó caer sobre su estómago. Vestida con un sencillo vestido, ya que nunca le habían gustado los pantalones, denominándose a sí misma un alma anticuada por apreciar la elegancia de las mujeres de antaño, parecía lista para darme una lección.

Lástima para ella, no estaba de humor para eso.

—¿Y? —respondí.

—Y me está frustrando tu falta de preocupación por establecerte. Tú y tus hermanos.

Me encogí de hombros.—No estoy preparado para eso.

—Con tu actitud, nunca lo estarás. —Levantó las cejas, juzgándome.

—No lo estaré —asentí—. Y no podrás hacerme cambiar de opinión al respecto.

—No estoy intentando hacerte cambiar de opinión sobre nada —respondió fríamente—. Dios me libre de intentar influir en mi hijo o mis nietos. —Su pulla estaba llena de ese sarcasmo glacial por el que era conocida. Normalmente, me encantaba su espíritu así, pero no en este asunto.

—Simplemente te estoy recordando que *es* tu deber. Será una cuestión de seguridad para ti conseguir un heredero. Dentro del matrimonio. —Añadió esto último señalando con los dedos sin desenlazar las manos.

Asentí, preguntándome cuánto tardaría en cansarse de oírse repetir esto.—Soy consciente. Pero no vas a organizarme un matrimonio con alguien a quien no pueda soportar.

—Oh. —Sonrió con ironía, perdiendo ligeramente la compostura mientras miraba hacia un lado de la habitación—. Ningún novio y novia pueden soportarse mucho tiempo. Es la naturaleza humana. Es lo esperado.

Me metí las manos en los bolsillos, esperando a que terminara. Era la mejor manera de lidiar con ella cuando estaba insistente así. Eventualmente perdería fuerza, pero cuanto más tiempo me mantuviera aquí, más ganas tenía de salir a esta fiesta y hacer lo contrario de lo que ella quería. Estaba cada vez más ansioso por salir de este lugar y follarme a la primera desconocida sin nombre que pudiera encontrar solo para desahogarme.

—Se espera que tu matrimonio sea un asunto de negocios en lugar de uno emocional. Y te conozco demasiado bien para siquiera intentar esperar que puedas encontrar algo como lo que compartí con tu abuelo.

Tuve que ceder y sonreír un poco entonces. Ella lo había amado de verdad, y su corazón todavía le pertenecía después de su muerte. Ese destello secreto de alegría iluminaba sus ojos cada vez que lo mencionaba, y no podía discutir que había tenido algo especial con mi abuelo.

—Me organizaron el matrimonio con él —dijo, como si yo no lo hubiese sabido desde hace mucho tiempo—. Pero había algo en él que al final cautivó mi mirada. Hubo algo entre nosotros, y verdaderamente fuimos una unión por amor, Maxim. —Extendiendo la mano para posarla en mi codo, se ablandó más y sonrió libremente—. Nos amábamos.

—Sé que lo hacíais. Pero eso es raro.

Ella suspiró.—Quizás *puede* ser raro, pero no es imposible.

Me reí una vez.—No voy a apostar por las probabilidades. Y no voy a salir en busca del amor ni nada parecido.

Frunció el ceño, manteniendo firme su posición en esta discusión de nuevo.

—Tampoco voy a buscar una mujer. Aún no. Hasta que no haya prisa por que tenga un heredero, ni siquiera lo tengo en mente.

—¿Por qué no puede estarlo? Viste cuánto nos amábamos tu abuelo y yo. ¿Por qué no quieres eso para ti?

—Porque no quiero estar en la posición de que mi esposa y la madre de mi hijo se convierta en traidora y tenga una aventura. No deseo quedar atrapado entre salvar a mi familia o dejar entrar a alguien en ella.

—Maxim. —Suspiró profundamente—. Beatrice era diferente. Había sido demasiado consentida toda su vida como princesa de la Mafia y pensó que podía jugar.

—No —interrumpí fríamente—. Se metió donde no debía y descubrió lo que sucede cuando el Sindicato Ivanov casi se arruina por sus mentiras y duplicidad. Ese es un error que no permitiré.

—Te vendría bien recordar cómo tu abuelo y yo gobernamos como socios —alzando la barbilla, parecía a la vez regia y severa—. Comprendo que hayas vivido odiando a tu madre por el daño que causó a la familia, pero desearía que vieras mi papel en tu vida como un ejemplo de cómo puede ser también un matrimonio.

—Lo veo... —gruñí, pasándome la mano por el pelo—. Y también veo que es inútil preocuparse por el matrimonio o un heredero *ahora*.

—Permíteme discrepar —se pellizcó el puente de la nariz, como si fuera yo quien le estuviera dando dolor de cabeza con este tema—. Y por eso seguiré dando los pasos preliminares para investigar a mujeres elegibles que puedas considerar. Estoy haciendo las comprobaciones de antecedentes y compilando sus expedientes para que, cuando saques la cabeza del culo y te sientas preparado para elegir a alguien, lo tenga todo listo para que puedas revisarlo.

Me encogí de hombros. —Bien. *Pero no contengas la respiración esperando que me ponga en acción*.

Con ese brusco final, salí de la casa. Me alejé del tema de casarme con una mujer y dejarla embarazada. Por supuesto, ella tenía razón.

Algún día tendría que cumplir con mi deber. Pero debía dejarlo estar y dejar de darme la lata.

Tenía otras cosas de las que preocuparme primero.

Durante el trayecto al club donde se celebraba la fiesta de los Géminis, no me molesté en reflexionar sobre los problemas que enfrentaba nuestra familia. En su lugar, mientras me acercaba al club de striptease con las habitaciones privadas en la parte trasera para élites como yo, me entusiasmaba la idea de encontrar una mujer con quien follar.

Hacía demasiado tiempo que no me dejaba llevar y disfrutaba de un coño apretado. Había estado demasiado ocupado últimamente para dejar que una desconocida me diera placer. Pero esa sequía terminaría ahora.

—Esperadme en el coche —le dije al conductor y al otro hombre de los Ivanov en el asiento delantero—. No tardaré mucho.

Un paseo por las salas VIP me diría si encontraría lo que estaba buscando. Solo haría falta una única vuelta entre la multitud para escuchar cualquier cosa que mereciera la pena. Y me daría tiempo suficiente para examinar a las bailarinas y strippers disponibles.

Después de toda aquella charla con mi abuela sobre princesas de la Mafia, entré en la fiesta con una mentalidad desafiante para probar algo opuesto a lo que ella quería que viera y con lo que viviera el resto de mi vida.

No más morenas elegantes. Estaba harto de ver lo mismo de siempre en las familias rusas con las que éramos aliados, todas ellas excesivamente arregladas, demasiado correctas, formales y sofisticadas, como muñecas de porcelana. Se vestían igual. Hablaban igual. Y se sentían igual.

Estaba de humor para algo diferente. Alguien nueva.

Los primeros minutos abriéndome paso entre la multitud me revelaron que no escucharía ningún cotilleo decente que pudiera equivaler a información útil. Solo con saludar a los miembros de la familia Gémini que convocaban una celebración que no me importaba, escuché y vi lo borrachos y colocados que estaban los invitados. Quizás había llegado más tarde de lo que pensaba, pero parecía que todos habían llegado con la intención de ponerse lo más perjudicados posible, lo más rápido posible.

La mitad de ellos se estaban cayendo y otros bebían cada vez más entre raya y raya de coca.

*Maldita sea...*

Parecía que todas las bailarinas y strippers estaban igual de lejos en el camino de hacer de esta noche una que no recordarían por la mañana. Si no estaban haciendo bailes privados y bebiendo chupito tras chupito, estaban chupando pollas o tonteando entre ellas.

*¿En qué demonios me he metido?*

*¿Es que hay luna llena o algo así?*

Había una diferencia entre encontrar una mujer para follar y entrar en una orgía descontrolada. Eso es lo que parecía esto... hasta que la vi a *ella*.

Mirando dos veces a la esbelta mujer en la esquina, quedé enganchado de nuevo después de mi vistazo superficial a esa zona por lo intensamente dorado que era su pelo. Incluso bajo las luces tenues de las salas de fiesta, sus ondas rubias me incitaban a querer mirar otra vez.

Y otra vez. Recorrí su figura con la mirada, incapaz de apartar la vista de su cuerpo curvilíneo pero esbelto. Aún con un traje escaso y sin desnudarse del todo, me atraía instintivamente a querer arrancar esas finas capas y ver qué escondía. Al ser la única bailarina que aún no se había desnudado por completo, ofrecía automáticamente un juego de hacerse la difícil.

Antes de poder pensarlo detenidamente, antes de poder racionalizar por qué me sentía tan inmediatamente atraído por ella, ya estaba cruzando la sala. Sin apartar la mirada de ella ni una sola vez, me dirigí directamente hacia donde estaba en la esquina, con la espalda pegada a la pared mientras fruncía el ceño a los tres hombres que la rodeaban.

Tal vez era eso.

No estaba sonriendo seductoramente ni sugiriendo a los hombres que se acercaran. Esta rubia casi parecía enfurruñada, sin actuar como una sirena. Y mientras intentaba echarse hacia atrás para evitar que uno de los hombres la agarrara por la cintura, parecía cabreada.

Ese fuego. Esa fiereza.

Eso era algo con lo que podía conectar. Demasiadas de las princesas de la Mafia que tenía que conocer eran tan vacías, tan condicionadas para ser dóciles que no tenían carácter alguno.

Quienquiera que fuese esta mujer... Tenía descaro y actitud.

Justo lo que necesitaba esta noche.

—No —dijo ella antes de que pudiera alcanzarla, acorralada cerca del pasillo que daba a la selección de habitaciones privadas.

Otro de sus admiradores se abalanzó sobre ella, echando el brazo hacia atrás y hacia arriba para golpearla. —No puedes decirme que *no* —gruñó, alterado y furioso.

Justo a tiempo, antes de que pudiera darle una bofetada, avancé e intervine. Estos idiotas eran soldados de bajo nivel de los Gémini. Unos don nadie. Pero en este momento, eran los gilipollas estúpidos que aprenderían a retroceder antes de que los matara por intentar tocar a esta desconocida que tenía que tener.

—¿Y qué tal si *yo* te digo que no? —propuse con rudeza, agarrando la mano del hombre antes de que pudiera golpearla. Manteniéndola

a mi espalda, bloqueé físicamente a estos tres hombres para que no estuvieran lo bastante cerca como para alcanzarla. Consciente del calor que irradiaba su cuerpo, sabía que debía estar apretándose detrás de mí, usándome como escudo.

—La vimos primero —argumentó un hombre, intentando golpearme. Sujeté el brazo del primer hombre en el aire mientras desviaba el puñetazo del otro y le di una patada tan fuerte que salió volando hacia atrás. Con la música tan alta, nadie habría podido oír el golpe seco al chocar contra una mesa o el estrépito de esta al caer con él.

—Oye, vete a la mierda —dijo el tercer tipo. Intentó abalanzarse sobre mí, para placarme, y le di dos puñetazos para que cayera al suelo.

Quedando solo el último, al que había detenido al principio y cuyo brazo todavía mantenía alejado, le desafié a que intentara algo más. Sus dos amigos gemían en el suelo. Si tuviera algo de sentido común, se retiraría. Pero parecía demasiado colocado y fuera de sí para pensar con claridad. —¿Quién te crees que...?

Nunca me molesté en complacer a alguien que me preguntara quién me creía que era. Sabía quién era y siempre sería. Un jefe del Sindicato Ivanov. El hijo mayor de Grigory Ivanov, líder del mundo criminal en Nueva York. No necesitaba adivinar ni que me pusieran en mi lugar... jamás. Pero lo hice ahora. Retorciendo el brazo de este tipo, le hice chillar de dolor mientras le dislocaba el hombro. Luego, antes de que pudiera asimilar completamente el dolor total de esa maniobra, levanté mi rodilla contra su cara dos veces, sintiendo cómo se quebraban los huesos antes de dejarlo caer al suelo.

Nadie se dio cuenta de la violencia en esta esquina, escondida más lejos del espacio principal de las salas de fiesta.

Todos los gemidos y gruñidos de dolor pasaron inadvertidos con la música y las conversaciones que inundaban la celebración.

Un hombre no hacía ruido alguno. Mientras recuperaba el aliento tras el breve subidón de adrenalina de la pelea, les eché un vistazo y me pregunté fugazmente si habría matado a ese alto al machacarle la nariz así con la rodilla.

Ese fue su error. No el mío.

Girándome lentamente, contemplé a la belleza que se encogía detrás de mí.

Todavía parecía nerviosa, demasiado cautelosa para desmayarse de alivio porque esos matones hubieran sido neutralizados. Mientras levantaba su cautelosa mirada verde para encontrarse con la mía, quise gruñir por el impacto instantáneo que me provocó.

Una mirada completa a sus ojos y quedé atrapado.

Esa intensidad salvaje me desafiaba. Esa actitud defensiva y cautelosa me intrigaba. Era preciosa, sin miedo a enfrentarse a mi mirada, como si no pudiera decidir si yo tampoco merecía estar en su presencia.

Y mientras la veía perder una fracción de esa tensión nerviosa para casi sonreírme, supe que estaba demasiado intrigado como para renunciar a explorar quién era ella ahora.

—Um. —Tragó saliva con dificultad, bajando la mirada rápidamente para observarme con retraso. Hipnotizado por la vulnerabilidad y el interés apenas velado en su reacción, di un paso adelante para alejarla conmigo de estos hombres en el suelo.

No protestó, caminando a mi lado mientras ponía mi mano en su curvilínea cintura.

—Gra...

—Tercera puerta a su izquierda.

Aparté la mirada de la rubia para darme cuenta de que un empleado del club me estaba hablando. —¿Qué?

—Tercera a su izquierda —repitió, indicándonos que avanzáramos. Se aproximó, casi arreándonos a mí y a esta mujer hacia una sala privada. Habíamos estado lo suficientemente cerca de la entrada de la zona de salas privadas como para que malinterpretara que éramos la siguiente pareja esperando una habitación pequeña.

—Yo... Él... —Tartamudeando sus palabras, la rubia fue dirigida a entrar en el pequeño y oscuro espacio conmigo.

Parecía tan sorprendida y confundida como yo lo había estado, pero no podía determinar si estaba intentando protestar por su error o tratando de explicar que no habíamos estado en la cola para conseguir una habitación.

Una vez que estuvimos dentro juntos con la puerta firmemente cerrada tras nosotros, me quedé allí y me pregunté si ella querría salir corriendo o quedarse.

# SLOANE

—Espera...

La puerta se cerró ante mi débil resistencia.

Parpadee, dejando que mis ojos se adaptaran a la penumbra de este pequeño espacio que olía más limpio que el resto de las salas VIP de fuera. O quizás era simplemente que ya no tenía que enfrentarme a esos tres siniestros tipos, lo que hacía que mi perspectiva de la vida fuera mucho más clara y fácil de sobrellevar.

Dejando escapar otro suspiro profundo tras el arrebato de pánico cuando me acorralaron, levanté la mirada para observar a mi héroe. Este hombre había irrumpido allí como un regalo del cielo, rescatándome de aquellos hombres que me tocaban. No me habían golpeado. No me habían violado. Gracias a este hombre alto, moreno y taciturno, me había librado de un destino peor.

Pero no podía ser un regalo de ningún dios con ese aspecto.

Atrapados en un silencioso duelo de miradas, nos observábamos como dos adversarios que no sabían a quién le tocaba hacer el siguiente movimiento.

Con el pelo castaño alborotado, parecía salvaje e indómito. El traje a medida que se aferraba a su cuerpo musculoso sugería que escondía

un poder bestial. Si no le hubiera visto en acción, reduciendo a esos tres tipos espeluznantes sin siquiera sudar, no lo habría creído.

Los rasgos angulosos de su rostro le hacían parecer más duro y pétreo de lo que yo quería pensar. Y esa mirada marrón oscura, tan amenazadora y a la vez curiosa, me convenció de que sería más un demonio que un ángel.

No importaba.

Todo lo que me importaba era que estaba aquí. Y que le había importado lo suficiente como para intervenir cuando yo estaba claramente en inferioridad numérica y atrapada en una situación de mierda.

—Eh... —No podía confiar en una estúpida sonrisa sensual y llevarla como si fuera parte de mi uniforme. A menudo, eso *era* mi uniforme. Desnuda pero sonriendo para engañar a los hombres y que me dieran hasta el último euro que tenían. Aturdida y todavía recuperándome de la montaña rusa que iba del miedo al pánico, y luego de la ira al alivio, no era capaz de pensar, y mucho menos de hablar.

—¿Estás bien? —preguntó.

Incluso su voz era áspera y carrasposa, como si no pudiera haber nada suave o delicado en él. *Sabía* que no era un hombre tierno. Acababa de entrar y casi matar a esos hombres sin pestañear. Como si no fuera nada.

¿Y tenía la claridad mental para preguntar si yo estaba bien?

Nadie se preocupaba nunca por mí lo suficiente como para comprobar si estaba *bien*.

Ni una sola persona se interesaba por cómo me iba o si estaba pasándolo mal.

Estaba tan lejos de estar *bien* que no sabría cómo volver a estarlo, si es que alguna vez lo había estado en esta dura vida que había

soportado hasta ahora.

Él sí lo hizo, sin embargo.

Con esa mirada lenta, evaluadora y calculadora que deslizó sobre mí, esperaba una respuesta.

—Yo... —Asentí rápidamente, sintiéndome estúpidamente tímida. *Yo*, una experimentada stripper, estaba *tímida*—. Ahora sí.

Él asintió secamente, apenas un ligero movimiento de cabeza. Luego jugó sucio. Mientras sus labios se curvaban lentamente en una sonrisa perezosa, me empujó fuera de mi zona de confort hacia un territorio inexplorado.

Nunca antes un hombre me había mirado *así*. No era la mirada nublada y lujuriosa que muchos hombres me dirigían cuando estaba en el escenario. No era el entrecerrar de ojos calculador de quien intenta averiguar cómo usarme para lo que quiere.

Me examinaba con un interés tan intenso que la atracción fluía como una corriente entre nosotros. Confinados en esta sala privada, solo nosotros dos, tenía una experiencia completamente nueva de estar a solas.

Estaba a solas... con él.

Se me subió a la cabeza, emocionándome por interesar a un hombre tan rudo como él. Y se me fue a la entrepierna, calentándome desde dentro al saber que podía atrapar a un tipo así para que me mirara con la intención de devorarme por completo.

—Estoy más que bien ahora —respondí, sincera y deseando poder perder parte de esta honesta atracción para tomar prestado el acto de seductora falsa que usaba en el escenario—. Y desearía poder agradecerte por haberme salvado ahí fuera. —Di un paso a un lado, dándole espacio para que avanzara más en la habitación.

Él no había pedido este espacio. Yo tampoco. Me di cuenta ahora de que simplemente habíamos estado cerca de la fila y el hombre que

supervisaba las salas había asumido que queríamos una.

—¿Y cómo podrías hacer eso? —preguntó con un gruñido áspero mientras se acercaba a la silla. Estaba colocada allí, destinada a que un cliente se sentara y viera un espectáculo privado. Mientras bajaba su poderoso cuerpo sobre ella, sin quitarme los ojos de encima, se pasó la punta de la lengua por el labio inferior.

*Dios mío.*

De repente, tuve la sospecha de que Nevaeh quizás no estaba hablando por hablar cuando me tomaba el pelo diciendo que mis vibradores no eran tan buenos como la cosa real. Porque sin saber nada de este hombre, podía decir que sería lo mejor que podría esperar jamás. Un hombre no podía ser tan increíblemente sexy y rezumar masculinidad y testosterona sin ser largo y grueso... y sin saber cómo blandir semejante espada.

—¿Cómo puedo agradecértelo? —No pretendía responder a su pregunta con otra, pero estaba demasiado descolocada por este deseo rabioso que me quemaba las venas. Nunca antes había sido tan visceralmente consciente de un hombre. Y nunca pensé que volvería a desear a uno después de haber jurado que a partir de ahora estaría soltera.

Él asintió, observándome mientras me acercaba, poniendo un énfasis especial en el contoneo de mis caderas al caminar. Sorprendentemente, no bajó la mirada de mi rostro. A pesar de que apenas llevaba ropa, quería mantener esa mirada ardiente en mis ojos como si pudiera atravesarme y abrasarme desde dentro.

—¿Cómo te gustaría que te agradeciera? —pregunté una vez que estuve directamente frente a él.

Ahogándome con esa mirada ardiente, separó las piernas. —Como tú quieras.

Deberle un agradecimiento iba en contra de mis deseos. No quería que ningún hombre esperara nada de mí. No me apetecía en

absoluto que me controlaran así. Pero con este desconocido, quería complacerle. Quería servirle.

La forma en que me preguntó qué quería *yo* me dio el valor para lanzarme. Todas las ideas traviesas y obscenas que pasaban por mi mente eran posibles de esta manera.

Nada de esta noche estaba saliendo como esperaba, y con este hombre fuerte que había demostrado que le importaba lo suficiente como para salvarme de otros, yo también quería comportarme de forma inesperada.

Empezando con un baile lento y sinuoso, me recosté sobre él y me moví al ritmo de la música tenue que sonaba por los altavoces de la habitación. Pasé mis manos por su duro pecho. Rodeé su cintura con mis piernas mientras me restregaba sobre su regazo. Froté mis pechos cerca de su cara, estremeciéndome ante el delicioso calor de su aliento sobre la piel que deseaba desnudar.

—Gracias por alejarme de esos hombres —susurré mientras me arqueaba sobre él, empujando mi trasero hacia el enorme bulto en sus pantalones.

Girándose ligeramente, acercó sus labios a mi mejilla, tan cerca de mi oído. Contuve la respiración mientras deslizaba sus brazos sobre mí para empujarme de nuevo sobre su regazo mientras susurraba: —De nada.

Un calor líquido me recorrió ante el roce de aire de sus labios. No estaba bien. Realmente no debería. Pero algo se quebró dentro de mí.

Cerrando la distancia entre nosotros, froté mi cara contra la suya hasta que pudo atrapar mi boca en un beso duro y castigador. El gemido que escapó de mis labios sonaba tan obsceno y crudo, pero no me importaba.

No podía imaginarme tocando a ninguno de los hombres de fuera, pero aquí, a solas con este hombre misterioso que luchó para

protegerme, quería sentirle en todas partes.

Tomé su mano y la presioné hacia abajo. Con una precisión infalible, se movió conmigo de modo que cuando sus dedos se deslizaron más abajo, se colaron bajo la frágil tela de mi tanga.

Perdiendo el ritmo del baile, cerré los ojos y me quedé recostada sobre él mientras introducía esos grandes dedos en mi húmedo sexo. La piel de mi entrada ya estaba empapada para él por lo prohibido que resultaba estar aquí así con un desconocido. Y mientras acariciaba con esos dos dedos arriba y abajo, para luego hundirlos dentro, me perdí en esta carrera hacia el orgasmo. Su brazo sobre mi estómago me mantenía en su regazo. Aún frotándome contra su erección atrapada en sus pantalones, cabalgué sus dedos y alcé la mano para agarrar su rostro.

Obedeciendo la orden de besarle mientras se inclinaba hacia mí pero me sujetaba encima de él, luché por no desmayarme por la necesidad de aire. Mi corazón nunca había latido más rápido que esto. Mis pulmones nunca habían suplicado tanto por oxígeno. Pero él me poseía. Controlaba mi cuerpo, metiéndome los dedos y haciéndome gotear de excitación.

—Gracias —susurré entre respiraciones jadeantes mientras levantaba su otro brazo para arrancarme la parte de arriba—, por entrar en esta habitación conmigo.

—Joder. —Lo dijo como un gruñido mientras empujaba hacia arriba. Sujetando mi pecho con su mano libre, frotó su pulgar sobre el duro capullo de mi pezón. Y mientras me recostaba sobre él, con las piernas bien abiertas mientras me penetraba con los dedos, empujó sus caderas hacia arriba para restregar su erección contra mi trasero.

Me aferré a su cara mientras me besaba de nuevo, gruñendo en mi boca mientras su lengua buscaba la mía. Pero por muy rápido que empezara todo esto, estaba demasiado cerca de correrme. Los juguetes nunca estarían a la altura de un hombre magistral como él.

Mientras gemía, tan desesperada por el alivio de correrme con sus dedos, grité ante la intensa presión tan baja en mi vientre. Mi sexo anhelaba más de él para llenarme y dilatarme. Mis pezones suplicaban más de sus dedos para pellizcarme. —Gracias por...

Jadeé ante la intensificada tortura de sus dedos sobre mí. Añadiendo su pulgar a la mezcla, frotándolo sobre mi clítoris, me instó a correrme. Lo hice, gritando tan fuerte que si no me hubiera silenciado con su boca sobre la mía, todos en las otras habitaciones privadas me habrían oído.

—Más —gruñó mientras ola tras ola de placer ardiente me atravesaba. Desde mi palpitante sexo, tan sensible por su roce áspero, hasta las puntas de mis pezones que dolían con la dulce liberación de este clímax, sentí la intensidad de este orgasmo hasta que apenas pude asentir a lo que dijo.

—Dame más —exigió mientras me colocaba sobre uno de sus muslos gruesos. Manteniendo sus dedos dentro de mí, se desabrochó y sacó su miembro.

Sentir cómo se elevaba su pecho demostraba lo agitado y excitado que estaba. Yo le había hecho eso. Yo.

Oír sus inhalaciones entrecortadas mostraba lo rápido que latía su corazón por mí.

Y sentir cómo me deslizaba sobre la suave y ancha cabeza de su polla me hizo gemir de nuevo.

—Gracias —susurré débilmente. Acababa de correrme con sus dedos que mantenía dentro de mí y aún quería más. Mientras sacaba lentamente sus dedos, metió ese gran miembro en mí.

Arqueando la espalda, recibí la intensa dilatación de su polla empujando hasta el fondo dentro de mí. Tan pronto como metió toda su longitud, me levanté y puse mis manos sobre sus rodillas para empujar hacia atrás contra él.

Estableciendo un rápido baile de mecerme sobre su dureza nos llevó a ambos a correrno demasiado rápido.

En esta habitación privada en la que no tenía intención de entrar, y con este hombre que no pensaba conocer esta noche, cabalgué su gran miembro hasta que nos corrimos juntos. Mis paredes interiores lo envolvieron, y él gimió mientras me empujaba hacia arriba una última vez. Extendida sobre sus muslos, temblé ante la dicha de sus manos en mis muslos, sus uñas clavándose en mi carne mientras me bajaba sobre su polla palpitante que derramaba su cálido semen dentro de mí.

Lo sabía perfectamente.

Se suponía que no debía estar en uno de estos eventos privados para empezar.

Y desde luego no debía ceder al deseo de un hombre rudo y exigente que mostró que le importaba aunque fuera mínimamente.

Pero mientras agachaba la cabeza y obligaba a mi corazón a ralentizarse, me permití una pequeña sonrisa de triunfo y placer egoísta por haber dejado que ocurriera de todos modos.

*Solo por esta vez.*

*Solo es una vez.*

*No hay ningún daño en vivir un poco.*

*¿Verdad?*

# MAXIM

A la mañana siguiente, me dirigí al despacho de mi padre para ocuparme de los negocios. Estaba descansado, listo para enfrentarme a los problemas del día. Y sabía que tenía que agradecer a esa espectacular rubia por ayudarme a despejar la mente de esta manera. El sexo era un excelente remedio contra el estrés, pero había algo en ella que me incitaba a sonreír incluso mucho después de haberla visto marchar.

Las mujeres me suplicaban que me las follase. Y siempre agradecían lo bien que las hacía sentir. Algo en aquella rubia de anoche le dio un nuevo significado a las palabras *gracias*. Se había ofrecido a mostrarme su gratitud con un baile, pero me dejó atónito con lo mucho más que había deseado. Lo mucho más que podía soportar.

—Pareces demasiado contento para estar lidiando con esta mierda —dijo Nik al entrar en el despacho de nuestro padre.

Borré toda expresión de mi rostro, sin querer explicar que era el recuerdo de la hermosa stripper lo que me hacía sonreír. Ninguna mujer permanecía en mi mente jamás. La mañana después de acostarme con alguna, no quedaba ninguna impresión duradera. El sexo era solo sexo. Al final, todos los coños eran iguales.

*Pero* ella *no*. Tenía que dejar de pensar en lo bien que se había sentido. No era como si fuera a volver a verla. No le había preguntado su nombre, pero antes de marcharme del club, ordené a

mi soldado que se quedara en la fiesta y se asegurara de que nadie la molestara. Era lo mínimo que podía hacer después de cómo me había cabalgado.

—¿Quién dice que estoy contento? —le respondí a mi hermano menor mientras dejaba caer fotos y papeles sobre el escritorio de mi padre. Aunque Grigory había regresado de Miami a media mañana, todavía estaba durmiendo un rato más, dejándonos los negocios a nosotros.

—Estás sonriendo —observó Nik, mirándome atentamente.

Me encogí de hombros y cogí mi taza.

—¿Qué puedo decir? El café está excepcionalmente fuerte hoy.

Arqueó una ceja y levantó ligeramente la cabeza para echarse hacia atrás su pelo demasiado largo.

—Lo que sea. ¿Qué opinas de esto? —señaló los documentos que había arrojado sobre la mesa.

Me habían informado de los problemas en uno de los bares propiedad de los Ivanov. Nik recibió noticias sobre los problemas con una banda de moteros que causaron alboroto allí a altas horas de la noche, pero mientras los cadáveres habían sido retirados después de la pelea y los testigos interrogados, yo estaba durmiendo tras el placer proporcionado por aquella rubia.

*Seguro que ella también durmió bien*. Con un cuerpo tan atlético y elegante como el suyo, debía estar acostumbrada a la actividad extenuante del baile. Y a follar así. Sin ningún esfuerzo consciente, recordé lo bien que se veía recostada sobre mí. Cómo me había cabalgado a la perfección, sus tetas rebotando, su culo tan redondo y maduro para que yo lo sujetara. Aun así, después de que ambos nos corriéramos y ella se levantara de mi regazo, vi lo temblorosa que estaba, como si el orgasmo que le di hubiera sacudido su mundo. Cuando me quité el condón que me había puesto

apresuradamente antes de penetrarla, sonreí al verla sujetarse a la pared para estabilizar sus pasos.

—¿Maxim? —Nik me observó atentamente—. ¿Qué coño te pasa?

Negué con la cabeza, ahora molesto porque la stripper seguía tan clavada en mis pensamientos.

—Nada.

—No estás prestando atención. —Se sentó y me observó coger los papeles—. ¿Qué está pasando?

—Nada.

—Dijiste que ibas a ir a ese evento de Gemini anoche.

Asentí, tratando de concentrarme en las imágenes del baño de sangre que ocurrió anoche en nuestro bar.

—Así fue.

—¿Pasó algo allí?

—No. *Sí*. Encontré a la stripper más caliente y disfruté dándole la oportunidad de follarme bien. Pero ahora era el momento de sacarla de mi mente. Mirando a Nik, aclaré mi garganta y sostuve una foto que uno de los soldados había tomado cuando fueron a encargarse de la limpieza—. ¿Crees que está relacionado con alguien que conocemos?

Nik se encogió de hombros, sin parecer convencido de que estuviera concentrado.

—Hugo ya ha examinado estas fotos y parece pensar que la pelea o esa banda están conectadas con los Romano o los Kozlov.

—Estoy de acuerdo. —Golpeando con el dedo a uno de nuestros hombres, fruncí el ceño—. Pero este cabrón es un muerto viviente.

Mi hermano no discutió ese hecho. Crujió el cuello de lado a lado para deshacerse de las tensiones.

—Damon lo tiene ahora en el sótano.

Ese era el destino que esperaba a cualquier soldado Ivanov que decidiera convertirse en traidor. Si no fuera por ese cabrón que prácticamente invitó a esta banda de moteros al bar, todas esas muertes no habrían ocurrido. La violencia era algo común en nuestras vidas, pero nunca queríamos demasiadas peleas o muertes que pudieran hacer que la policía y el FBI interfirieran.

Nik y yo hablamos un poco más sobre el incidente de anoche, pero no se quedó mucho tiempo, alegando que tenía otras cosas que seguir y investigar.

Una vez que se marchó, ordené algunas cosas en el despacho y salí también. Todos teníamos nuestras propias "jurisdicciones" que supervisar en el imperio Ivanov, pero yo no tenía nada urgente que atender. Me reuní con Damon, sin que me molestara su aspecto siniestro, como un monstruo que hace una pausa en la tortura de los que están en la mazmorra. También me encontré con Saul para examinar algunas propiedades que pensaba que podríamos adquirir. Y más tarde, asistí a reuniones con nuestros inversores para discutir el movimiento de fondos importantes de un proyecto a otro.

En general, no estaba aburrido. Tenía cosas que hacer y gente que ver y con quien hablar. La ociosidad no era mi preferencia, y de hecho tenía el día completo.

Sin embargo, no podía quitarme de la cabeza a esa stripper rubia. Cada vez que me relajaba e intentaba concentrarme en lo que alguien decía, me veía tentado a pensar en ella otra vez. Cómo se sentía al acariciarme. Cómo sonaba cuando llegaba al orgasmo. Cómo me atrapó bajo un malvado hechizo de deseo que me obligaba a mirarla y preguntarme cómo podía ser un desafío tan irresistible.

No podía rendirme ni perder esta euforia de haberla tenido así anoche, y quería estar seguro de que anoche era todo lo que necesitaba. Una mujer al azar que no tenía miedo de un polvo rápido e intenso. Una desconocida a quien nunca volvería a ver, una que no me encadenaría con expectativas de compromiso.

A lo largo del día, cuando me di cuenta de que no podía olvidarla, reconocí que era la primera vez que me ocurría. Normalmente, no me molestaba en pensar o recordar una aventura de una noche con una mujer cualquiera en un club de striptease. Así de desapegado me mantenía.

Pero ese no era el caso con ella.

*¿Y qué?*

Al regresar a casa esa noche, sacudí la cabeza y descarté que esto fuera un problema.

Así que era ligeramente inolvidable. Eso no significaba nada. Solo probaba lo jodidamente sexy que era, lo atractiva que se veía y lo hábil que era para hacerme correr con su apretado coño. Había visto mi parte de strippers y bailarinas, y ella tenía movimientos como ninguna otra.

No es como si fuera a ser la última stripper o bailarina que tendría cerca.

Eso era un hecho.

Por supuesto, una mujer como ella causaba impresión.

Habría tenido que estar ciego e impotente para no verme afectado por alguien como ella.

*Pero eso no significa que vaya a ser una impresión duradera.*

No importa lo bien que se sintiera, de ninguna manera cambiaría de opinión sobre no querer comprometerme y hacer algo a largo plazo con ella. Una noche caliente no me obligaría a renunciar a mi

desconfianza hacia las mujeres en mi vida. Eso era parte de lo que la hacía tan tentadora: el hecho de que no sabía nada sobre mí y no podía tener ninguna parte de mí para explotar.

*A la mierda.* Levanté la vista al entrar en la casa y suspiré por el largo día. *Dale un poco más de tiempo y será olvidada como todas las demás.*

Justo como debía ser.

Ninguna mujer podría mantener el control sobre mí por mucho tiempo.

Ni siquiera la esposa que necesitaría encontrar algún día, la mujer que no serviría otro propósito más que darme un heredero.

# SLOANE

La música retumbaba desde el apartamento a mi izquierda. Era temprano para que estuvieran de fiesta con tanto ímpetu. A mi derecha, la madre soltera no conseguía callar a su niño pequeño que chillaba porque estaba demasiado ocupada insultando al padre de su hijo, que la noche anterior había traído a otra mujer a casa.

Todo el ruido caótico me sobreestimulaba mientras permanecía sentada sobre la tapa del váter. Era demasiado fuerte. Demasiado alboroto. Tantas cosas ocurriendo a la vez que no podían amortiguarse con las paredes de papel de este mugriento edificio de apartamentos.

El pánico y la ansiedad se enroscaban dentro de mí, girando cada vez más rápido y más densos hasta que sentí como si una bestia viva de pavor me estuviera asfixiando.

Había tenido miedo antes. Aquella noche cuando el borracho de Lenny casi me obligó a subir a la furgoneta de aquellos hombres, estaba aterrorizada. El día que me di cuenta de que Derick me había mentido, engañado y acumulado una deuda imposible en todas mis tarjetas, quedé horrorizada.

Pero hoy, en este momento mientras miraba fijamente el test en mi mano, experimenté una aprensión totalmente abrumadora. Era una sensación completa de shock y preocupación que se fundió en un

golpe aterrador a mi psique. Esto debía de ser lo que se sentía cuando un tren de mercancías arrollaba a alguien.

*¿Cómo he podido ser tan estúpida?*

El delgado trozo de plástico en mi mano no tenía respuesta para esa pregunta. La única respuesta que me daba era un positivo. Unas pequeñas líneas aparecían al final y respondían a las preguntas que me había hecho sobre por qué me sentía ligeramente rara estas últimas dos semanas y media. Con una clara lectura positiva, respondía a mi pregunta sobre por qué mi periodo se había retrasado tanto.

*Embarazada.*

El bebé del vecino se puso a llorar justo entonces, como si fuera una señal, y me sobresalté con el aumento de ruido de fondo y dejé caer el test. Sus llantos me hicieron reaccionar, recordándome que no tenía tiempo libre para entrar en pánico así. Ni ahora. Ni aquí.

Ya llegaba tarde al Stanley's para una larga noche de baile.

Pero no estaría sola sobre el escenario. Estaría bailando con una nueva vida en mi vientre.

*¿Embarazada?*

Me agaché para coger el test de embarazo del suelo, pero no podía mirarlo más. En su lugar, abrí de un tirón un cajón del lavabo y lo tiré dentro. Era una pena que lo de *ojos que no ven, corazón que no siente* no funcionara tan bien. Aunque ya no mirara ese palito que me decía que iba a ser madre, debería haber sido capaz de imponerme una falsa calma. Ignorarlo y ni siquiera pensar. Moverme, como siempre, en piloto automático para llevar mi culo al trabajo y lidiar con la vida.

Pero no podía apartar la idea de cómo cambiaría drásticamente mi vida.

Me carcomía, ocupando todos mis pensamientos mientras salía de mi apartamento y cerraba con llave. Me roía los nervios destrozados mientras caminaba por la ciudad hasta llegar al club. Y cuando llegué en medio de las otras bailarinas que se vestían o se arreglaban el pelo y el maquillaje, el hecho de que estaba esperando un bebé amenazó con hacerme desmayar.

De todos los días, hoy era un día horrible para saltarse una comida, pero me había quedado sin dinero. Se convirtió en un debate entre pagar para mantener el aire acondicionado o comprar más alimentos. Como siempre podía beber agua para engañarme y sentirme llena, opté por hacer que mi apartamento estuviera más fresco que los habituales treinta y tantos grados que hacía sin el aire acondicionado encendido.

Mareada y con náuseas por la impresión de estar embarazada, mantuve la cabeza gacha hasta que pude desplomarme en una silla libre en uno de los tocadores. Como Nevaeh me había fastidiado y no me había apoyado en aquel evento privado, intentaba mantenerme alejada de ella. Estaba al otro lado de la habitación, casi lista para salir al escenario, pero incluso si estuviéramos en términos más amistosos, no le habría soltado esta noticia.

Necesitaba más tiempo para adaptarme. Tenía que dejar que esta noticia calara más en mi cerebro antes de poder planificar cualquier cosa, incluido a quién se lo contaría.

Me vestí y me preparé para el escenario, moviéndome sin pensar. Suspendida en esta neblina de entumecimiento, intenté salir de este estado de ánimo y planear pensar en ello más tarde.

Por mucho que intentara que mi mente no fuera por ese camino, me veía absorbida por demasiadas preguntas y pensamientos de arrepentimiento.

*¿Cómo he podido ser tan estúpida?*

Sabía perfectamente que no debía ir a un evento privado, y desde luego siempre sabría que no debía tener sexo con un cliente.

*¿Cómo ha podido ocurrir esto?*

Aquel hombre rudo que ahuyentó a esos pervertidos había usado condón. En aquel momento, estaba demasiado distraída por el orgasmo que me dio con sus dedos para darme cuenta, pero lo usó. Lo vi cuando me levanté de encima de él tambaleándome y le observé quitárselo.

*Usó protección.* Odiaba no haberme detenido a escuchar al sentido común para exigirlo, demasiado distraída por la lujuria en el calor del momento, pero me alivió que él se hubiera encargado de enfundar su polla. Por supuesto, los condones nunca son cien por cien seguros...

*¿Cómo puede estar pasando esto?*

Aunque enmascaré mi pánico interno mientras me acercaba al escenario, no podía detener este aluvión de pensamientos que me atormentaba.

*No estoy en condiciones de traer un niño a este mundo.*

Estaba en manos de los cobradores de deudas, obligada a pagar los préstamos que había pedido para mantenerme a flote con la deuda de tarjetas de crédito que Derick me dejó como regalo de despedida antes de desaparecer con alguna guarra que había conocido.

Estaba atrapada viviendo en ese apartamento de mierda, teniendo que arreglármelas entre asegurarme de que tenía dinero para los servicios públicos o para comida, pero nunca para ambos.

Estaba sola, trabajando en cada oportunidad que podía conseguir.

*¿Cómo tendré tiempo para ir a las citas médicas? ¿Quién podría cuidar a este bebé? ¿Cómo puedo permitirme una niñera? ¿Cómo me las arreglaría para pagar las facturas del hospital para tener a este bebé?*

Las preguntas me apuñalaban sin cesar, pero seguí adelante, superando las primeras horas de la noche.

Cuando tuvimos un descanso y el camarero ofreció la comida sobrante que los clientes no se habían llevado a casa, me senté e intenté soportar mordisquear un palito de pan. No pude, sin embargo, demasiado destrozada por dentro para tener apetito. Si comía algo, seguramente acabaría vomitándolo en el escenario, y eso no ayudaría en absoluto a mis propinas.

Respirando lentamente para calmarme, intenté analizar lo que sabía frente a todas las incógnitas que me estaban asustando.

*Ese hombre es el padre.*

Este era el único hecho que no podía disputarse. No había tenido relaciones con nadie más. Ni antes de él, ni después tampoco. Cuando primero sospeché que Derick me estaba engañando, dejé de tener intimidad con él, y eso fue hace casi dos años. Y después de aquella noche cuando el hombre del traje me alejó de aquellos tres tipos que me habían estado manoseando y acosando, no había deseado a nadie más.

*Pero ¿quién es él?*

Antes de que este descanso terminara y tuviéramos que volver al escenario, pensé que podría intentar conseguir un nombre. Quizás no importaba si sabía quién era este hombre, pero ahora que me había dado un bebé, un recordatorio duradero de nuestro tiempo en aquella sala privada, quería saberlo.

Aparté mi plato antes de levantarme y llevarlo a la bandeja donde podíamos apilar todo para la cocina. Luego, abriéndome paso por los camerinos y la zona de bastidores, evité que Lenny o el otro supervisor, Brent, me escucharan mientras preguntaba sobre aquel evento privado al que había asistido.

Superar mi rencor con Nevaeh habría hecho esto más fácil. Ella estuvo allí esa noche. Podría saber quién era ese hombre, aunque

estaba demasiado ocupada haciéndoles felaciones a los invitados y ganando propinas extras para darse cuenta. Pero Nevaeh no estaba aquí. Estaba fuera en el coche de Nicky durante el descanso mientras él la "visitaba".

De todos modos, estaba demasiado enfadada con Nevaeh. Si me dijera quién era aquel hombre para el que había bailado en la sala privada, dudaría de ella y sospecharía que estaba mintiendo. Igual que me había mentido sobre trabajar en ese evento privado.

Otra bailarina, Felicity, me dijo el día después de aquel evento que la única manera en que Nevaeh podría haber conseguido la oportunidad de trabajar en esa fiesta privada era si tenía a alguien más como compañera. Íbamos de dos en dos, y por eso se había esforzado tanto para que yo aceptara.

Todas estas noches desde aquella fiesta, me recordaba una y otra vez que por esto solo podía contar conmigo misma. Solo podía confiar en mí misma y nunca en nadie más.

En ese sentido, debatí si averiguar quién era el padre de este bebé.

No contaría con él.

No le pediría ni una maldita cosa.

Porque este pequeño bebé que crece dentro de mí siempre podría contar conmigo.

—¿Qué pasa, Sloane? —preguntó Felicity después de beber un chupito de un trago. Estaba sentada con otra bailarina que también terminaba una bebida. No sabía su nombre, pero la reconocí. El rumor era que a veces dormía con uno de los dueños. Aunque no era por eso por lo que me resultaba familiar. Era la otra bailarina que había estado trabajando en ese mismo evento privado. Era la stripper que estaba metiendo los dedos a Nevaeh mientras ella le hacía una felación a un cliente.

—Oye, um. Pregunta extraña —dije, fingiendo una sonrisa—, pero eh, ¿recuerdas aquella fiesta VIP de hace un par de semanas en la que estuve?

La otra bailarina sonrió con picardía. —Sí, lo recuerdo. Lenny y Brent han estado hablando de ver si podrías asistir habitualmente a este tipo de eventos. Hubo muchos cumplidos sobre ti esa noche. —Me guiñó un ojo.

*Puaj. Ni de coña.* No me gustaba nada la idea de que los gerentes me señalaran específicamente.

—Hum. Interesante. ¿Recuerdas que le di un baile privado a un cliente? —pregunté, sintiendo que era una posibilidad remota.

La otra bailarina asintió y encendió un cigarrillo. —Sí. Por eso Lenny y Brent creen que serías buena con los VIP de ahora en adelante. —Soltó una risita, sacándole una sonrisa a Felicity—. No todos los días recibimos a un jefe de la familia Ivanov y lo dejamos satisfecho.

Me quedé helada. La sangre me abandonó el rostro mientras registraba lo que acababa de decir.

*¿Qué?*

—Te llevaste a uno de los jefes de la Mafia más escurridizos a una sala privada, chica. —Felicity me dio una palmada juguetona en el trasero—. Seguro que sabes cómo encontrar las carteras más gordas.

Mientras se reía con la otra bailarina, yo luchaba por creerlo.

De todos los hombres de Nueva York, ¿tenía que darle un baile privado a un miembro de la Mafia Ivanov? Incluso yo había oído hablar de ellos. Esos rusos eran sanguinarios, violentos y peligrosos. Entre todas las organizaciones criminales, ellos eran los que todos sabíamos que debíamos temer.

Y ahí estaba yo, dándole las gracias a ese hombre aquella noche. Un jefe. Un príncipe.

*Y tengo su bebé como recibo.*

La bailarina fumaba y alzó las cejas hacia mí, curiosa.

*Oh, joder. Joder. Joder. Joder.*

—Bien hecho, Sloane —animó Felicity—. Seguro que pagó bien.

Oh, claro que *pagó* por esa noche.

No solo me dio una generosa propina por mi tiempo en la sala privada. Me había depositado algo que nunca podría devolverle.

El miedo subió aún más, y me di la vuelta para entrar en pánico antes de que pudieran ver cómo estaba enloqueciendo por la impactante noticia de que tendría el bebé de un mafioso.

# MAXIM

Nik me acompañó cuando regresamos a la casa. Todavía no había dejado de refunfuñar entre dientes, furioso por otro incidente en uno de nuestros negocios. Yo también estaba harto de esta mierda, pero quejarnos y lamentarnos no serviría de nada excepto, quizás, para desahogarnos.

Ya había superado la fase de querer desahogarme sobre esta serie de ataques y pequeños agravios. Estaba decidido a saber quién estaba detrás de todo y por qué. Ningún golpe contra nosotros era lo suficientemente grande o grave como para derribarnos. Pero no cesaban.

Empujó la puerta delante de mí y entró como una tromba, sacudiendo la cabeza. Nos habían llamado a uno de nuestros restaurantes que había sido incendiado. Aunque nadie había muerto y no se habían perdido objetos irremplazables, el negocio estaría parado durante algún tiempo. Además, ese restaurante en particular era uno de nuestros favoritos. Solo eso ya lo hacía parecer un ataque personal.

—Estoy harto de estas distracciones —dije. Porque eso es lo que parecían. Cosas estúpidas y mezquinas diseñadas para molestarnos pero no para dañarnos realmente.

—¿Distracciones de qué, entonces? —preguntó Nik, esperando a que caminara junto a él.

—No lo sé.

Tan pronto como admití eso, un grito vino de arriba. Nik me agarró del brazo mientras ambos mirábamos hacia el rellano donde se unían las dos escaleras. Me puse tenso, alarmado y esperando otra pista sobre por qué mi abuela podría hacer ese ruido.

Entonces lo hizo de nuevo, y como si hubieran accionado un interruptor, Nik y yo nos lanzamos hacia delante, subiendo las escaleras a toda prisa. Ambos teníamos nuestras pistolas fuera mientras corríamos hacia el origen del problema. Los problemas existían en todas las facetas de nuestras vidas, pero no se suponía que nos siguieran hasta aquí. Dentro de estas paredes, teníamos la seguridad de demasiados guardias leales, demasiados asesinos y soldados bien entrenados, como para tener que preocuparnos por un peligro al acecho en nuestra casa.

—Id. Id —ordené a los guardias que salían de otros pasillos para que nos precedieran. Todos nos apresuramos como una unidad colectiva, con las armas preparadas y todos los sentidos agudizados. Pelear era parte de quien yo era. La violencia era un credo por el que vivía. Oír a mi abuela gritar de miedo en dirección al ala privada de mi padre alteraba la compostura habitual que mantenía cuando me enfrentaba al combate.

Después de que abrí la puerta y entré en la habitación de mi padre, Nik salió disparado hacia delante. Guardias y soldados nos flanqueaban, rodeando su cama mientras la abuela retrocedía torpemente.

—Vine aquí para hablar con él. Dijo que quería descansar hoy después de todos sus viajes, pero creo... —Negó con la cabeza, tan asustada que por una vez lo mostraba abiertamente—. Creo que alguien lo ha envenenado.

Su dedo no temblaba mientras señalaba la jeringuilla que estaba junto a su brazo. Levantó el brazo firmemente, rígida y cada vez más tensa por la ira mientras su rostro se contraía en una mueca de

enfado. —La ventana —señaló de nuevo, indicando dónde las cortinas ondeaban y volaban libremente con la brisa que entraba desde el espacio del balcón.

—¡Id! —ordené a los hombres, y varios se apresuraron a investigar.

Tenía razón al suponer que alguien podría haber entrado y salido por ahí. La única otra forma de que alguien hubiera entrado era la puerta por la que acabábamos de entrar corriendo, y a nadie se le había permitido entrar en la casa hoy.

Un par de soldados más fueron a revisar a mi padre. Yacía inmóvil pero respirando, tranquilamente quieto pero inquietantemente laxo. Manteniéndome atrás mientras Nik abrazaba a nuestra abuela para apartarla, miré fijamente al líder de nuestra familia y lo supe.

*Esto* era para lo que servían las distracciones. Alguien había estado planeando envenenar a mi padre.

No había podido ignorar esa sensación de paz cautelosa, la calma antes de la tormenta. Ahora, la tormenta estaba sobre nosotros. Esto no era un ataque sin importancia. No era un incidente pequeño. Alguien se había colado aquí para envenenar a Grigory Ivanov. Y no había otra manera de interpretar este intento contra su vida que creer que alguien quería derribarnos a todos.

—Traed al médico —ordené a los hombres—. ¡Ahora!

Tenso y furioso porque alguien había intentado matar a nuestro líder, me mantuve atrás y fuera del camino cuando llegó el médico. Atendió a mi padre, confirmando que estaba vivo, pero necesitaría ser vigilado.

Todo pasó en una nebulosa. Los detalles se mezclaron en un confuso transcurrir del tiempo que no tenía ningún deseo de seguir. Casi en trance, permanecí cerca y supervisé el cuidado de mi padre. Teníamos recursos como ningún otro, y con el médico y sus asistentes que manteníamos en nuestra nómina en todo momento, no era necesario llamar a una ambulancia y trasladarlo. Si fueran

necesarios algunos procedimientos, lo transportaríamos, pero el médico de nuestro personal tenía algo de equipo a mano.

—No quiero arriesgarme —dijo, mirándome—. Deberíamos llevarlo e asegurarnos de que no sufrirá un evento cardíaco.

Asentí una vez, preparado para intervenir y tomar las decisiones. Yo era el mayor, y eso era lo que se esperaba de mí. Para cuando la noticia se había extendido a Damon y Saul, estaban listos para llevar a mi padre al hospital para una atención rápida. Nik y yo fuimos también, y durante la espera de respuestas con hombres rodeándonos en el centro, permanecimos tensos y preparándonos para las noticias.

Horas más tarde, después de todas las pruebas diagnósticas y procedimientos, el equipo de médicos dijo que mi padre podría descansar y recuperarse en casa. Era más seguro, no solo para él debido a la seguridad que habíamos reforzado aquí después de su envenenamiento, sino también para el personal ordinario y los pacientes del hospital que podrían resultar heridos si alguien iba tras mi padre de nuevo.

Lo trajeron de vuelta, y como grupo con la abuela y mis hermanos, nos sentamos para escuchar al médico que estaría aquí con cuidados las veinticuatro horas para él.

—Se recuperará —declaró primero—. Estad seguros de eso.

Exhalé un largo suspiro de alivio.

—El agente que se utilizó en él le causó algo que se asemejaría a un derrame cerebral, y necesitará tiempo para recuperarse de los efectos en sus sistemas cardiovascular y nervioso —continuó explicando con mayor detalle cómo el veneno que le habían inyectado lo dejó inconsciente casi de inmediato, pero no sufrió dolor durante toda la experiencia. Tras una larga discusión sobre lo que sería necesario para su plan de recuperación, supe que estaría

fuera de servicio durante un largo período. No semanas, sino potencialmente meses.

Esperamos a que el médico se marchara antes de que me dirigiera a los hombres que estaban a cargo de la seguridad en la residencia.

—¿Cómo coño ha ocurrido esto? —exigí. Fue brusco y directo al grano, pero no tenía paciencia.

—El intruso desactivó las cámaras fuera del edificio —dijo el supervisor.

—¿Cómo? —Saul frunció el ceño—. ¿Cómo coño es eso posible?

—Han tenido que tener a alguien en el interior —dijo Nik.

—¿Un topo? ¿Un traidor? —gruñó Damon mientras sacudía la cabeza —. ¿Quién?

Levanté la mano para hacerlos callar a todos. Necesitábamos respuestas y hechos, no saltar a conclusiones y especulaciones.

Nada concluyente surgió del informe del jefe de seguridad. No omitió nada, describiendo lo que personalmente había investigado y los hombres a los que había interrogado. No dudaba de la capacidad del hombre para hacer su trabajo, y respaldaba la dedicación de todos los guardias y soldados que empleábamos aquí.

No parecía que nadie hubiera metido la pata para que esto sucediera.

Pero estaba clarísimo que alguien quería jodernos.

Ninguna cámara de vigilancia captó al intruso. No saltó ni una sola alarma y no había guardias cerca de la ruta que el intruso tuvo que haber utilizado para subir al balcón de Padre y luego entrar para inyectarle ese fármaco. Se había detectado un ligero residuo de un gas nocivo en la cara de Padre, y el hecho de que la persona lo hubiera noqueado primero con algo parecido al cloroformo, antes de

inyectar ese veneno en su sangre, nos indicaba que habían venido completamente preparados.

Despedí al jefe de seguridad para concluir esta noche infernal con una reunión familiar.

—Querían matarlo —dijo Nik.

Asentí. Podría haber sonado como una observación obvia, pero no lo era. Si alguien simplemente quisiera hacerle daño solo para demostrar que no estábamos tan seguros, protegidos o invencibles como pensábamos, sería una cosa. Usar ese veneno específico contra él era con la intención de acabar con su vida.

—Y pensar que casi me había convencido de no ir a hablar con él —reflexionó la abuela, mirando al frente con vacuidad en sus ojos—. Quería hablar con él sobre hijas elegibles de la Mafia para un matrimonio concertado.

Agaché la cabeza un momento y me contuve para no arremeter contra ella. A Padre casi lo matan hoy y ella *todavía* tenía que sacar esa mierda a relucir. ¿Ahora?

—Si no hubiera ido a su habitación a hablar con él sobre cualquier cosa —dijo ella—, y si no lo hubiera visto tan drogado e inerte de esa manera, entonces...

Saul la abrazó. —No estaría aquí —terminó por ella—. No me entusiasma que fuerces a uno de nosotros a casarse y empezar a tener hijos, pero me alegro de que entrases allí y lo encontraras cuando lo hiciste.

Levanté la cabeza. Tenía razón. El médico confirmó que si hubiera estado inconsciente durante más tiempo del que estuvo sin medicación, habría muerto.

—Quiero saber quién coño está haciendo esto —gruñó Damon.

Todos queríamos saberlo. Pero con nuestra atención centrada en mantener a Padre con vida después del envenenamiento, los

hombres que enviamos para perseguir a cualquier intruso tardaron más en actuar. No encontraron a nadie en las instalaciones ni cerca. Se llevó a cabo una búsqueda y los hombres estaban buscando activamente pistas en la habitación de Padre, en el balcón, por toda la casa y fuera, donde un intruso habría tenido que huir. Y no se encontró nada. No se vio ni una sola pista.

—Quienquiera que sean, están cubriendo bien sus huellas —dije.

—Y quienquiera que sean —añadió Nik—, están decididos a llevar a cabo una toma de control.

Fruncí el ceño, mirándolo fijamente.

Saul habló antes de que Nik pudiera explicar cómo había llegado a esa conclusión.

—Hemos oído rumores sobre un posible golpe de estado y toma de control —dijo Saul—. He oído a gente hablar de ello.

—Yo también —dijo Nik—. Y esa tiene que ser la razón por la que alguien se tomaría tantas molestias y riesgos para entrar aquí e intentar matarlo en su propia cama.

—Una mierda. Nadie va a tomar el control de nada. Nadie se acercará siquiera a tomar el control del nombre Ivanov. —Me señalé a mí mismo—. Estoy aquí. —Miré a cada uno de mis hermanos que también podrían ocupar mi lugar como el mayor—. Todos vosotros estáis presentes y listos para liderar también.

—¿Pero después de eso? —preguntó la abuela.

Me volví hacia ella, odiando que pudiera tener razón ahora. Con Padre vivo y gobernando, yo y mis hermanos éramos el respaldo. Estaría recuperándose durante mucho tiempo, pero mientras tanto, mientras yo estaba a cargo en su lugar... no había respaldo más allá de mi línea de poder generacional.

Entrecerré los ojos, desafiándola a que me cabreara. Toda esta noche había sido un torbellino de peligro, furia y tensión. No tenía

absolutamente ninguna paciencia para oírla quejarse sobre mi necesidad de un heredero.

Entre el peligro para la familia que experimentamos esta noche, ese concepto *estaba* en mi mente. Si Padre no lo lograba, nuestro legado continuaría conmigo. Lo dejaría todo a mí y a mis hermanos para que lo administráramos. Pero si me pasaba algo a *mí* o a mis hermanos, ¿ese sería el fin de nuestro linaje?

—Este es un momento difícil —dijo ella sabiamente—, pero quizás ahora estarás de acuerdo conmigo sobre la necesidad de un heredero. Lo necesitamos ahora más que nunca.

Detestando la quemadura de sus miradas sobre mí, específicamente, quería rebelarme contra la expectativa de follarme a una mujer que no quería solo para reproducirme con ella.

Cualquier mujer al azar serviría para ese propósito.

Pero ahora, no podía evitar visualizar a esa sexy rubia con sus largas ondas cayendo sobre su hombro mientras se reclinaba sobre mí, metiéndome profundamente en su coño.

La quería a *ella*. Si me tenían que obligar a dejar entrar a una mujer en mi vida, irónicamente, ella era la que me venía a la mente.

# SLOANE

Un jefe de la Mafia.

Estaba embarazada del bebé de un jefe de la Mafia.

No era como si un perdedor de baja categoría y mujeriego hubiese entrado en esa sala VIP y me hubiera dejado preñada.

Sino un maldito miembro de una de las familias mafiosas más letales de la ciudad.

Durante toda la noche, hice lo posible por bailar y terminar mi turno. Stanley's estaba a rebosar. Había tantos clientes llenando el club que, con una casa llena como esta, podría haber contado con una muy buena noche de propinas. Los billetes volaban por todas partes, pero a diferencia del resto de las mujeres en el escenario, no podía concentrarme en eso. Ni siquiera podía ralentizar los pensamientos frenéticos en mi mente el tiempo suficiente para darme cuenta de lo buena que estaba siendo esta noche.

Nada había cambiado respecto a mi necesidad de dinero. Lo necesitaba. Ahora más que nunca, tenía que centrarme en ganar cada céntimo que pudiera. Pronto se esperaría que cuidara de un bebé. Tendría a alguien que dependería de mí para su supervivencia.

Y apenas podía mantenerme viva y funcionando tal como estaba.

En lugar de esforzarme y aprovechar para ganar cada euro que pudiera esta noche, estaba atrapada en una espiral de los peores escenarios que llenaban mi cabeza. Bailar nunca requería un esfuerzo consciente. Todavía me movía automáticamente, dejando que la música dirigiera mis movimientos. Pero en ese tiempo libre para pensar y reflexionar, me vi absorbida por una secuencia de todas las cosas horribles que podrían ocurrir.

Me imaginé viendo a ese hombre brutal y sexy de nuevo. Si llegara a saber de este bebé, podría intentar decirme que me deshiciera de él.

Solo llevaba unas horas de embarazo y sabía que eso *no* iba a suceder. Mientras yo viviera y respirara, nadie me diría que interrumpiera esta nueva vida. Ya me sentía ferozmente protectora con él o ella. No era así como había imaginado convertirme en madre, y sí, tenía muchos detalles que resolver, pero eso era innegociable. Jamás consideraría interrumpir este embarazo. Pero en los rincones oscuros y asustados de mi mente, podía ver cómo un jefe de la Mafia podría esperar que eliminara este "inconveniente" sin pensarlo dos veces.

*O tal vez intentaría quitármelo.* No para deshacerse de él, sino para reclamar la custodia sin tener en cuenta mi opinión. Esa opción no me hacía sentir mejor. Perder a este niño me destruiría. Lo sabía sin siquiera haberlo conocido aún, y me condenaría si algún hombre rico y poderoso pudiera hacerse cargo de *mi* hijo.

Apretando los dientes mientras terminaba un deslizamiento en la barra, quería regañarme una vez más por el hecho de estar en este lío.

¿Cuántas veces me había reprendido por siquiera considerar volver a estar con un hombre?

¿Cuántas veces me había negado a pensar en acostarme con alguien que pudiera acabar controlándome?

¿Y cuántas veces había resistido obstinadamente cualquier implicación con los criminales y mafiosos que venían por aquí?

Múltiples veces. Me lo había dicho a mí misma múltiples veces. Lo sabía bien, y eso era lo que más lamentaba. Había aprendido la lección sobre confiar en un hombre. Había vivido el duro error de contar con que un hombre no me hiciera daño. En esos pocos momentos de conocer a ese hombre que había asustado e herido a esos tres tipos espeluznantes que me habían acorralado en aquella fiesta, me quedé tan enganchada a la ilusión de que se preocupaba por mí que cedí a mi deseo por él.

*Todo ocurrió tan rápido.* Todo sentido común se me escapó cuando me miró como si estuviera orgulloso de haberme rescatado de un destino peor con los otros tipos.

En una noche, de alguna manera me había quedado embarazada, pero el resultado de esa rendición estaría conmigo para siempre. Nunca volvería a ser la misma. Ahora estaba en camino de ser madre, sin poder volver a reclamar jamás una independencia total.

*Quizás simplemente puedo no decírselo.*

Más tarde, una vez que tenía una sudadera cubriéndome y conté mi dinero, me di cuenta de que si me ocupaba de mis asuntos un poco más y me mantenía alejada de problemas, podría trabajar más noches como esta y tener suficiente para mantener a un bebé.

Tenía que haber una manera de seguir adelante que no incluyera necesitar apoyo para un bebé. *Podía* hacer esto por mi cuenta, de alguna manera. Demonios, mi vecina era madre soltera y mantenía a sus hijos... vivos. No podía decir que su bebé y su niño pequeño parecieran bien cuidados o felices, pero estaban vivos y ella estaba haciendo lo mejor que podía.

*Al igual que yo lo haré.*

No era como si fuera a ver a ese jefe de la Mafia otra vez. Tenía que ocupar un puesto alto en la familia si era un jefe. Y si era tan

influyente, no podría ni siquiera recordar esa noche conmigo. Un hombre así tendría filas de mujeres esperando para estar con él. Estaría demasiado ocupado para preocuparse por una don nadie como yo o el hijo que habíamos concebido juntos.

*Pero si llegara a enterarse de este bebé e intentara quitármelo...*

Me mordí el labio mientras me preparaba para salir del edificio. Era necesaria una estrategia, y no había mejor momento que el presente para planificar todo lo que pudiera. Colgándome la correa del bolso sobre el hombro y luego tirando de la bolsa estilo bandolera sobre mi estómago, volví a jugar al juego de los "qué pasaría si". No de manera preocupante sobre lo que ya había sucedido, sino pensando con anticipación para estar preparada.

*Vale, si alguna vez volviera a verme y supiera que estoy embarazada de su bebé mafioso, entonces...*

Giré los hombros para aliviar la tensión. Mis músculos estaban todos anudados por el ejercicio de bailar toda la noche y mi ansiedad.

*Entonces... ¿podría irme de la ciudad?*

Esa idea me había venido a la cabeza muchas veces después de enterarme de lo jodida que estaba con la deuda de Derick siendo *mi* responsabilidad. Después de ver cuánto dinero debía por su uso de mi crédito, debatí simplemente escapar y huir. Habría sido un movimiento cobarde, y sabía que los cobradores me perseguirían de una forma u otra eventualmente. Pero ahora me resultaba realmente tentador.

*Podría huir de aquí. Me iría de ese apartamento de mierda y lejos de los vecinos ruidosos. Podría encontrar un nuevo lugar donde nadie me conociera ni me juzgara por ser bailarina de striptease. Y podría empezar de nuevo. Un comienzo totalmente nuevo con un bebé totalmente nuevo.*

Si alguna vez intentara eso, conseguiría un reinicio, pero seguiría estando sola. Seguiría siendo una madre soltera intentando

mantenerse a flote en las tormentosas olas de mi vida.

El striptease pagaba bien. Sentí el bulto de billetes en mi bolso que sujetaba firmemente contra mí mientras salía del edificio para dirigirme al callejón trasero. No podía pensar en otro trabajo que pagara tan bien como el striptease.

*Ya se me ocurrirá algo. Tengo que hacerlo.* Aunque significase trabajar sin parar para ahorrar lo suficiente para dar a luz. Aunque significase recortar más gastos para poder pagar más tarde el cuidado infantil.

Lo haría.

Mi vida no había sido muy buena hasta ahora, pero deseaba fervientemente creer que convertirme en madre era el nuevo comienzo que necesitaba para cambiar realmente el resto de mi vida.

*Te mantendré a salvo. Solo tú y yo, mi pequeño.*

Deslicé la mano por mi estómago, deseando que este bebé pudiera *sentir* mi espíritu y saber que nunca le fallaría como tantos me habían fallado a mí.

Antes de que pudiera rodear el edificio, oí voces de otros cerca. Igual que la otra noche hace varias semanas cuando Lenny estaba tan borracho que me vio e intentó forzarme a entrar en la furgoneta, Brent estaba allí haciendo lo mismo.

Un par de bailarinas achispadas y drogadas apenas podían caminar en línea recta, y mucho menos darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

*Otra vez no.*

Manteniéndome en las sombras y alejada de ellos, me deslicé a lo largo de la pared de ladrillo del club. Contuve la respiración y me concentré en no hacer ni un solo ruido mientras intentaba escabullirme.

A diferencia de Holly y esa otra chica que se llevaron la noche que me forcé a vomitar para poder escapar, estas bailarinas se dejaban conducir a la furgoneta casi voluntariamente. No estaban sobrias, torpes y riéndose como si fueran a pasar una buena noche.

Pero no se dirigían a ningún sitio divertido. No tenía ninguna duda de que serían las próximas en acabar adictas a algo y forzadas a la obediencia.

—Daos prisa —dijo un hombre. Era el único que hablaba en inglés, dirigiendo a sus lacayos para que metieran a las bailarinas en la parte trasera del vehículo. Cuando se volvió hacia Brent, que estaba contando el dinero que le habían dado, asintió una vez y habló en italiano.

Seguramente eran los mismos tipos de antes. Sin embargo, eso no me importaba. Había hecho mi promesa de evitarlos a toda costa, y mientras doblaba la esquina del edificio, me puse a trotar y cumplí con mi promesa.

Ya no era una promesa solo para mí misma. Ahora tenía la motivación de mantenerme alejada de esos criminales y sus tácticas de trata de mujeres porque mi bebé también tenía que estar a salvo.

*¿A salvo?*

Si no hubiera estado corriendo hacia casa, me habría detenido para reírme de esa idea.

Nada parecía seguro ya.

Dudaba que algo lo fuera nunca más. Con la responsabilidad de cuidar de un bebé sobre mí, *todo* sería inherentemente mucho más peligroso y arriesgado.

*Sí, claro. Como si alguna vez fuera a estar segura de nuevo.*

La última vez que estuve cerca de sentirme verdaderamente segura y protegida fue la noche en que aquel desconocido actuó como mi héroe y me alejó de aquellos otros tipos. Me había engañado

haciéndome querer bajar la guardia. Me había llevado a excederme en agradecerle por salvarme.

Sabía muy bien que no debía aferrarme a la tonta esperanza de que él quisiera asegurarse de que estuviera a salvo y protegida otra vez.

Solo me tenía a mí misma, y de alguna manera, eso tendría que ser suficiente.

# MAXIM

El primer día después del envenenamiento de mi padre debería haber sido tranquilo, para darnos la oportunidad de asimilar el trauma. Teníamos que mantener la compostura y mostrarnos fuertes los unos para los otros. Mi abuela no era una mujer delicada que llorase ante la violencia. Y mis hermanos eran igual de fuertes y estaban decididos a salir adelante tras este ataque en nuestro territorio, en nuestro hogar. Costaba mucho hacernos daño porque nos habíamos endurecido por las vidas que llevábamos y las muertes que habíamos sufrido.

A mi madre la habían ejecutado a tiros. Alguien le rajó el cuello a mi abuelo justo después de sobrevivir al cáncer. Incontables hombres Ivanov habían sido atacados o agredidos a lo largo de mi vida.

Aun así, este era un incidente grave que venía con la montaña rusa del miedo y la ira, que debería interrumpirse con un momento para relajarse y desensibilizarse ante el nivel de amenaza constante que experimentábamos.

Sin embargo, no nos quedamos sentados vigilando a mi padre mientras descansaba en su cama. Con las enfermeras y los médicos en la mansión, teníamos una atención adecuada para él. Su recuperación llevaría tiempo.

Mientras tanto, todos nos propusimos restar importancia a cualquier posibilidad de que nos hubiéramos debilitado o que la familia Ivanov

fuera ahora vulnerable.

Junto con algunos líderes selectos dentro de la organización, mis hermanos y yo nos dispusimos a correr la voz de que Grigory Ivanov estaba vivo. Dejar que otros en la comunidad se enteraran de esto era tanto un riesgo como una necesidad. Aunque no era bueno que cualquier otra familia supiera que no habíamos sido capaces de impedir que un intruso se colara y lo envenenara, era crucial hacerles saber a todos que él seguía con nosotros y que se esperaba que volviera a ocupar su posición como jefe.

También era imperativo que informáramos a todos nuestros amigos y enemigos de que yo estaba ahora al mando. Algunos podrían haber esperado que la Abuela tomara la iniciativa, pero este seguía siendo un mundo de hombres. Ella tenía influencia e impacto sobre nosotros, y no era una figura descartada en la familia, pero yo era el siguiente en la línea de sucesión. Y todos nos aseguramos de correr la voz de que si alguien deseaba hablar con el jefe del Sindicato Ivanov, yo era el hombre con quien tendrían que solicitar una audiencia.

Entre nuestros esfuerzos por difundir la noticia de que Padre estaba vivo y que yo estaba al mando de forma interina, todos intentábamos captar cualquier rumor que circulara entre nuestros asociados. Cualquier pequeña idea o pista podría ayudarnos en esta investigación, pero nadie decía nada. Cuando la gente expresaba sorpresa ante la noticia del envenenamiento de Grigory Ivanov, me sorprendí observándolos con escepticismo, preguntándome si solo fingían estar sorprendidos o si esto realmente había pillado a tantos por sorpresa.

Todos eran sospechosos en lo que a mí concernía.

Mis hermanos parecían compartir ese sentimiento.

Y aun así, al final del segundo día después del envenenamiento de Padre, no teníamos ni idea de quién podría estar detrás de este incidente. Era automático pensar en los Romano y los Kozlov, y con

Nik y Saul espiando a esas dos familias lo mejor que podían sin delatar que estaban espiando, quería creer que tarde o temprano alguien se iría de la lengua.

Porque en el segundo en que supiera quién había hecho esto e intentado matar a mi padre, estarían muertos.

Después de la cena, donde escuché lo que Nik y Saul habían averiguado —que no era mucho—, miré a mi abuela y noté lo estresada que parecía.

Damon entró entonces, llegando tarde a la comida porque estaba ocupado torturando a alguien que Saul había traído para interrogar. Negó con la cabeza, dándome una respuesta silenciosa a lo que quería preguntar.

*Negativo.*

*Nada nuevo.*

*Sin respuestas ni pistas.*

Apreté el puño y lo golpeé ligeramente contra la mesa, apenas conteniendo la ira y el impulso de darle un puñetazo. No podía ser impulsivo ahora. Estaba al mando y haría lo correcto por mi padre. Él estaría decepcionado si permitiera que la rabia y las emociones me dominaran. Había dado ejemplo durante demasiado tiempo como para que yo no supiera que debía mantenerme tranquilo y lógico en esta posición de liderazgo temporal. Demasiados hombres y familias dependían del poder de los Ivanov para que yo actuara como un idiota y me impacientara por identificar a la persona que lo había envenenado.

Damon se sentó sin decir palabra, atacando su comida tardía. Nik y Saul hablaron un poco más, poniéndole al día con todo lo que habían intentado averiguar. Hugo también apareció, comentando su falta de respuestas.

Una vez que mis hermanos abandonaron el comedor, me quedé con mi abuela un poco más.

—Está manejando esto bien, Maxim —dijo mientras dejaba su copa de vino ya vacía.

Exhalé un largo suspiro, sin ganas de estar de acuerdo con ella.

—Lo estoy intentando —dije en cambio.

Ella asintió, regia como siempre, pero vi el estrés en su rostro.

—Debe mantener la calma y esperar —me aconsejó.

Eso era exactamente lo que estaba jodidamente haciendo.

—Y estas cosas llevan tiempo —concedió ella con un profundo suspiro. Mirando la silla vacía que solía ocupar mi abuelo, la que estaba junto a ella para que pudiera estar cerca en lugar de sentarse donde yo estaba, en la cabecera de la mesa, casi sonrió con nostalgia—. Recuerdo los días largos y duros después de perder a André —dijo—. Todo tuvo que ser investigado. Tuvimos que indagar profundamente e interrogar a muchos hasta que pudimos descubrir quién lo había matado. Y por qué.

No pude contenerme y solté un gruñido. —Tanta paciencia, todo para llegar a la respuesta de que el abuelo había sido asesinado por los affaires de Beatrice.

Ella frunció los labios, disgustada por la época a la que me refería. Nunca había sentido simpatía por mi madre, pero le había dado el beneficio de la duda, creyendo que crecería en su papel como esposa de su único hijo. Sin embargo, había pagado cara ese error. Todos lo habíamos hecho. Porque mi madre quiso ser egoísta y acostarse con maridos de otras reinas de la Mafia, como familia habíamos pagado el precio. El hombre que había cortado el cuello de mi abuelo lo había hecho como venganza, nada más.

—No te culpo por odiarla —respondió, levantando la mirada para encontrarse con la mía—. Pero me pregunto cuánto tiempo

mantendrás rencor contra todas las mujeres por su culpa.

Golpeé la mesa con la mano. Podía presionarme todo lo que quisiera, pero no tenía derecho a molestarse cuando me enfadaba. —¡Basta ya con este tema!

—Maxim, necesitamos un heredero.

Apretando los dientes, puse ambas manos en el borde de la mesa, listo para empujar mi silla hacia atrás y alejarme de esta maldita conversación que ella estaba empeñada en repetir como un disco rayado.

—Tienes que cumplir con tu deber.

Entrecerré los ojos, preguntándome cómo demonios podía intentar halagarme por mantener la calma y manejar la adaptación a estar al mando en lugar de mi padre, y luego, con la misma rapidez, condenarme por *no* hacer lo que se esperaba de mí.

—Lo estoy haciendo.

Ella negó con la cabeza. —Sé que estás asumiendo su papel, por ahora. Pero no hay garantía sobre su vida. Los médicos suponen que se recuperará.

—¿Estás acusándoles de mentir? —la desafié.

—No. —Mantuvo la barbilla en alto, sin echarse atrás—. Pero no hay garantía de cuándo se recuperará ni de si será el mismo hombre cuando lo haga.

Abrí y cerré la boca, casi sintiéndome derrotado por ese detalle. Los médicos habían destacado la posibilidad de que Padre podría no estar mentalmente preparado para el liderazgo durante mucho tiempo.

—Y como tal, harías bien en considerar que esto podría no ser una posición tan temporal como desearías. —Se levantó, dejando caer su servilleta sobre el plato.

Tenía razón, pero nunca era bueno preocuparse por algo que no era seguro. Un maldito asteroide podría golpearnos igual que Padre podría no ser capaz de volver a su papel como jefe. —Estoy ocupado y haciendo lo mejor que puedo con esta investigación —dije, levantándome también.

—Lo entiendo. Y si eso aliviara tu mente y tu carga de trabajo, tómate un tiempo para revisar los expedientes que he reunido hasta ahora.

Con una mueca, negué con la cabeza. —No. Ninguna de esas princesas de la Mafia es adecuada para ser mi esposa.

Ella arqueó una ceja. —¿Así que los has mirado?

Le lancé una mirada irónica. —¿Cómo no hacerlo cuando dejaste copias de ellos en mi habitación, en esta mesa, en la cocina y en el escritorio de Padre en su despacho?

Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios. —Nadie puede acusarme de no ser determinada.

Puse los ojos en blanco y salí de la habitación. Con la espalda hacia ella, me sentí libre de fruncir el ceño y dejar que parte de esta frustración se filtrara en mi expresión.

Sí había notado las carpetas que tenía sobre las hijas de la Mafia. Y ninguna de ellas era lo que yo querría.

La quería a *ella*. Quería a la rubia que vi en el club de striptease, esa bailarina que me hizo correrme tan fuerte que dudaba que una vez fuera suficiente.

Tan desesperado por tener una conexión con la mujer que no podía olvidar, anoche le pregunté al soldado que encargué vigilarla después de que me fuera esa noche quién era.

Me dio solo un nombre, nada más.

*Sloane.*

Esa era quien no podía sacar de mi mente.

Ese era el nombre de la mujer a quien querría buscar, si alguna vez me decidía a perseguir a una mujer para mantenerla en mi vida.

Nadie más serviría. Ninguna de esas quejicas y típicas princesas de la Mafia, demasiado sumisas y dóciles, me interesaría ahora.

Suspiré, considerando lo bien que mis hermanos y los soldados estaban manejando hasta ahora la investigación del envenenamiento de Padre.

La abuela tenía razón. Estas cosas llevaban tiempo. Mantener la paciencia y la calma era importante.

Y mientras esperaba respuestas y anticipaba la caza de quien hubiera entrado en esta casa y dañado a mi padre, quizás podría dedicar tiempo a buscar a Sloane.

Como mínimo, podría volver a ese club y ver cómo conseguir otro baile privado con ella.

# SLOANE

Seguridad nunca formaría parte de mi realidad.

Aunque resultaba agotador que cada día fuera exactamente igual, tampoco me apetecía lidiar con más cambios y ajustes que tendría que gestionar.

Ya había tenido suficientes sorpresas desagradables en la vida.

Enterarme de mi embarazo ya fue suficiente impacto para asimilar.

Pero volver a casa y encontrar mi apartamento forzado y destrozado era demasiado. Todas mis pertenencias —no es que tuviera muchas para empezar— estaban arruinadas. Mi ropa estaba rasgada o robada. Habían saqueado mi nevera y dejado las puertas colgando torcidas. Incluso se llevaron mi maldita tostadora.

Sospechaba que mi vecina, la madre soltera, podría estar detrás de todo porque parecía demasiado satisfecha cuando informé del incidente al casero. Y ese cabrón estaba decidido a hacerme la vida aún más difícil diciendo que yo era responsable de todos los daños y que tendría que pagarle las reparaciones, más intereses si no podía soltar todo el dinero ahora.

Por eso llegué al club deprimida y sintiéndome tan derrotada por la vida. Más que de costumbre, arrastraba los pies.

Mi pequeño y destartalado apartamento era el único hogar que había tenido desde que llegué a Nueva York y ya no se parecía en absoluto a un espacio seguro. Saber que alguien había entrado allí con tanta facilidad me hizo darme cuenta de lo inseguro que había sido desde el principio. Después de terminar el trabajo esta noche, no tenía ni idea de cómo iría a "casa" sin la seguridad de una puerta que funcionara. El casero no veía motivo para apresurarse en reemplazar el pomo roto.

*¿Qué hago ahora?*

El atractivo de huir volvió a llenar mi mente, pero primero, tenía que superar este turno de esta noche.

Con el estómago vacío, tanta fatiga que me preguntaba si me desmayaría en el escenario por puro agotamiento, y náuseas por el embarazo, odiaba lo mal que estaba rompiendo la promesa que me había hecho a mí misma. Juré nunca necesitar a nadie, pero así, tocando fondo, no estaba segura de poder soportar una vida tan dura.

Para empeorar las cosas —como si tocar fondo no fuera ya bastante malo— Lenny estaba al mando esta noche en lugar de Brent. Borracho y claramente de mal humor, estaba siendo más cabrón de lo habitual. Si no estaba atosigando a las bailarinas para que nos preparáramos más rápido, estaba soltando pestes a cualquier otro empleado que pareciera moverse más lento de lo que él quería.

Iba a ser una de esas noches, pero no había forma de escapar.

—¿Qué demonios te pasa? —exigió, deteniéndose en el camerino que yo había ocupado para prepararme. Se había parado en su recorrido por el espacio tras bambalinas, entornando los ojos y gruñéndome. Pillándome en el acto de bajar la cabeza y frotarme la frente, pareció pensar que planeaba escaquearme.

—Levántate. Muévete. —Golpeó con la mano el respaldo de la silla en la que estaba sentada, que se tambaleó tan violentamente que

casi se volcó. Ante mi pánico de caerme, se rio y pateó la pata hasta que se estrelló contra el suelo. Me levanté justo a tiempo, pero tuve que recuperar el aliento por el susto. Solo había querido cerrar los ojos un momento y convencerme de que se me pasara este maldito dolor de cabeza.

—No es mi culpa si vosotras, estúpidas zorras, os quedáis de fiesta hasta tarde. Estáis aquí en horario laboral y vais a ganar cada maldito céntimo que podáis.

Una risa más profunda y mezquina le siguió mientras se pavoneaba para acosar a otras bailarinas. De todos los gerentes que trabajaban para los dueños, a él le encantaba sacar el máximo partido posible de su comisión. No es que estuviera ahí fuera bailando y agarrándose a las barras, pero de todos modos se llevaría su parte de todo.

Se equivocaba conmigo. No había estado de fiesta en absoluto. Había estado lidiando con las cartas de mierda que la vida seguía repartiendo. Pero sabía que era mejor no discutir con él. Cuando estaba de este humor siniestro, era más inteligente simplemente evitarlo.

Vestida y maquillada para deslumbrar y seducir, salí al escenario puntual con todas las demás chicas. En el momento en que estuve bajo las luces y sentí el ritmo opresivo y pesado de la música vibrando a través de mí, no pude entrar en modo trabajo ni hacer nada bien. Si no estaba torpe y parecía que nunca había bailado antes en mi vida, estaba esforzándome mucho para no estremecerme ante las constantes amenazas de bilis subiendo por mi garganta. Me salté pasos. Choqué con otras bailarinas, que inmediatamente me lanzaron miradas desagradables. Cuando casi me caí del escenario por una ola de horrible mareo, me rendí y supe que al menos tenía que sentarme un momento.

Respirando con dificultad y concentrándome en la tarea monumental de simplemente poner un pie delante del otro para salir del escenario, no vi a Lenny acercarse. Se colocó a mi lado tan

repentinamente, pillándome desprevenida, que grité alarmada y me aparté bruscamente de él.

—¿Qué coño? —Me agarró por la parte superior del brazo, sus dedos como cerrojos grasientos y apretados mientras sacudía mi extremidad—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Necesito... —Me lamí los labios, desesperada por agua pero también con miedo de beber algo debido a lo revuelto que estaba mi estómago.

—Yo te diré lo que necesitas. —Su bigote de manillar se crispó con su mueca de desprecio—. Necesitas mover tu culo de vuelta al jodido escenario. —Soltándome con un empujón, me siguió mientras me desplomaba contra la pared.

Mi corazón latía tan rápido que me pregunté si me desplomaría aquí y nunca me volvería a levantar. Pero tenía que hacerlo. Tenía que mantenerme fuerte y no rendirme. No por mí, sino por mi bebé. Asintiendo débilmente, estuve de acuerdo con él e intenté darme la vuelta.

—Deja de perder el tiempo, zorra vaga. —Me giró tan rápido que casi vomité, y me dio un empujón tan fuerte para devolverme al escenario que tuve que detenerme un momento hasta que el mareo en mi cabeza cesó.

Nunca me había exigido tanto a mí misma. Sin comer desde ayer por la mañana. Sin beber agua desde que había llegado. Apenas había dormido porque pasé toda la mañana y el día limpiando el desastre en que se había convertido mi apartamento. Y ahora estaba de vuelta aquí, en esta pesadilla recurrente de tener que desnudarme y bailar cuando estaba a dos segundos de desmayarme.

*No puedo hacer esto.*

Moviéndome lo mejor que podía, me quedé en la parte trasera para no interferir con las bailarinas que no estaban tan destrozadas como yo. No les impediría ganar lo que pudieran, pero también sabía que

no podía escabullirme del escenario otra vez con Lenny en pie de guerra ahí atrás.

La música retumbaba tan fuerte que los graves se sentían como martillazos dentro de mi cráneo. El hedor a alcohol y demasiadas colonias masculinas me hizo creer que vomitaría en el escenario. Los calambres de hambre me hacían temblar, llevando mi cuerpo demasiado lejos.

Necesitaba dormir. Necesitaba comida y agua y...

Lamiéndome los labios de nuevo, me estremecí por un dolor en el costado. Solo era una punzada, pero sentir cualquier molestia cerca de donde se notaría mi barriga de embarazada me hizo entrar en pánico.

*A la mierda Lenny. Tenía* que sentarme. No iba a hacer daño a mi bebé por no cuidarme. Las otras bailarinas no se darían cuenta si bebía de sus botellas de agua o cogía una barrita de proteínas o de chocolate de sus bolsos. Les devolvería el favor algún día. Lo haría.

Sintiendo la intensidad de la mirada de un hombre sobre mí, me di la vuelta y me negué a trabajar con el evidente interés de un cliente. No me quedaba ni una pizca de energía para intentar concentrarme en conseguir todos los billetes que pudiera.

Tambaleándome hacia bastidores una vez más, parpadée e intenté que los puntos negros que bailaban en la periferia de mi visión desaparecieran.

*Agua. Algo de comer.* Después de sentarme y recuperar el aliento durante un par de minutos, estaba segura de que tendría un segundo aire.

Tenía que tenerlo.

En cuanto me dejé caer en una silla, me di cuenta de que tendría que revisar mi plan.

*Vale. Recuperar el aliento. Luego beber algo y comer.*

Forzando una difícil deglución por lo seca que tenía la boca, cerré los ojos y conté mis respiraciones. El pánico empezó a crecer en mí al sentirme tan temblorosa y cerca del agotamiento.

—¿Qué coño te acabo de decir, zorra?

Lenny se cernió sobre mí mientras abría los ojos de golpe. Estaba allí, gruñendo y más cabreado que antes. Sus fosas nasales se dilataron mientras bajaba la mano para agarrarme un puñado de pelo y tirar de mí para ponerme de pie.

Solté un grito, levantando las manos para quitarme sus dedos del pelo. Mi cuero cabelludo ardía por el dolor de los mechones arrancados de raíz y maldije las lágrimas que se escaparon de mis ojos, un instinto ante el dolor abrasador.

—¿Qué coño te pasa? —Sacudió su mano, zarandeando mi cabeza sin soltarme—. Se supone que eres una de las mejores bailarinas ahí fuera y estás intentando esconderte aquí como una zorra buena para nada y vaga? —Echó hacia atrás su mano libre para abofetearme.

Echándome hacia atrás por su golpe, perdí la batalla contra las náuseas. Arcadas, luego tos, sentí el goteo de bilis saliendo de mi boca.

—¡Ah! —Me soltó entonces, dejándome caer tan bruscamente que me fui contra la pared mientras me limpiaba la boca—. ¡Zorra de mierda! —rugió, mirándose la manga—. ¡Es la segunda vez que me vomitas encima!

Negué con la cabeza, sin entender por qué mi instinto era protestar o negarlo. Esa no era yo. Huir siempre fue el primer y mejor movimiento que podía hacer, pero no era una cobarde que no pudiera defenderse cuando fuera necesario. Así, débil, enferma y tan agotada, no me quedaban fuerzas para enfrentarme a él. Y se merecía todo. Deseaba poder mantenerme más erguida para darle una patada en los huevos y golpear su cara horrible.

Todo lo que podía hacer era apoyarme en la pared y esperar a que pasara esta oleada de náuseas y mareos.

—¡Maldita zorra! No te atrevas a pensar que puedes presentarte como una puta inútil y no hacer tu trabajo. Coge un trapo y limpia esto. —Me empujó a un lado y me dio una patada, alcanzándome en la espinilla—. Maldita zorra estúpida —gruñó, todavía mirando con rabia donde le había vomitado un poco encima—. ¿Otra vez? ¿Te crees que puedes hacerte la tonta y fingir que estás enferma solo para escaparte de mí? ¿Eh?

Levantó el brazo otra vez y me golpeó, esta vez alcanzando mi hombro. Agudas punzadas de dolor me atravesaron, haciéndome jadear por la intensidad del golpe. Retrocedí, sin fuerzas para mantenerme erguida y aguantarlo o darle una cucharada de su propia medicina. Lo máximo que podía hacer era mantener los brazos en alto, uno para evitar que me golpeara la cara de nuevo y el otro sobre mi estómago para proteger a mi bebé.

Fiel a su naturaleza viciosa, levantó el brazo otra vez, echándose hacia atrás para golpearme—. Te voy a enseñar...

Un gruñido bajo rasgó el aire. Llegó a mis oídos como un presagio bestial, una llamada de advertencia de alguien detrás de Lenny. A través del zumbido que aún resonaba en mis oídos por su primera bofetada en mi mejilla, registré las pesadas pisadas de alguien abalanzándose sobre Lenny.

La manga larga de un brazo con traje oscuro entró en mi campo de visión. Cuando el puño se elevó, vislumbré el final de una gruesa línea negra de tatuajes que se fundía sobre la muñeca de un hombre.

Lenny gritó, arqueándose hacia atrás mientras este recién llegado le obligaba a darse la vuelta.

Era él.

Parpadée, y parpadée de nuevo. Acurrucada contra la pared e intentando mantenerme alejada, cuestioné a mis ojos y me pregunté si ahora estaba delirando.

Con un fuerte gruñido, Lenny cayó de rodillas. Mi héroe le había pateado la parte posterior de la rodilla para conseguirlo.

Su mirada marrón oscura se clavó en mí. La visión de mí, recién golpeada y agachándome en defensa así, pareció accionar un interruptor en él. Una rabia desenfrenada giraba en su mirada oscura, pero no era un presagio de que fuera a aumentar mi miseria. En cambio, mientras yo gemía de dolor, tan confundida y desconcertada por su aparición así, él canalizó su furia hacia Lenny.

Apretó los dientes, haciendo que los tendones y venas de su cuello se tensaran.

Observé, preocupada de estar imaginando su aparición. Nada podía explicar su presencia aquí, ahora. Esto era entre bastidores, no una fiesta VIP donde lo vi por primera vez como cliente.

Pero estaba aquí. Esto era real. Desviando su violenta atención hacia Lenny, le golpeó en el estómago hasta que Lenny gorgoteó, tambaleándose hacia delante por el intenso golpe.

Entonces, antes de que pudiera hacer una pregunta o pronunciar una sola palabra, observé horrorizada cómo colocaba sus manos a ambos lados de la cabeza del gerente y empujaba sus brazos hacia dentro.

Se oyó un crujido distintivo.

Los brazos de Lenny cayeron inertes.

Otra oleada de náuseas me amenazó, pero en un instante, mientras tomaba una respiración más, perdí la batalla por mantenerme consciente. Desvaneciéndome, me rendí a la gravedad y me desplomé.

# MAXIM

Lo único que necesité para perder el control fue ver a esta mujer preciosa encogida mientras este cabrón la golpeaba.

Me invadió la rabia.

*¿Cómo se atreve?*

Una mirada al miedo que ardía en sus ojos verdes me hizo perder el fino hilo que me quedaba de autocontrol.

Ver a Sloane atrapada en otra mala situación me enfureció. Sin necesidad de conocer los detalles, la identifiqué como una víctima y supe que no estaba bien.

Era una desconocida. Solo sabía su nombre y lo bien que se sentía. También era consciente del efecto permanente que tenía en mí, tentándome a pensar en ella obsesivamente después de nuestro único encuentro.

Pero eso no importaba. *Quería* conocerla más allá de la breve experiencia que habíamos compartido.

Cuando llegué hace media hora y la vi en el escenario, tambaleándose como si estuviera enferma, me decidí a averiguar qué le pasaba. Corrí hacia mi chófer y le ordené que esperara en la parte trasera mientras otro soldado dejaba inconsciente al guardia de seguridad para que yo pudiera entrar. Después de seguirla tras

bastidores y encontrarla golpeada y amenazada por este asqueroso borracho, cuyo cuello acabo de romper con mis propias manos, estaba seguro de que aún no había terminado con ella.

Ni siquiera estaba cerca de terminar con ella.

*¿Cómo coño te atreves?* Hervía de rabia mientras miraba al hombre muerto un segundo más, asegurándome de que no volvería.

*Ni de coña vas a pegarle.*

Recuperé el aliento tras la excitación que me inundó después de matar. No estaba bien. Era un cabrón enfermo por disfrutar acabando con la vida de otro, pero ahora no era momento para reflexionar sobre por qué era el monstruo que soy.

—¿Sloane? —la miré mientras soltaba al hombre que nunca volvería a hacerle daño.

No respondió. Se había desmayado, deslizándose por la pared hasta quedar sentada en el suelo pegajoso. En este espacio desordenado tras bastidores que apestaba a perfume y productos para el pelo, junto con alcohol derramado, permaneció inmóvil, con los ojos cerrados.

—Sloane.

Seguía sin responder.

Me preocupó más su estado inconsciente. Quizás no estaba acostumbrada al lado duro de la vida y no había presenciado nunca cómo mataban a alguien. Pero no podía ser completamente inocente, trabajando aquí como stripper. La muerte era algo más difícil de asimilar. De aceptar. Al principio.

*Tengo que sacarla de aquí.*

Si estaba débil o enferma...

*Espera.*

Me contuve.

Controlando mis pensamientos de preocupación por ella, intenté recordar por qué había venido aquí.

Vine no para rescatarla sino para escapar del estrés por una noche y disfrutar de su compañía. No había planeado involucrarme más allá de otro polvo rápido e intenso, pero no pude evitarlo. Algo en verla caída y siendo el objetivo despertó a la bestia dentro de mí.

Sabía que no era mía para sentirme tan posesivo y preocupado, pero no podía evitarlo.

Quizás me había exigido demasiado intentando ser extremadamente paciente con la investigación del envenenamiento de mi padre. *Estaba* al límite, deseando que esta rubia domara mi oscuro estado de ánimo.

Tal vez había embotellado demasiada ira dentro de mí por la osadía de un enemigo al intentar eliminar al líder de mi familia. Estaba en riesgo de contener demasiados impulsos violentos.

No importaba. Podría explicarlo de un millón de formas distintas. Lo único que no cambiaba era que ver a Sloane así respondía a una necesidad de protegerla. Esta obsesión por poseerla y garantizarle seguridad se apoderó de mí.

De manera inexplicable pero obstinada, tenía que tenerla y saber que estaba bien.

Una mujer se apresuró por el pasillo, frenando al verme. Yo estaba agachado, pero la cautela se reflejaba en el rostro de la bailarina mientras probablemente se preguntaba cómo había llegado hasta aquí.

—Espera. —Mi voz sonó más áspera de lo que pretendía. Levanté la mano como para mantenerla alejada, pero era demasiado tarde. Vio a este cabrón en el suelo, inmóvil, y se asustó. Gritando alarmada, retrocedió y salió corriendo.

*Joder*.

Era solo cuestión de tiempo antes de que más gente viniera, y me condenaría si me privaban de la oportunidad de saber si Sloane estaba bien. Había entrado aquí sin permiso y tratarían de echarme, pero eso no iba a ocurrir.

Las preguntas me bombardeaban demasiado rápido. También las advertencias resonaban en mi mente. Pero me moví con la necesidad de sacarla de aquí.

Llamé a mi chófer y le ordené que enviara al soldado para limpiar esto. Antes de que llegara, fruncí el ceño mirando a Sloane otra vez, observándola para asegurarme de que respiraba. No se había golpeado la cabeza. La marca roja en su mejilla me enfurecía, sugiriendo que la habían abofeteado. Pero había estado consciente y alerta lo suficiente para establecer contacto visual conmigo antes de desmayarse.

El reconocimiento había brillado en sus ojos esmeralda antes de que simplemente perdiera el conocimiento. Aun así, observé cómo su pecho subía y bajaba. El escaso atuendo acentuaba sus deliciosos pechos, su escote exagerado para su trabajo, pero lo único que me importaba ahora mientras arrastraba a este hombre hacia un lado era que estaba respirando.

—¿Jefe? —El soldado apareció, y le dejé encargarse de esconder al hombre.

—La llevo al coche. —No esperé su respuesta, sabiendo que no perdería el tiempo con preguntas estúpidas. Agachándome, recogí a Sloane en mis brazos y la llevé afuera donde mi chófer esperaba en el callejón detrás del club.

También sabía que era mejor no hacer preguntas. Los hombres Ivanov permanecerían leales hasta su último aliento. Al abrirme la puerta trasera, me cubrió las espaldas y vigiló por si había problemas mientras yo llevaba a Sloane atrás conmigo. Tan pronto

como la acomodé en mi regazo, el soldado salió con el hombre muerto cargado sobre su hombro. Unos cuantos movimientos y golpes más a lo largo del coche me indicaron que había abierto el maletero y dejado caer el cadáver dentro. Luego, una vez que subió, nos pusimos en marcha.

El silencio llenó el coche. Nadie habló, y yo no tendría que hacerlo. Sloane estaba lejos de ser la primera persona que secuestraba, pero seguramente sentían curiosidad por saber por qué la llevaba a casa. Yo *nunca* llevaba a una mujer a casa, considerando la residencia de mi familia demasiado privada para compartirla con un polvo casual.

*Pero ella no lo es.*

Observando a Sloane respirar constantemente, con los párpados cerrados y los labios ligeramente entreabiertos, tuve que admitir que ya no era una mujer cualquiera con la que había follado en un club. No era solo una stripper. Ella sola tenía el honor de permanecer en mi mente durante demasiado tiempo. Mientras le indicaba al conductor que fuera a la casa, le asigné otra rareza.

Era la única mujer por la que mataría para proteger y tomar a mi antojo.

Sloane era la que yo quería.

Obsesionado con el recuerdo que tenía de ella, me pregunté si podría ser así de simple.

La abuela me había estado fastidiando para que engendrara un heredero. ¿Por qué no ella? La miré mientras dormía, apartándole los suaves mechones dorados de la cara. ¿Por qué no Sloane? Ella podría ser quien me diera un hijo.

No *tenía* que casarme con ella. Podía dejarla embarazada, mantenerla como amante y conseguir de una vez un maldito heredero. El matrimonio sería preferible. Lo entendía, pero no estaba listo para atarme a una mujer para nada más por ahora.

Pero si la abuela estaba poniéndose tan nerviosa por asegurar una futura línea del legado Ivanov...

*¿Por qué no ella?*

No tendría sentido desperdiciar más tiempo o energía buscando otra mujer para procrear. Ya tenía a esta conmigo, y no estaba de humor para dejarla ir.

Tenía demasiado que resolver, pero con el regreso a la casa, decidí tomarme mi tiempo. La estaba secuestrando, llevándola lejos de su lugar de trabajo cuando estaba inconsciente, pero la trataba con delicadeza. Sosteniéndola como si fuera un tesoro delicado, la alcé en mis brazos y la llevé dentro de la casa. Nadie me detuvo en el camino hacia mi planta. Ninguno de los guardias pareció pestañear o reaccionar ante la extraña imagen de que trajera a una mujer a casa.

Sabían que era mejor no decir nada.

En el momento en que el ascensor subió a mi planta y las puertas se abrieron a mi apartamento cerca de la parte superior del edificio, la llevé a mi habitación. Todavía no se había despertado, pero no estaba excesivamente preocupado. Después de observarla durante el trayecto, me pregunté si simplemente estaba cansada, agotada y tal vez privada de sueño. Se podía detectar un leve olor a bilis, y supuse que quizás estaba enferma. Esa combinación explicaría su desmayo tan rápido.

Sin ninguna protesta, la coloqué en la cama y le subí las mantas. Despertaría tarde o temprano, y yo quería estar allí en el momento en que lo hiciera. Arrastrando una silla hacia la enorme cama, donde se veía tan pequeña y solitaria descansando ella sola, planeé vigilarla hasta que volviera en sí.

Ocupándome con las posibilidades de cómo podría mantenerla aquí como mi amante para producir un heredero, la estudié y deseé que se despertara para responder a todas las preguntas que se

acumulaban en mi cabeza. Sentado tan pacientemente como pude, apoyé los codos en los reposabrazos de la silla y junté los dedos, descansando la barbilla sobre ellos.

En el momento en que se movió, mi corazón latió más rápido. La anticipación de que me viera aceleró mi pulso de buena manera, y esperaba con impaciencia su reacción.

—¿Qué demonios...? —Parpadeó, levantando la cabeza de la almohada. Confundida y alarmada, se incorporó bruscamente en la cama y examinó la habitación tenuemente iluminada. Su respiración se entrecortó en el segundo en que me vio. Y antes de intentar pedir ayuda, retrocedió en la cama, apartando una almohada—. ¿Qué coño está pasando?

Una vez más, buscó por la habitación, frenética y asustada. Para mi deleite, no estaba aterrorizada, mostrando ese mismo ceño desesperanzado que llevaba cuando aquel hombre la golpeaba entre bastidores. Ahora, parecía a la defensiva, calculadora. Aunque no quería problemas con ella, verla reaccionar con un instinto de supervivencia me complacía. No era una dócil idiota. Tenía agallas para evaluar la situación tan rápido.

—¿Por qué me has traído aquí? —exigió, con voz firme y severa—. ¿Qué quieres de mí? —De nuevo, retrocedió en la cama, como si ya estuviera planeando una ruta de escape lejos de mí.

—Solo quería asegurarme de que estás bien —respondí. Eso no era *todo* lo que quería de ella, pero tenía que tomarme mi tiempo. Verla en mi cama me estaba alterando. El deseo me golpeaba, e intenté ignorar lo dura que estaba mi polla al verla en mi territorio.

—Me has secuestrado —entrecerró los ojos, demostrando que no era una idiota mansa o sumisa para mí. Odiaba los recuerdos de verla tan asustada de aquel hombre al que había matado por ella y de los tres matones de la fiesta. Pero no se acobardaba ante mí.

—Me has secuestrado del club —dijo cuando no respondí, simplemente mirándola e intentando descubrir cómo manejar esto ahora que la había traído aquí. Sentándose más erguida en la cama, se puso aún más irritable, frunciéndome el ceño—. Déjame ir.

—¿Irte? —pregunté, sonriendo ligeramente—. *No hay ni una maldita posibilidad en el infierno de que te deje ir ahora.*

—Escúchame, cabrón, y déjame ir —exigió, señalándome mientras levantaba la barbilla. Entre su tono y su actitud, me di cuenta de que tenía astucia callejera. Era dura. Tal vez había tenido una vida más difícil de lo que había imaginado. Bajo todo eso, estaba claro que no era de mi mundo. Tosca y más arrogante, descarada y atrevida, *no* era el tipo de hija de élite de la Mafia que probablemente mi abuela querría que eligiera.

*De todos modos, no estará contenta con que me reproduzca con alguien como ella.*

La abuela insistiría en encontrar una mujer adecuada, alguien de un origen prestigioso para solidificar una generación más fuerte que siguiera a la mía. Nunca aprobaría a una luchadora como Sloane, alguien dura y descarada de las calles.

—Quiero irme —insistió, pareciendo más irritada cuando no le di una respuesta—. No puedes simplemente secuestrarme así y...

Cuando intentó quitarse las mantas y liberar sus piernas, me puse de pie y me cernía sobre ella. Poniendo una mano a cada lado de sus caderas, la bloqueé. La manta se extendió de nuevo sobre sus muslos, manteniéndola en su sitio.

No se echó hacia atrás cuando me arqueé sobre ella. Lanzándome su mirada más dura, esos ojos verdes brillando de ira, no se amilanó. Atormentándome a mí mismo con el ligero espacio entre nosotros, contuve mi necesidad de saborearla, de devorarla, y observé sus labios mientras fruncía el ceño.

*Oh, voy a divertirme contigo.*

—No vas a ir a ninguna parte, Sloane.

# SLOANE

*Sabe mi nombre.*

Parecía una tontería fijarse en eso entre todos los detalles más importantes que deberían importar más.

Como el hecho de que me había secuestrado del Stanley's.

Como que había matado a Lenny retorciéndole el cuello.

Estremeciéndome de nuevo al recordar esa espantosa imagen, resistí el impulso de apartar la mirada de él. Estaba demasiado cerca, dominando todos mis sentidos. Olía el leve rastro de su colonia. Juraba que podía saborear el alcohol que impregnaba su aliento. Cautivada e intimidada por su aspecto rudo de cerca mientras se cernía sobre mí, me quedé paralizada.

Paralizada. Como siempre.

Pero nunca antes me había enfrentado a este dilema.

Tragué saliva con dificultad y le sostuve la mirada.

Este hombre que había asesinado a alguien.

Este tipo que me había secuestrado.

Mi salvador era un asesino.

No podía determinar si estaba en peligro.

Y en lo único que podía quedarme enganchada, conteniendo la respiración y totalmente confundida sobre por qué estaba aquí, era que sabía mi nombre.

—¿Me oyes? —preguntó, con ese susurro ronco tan provocador pero firme—. No vas a ir a ninguna parte.

Eso resolvía esa cuestión. No me había sacado del club por capricho. Era su cautiva.

Y realmente creía lo que decía. Él sería quien determinara mi partida. Sería inútil discutir con él sobre ese punto. Claramente, tenía todo el poder para hacer lo que quisiera cuando se había abalanzado para sacarme de mi lugar de trabajo. Una rápida mirada a sus brazos firmemente apoyados mientras me encerraba contra la cama me recordó lo físicamente fuerte que era. Estando tan cerca de él y sintiendo el calor de su cuerpo, me acordé aún más de su fuerza masculina de cuando me había penetrado en la sala VIP.

Con una mueca que no mostré, odiaba haberme desmayado. Podría haber gritado pidiendo ayuda en el club. Un portero u otra bailarina podrían haber intervenido. Ese momento de inconsciencia fue cuando no tuve control sobre mi destino.

Aun así, estaba tan cansada, tan hambrienta y sedienta y completamente agotada que sabía que no llegaría lejos si intentaba someterlo ahora, dondequiera que estuviésemos.

*Piensa, Sloane. Piensa.* Quedarme aquí sentada en silencio no me serviría de nada.

Aparte de admitir que era más fuerte que yo en esta situación, me estrujé el cerebro para encontrar algo más que pudiera ayudarme.

—¿Por qué?

Él ni se inmutó ante mi simple pregunta.

Volví a levantar la mirada hacia sus ojos oscuros. *¿Por qué?* Esa tenía que ser la pregunta más fuerte que podía hacer.

—¿Por qué me mantienes aquí?

Nada.

—¿Por qué me llevaste así?

Entonces se echó hacia atrás, pero no se apartó de mi lado. Sentado en el borde de la cama, con su cadera tocando mi pierna bajo las sábanas, me dio algo de espacio. Con esa mirada intensa, ardiente e inquisitiva que me dirigía, sentí la tentación de estallar y exigir algunas malditas respuestas.

—Te saqué de ese club porque no me gustaba cómo te estaba tratando ese hombre.

Levanté las cejas, sorprendida de que hubiera respondido en lugar de comportarse como un psicópata fingiendo ser mudo. —¿Lenny? Era mi jefe. Y tú lo *mataste*.

Se encogió de hombros.

Mi boca quedó abierta. *Como si no fuera nada*.

—¿Por qué debería molestarte? Te estaba golpeando.

Negué con la cabeza, desconcertada y sintiéndome tan perdida que me costaba encontrar un punto de partida para responder. ¿Por qué me molestaba que hubiera matado a alguien? Oh, ¿quizá porque matar a las personas estaba mal?

—¿Qué quieres decir? ¡Lo has matado!

Retomó esa mirada silenciosa como si tuviera que entenderme a *mí*.

La muerte no le afectaba. Lo vi en la frialdad de sus ojos. No sabía mucho sobre este hombre, solo que me había hecho llegar al orgasmo más fuerte de mi vida y que pertenecía a la familia Ivanov.

Ah, y que llegaría al extremo de matar a mi jefe solo para mantenerme a salvo de una paliza.

*No solo a mí.* Me contuve de poner las manos sobre mi estómago.

*Nos estaba protegiendo a mí y a nuestro bebé.*

El bebé del que él no sabía nada.

Fruncí el ceño, intentando forzar a mi mente a encajar estas piezas más rápido. —Por supuesto —murmuré.

—¿Por supuesto, qué? —preguntó.

—Por supuesto que no te importaría matarlo. Ni a nadie más. Eres solo otro hombre de la mafia.

Una ligera sonrisa elevó sus labios. Orgullo. Eso era lo que me mostraba. Estaba orgulloso de ser un criminal tan despiadado.

—Pero ¿por qué me llevarías? ¿Por qué tuviste que sacarme de allí?

Frunció el ceño y me estudió más. Era inquietante estar bajo su escrutinio y, contra todo sentido común, quería saber lo que veía. Lo que pensaba. Se suponía que solo debía preocuparme por cómo escapar, pero sentía curiosidad.

—¿Te molesta que te haya sacado de ese club? ¿Habrías preferido que te dejara allí para que te golpearan?

—No, pero... —fruncí el ceño, confundida por cómo habíamos pasado de las opiniones sobre lo correcto o incorrecto del asesinato a su toma de control—. Pero no es tu decisión. No me posees.

Su sonrisa creció, haciéndome tensarme de nuevo. Discutir y hablar ayudaba a mantener la tensión a raya, desplazándola porque podía desahogar mi ira con palabras. Sentir que me observaba atrapaba demasiada energía dentro de mí.

—No soy tuya —insistí, apartando la manta de mis piernas. Tenía que moverme. Tenía que luchar y empezar a escapar antes de

volverme loca—. No soy un objeto que puedas controlar. —Me giré hacia un lado, con la esperanza de poder levantarme—. No puedes decidir mi destino y colocarme donde quieras. No soy...

Él me agarró de los brazos cuando intenté salir corriendo. —No vas a ir a ninguna parte —gruñó, repitiendo su afirmación y terminando mi frase retorciéndola por completo.

—¿Pero por qué? —Me hundí de nuevo en la cama bajo su empujón —. ¿Por qué tengo que estar aquí contigo? ¿Por qué me mantienes alejada de donde se supone que debo estar?

—¿Estás tan desesperada por volver a ese asqueroso club? — Entrecerró los ojos, casi pareciendo enfadado pero no *conmigo*.

—Es mi trabajo.

—Ya no lo es.

Me retorcí para liberarme y fracasé. —Esa no es una decisión que usted deba tomar.

—Ahora lo es.

Me esforcé por soltarme de sus fuertes manos. —No, no lo es. No le permitiré controlarme. No voy a... —Grité por un calambre de hambre que me hizo doblarme, luché contra el calor de las lágrimas que intentaban escapar de mis ojos mientras los apretaba con fuerza.

Él se puso de pie, dejándome acurrucada en posición fetal sobre la cama.

—Me diste las gracias por salvarte aquella primera vez —me recordó con tono pragmático mientras yo abría los ojos—. Tal vez deberías considerar eso ahora.

—¿Darle las gracias por secuestrarme? —chillé, deseando poder golpearle. No iba a responderme el *porqué*, pero no dejaría de preguntar. Obtendría mis respuestas aunque fuera lo último que

hiciera—. No voy a darle las gracias por secuestrarme. —*Estaba* agradecida de que me hubiera salvado de Lenny. Desearle la muerte no era algo a lo que yo llegara, pero agradecía que este hombre me hubiera librado del abuso de Lenny.

—¿Por qué no? —Se cruzó de brazos, pareciendo ligeramente divertido.

Estaba loco. ¿Creía que esto era divertido? ¿Que alguna vez podría disfrutar de que un hombre dictara mi vida? —¿Qué mujer en su sano juicio querría que un asesino la capturase? —Me incorporé, ignorando los gruñidos que emitía mi estómago. Si iba a desmayarme de nuevo por agotamiento y hambre, maldita sea, diría cada palabra mientras pudiera—. Este es mi peor miedo hecho realidad.

—¿Ser salvada de ese borracho que te estaba golpeando? —Arqueó una ceja gruesa y oscura.

—¡No! —Estaba loco si no veía nada malo en secuestrarme. Como hombre de la mafia, su brújula moral debía estar desviada, pero me humedecí los labios y traté frenéticamente de cambiar mi enfoque. Si pudiera apelar a su lado más amable, quizás tendría piedad de mí.

*Si es que tiene un lado amable.*

Estaba desesperada por creer que lo tenía. Parecía importarle lo suficiente como para salvarme, dos veces. —Por favor, déjeme ir —supliqué.

Él me miró fijamente y no se movió.

*Por favor, tenga corazón. Tenga un cambio de corazón y déjeme ir.* Tragué saliva y parpadee lentamente, apresurándome a ordenar mis pensamientos. —Nunca he querido ser propiedad de nadie. No de un hombre. Nunca he querido ser vendida o controlada. Poseída como un objeto.

Descruzó los brazos pero no hizo ningún movimiento para hablar o tocarme. Bajo su mirada oscura, me di cuenta de que el contacto visual con él era un cautiverio más potente que su fuerza bruta o el cerrojo de la puerta.

—He intentado con todas mis fuerzas mantenerme alejada de problemas. Evitar acercarme a los hombres malos que hay por ahí. He tratado de evitar el mismo destino que han sufrido últimamente las otras bailarinas, y ahora... —Odiaba el ligero gemido que se me escapó—. Y ahora tengo miedo. Por favor, déjeme ir.

En el fondo, entré en pánico por el bebé con el que me había dejado. No estaba suplicando por mi liberación, sino también por la de este niño.

—¿De qué estás hablando? —preguntó.

—¿Qué? —Negué con la cabeza, esperanzada de que hablara y no me diera ese tratamiento silencioso de nuevo, poniéndome nerviosa con sus miradas.

—¿De qué estás hablando? Las otras bailarinas.

—Se las han llevado del club. Traficantes y otros hombres de la mafia las cogen al final de la noche y las mantienen cautivas para sus propios beneficios.

Cuando alzó las cejas, pareciendo sorprendido, fruncí el ceño.

*¿Esto es nuevo para él?*

No veía cómo podía desconocer el destino de las bailarinas. Apostaba a que atacaban muchos clubes, no solo el de Stanley. Sin embargo, no importaba. Si quería fingir ignorancia, lo que sea. Yo quería largarme de aquí de una puta vez. Él me había salvado, y me sentía segura a su lado, pero la idea de su secuestro contrastaba con esa sensación de seguridad.

*¿Qué me pasa?*

Estaba tan hambrienta y cansada que era un delirio pensar que este jefe de la mafia podría ser una fuente de consuelo y seguridad. ¡Me había secuestrado, joder!

Me humedecí los labios resecos. —Por favor, déjeme ir, señor...

Él soltó una brusca carcajada. —¿*Señor*?

—¿Cómo se supone que debo llamarle?

Se frotó la mandíbula con la mano, pareciendo divertido de nuevo, pero yo no tenía prisa por que me contara el chiste. Podía reírse de mí todo lo que quisiera. Siempre que me prometiera dejarme libre.

—Maxim —respondió—. Mi nombre es Maxim. Y te permitiré hacer una cosa.

Apreté los dientes, furiosa por cómo lo había expresado. Que tuviera que esperar a que me concediera permiso. Como si fuera mi jefe. La sonrisa arrogante en su rostro sugería que estaba disfrutando demasiado de este juego de poder.

—Te dejaré descansar aquí —dijo mientras retrocedía.

Le desafié, incorporándome e intentando salir de la cama de nuevo. Persiguiéndole demasiado rápido, me mareé y tropecé, cayendo de nuevo sobre el colchón.

—Descansarás —ordenó mientras retrocedía más—. Hasta que yo diga lo contrario.

Con eso, salió de la habitación.

Un definitivo *clic* del cerrojo sonó tras su salida.

Apreté la manta con mis puños y perdí la batalla contra las lágrimas abrasadoras. Se deslizaron por mis mejillas, evidencia de la miserable ira que dirigía hacia mí misma por haber sido atrapada así: cautiva y poseída.

Mi peor miedo.

# MAXIM

Sloane no era la primera persona que secuestraba.

Pero sí era la primera mujer que había traído a casa y permitido en mi cama.

Aunque no era la primera vez que interrogaba a un cautivo. La mayoría acababan en el sótano para que Damon los interrogara. A él le intrigaba más ese proceso que a mí. Yo era más directo. Solo quería respuestas, pero sabía, mientras la encerraba en mi dormitorio y cerraba con llave, que alejarme me llevaría más lejos que presionarla.

Era demasiado resistente, aún alterada por el miedo de haber sido capturada. Si quisiera analizar la situación más profundamente, apostaría a que también estaba asustada por haber presenciado la muerte de Lenny.

*Le daré algo de tiempo.*

Espacio y un respiro de la intensidad de enfrentarse a mí.

Tenía que ayudar.

Además, no había pasado por alto los rugidos de su estómago. Tenía bolsas oscuras bajo los ojos, y me molestaba pensar que podría haber estado tan débil como para desmayarse porque estaba desnutrida.

En la cocina, le ordené al cocinero que preparara una bandeja de comida para ella. No importaba que fuera la mitad de la noche. Siempre había alguien de servicio allí. Mientras él preparaba algo de comida reconfortante y una bebida para ella, encargué a uno de los hombres que fuera a una de las habitaciones de invitados del apartamento de Saul y trajera ropa que a veces guardaba para sus amantes. Él tampoco se comprometía, pero de vez en cuando tomaba una amante durante una semana más o menos, y tenía cosas para ellas.

Antes de regresar a mi planta y llevarle a Sloane la comida, el agua y la ropa, di un rodeo para ver cómo estaba mi padre. Como cada vez que me entraba la paranoia y quería asegurarme de que seguía vivo, entré con pasos silenciosos y cuidadosos, conteniendo la respiración y temiendo que esta vez pudiera estar realmente muerto.

No nos sorprenderían así. Sensores y monitores estaban conectados a él. Sus constantes vitales se controlaban minuto a minuto día y noche. Cuidados las veinticuatro horas supervisaban su recuperación, pero aun así, el miedo persistía.

Sloane no mentía cuando admitió que su mayor temor era ser poseída y controlada. La creí. Vi la profundidad del miedo y la sinceridad en sus ojos.

Ella tenía su miedo. Era uno entre un millón más de cosas que aprendería sobre ella. Quería saberlo todo sobre ella y planeaba adquirir ese conocimiento. Así de gravemente me estaba afectando ya.

Pero mi miedo era este.

Encontrar a mi padre muerto. Darme cuenta de que ahora yo sería el jefe.

Temía esos acontecimientos, no solo porque amaba y honraba a mi padre y quería que estuviera conmigo, sino también porque no me

apetecía tomar el mando todavía. No definitivamente. Aún quería *vivir* mi vida, no gobernar las de los demás.

Sin embargo, estaba vivo, durmiendo y esperemos que recuperándose en este estado similar al coma que los médicos creían que le beneficiaría más ahora mismo.

Mientras lo examinaba, tranquilizándome de que aún no me había dejado completamente solo en este mundo, suspiré y debatí si secuestrar a Sloane había sido lo correcto en este momento. No la necesitaba como distracción. Tenía que centrarme en descubrir quién lo había envenenado.

*Pero si no la mantengo cerca, estaré obsesionado con querer tenerla a mi lado.*

Dejé la planta de mi padre y volví a la cocina, convencido de que no había manera de *pedirle* a Sloane que se quedara y estuviera aquí cuando la quisiera como mi amante. Era demasiado combativa y defensiva. Tenía que abordarla de esta manera para conseguir lo que quería, y siempre lo conseguía al final.

*No vas a ir a ninguna parte, Sloane.*

Me detuve ante la puerta de mi dormitorio con la bandeja de comida en las manos y la ropa sobre el antebrazo.

*No vas a ir a ninguna parte hasta que yo lo diga.*

Sin embargo, sonreí ante la extraña emoción de no saber cómo reaccionaría ahora. Imaginarla de pie cerca de la puerta para escapar y huir no debería haberme excitado, pero saboreaba la posibilidad de que contraatacara.

Abrí la cerradura y esperé el sonido de sus pasos.

No se oyó nada.

Abrí la puerta y dejé que se abriera un poco.

Siguió sin oírse nada. Ni un sonido. Ningún movimiento.

Alerta y emocionado por ver si estaría esperando para atacar y escapar, entré en la habitación y encontré la cama vacía. Pero tampoco estaba escondida cerca de la puerta. El sonido de agua corriendo en el baño me indicó que se estaba duchando.

Entrecerré los ojos, oyendo un ligero roce de tela a mi izquierda.

*O no se está duchando.*

Antes de que pudiera saltar detrás de mí y salir corriendo por la puerta —lo que no la llevaría muy lejos con los hombres en las instalaciones— dejé la bandeja de comida y solté la ropa. Girándome para agarrarla por la cintura, la recogí sin esfuerzo mientras pataleaba y se agitaba hasta que pude depositarla en la cama.

—Te lo dije —le advertí, excitado por el fuego en su mirada mientras caía de espaldas en el colchón—, no vas a ir a ninguna parte.

—Que te jodan. —Se apartó el pelo de la cara donde se le había caído—. Que te jodan, Maxim.

Sonreí mientras ella se movía hacia atrás en la cama.

—Más tarde —bromeé—. Si te calmas y aceptas tu destino...

—Nunca —espetó.

—Acepta tu destino —continué con calma mientras volvía a buscar la bandeja—, y te dejaré tener mi polla de nuevo más tarde.

—No la quiero —respondió ella. Su estómago rugió de nuevo ruidosamente.

Señalé el baño.

—Cierra el agua y ven aquí a comer.

—No. No soy un perro al que dar órdenes.

—Ahora —repetí. Me senté, negándome a sobrepasarme aquí. No la domaría en una noche, y tampoco quería hacerlo. El desafío que me

planteaba hacía todo esto aún más emocionante.

Con una mirada furiosa, se levantó y cerró el agua, luego se sentó en el borde de la cama. Me observó atentamente mientras colocaba la bandeja sobre su regazo.

—Buena chica —dije mientras volvía a sentarme.

—Que te jodan.

Sonreí, esperando con ganas domarla. No era nada dócil. Era completamente diferente a lo que estaba acostumbrado. —Come.

Cogió la cuchara y no perdió su ceño fruncido ni una sola vez mientras comenzaba a probar la sopa.

—Cuéntame más sobre las bailarinas que han desaparecido —le indiqué. Sabía perfectamente que no podía esperar que ella *quisiera* hablarme de sí misma. Este parecía el tema más neutral en el que podía confiar para que se relacionara conmigo. No sobre ella, sino sobre lo que había mencionado antes.

—No actúes como si no lo supieras —murmuró.

—Sígueme la corriente —dije, impasible.

—Algunas bailarinas desaparecen. De todos modos, hay mucha rotación, y pensaba que las bailarinas iban y venían porque se dedicaban a otras cosas o porque odiaban el striptease. —Se encogió de hombros con un gesto delicado, mirando la sopa y el pan en lugar de mirarme a mí.

*Joder. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?* Estaba devorándolo todo como si hubieran pasado días desde su última comida. Odiaba que hubiera pasado hambre, pero tan pronto como ese pensamiento me golpeó, odié aún más el hecho de que me importara.

—Una noche, Lenny intentó forzarme a subir a la furgoneta con las otras. Unos hombres de la mafia estaban intentando llevárselas.

—¿Una furgoneta?

Asintió, mirándome de reojo. —Parecían como tú, pero diferentes. Trajes. Tipos duros de la mafia. Pero no formaban parte de tu...

Levanté las cejas.

—¿Tu empresa? ¿Familia? ¿Organización?

Me reí ligeramente. —Cualquiera o todas las anteriores servirían.

Sonrió con ironía. —No eran rusos. He visto a los rusos en el club. Pero estos tipos sonaban europeos. Diferentes.

—¿Hablaban español? —adiviné, preguntándome si los carteles estaban robando strippers.

—No. —Negó con la cabeza—. Ahora no puedo recordarlo bien. Estaba asustada. Otra bailarina me estaba contando cómo los hombres de la mafia y los gánsteres se fijan en las strippers para que trabajen para ellos. Las drogan y las mantienen enganchadas para que no puedan abandonar la red de tráfico.

Yo estaba, por supuesto, familiarizado con ese tipo de negocio. El Sindicato Ivanov tenía medios más lucrativos de ingresos, sin embargo, y nunca nos centramos en vender mujeres. Nunca lo habíamos necesitado.

A medida que describía más sobre su incidente, incluyendo cómo se había forzado a vomitar para que Lenny no pudiera meterla en la furgoneta, más cosas encajaban. Con su informe continuo, me convencí más de que los Romano y los Kozlov estaban involucrados en la desaparición de las bailarinas. Aunque ella parecía convencida de que los hombres no hablaban en ruso, yo sabía que diversificaban con sus soldados.

La trata era una empresa comercial esperada dentro de las redes criminales, así que no me sorprendió escucharla hablar de ello. Aunque esta noticia no era tan nueva y no me beneficiaría en términos de mi liderazgo temporal de la familia Ivanov, era información e inteligencia que mantendría en el fondo de mi mente.

No tenía sentido tratar de entrometerme y competir si esta era una operación de los Romano o los Kozlov, pero si alguna vez necesitaba identificar una forma de atacarlos o frustrar sus planes, esta era información útil para tener y conservar.

Cualquier dato de información que pudiera usar contra nuestros enemigos importaba, y me alegré de que ella no se cerrara sobre este tema.

Cuando le pedí más detalles sobre lo que sabía de los hombres de la mafia y otros actores criminales que iban al club específico donde ella bailaba, no se contuvo.

—Después de aquella noche en que, um, te conocí —dijo después de terminar la comida—, pregunté por ahí sobre ti.

Oculté una sonrisa ante su curiosidad, no queriendo revelar cuánto me emocionaba su interés en mí. —¿Por qué?

Se encogió de hombros. —Porque sí. Nunca me acuesto con hombres del club.

Por lo estrecha que estaba y lo rápido que había llegado al orgasmo, tenía la corazonada de que no había estado durmiendo con nadie desde hacía tiempo, en el club o fuera de él.

—No busco extras como ese. —No se acobardó, manteniendo una mirada fija en mí que rayaba en el antagonismo.

—Después de hacerlo aquella vez, contigo... —Se aclaró la garganta, haciéndome preguntarme si estaba tratando de encubrir algo más. Estaba dispuesta a informar sobre los hombres que veía en el club y lo que sabía del tráfico, pero no iba a creer ni por un segundo que no intentaría ocultarme otras cosas. Su naturaleza defensiva seguía ahí. Cautelosa y recelosa, así actuaba incluso después de que la hubiera alimentado y dado agua.

—Pregunté por ahí sobre quién eras y las otras bailarinas dijeron que estabas con la familia Ivanov.

Asentí. —Así es. —Eso era todo lo que iba a ofrecer sobre mí. Quería saber más sobre *ella*.

—¿Cómo sabías mi nombre? —preguntó.

—Hice que uno de mis hombres te investigara. —Contento de que me hubiera dado una apertura para preguntarle sobre ella, añadí—: pero eso fue todo lo que me dijo.

Frunció los labios, tomando una postura más firme conmigo. Parecía que ella también creía en el concepto de que el conocimiento es poder, y quería reclamar el suyo y quedarse callada para evitar que yo tuviera el poder de saber algo más sobre ella.

—¿De dónde eres, Sloane? —Joder, me encantaba decir su nombre. Hacía que esto fuera más íntimo, más personal, cuando ella estaba intentando tan duro mantener la distancia conmigo.

No dijo nada.

—¿No quieres contarme sobre ti? —insistí.

Se giró, ni siquiera me miraba.

—¿Nada? —Me reí una vez, oscuramente, casi contando con que ella jugara duro de esta manera.

Demasiado malo para ella, no tenía ninguna posibilidad de ganar.

—Me responderás, Sloane. —Me levanté, listo para irme—. No ahora, no hoy, pero no te equivoques, me responderás.

Se lamió los labios, enfrentándome con un ceño tan furioso que quise follármela hasta sacarle toda esa rabia. Verla tan viva, tan acalorada y descarada, solo me hacía desearla más.

—Nunca me rendiré ni te obedeceré —declaró.

Sonreí, recorriéndola con la mirada. Lo haría. Y no podía esperar para demostrarlo.

—No seré una cosa obediente para ti, Maxim.

Me metí las manos en los bolsillos solo para evitar aún más extender la mano hacia ella y desafiarla a que reconsiderara su postura.

—No me importa si eres un jefe de la mafia o un asesino o un... —Frunció el ceño, pareciendo quedarse sin energía—. No importa quién seas. No conseguirás que obedezca y haga lo que dices.

*Ya veremos.*

Me di la vuelta, dejando que mis acciones hablaran más fuerte que mis palabras. No serviría de nada decirle lo equivocada que estaba. Se lo demostraría.

—Descansa, Sloane —le dije antes de salir y cerrar la puerta con llave.

*Descansa ahora, porque no tendrás tiempo después, cuando te inclines ante mí.*

# SLOANE

Pasaron los días y mi cautiverio se convirtió en una rutina. Previsiblemente, me despertaba en la cama de Maxim, sola. Luego una doncella que ni siquiera me miraba a los ojos o me saludaba me traía la comida. La ropa aparecía, nueva y lavada, en la puerta. Y me dejaban sola para pasear, pensar, dormir o intentar leer la única novela de bolsillo desgastada que se había impreso en los ochenta.

Una vez más, estaba atrapada en la monotonía.

Cada día era igual.

Exactamente igual.

Sin embargo, esto no se parecía en nada a la vida a la que estaba tan acostumbrada. Ya no sobrevivía apenas intentando mantenerme a flote. Con cada día y noche que pasaba en cautiverio, se me daba la oportunidad de recuperarme.

Por primera vez en mi vida, me mimaban. No había vecinos ruidosos poniendo música a todo volumen o dejando que su niño pequeño chillara. Ni un solo ruido me molestaba aquí, nada que me mantuviera despierta y crónicamente privada de sueño.

Ya no sudaba en la cama ni me irritaba por la falta de aire acondicionado que me hacía preguntarme si estaba en el infierno.

No tenía un horario que me obligara a levantarme e ir a trabajar en un empleo que no quería. No había presión por bailar en el Stanley's cada noche de la semana como una mendiga desesperada por cada billete que pudiera conseguir.

Me alimentaban con comida gratuita que no tenía que pedir. No tenía que cocinar ni lidiar con la carga mental de hacer la compra y presupuestar.

Por primera vez en mi vida, durante estas dos semanas después de que Maxim volviera a aparecer en mi vida, todas mis necesidades básicas estaban cubiertas. Era una bendición.

Pero a la vez no lo era.

Algo tan bueno no podía durar, y aunque aprovechaba la oportunidad de no agotarme, sabía que tenía que haber un truco. Pasaba demasiado tiempo preguntándome qué era y cuándo me daría cuenta.

Llevar la cuenta de los días parecía inútil porque después de dos semanas siendo cautiva de Maxim, tuve que debatir seriamente una respuesta para una simple pregunta.

*¿Por qué querría que esto terminara?*

*¿Por qué querría irme?*

Había enfrentado una vida tan dura como huérfana, luego como mujer maltratada, y había luchado durante tanto tiempo por las necesidades más básicas que esto era como unas vacaciones con las que solo podría haber soñado.

Me estremecí mientras caminaba. *No, eso está mal.*

Sabía que el hecho de que Maxim me mantuviera aquí contra mi voluntad estaba mal.

Me había capturado como un criminal despiadado y sin ley.

Me había secuestrado. No había forma de endulzar esa verdad.

El secuestro era algo malo y nada cambiaría eso jamás.

Sin embargo, cada vez que me quedaba despierta y pensaba en las circunstancias que me habían llevado a esta situación, no podía negar lo agradecida que estaba. Estaba *agradecida*. Él me *había* salvado. Había matado a un hombre abusivo y horrible que quería hacerme daño.

Eso era algo bueno. Nunca le deseé mal a nadie ni quise que alguien muriera, pero en ese contexto, Maxim había hecho algo bueno al salvarme como lo hizo.

—Vale, si él no lo hubiera matado o no me hubiera traído aquí, ¿dónde estaría? —susurrar eso para mí misma era una práctica para mantener mi voz viva.

—Fácil —me respondí, paseando de nuevo—. Estaría de vuelta en el club y Lenny seguiría acosándome.

Estaba demasiado sesgada para pensar demasiado si estaba perdonando las acciones de Maxim en términos de que el fin justifica los medios. Pero tenía que recordarme mantener esto en perspectiva. No, no quería luchar y estar bajo el abuso de Lenny, pero tampoco quería que Maxim controlara mi vida y me mantuviera cautiva.

Siempre que no perdiera de vista mi independencia, la relajación empezaba a sentirse como un truco.

*Es un truco.*

*Te está manipulando.*

Sabía que lo estaba haciendo porque nunca me respondía por qué me había elegido y por qué me mantenía aquí. Por ese principio, me negaba a bajar la guardia del todo.

Algo no cuadraba.

No podía estar tan comprometida como para pensar que esta soledad pacífica era buena.

Ser alimentada, cuidada y dejada en paz para descansar era todo parte del engaño.

Él quería que estuviera tranquila.

*¿Pero por qué?*

En el fondo de mi corazón, sabía que tenía que estar en lo cierto sobre evitar a los hombres de la Mafia.

No era una tontería negarme a ser controlada por un hombre.

Pero no sabía por qué me había elegido a mí para mantenerme aquí.

*¿Por qué, Maxim? ¿Por qué quieres mantenerme aquí?*

Eso era todo lo que estaba haciendo, también. Me mantenía aquí en su habitación, como una princesa encerrada fuera de la vista del mundo. No venía a dormir conmigo. No venía a tocarme en absoluto. Con mi obstinado tratamiento de silencio, no venía a hacerme preguntas más allá de ver si necesitaba o quería algo, ambas cuestiones que yo rechazaba e ignoraba.

Este tratamiento de silencio era el único poder que me quedaba. Negarme a responder sus preguntas o a decir algo en absoluto era el único medio por el que podía tener control sobre mi vida.

Sin embargo, cuanto más mantenía el silencio, más me agobiaba *qué* era lo que estaba callando.

Todavía no le había dicho que estaba embarazada de su bebé.

No estaba diciendo nada en absoluto, pero guardar ese hecho como un secreto se sentía como una enorme obligación.

—¿Cómo se lo diría? —murmuré en voz alta, paseando solo para mantenerme activa. Sin importar cómo considerara este asunto, me

costaba decidir si alguna vez le dejaría saber que iba a ser padre y cuándo.

*Si pudiera largarme de aquí, podría huir y no tener que decírselo.*

Su acto de secuestrarme no me llenaba de esperanza respecto a que no fuera controlador con nuestro hijo también.

*Además, ¿cómo podría querer que un asesino fuera el padre de mi hijo?*

A pesar de lo cómoda y bien cuidada que me sentía bajo su cautiverio, esto no era libertad. No era un destino que quisiera que mi hijo experimentara. Incluso en estos primeros días de embarazo, estaba comprometida a asegurarme de que este hijo o hija mío tuviera mejor oportunidad de una buena vida de la que yo jamás tuve.

*¿Cómo?*

Estaba cautiva y sin opciones. Y cada día, me ponía más ansiosa por no contarle sobre el bebé.

Mantenerlo en secreto era la única ventaja que tenía. Este bebé era *todo* lo que tenía. Eso y deudas.

Después de dos semanas sin ir a mi apartamento, estaba segura de que ya lo había perdido. Independientemente de si lo habían saqueado la noche antes de que Maxim me secuestrara, no había nada allí que no pudiera reemplazarse. Probablemente ya habría nuevos inquilinos instalándose, todas mis cosas arruinadas tiradas a la basura.

Mi trabajo también debía haber desaparecido. No tenía ni idea de qué había pasado con el cuerpo de Lenny o si alguien había visto lo que Maxim hizo, pero no presentarme durante dos semanas garantizaba que ya no tenía un lugar en el escenario.

Lo que significaba que no tenía dinero, solo deudas que parecían imposibles de superar.

No tenía hogar.

Tenía un bebé secreto y un jefe de la Mafia que me había capturado.

Solté un profundo suspiro ante las probabilidades en mi contra. Era una ilusa pensando que podría darle una buena vida a mi bebé cuando no podía conseguirlo ni para mí misma.

No tardé mucho en cansarme de la soledad de esta manera.

Nunca me había interesado ser extrovertida y divertirme con los demás. Por la naturaleza de mi difícil infancia, era más bien introvertida en el sentido de que tenía que ser una superviviente, pasara lo que pasara. Dejar que la gente se acercara era un riesgo, así que acabé convirtiéndome en introvertida conforme maduré.

Pero no hablar con nadie durante dos semanas se sentía como una extraña forma de tortura.

No ver a nadie durante dos semanas era extraño.

Al principio, lo disfruté. Mi cuerpo cansado me obligó a aceptarlo. Dormitaba, comía y descansaba. Nunca había sido muy lectora, pero hojeé aquella novela romántica antigua y con olor a humedad que parecía tan fuera de lugar en la masculina habitación de Maxim.

Con toda esa ociosidad, sin embargo, Maxim permanecía en primer plano en mi mente.

Cuando mi mente volvía a él una y otra vez, intentaba averiguar por qué.

*¿Por qué yo?*

No parecía muy interesado en lo que le expliqué sobre las bailarinas que estaban siendo llevadas y vendidas. Su brújula moral ya estaba torcida, pero no reaccionó a las noticias sobre lo que otros criminales y hombres de la Mafia podrían haber estado haciendo.

Quizás su familia no hacía eso.

Quizás la familia Ivanov elegía arruinar las vidas de las personas de otras maneras.

*Vamos. ¿Realmente está arruinando mi vida de esta manera?*

Odiaba cuestionarme así. Era muy tentador creer que él no podía ser tan malo.

Que quizás era un buen tipo y simplemente era incomprendido.

Él *me había* salvado esa noche de aquellos pervertidos en la fiesta.

Él *me hizo* sentir muy bien cuando follamos en aquella habitación privada.

Y él *mató* a Lenny por mí, evitándome más abusos.

Sacudí la cabeza, obstinada.

*No puede ser un héroe.*

*Es un hombre de la Mafia.*

*Es un jefe acostumbrado a matar gente.*

*No seas tan estúpida, Sloane.*

*No te dejes engañar.*

Le debía a este bebé protegerlo de este hombre que me había secuestrado.

Caminar de un lado a otro y pensar sin parar no me mostraba cómo seguir adelante. Este acto terco y malhumorado era todo lo que podía hacer para luchar.

Pero esto no podía continuar para siempre. Ahora que estaba descansada y alimentada, ya no débil con la amenaza de desmayarme por agotamiento, tenía que encontrar una manera de hablar con él. Tenía que hacerle saber que estaba equivocado al mantenerme aquí como un juguete en un estante.

No podía controlarme para siempre.

Fruncí el ceño hacia la puerta mientras me acercaba al sillón más cómodo.

*Tú tampoco puedes mantenerte alejado para siempre.*

Me senté, desanimada por el hecho de que no me visitaba a menudo. Cuando lo hacía, se sentía más como si solo estuviera comprobando que su mascota seguía viva en su jaula.

Esa noche, lo hizo.

Hacía tiempo que había terminado con mi bandeja de la cena e intentaba leer esa novela histórica pasada de moda cuando levanté la cabeza al sonido de la puerta abriéndose.

Estaba regresando tarde en la noche, y me tensé al verlo.

*Que te jodan, Maxim.*

Me había convertido en una profesional cantándolo en mi mente ya que estaba decidida a permanecer en silencio.

Entró en la habitación y cerró la puerta tras él, mostrándose impasible como siempre ante mi mirada fulminante.

Esto no era diferente de lo que había hecho antes. Era constante en mantenerme aislada de cualquier otra persona en esta gran casa. Aparte de la criada, que nunca decía una palabra, no tenía idea de cuántas personas había en este edificio, dónde estaba, ni nada más sobre mi ubicación. Solo podía suponer que la primera noche que estuve aquí, no me había llevado muy lejos ya que todavía llevaba mi traje de stripper.

Pero entonces, sucedió algo más.

Me quedé helada, preparándome.

No caminó tranquilamente junto a la puerta como solía hacer cuando suspiraba y luego preguntaba si quería o necesitaba algo.

Esta noche, fijó su intensa atención en mí.

Se acercó directamente a mí, cruzando la habitación a grandes zancadas.

Alarmada por su atención hacia mí, me levanté de la silla. El libro de bolsillo amarillento se cayó de mis manos, pero ignoré el leve impacto al caer sobre mis pies descalzos.

Con su mirada hambrienta fija en mí, tragué saliva con dificultad y me sentí demasiado expuesta, demasiado vulnerable.

Demasiado... débil.

Inclinando la cabeza hacia un lado, rodeé la silla para mantenerla entre nosotros mientras él me acechaba confiadamente como a su presa.

Yo.

Yo era su presa.

Era su juguete.

Su cautiva.

Y no tenía ni idea de qué más quería de mí cuando alcanzó el nudo de su corbata y tiró de él.

*Oh, joder.*

Esta vez, estaba en silencio porque no tenía ni idea de qué decir.

# MAXIM

Basta.

No podía contenerme más.

Ahora que había terminado un día completo soportando reuniones y estando al mando, estaba listo para llevar esto más allá con Sloane y mostrarle cómo sería mía.

Ella frunció el ceño, retrocediendo para esconderse detrás de la silla en la que había estado sentada. Como si ese mueble pudiera mantenerla a salvo.

Eso era exactamente lo que yo había estado haciendo. Mantenerla a salvo. Protegiéndola de imbéciles como su jefe o cualquier otro hombre que intentara hacerle daño.

Tiré de mi corbata, intentando recordar no apresurar esto. No darme prisa para poder saborear cada segundo de su sumisión. Porque ella me la daría. Se sometería. No la culpaba por sobresaltarse y ponerse a la defensiva al verme merodeando aquí y quitándome la corbata.

*Basta de esto.*

Había sido una agonía mantenerme alejado de ella durante dos semanas, pero vi cuánto había necesitado simplemente existir. Comer, dormir y no preocuparse. Su agotamiento me preocupó al

principio, pero cuanto más la veía nutrida y atendida, más abrazaba el orgullo de poder hacer eso por ella.

Ver cómo se relajaba y respiraba con más facilidad fue mi primera recompensa, pero esa no era la única razón por la que me había mantenido alejado durante catorce malditos días.

Ella abrió y cerró la boca. Sus nudillos se pusieron blancos mientras agarraba la parte superior de la silla. Verla nerviosa era un espectáculo fascinante.

¿Aún quieres ser testaruda y continuar con este tratamiento de silencio?

Incliné la cabeza hacia un lado en señal de interrogación, divertido y curioso por saber cuánto aguantaría. Con la corbata desanudada, dejé que colgara sobre mi cuello antes de empezar a quitarme la chaqueta.

Dos puñeteras semanas había estado aquí. Relajándose, durmiendo, probablemente aburriéndose. Originalmente planeé darle la suficiente distancia y tiempo para que bajara la guardia, pero la cautela en su brillante mirada verde ahora demostraba que seguía siendo la superviviente, luchando por mantenerse en pie.

De nuevo, abrió y cerró la boca. Pareciendo pensárselo dos veces antes de hablar, dejó caer la mirada mientras observaba mis manos.

Pasando a mi camisa, desabroché un botón a la vez.

Demasiado tiempo.

Cada día, me obsesionaba con el secreto de mantenerla en mi habitación. Había dormido en el salón en el sofá, atormentándome por no tocarla. Nadie en la casa sabía que ella estaba aquí, solo la criada y los dos hombres que estaban conmigo la noche que la tomé. Nadie le diría a mis hermanos ni a mi abuela que ella estaba aquí tampoco.

Sloane era mi secreto. Y estaba harto de esta distancia.

Ella se aclaró la garganta, y casi sonreí al ver que perdía este duelo silencioso de miradas.

Ella se quebraría primero.

Sabía que lo haría.

Pero era una pena que hubiera intentado esta estupidez del tratamiento de silencio. Podríamos haber estado hablando todo este tiempo. Follando también.

O quizás no.

Planeaba darle tiempo y espacio para que se adaptara a ser mi amante aquí, pero también había estado demasiado ocupado para dedicarle atención. Si no estaba fuera reuniéndome con hombres y espías mientras me mantenía al tanto de la investigación del envenenamiento de mi padre, estaba liado tomando decisiones como el jefe al mando. Mis hermanos y mi abuela ayudaban. Éramos un equipo. Como jefe interino mientras mi padre se recuperaba, sin embargo, tenía un sabor amargo de las responsabilidades que venían con ser el líder principal de la familia más poderosa de la ciudad.

Me estresaba, empujándome a necesitar esta noche con Sloane.

Los recordatorios persistentes de mi abuela sobre tener un heredero también me irritaban.

—¿Qué estás haciendo?

Dejé que una sonrisa perezosa se apoderara de mi rostro. Gané. Ella cedió a la presión del silencio entre nosotros, y sabía que sería solo la primera victoria que tendría con ella esta noche.

Le respondí empujando mi camisa por un lado antes de quitarme la manga. —Estoy aquí para mostrarte por qué.

Los tendones y músculos de su cuello se flexionaron mientras tragaba. —¿Qué? —Salió como un susurro mientras bajaba su

mirada alarmada hacia mi pecho desnudo.

Quería saber qué pensaba de mis tatuajes. De cómo mantenía mi cuerpo en forma y preparado para gobernar así.

¿Todavía me veía como un asesino? ¿Un monstruo?

¿O había sido capaz de cambiar el filtro en su mente para verme como su héroe? ¿El amante que la había salvado?

—¿Por qué? —Se lamió los labios y frunció el ceño.

—Querías saber por qué te llevé —le recordé mientras me quitaba la otra manga, satisfecho cuando ella no pudo apartar la mirada de mi cuerpo mientras me despojaba de mi ropa.

Ella agudizó la mirada y me miró con enfado cuando instantáneamente encontró mis ojos. —¿Has esperado dos semanas para decírmelo?

*Oh, joder. Eres perfecta*. No era dócil en absoluto. Me mantendría alerta en cada paso del camino.

—No voy a decírtelo. —Dejé que mi camisa cayera mientras me quitaba los zapatos con los dedos de los pies. Bajando mis dedos hasta mis pantalones, le indiqué hasta dónde llevaría esta revelación —. Voy a mostrártelo.

—¿Me secuestraste solo para que pudieras... —Parpadeó, mirando sin pausa mientras desabrochaba y bajaba mis pantalones.

Mi polla se liberó, sobresaliendo y apuntando directamente hacia ella mientras también empujaba mis bóxers hacia abajo.

—Para poder follar tu dulce coño otra vez —terminé por ella cuando luchaba por hablar tan abiertamente. Era una stripper, pero sorprendentemente tímida para hablar de algo crudo ahora.

—Tú... —Parpadeó, elevando su mirada por mi cuerpo desnudo mientras salía de mis pantalones—. ¿Me querías solo para... me has

mantenido cautiva todo este tiempo para que fuera tu esclava sexual?

Sonreí con suficiencia, disfrutando cada segundo de su sorpresa. —Te tomé para que pudieras darme un heredero.

En un instante, levantó la cabeza y me atravesó con una expresión indescifrable de alarma. No estaba asustada, pero sí cautelosa.

—¿Qué has dicho? —preguntó ella, respirando más rápido. Sus pechos subían y bajaban aceleradamente, tentándome con el atisbo de esas generosas curvas que su camiseta no lograba contener por completo. A pesar de la distancia entre nosotros, vi cómo sus ojos parecían más oscuros, más dilatados, mientras me observaba.

*Me has oído.*

Me acerqué a ella, haciéndole señas para que se acercara y saliera de su escondite detrás de esa silla.

—Quiero que me des un heredero —repetí. Su propósito estaba claro, al menos para mí—. Quiero engendrar un hijo contigo y ver crecer a mi hijo... aquí. —Bajando mi mano para colocarla sobre su vientre, quedé fascinado con esta tensión sexual que crepitaba y chispeaba entre nosotros. El aire estaba cargado. Sentía cada hormigueo y cosquilleo de mi piel en contacto con la suya, incluso a través de la fina capa de su camiseta.

—¿Un heredero? —susurró, atónita.

Asentí, tirando del borde de su camiseta hacia arriba. No había huido. No iba a estremecerse ni a asustarse. Podía notarlo. Con ella tan quieta, sin embargo, me preguntaba cómo mi afirmación la había puesto tan... nerviosa.

—Ya hemos follado, después de todo. —Levanté su camiseta sin que protestara mientras me miraba fijamente.

Balbuceó, incapaz de hablar.

—Sabemos lo bueno que puede ser.

La desafié a que discutiera ese punto.

—¿Por qué no intentarlo una segunda vez ya que fue tan... —Tiré de su camiseta más arriba, lentamente, deleitándome con la piel de gallina que apareció en su piel desnuda—. Ya que fue tan bueno la primera vez?

Agarrando su camiseta con ambas manos, tiré de ella hacia arriba hasta que sus pechos quedaron al descubierto. Nunca le dejé ninguna lencería, y ahora, podía recoger los frutos de ese golpe de genialidad. Dejando que el material se arrugara por encima de sus tetas, enfatizaba lo duros que estaban sus pezones por mí.

Estaba recelosa. Y nerviosa.

Pero tan, tan excitada.

—¿No lo fue? —la provoqué, bajando una mano para acunar el globo carnoso y frotar mi pulgar sobre su pezón erecto.

Conteniendo la respiración, finalmente se estremeció. La seguí mientras retrocedía tambaleándose. La lujuria en sus ojos insinuaba lo dividida que estaba. Aunque quería huir de lo que le dije, su cuerpo la estaba traicionando. Me deseaba.

Y esperé para ver si mantendría vivo este desafío entre nosotros.

—No.

Sonreí. Era casi como si me hubiera leído la mente. No la quería dócil ni demasiado sumisa. Quería que me hiciera trabajar por ello. Estaba al límite de desearla cuando estaba a mi alcance. Me había negado a mí mismo estas últimas semanas. Pero ahora, quería hacerla ceder.

—No, Maxim. Esto no es...

Me abalancé sobre ella, manteniéndola cerca. El calor se extendió desde la parte baja de su espalda desnuda hacia mi mano mientras

aplanaba mis dedos sobre su suave piel. Pegada contra mí, me provocaba con los dos pinchazos de sus duros pezones contra mi pecho.

—¿Has olvidado? —gruñí, arrastrando mi nariz a lo largo de su mandíbula y terminando con un beso debajo de su oreja. Ella inclinó la cabeza hacia atrás, dándome acceso y probablemente sin darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—No vas a ir a ninguna parte —le recordé.

—Pero... —Empujó sus manos entre nosotros como si pudiera intentar apartarme—. No podemos simplemente...

La besé con fuerza, castigándola con la exigencia de mi boca sobre la suya. La silencié mientras tiraba de su camiseta hacia arriba. Solo interrumpí el beso para forzar la tela sobre su cabeza, rápidamente la usé para capturar sus manos detrás de su espalda.

Los murmullos ahogados de protesta no salieron de sus labios. La besé de nuevo, áspero y dominante para silenciarla mientras envolvía sus manos y las dejaba aseguradas juntas detrás de ella. Satisfecho de tener sus manos atadas, di un paso atrás.

Sus labios brillaban, entreabiertos mientras jadeaba por aire después de ese beso. Saboreando el fuego en sus ojos verdes mientras me miraba con enojo, di un paso atrás y agarré el dobladillo de sus pantalones cortos. Con un rápido tirón hacia abajo, la dejé completamente desnuda ante mí.

—Maxim, yo no...

Otro beso la calló.

Llevándola hacia atrás hasta la cama, superé sus intentos de apartarse y esquivarme.

—Espera...

De nuevo, la besé para silenciarla, y como cada otro roce de mi boca contra la suya desde que entré en esta habitación, ella respondió de la misma manera, gruñendo con el esfuerzo de igualar mi urgencia y besarme con la misma intensidad.

—Max...

Esta vez, me agaché, interrumpiéndola con un chillido de alarma cuando la recogí y la llevé el resto del camino hasta la cama.

# SLOANE

Me cargó sobre su hombro y, con mi trasero en el aire cerca de su cabeza, temí que también me azotara. No había mucho camino por recorrer, pero con la forma tan repentina en que había irrumpido aquí exigiendo sexo, ya no estaba segura de poder adivinar su siguiente movimiento.

Me había pillado desprevenida.

Aparecer y desearme era un giro argumental inesperado después de haberme dejado en mi soledad.

Decirme que quería un heredero de mí fue una sorpresa astuta.

Besarme con esa perversa necesidad fue la tentación definitiva a la que no pude resistirme.

Esto estaba muy mal.

Me había secuestrado.

Se suponía que debía estar escapando de aquí y salvándome a mí misma.

Pero cuando me tiró parcialmente sobre la cama y rodé para ponerme de pie y correr, me impidió poner un solo centímetro de espacio entre nosotros. Su cuerpo duro era un muro de músculos y calor, atrapándome en mi sitio. Toda esa gloriosa piel tatuada se

frotaba contra mí, haciéndome casi ronronear por más de su contacto a pesar de saber que no debería desearlo en absoluto.

—Sé una buena chica —se burló mientras me atrapaba y me movía hasta que quedé pegada a la cama. Giré la cabeza para poder respirar y no tener la cara hundida en el suave edredón. Se extendió sobre mí, su grueso y grande miembro sondeando la hendidura de mi trasero.

—Maxim —intenté protestar, pero cada vez que me retorcía para liberarme, era una tortura mayor de la que no podía tener suficiente.

Tenía mis manos atadas. Me cubría con su cuerpo cincelado. Y cada vez que hacía esfuerzo para liberarme, terminaba restregándome contra él, deseándolo más.

—¿Puedes? —preguntó. Besándome a lo largo del cuello mientras me empujaba hacia abajo, acariciaba mi piel que se sentía demasiado caliente y demasiado sensible. Solo saber que me estaba mirando me excitaba más rápido. La excitación goteaba de mí, pegándose a mis muslos, y cerré los ojos avergonzada de poder estar deseándolo.

A mi secuestrador. A este asesino. Al jefe de la mafia que me había secuestrado.

—¿Puedes ser una buena chica para mí, Sloane? —gruñó con ese timbre humeante, y apreté los ojos con más fuerza—. Sé mi buena chica y dame un heredero.

Cada vez que lo decía, me estremecía mentalmente.

No necesitaba trabajar en esa parte.

Ya me había dejado embarazada.

Y por eso mi cerebro entró en cortocircuito. En el momento en que me di cuenta de que quería un bebé de mí, luché con la ironía de que ya lo había conseguido. Y tras ese pensamiento, lamenté que fuera un secreto que tenía que cargar.

Debería habérselo dicho ya. Quizás en lugar de ser terca y hosca, podría haberle dado esa noticia como medio de tener ventaja sobre él.

Pero era demasiado tarde.

Ahora, estaba usando su rodilla para abrirme las piernas. Cada vez que abría la boca para hablar, él se inclinaba para besarme, obligándome a torcer el cuello de forma incómoda para que nuestros labios pudieran encontrarse.

Respirando con dificultad debido a la intensidad de su cuerpo sobre el mío, no podía pensar con claridad, y mucho menos articular una frase para que él me escuchara.

Aunque el instinto me decía que protestara, y en mi cabeza tenía claro que esto no estaba bien, mi cuerpo tenía otras ideas.

—¿Tan mojada y lista para mí, eh? —metió su mano debajo de mí, hundiendo sus dedos cada vez más abajo hasta que pudo acariciar mi resbaladiza hendidura—. Eres una buena chica, Sloane. Bien húmeda. —Extendió mi flujo hacia mi clítoris, frotando ese manojo de nervios sensible y necesitado con su pulgar. Durante todo ese tiempo, no dejó de arrastrar su miembro de un lado a otro sobre mi trasero.

—Yo...

Gruñó mientras se inclinaba sobre mí, besándome con más fuerza. El roce de su lengua junto a la mía me excitó aún más, y con mis brazos doloridos por cómo me tenía atada, sentí que una lágrima se deslizaba desde la comisura de mi ojo.

Después de nada, ni hablar ni apenas verlo, esto era un cambio demasiado intenso para asimilar.

Pero él no estaba dispuesto a ceder.

Estaba preparado para llegar más lejos.

—Sé una buena chica y toma mi polla —dijo, su susurro caliente contra mi oreja mientras alineaba la ancha cabeza de su pene en mi entrada. Su roce contra mi sexo me tenía lista para suplicarle que me llenara. Era travieso. Era tabú y estaba mal y tenía que ser completamente pecaminoso querer que me follara, pero no podía evitarlo. Él desataba esta necesidad primaria, y arqueé la espalda para instarle a que entrara.

—¿Quieres esta polla? —se alineó para meter la punta de su miembro, haciéndome gemir al comenzar a sentir cómo me estiraba.

—¿Quieres esta polla dentro de ti? —De una embestida dura y rápida, se clavó en mí.

Ahogando mi inhalación, intenté acostumbrarme a la sensación brusca de que me llenara tan rápidamente. Estaba repleta. Estaba tan dentro, y con su grosor, juré que me partiría y me rasgaría en dos.

—Vas a ser mi buena chica y tomar esta polla —dijo mientras salía y volvía a entrar de golpe, completamente y con tanta fuerza que mis pechos se arrastraron contra la manta. Me había sacado el aire, pero no me importaba.

Tenía que tenerlo. No podía parar ahora. Si se atrevía a bromear diciendo que había caído en su engaño, nunca le perdonaría.

—Vas a tomar esta polla y exprimirme hasta la última gota, Sloane. —Sus palabras ya no eran tan fluidas con su respiración entrecortada y jadeante—. Porque es por eso. Por eso estás aquí. Voy a follar este coño hasta que lleves a mi heredero.

—Yo... —No terminé de decirle que ya lo estaba llevando. Aceleró, embistiéndome mientras frotaba mi clítoris con una presión intensa. Robándome el aliento, hizo exactamente lo que dijo que haría.

Me folló.

Duro.

Me llenó una y otra vez.

Sin pausa.

Y cada vez que intentaba decirle que ya me había dejado embarazada, me dominaba tomándome más rápido y con más fuerza, con una intensidad que me hacía querer llorar y suplicar por la liberación.

No tenía derecho a desearlo. No así. En absoluto. Me había secuestrado, pero mientras me empujaba a romperme y fragmentarme en pedazos con un orgasmo brutal que me dejó temblando, no podía imaginarme estando en ningún otro lugar del mundo.

Debajo de él, mientras rugía y se tensaba dentro de mí, me sentía completa. Estaba tan profundamente dentro que no podía distinguir dónde empezaba yo y dónde terminaba él. Así, mientras me inundaba con su semen, estábamos unidos como uno solo.

Y teníamos *uno*. Ya había un bebé creciendo dentro de mí.

Manteniendo los ojos cerrados mientras intentaba calmar mi corazón y acompasar mi respiración agitada, sabía que ahora tendría que explicarle eso después de lo ocurrido.

Pero mientras yacía sobre mí y presionaba sus labios contra mi espalda, me preguntaba —otra vez— por qué.

¿Por qué me quería a mí para darle un heredero?

¿Por qué necesitaba un bebé?

Cuanto más comprendía lo que esperaba de mí, consideraba cómo podría usarlo a mi favor, tanto el secreto de que ya llevaba a su hijo en mi vientre como el hecho de que hubiera llegado al extremo de secuestrar*me* para conseguirlo.

# MAXIM

Abrí los ojos y empecé a levantarme del cálido y suave cuerpo de Sloane. Todavía estaba recuperando el aliento, descansando debajo de mí, y no quería aplastarla más de lo que ya lo había hecho. Salir de ella fue como cometer un pecado. Me resistía a separarme de su sexo que solo ahora me liberaba al desvanecerse su orgasmo. Después de dos semanas sin hablarme e intentando poner distancia entre nosotros, estaba ansioso por mantenerla lo más cerca posible durante el tiempo que quisiera, independientemente de si ella lo deseaba o no.

Apoyándome en mis antebrazos para no alejarme por completo, tomé una respiración entrecortada con la esperanza de que ayudara a aclarar mi mente.

Así le di más espacio para respirar sin todo mi peso sobre ella. Dejó escapar un gruñido cuando me incorporé.

—¿Qué ha sido eso?

Quizás estaba intentando decir algo. La verdad es que no me importaba lo que hubiera intentado decirme mientras la follaba con fuerza. Pero ahora que estaba satisfecho y me sentía más calmado después de correrme tan intensamente dentro de ella, podía escucharla.

—Nada —murmuró.

*¿Nada de que no estabas diciendo nada o nada de que no quieres que sepa lo que estás pensando?*

—¿Volvemos directamente a la ley del silencio?

Estiró el cuello, haciendo que sus omóplatos se flexionaran mientras se retorcía para mirarme lo mejor que podía. Entrecerrando los ojos, me hizo saber que no le hacía gracia.

—No —espetó—. Eso ya se estaba haciendo tremendamente aburrido.

Me reí de su sinceridad mientras me apartaba un poco más de ella. No me daba ninguna señal de que fuera a huir. Apostaba a que sus piernas aún estaban demasiado temblorosas para llegar muy lejos. Cuando hizo un movimiento para levantarse, presioné mi mano sobre la suave piel de su espalda y la mantuve quieta. —Espera un minuto —ordené, permitiéndole solo que se girara de lado y me mirara. Me observaba sin timidez alguna, pero quizás un poco molesta porque la mantenía inmóvil. Sin que protestara, me permití otra mirada perezosa a su cuerpo desnudo.

*Mía. Toda mía.*

Ahora era mi amante, independientemente de los planes que ella tuviera al respecto. Venir aquí esta noche y romper la barrera de su silencio se sentía como el primer paso hacia un nuevo comienzo entre nosotros.

Cuanto más tiempo permaneciera quieta y diera a mi semen la oportunidad de arraigar en ella, más pronto podría darme el heredero que necesitaba.

—Tú fuiste quien quiso hacer esa jugada del silencio —le recordé.

Frunció el ceño, formando esa pequeña V en el pliegue sobre el puente de su nariz. —Tenía que hacer algo y tomar una posición como pudiera. Te dije que esto era mi peor miedo hecho realidad.

Sonreí, sin importarme lo arrogante que me viera. —¿Tu peor miedo hecho realidad era que te follaran tan fuerte que casi te desmayaras? —la desafié a negarlo.

La punta de su lengua asomó y recorrió la comisura de sus labios como si no pudiera controlar su reacción ante una posible sonrisa. Solo la idea de que quisiera esconderme una sonrisa me fascinaba.

No tenía duda de que me odiaba por haberla secuestrado. Podía ver lo conflictuada que estaba por desearme cuando yo era su captor. Pero la idea de que disfrutara este tira y afloja y el desafío entre nosotros me excitaba.

—Sería inútil mentir y decir que no disfruté de eso. —Bajó la mirada para examinar mi miembro. Yacía reluciente por nuestros fluidos mientras se pegaba a mi muslo. Cuando suspiró, contuve un gruñido de deseo. Solo con mirarme así amenazaba con ponerme duro otra vez. *Acababa* de correrme tan intensamente que casi me había desmayado sobre su espalda, y ya la deseaba de nuevo.

—No me estoy quejando —admitió con ironía.

Sonreí otra vez, preocupado de que pudiera estar hechizándome, así de relajada y sincera, simplemente hablando.

—Pero estar aquí así es mi peor miedo hecho realidad.

—Explícate.

Arqueó una ceja. —¿A *ti* te gustaría ser el cautivo de alguien?

—Lo odié.

Ella parpadeó.

—¿Te han capturado antes?

Asentí. —Una familia rival me secuestró y me torturó durante tres noches antes de que los matara a todos y escapara.

Su garganta se tensó con una deglución, pero tenía que reconocer que no apartó la mirada. Su terquedad al enfrentarme parecía un pequeño paso hacia el reconocimiento de que yo era un hombre despiadado y peligroso. Y aun así, se mantenía serena.

—¿Te ha amenazado alguien antes? —le pregunté. Claro, nadie quería ser secuestrado. Eso era obvio. Pero ella parecía especialmente nerviosa al respecto—. ¿Alguien más ha intentado tomarte cautiva?

Sonrió con ironía. —Ya te lo conté.

—Corrígeme si me equivoco, pero realmente no has hablado nada desde que estás aquí. —Provocarla sobre haberla sacado de ese silencio era demasiado divertido.

—Al principio sí —argumentó—. Esa primera noche antes de que me encerraras aquí como un animal enjaulado.

Cuando no elaboró más, la esperé con una mirada expectante. Y gané.

—Te conté sobre cómo Lenny casi me obligó a entrar en esa furgoneta, cuando los hombres de la Mafia se llevaban a las bailarinas.

Asentí, apartándole el pelo de la cara. No se estremeció ni intentó alejarse, y me alegré de que se estuviera acostumbrando a mi tacto. Pronto, lo anhelaría.

—No me gusta la idea de ser controlada por ti —añadió.

*Demasiado tarde para eso.* Era mía, y yo la controlaría y la mantendría. Su propósito sería actuar como mi amante y darme un hijo, pero no tenía el deseo de estar encima de ella y señorearla como algún cabrón propietario.

Mantenerla encerrada en mi habitación para siempre no era una opción viable. Tampoco era mi objetivo. Solo necesitaba dejarla embarazada para asegurarme de que se quedara aquí como mi

amante, pero necesitaría establecer los parámetros de su libertad dentro de la casa. Aún no lo había pensado lo suficiente, demasiado ocupado con este liderazgo temporal sobre la familia. No tenía tiempo para vigilarla yo mismo. Y la idea de delegar a un soldado para que la vigilara tampoco me atraía porque ella era mía, de nadie más.

—No me gusta la idea de ser controlada por ningún hombre.

—¿Te ha pasado antes? —pregunté.

—Sí —frunció el ceño—. Y no.

—¿Cómo?

Se movió para colocar ambas manos bajo su rostro, lo que resaltó sus pechos apretándose entre sí. Mantenerme bajo control estaba resultando difícil, pero no quería perder este momento.

Cuando no respondió, me di cuenta rápidamente de que no ofrecería más información a menos que le hiciera una pregunta específica directamente. Aunque eso era un poco molesto, prefería que se abriera a mí por su propia voluntad. Entendía que debía sentirse vulnerable, y me recordé a mí mismo mantener un ritmo considerable con ella.

Antes de que pudiera responder, le hice un gesto para que se levantara conmigo. Ya debía haber pasado suficiente tiempo para que mi semen hiciera efecto. Eso esperaba.

En lugar de holgazanear con nuestros fluidos secándose sobre nuestra piel, tomé su mano y la llevé al baño para que pudiéramos limpiarnos. Una vez que estuvimos bajo el chorro de agua caliente, juntos mientras la lavaba primero, me complació ver lo receptiva que era a mis cuidados. Me alegraba que no intentara esconderse o huir.

—¿Cómo? —pregunté de nuevo—. ¿Cómo es que alguien te ha controlado antes?

—Crecí en el sistema y...

Levanté la cabeza bruscamente para mirarla mientras la lavaba.

—¿No tienes familia?

No pretendía interrumpirla cuando por fin hablaba. Conseguir que hablara y me respondiera era como sacarle una muela, pero su confesión sobre ser una niña de acogida era importante. Si no tenía parientes, eso facilitaría mi objetivo. No habría padres buscándola. Ningún hermano pondría una denuncia por desaparición ante su ausencia. Simplificaría mi intento de mantenerla aquí. Además, el hecho de que no tuviera a nadie podría motivarla a estar más dispuesta como mi amante.

Resopló, claramente molesta porque la había interrumpido, pero no me dio demasiada guerra por ello.

—Sí. Me dijeron que mis padres me dejaron en una estación de bomberos cuando era un bebé. Y luego crecí en el sistema.

—¿Nunca te adoptaron?

Negó con la cabeza, pero luego cambió a un ligero asentimiento.

—Terminé con una mujer en un pequeño pueblo de Connecticut, pero cuando estaba en el instituto, conocí a Derick y nos hicimos novios.

Los celos me golpearon al mencionar a otro hombre, pero me consolé con el hecho de que se refería a él en tiempo pasado.

—Derick quería mudarse a la ciudad, así que nos fuimos del pueblo y vinimos aquí. Pero no tardó mucho en serme infiel y luego acumular deudas en todas mis tarjetas de crédito.

—Ajá —dije—. ¿Es por eso que estabas haciendo striptease?

Entrecerró los ojos de nuevo, aparentemente no era fan de ese juicio y prejuicio sobre su profesión elegida. Señalando su cuerpo mojado y enjabonado, arrastró mi atención hacia abajo. Indicó sus enormes tetas con el agua deslizándose sobre ellas, luego más abajo

para señalar el vértice de su monte desnudo y ese dulce coño entre sus piernas. La imagen de su cuerpo me incitaba a contenerme de lamer, chupar, mordisquear y adorar cada centímetro de su piel suave.

—Con un cuerpo como este, ¿por qué no lo haría? —replicó.

Una lenta sonrisa tiró de mis labios. Eso fue arrogante por su parte, pero también era cierto. Tenía el cuerpo de una sirena, y era sexy que reconociera su belleza.

—No es como si hubiera ido a la universidad o pudiera haber conseguido un trabajo mejor pagado. Solo estoy usando lo que tengo, intentando sobrevivir como todos los demás en el mundo. Así que sí, ser stripper no es divertido, pero no hay duda de que paga bien.

—¿No lo suficientemente bien como para sacarte de la deuda? —pregunté.

Bajó ligeramente la cabeza, pero le levanté la barbilla con los dedos.

Poniendo los ojos en blanco y luego mirando hacia un lado de la cabina de la ducha, parecía reacia a responder.

—¿Sloane?

Suspiró y me miró a la cara, pero no pude leer su expresión. Inmediatamente, me volví escéptico, preocupado de que me estuviera ocultando algo con su lentitud para responder. Se estaba abriendo a mí poco a poco, y eso era un buen comienzo, pero vi lo vacilante que estaba y lo nerviosa que seguía actuando.

Algo en su expresión cautelosa en este momento me hizo tensarme.

—Sloane.

—¿Qué? —frunció el ceño, a la defensiva otra vez.

—¿Te avergüenza estar endeudada? —Tal vez era eso. Quizás podría ser algo tan simple como eso. No dudaría en desnudarse, pero su

deuda podría ser demasiado humillante para abordarla.

Estaba claro que quería mantener algo en secreto de mí, y sabía que sería prudente mantenerme cauto.

*No puedo confiar en ninguna mujer.*

Me había acostumbrado a no querer confiar en ninguna mujer de la Mafia, pero Sloane no era una de ellas. Solo era una stripper de la calle. Una mujer que era huérfana. Alguien con grandes deudas.

—Lo arreglaré —afirmé mientras terminaba de enjuagarla.

Parpadeó y me observó atentamente.

—¿Así sin más?

Asentí.

—Así sin más.

—¿Porque eso es lo que haces? ¿Encontrar strippers y salvarlas sin razón alguna? —Era demasiado escéptica, pero no podía culparla. Yo tampoco confiaba plenamente en ella, así que simplemente estaba encontrándose conmigo a medio camino.

—Te dije mi razón. Estás aquí para darme un heredero.

De nuevo, bajó la barbilla y evitó el contacto visual.

—Y te follaré tantas veces como sea necesario hasta que estés embarazada.

Cuando levantó la cara, negué con la cabeza ante la sobria ansiedad que me mostró.

—No. No tienes opción de cambiar este destino. Me darás un heredero.

—¿Pero por qué yo? ¿Por qué no alguna princesa de la Mafia o una rica socialité?

Me froté el cuerpo, percibiendo su reacción como un desafío, y eso me hizo querer follarla de nuevo. Cualquier protesta por su parte era excitante.

—¿Por qué me quitarías *mi* bebé?

Fruncí el ceño, encontrando interesante su elección de palabras, como si ya tuviera un bebé, no que fuéramos a crear uno.

—¿Por qué me utilizarías para tener un bebé?

Con claridad, me di cuenta de que tenía miedo de que le quitara algo más. No solo su coño, sino *su* hijo. Lo haría. No había ni una puta posibilidad de que ella tuviera mi bebé y yo no tuviera la custodia total. Pero en el fondo de mi cabeza, otra visión se completó con más detalles. La vi a *ella* quedándose en mi futuro también. No solo para ser fecundada y descartada como un juguete sexual o una amante, sino *conmigo*.

Bajando la cabeza para pensar en lo estúpidos que eran estos impulsos, me concentré en limpiarme y no mirar la atracción de sus ojos verdes.

No podía decírselo. Ni siquiera podía insinuar la idea de que quería que me diera un bebé *y* que se entregara a mí también.

Era una confesión demasiado importante para compartir con ella ahora. O nunca.

Si le dejaba saber cuánto me estaba afectando, sería información que podría usar en mi contra.

*No.* No podía saberlo. Me negaba a mencionar cuánto podía verme volviéndome adicto a ella.

Pero ella seguía esperando una respuesta. Sentía cada segundo de su mirada preocupada sobre mí.

Cuando volví a mirarla, elegí la salida fácil para no tener que responder.

Agarrando su nuca, la atraje hacia mí para besarla con fuerza, silenciando cualquier intento de conversación.

# SLOANE

En lugar de explicarme por qué necesitaba un bebé de mí —que ya tenía—, Maxim me agarró por la nuca y avanzó hacia mí. Mi espalda chocó contra la mampara de la ducha en el mismo instante en que sus labios colisionaron con los míos. Arrojada de nuevo a la vorágine del deseo, cedí a la perversa presión de devolverle el beso con la misma intensidad. Todo era una batalla con él.

Por esta lujuria.

Por el permiso.

Algo en este jefe de la mafia simplemente me alteraba, y me sentía como una hipócrita por desearlo tanto. Era como si pudiese leer mi mente y supiera lo emocionada que estaba cuando se mostraba tan dominante conmigo. Como si pudiese leer mi cuerpo y adivinar que me estaba haciendo humedecer y excitar tanto cuando jugaba rudo así.

*Esto no está bien.*

Lo sabía. Era plenamente consciente de que no me estaba comportando de forma apropiada. Me había secuestrado, y no se suponía que debía dar la bienvenida a su lengua en mi boca, a sus dedos en mi sexo mientras los movía como pistones haciéndome humedecer más rápido para él.

Era un maestro de la seducción. Su interés en mí era puramente carnal, y odiaba lo débil que era al *querer* que fuese dominante conmigo de esta manera.

—Agárrate a mí —gruñó, estirando una mano hacia atrás con movimientos bruscos para cerrar el agua. Sin retroceder, manteniendo su boca contra mi mejilla, nos maniobró hasta que volví a estar en sus brazos, siendo llevada fuera.

No tenía que pedirme que cooperara. No había necesidad de instruirme para que siguiera sus pasos. Magnetizada por él y anhelándolo tan intensamente, me sentía atraída a permanecer cerca. Besándole con fuerza, me sentía tan culpable por disfrutar de su autoritarismo mientras salía del baño.

Cada paso que daba empujaba su miembro contra mí, chocando contra mi sexo dolorido. Me había follado hace menos de una hora y ya esa enorme polla estaba dura y apuntando para clavarse dentro de mí.

Y lo deseaba.

Lo necesitaba.

En lugar de explicarme por qué quería un bebé de mí, cumplió con su afirmación de que me follaría todas las veces que fuese necesario. No necesitaba eyacular dentro de mí otra vez. Ya estaba embarazada de su hijo.

Pero no podía decírselo. No podía confesarlo porque quizás no seguiría adelante. Si no metía esa gran polla dentro de mí ahora, lloraría por la provocación.

—Abre las piernas para mí —me dejó caer en la cama, sin importarle lo mojados que aún estábamos por la ducha. Mientras caía hacia atrás, rebotando un poco, le miré fijamente cuando se arrodilló en el colchón. Cerniéndose sobre mí así, parecía una bestia dispuesta a darse un festín conmigo. Su boca estaba entreabierta mientras respiraba fuerte y rápido. Su pecho y abdominales cincelados se

tensaban, todos sus músculos acentuados con esos relieves esculpidos. Y sus ojos, esos ojos oscuros y siniestros, me calentaban más rápidamente.

—Sé una buena chica, Sloane —avanzó hacia mí, su erección oscilando recta y apuntándome.

Dejando caer mis rodillas a los lados, fijé mi mirada en su largo miembro y me pregunté si su misión de dejarme embarazada significaría que nunca podría lamerlo y saborearlo, tomar esa polla en mi boca y chuparlo hasta el fondo.

Ya *estaba* embarazada. No sería un desperdicio tragar su semen.

*No. No puedes ser tan estúpida.*

Me negué a considerar la posibilidad de que estuviera tan ansiosa por el sexo, por él, que pudiera pensar en someterme aún más.

—Buena chica —ronroneó perversamente mientras ajustaba la cabeza de su polla a mi sexo—. Tómalo —embistió, haciéndome arquear la espalda y echar la cabeza hacia atrás mientras me apoyaba en mis manos para observarle—. Toma esta polla —se inclinó para agarrar mis nalgas, sosteniéndome para establecer un ritmo castigadoramente rápido meciéndose dentro de mí y sacando su pene. Cada bulto y pliegue de su miembro me provocaba, y la amplia sensación de dejarle llenarme me empujaba de nuevo a ese éxtasis que se estaba convirtiendo en mi salvación.

No tenía que preocuparme. Bajo su mirada hambrienta y rindiéndome a su cuerpo, no tenía que hacer nada más que sentir la gloriosa escapada.

No persistían pensamientos sobre mi deuda. Ni preocupaciones por mi piso o tener que bailar sin parar o soportar un mal sueño.

Con él follándome tan brutalmente, no tenía oportunidad de pensar en absoluto.

Mi vida anterior se desvanecía como recuerdos distantes con el impacto de sus caderas golpeando contra las mías.

Mi futuro como la madre de su hijo se alejaba como problemas remotos bajo la áspera presión de sus dedos en mis nalgas.

Era muy, muy mala por disfrutar esto. Pero ¿cómo no hacerlo? Nadie me había consumido así antes. Nadie me había obligado nunca a abandonar mis responsabilidades y obligaciones para simplemente existir y sentir.

—Tómalo —exigió, esforzándose bajo la presión de follarme tan duro como podía, como si quisiera penetrar por completo y dejar huella en mi cerebro—. Tómalo, Sloane.

Asentí, observando cómo se hundía en mí y salía de nuevo, brillante con mis fluidos cada vez. Fuertes sonidos de succión húmeda llenaban la habitación, interrumpidos solo por nuestras respiraciones entrecortadas.

Y entonces, una vez más, me mostró lo que quería. Me demostró por qué me había secuestrado.

Para llenarme con su semen.

Alcancé el clímax con un grito y temblé cuando él me siguió, tumbándose sobre mí y abrazándome estrechamente.

Así fue como caí en una nueva rutina.

En lugar de partirme el culo y trabajar sin descanso para mantenerme a flote, era su juguete sexual.

En lugar de mi ley del silencio y su método de aislamiento, era su amante a quien embestía con el objetivo de dejarme embarazada.

Y como una idiota horrible y codiciosa, no se lo dije. No podía admitir que ya estaba embarazada. Porque en el momento que lo hiciera, podría dejar de hacer esto. Perdería esta dicha de la

ignorancia. Me alejaría de esta vía de escape a la que ya me había enganchado demasiado.

Me dormía a su lado cada noche, odiándome por ser tan blanda y débil, pero por la mañana me recordaba que no me estaba violando.

No me estaba utilizando solo para sus necesidades.

Llegaba al orgasmo cada vez. Múltiples veces. Cada vez que encontraba ese dulce alivio con él, perdía la batalla de recordarme a mí misma que esto no podía durar. Que no podía considerar ceder a su voluntad y dejarle pensar que tenía el control absoluto sobre mí.

Mantener este embarazo en secreto era la única herramienta que me quedaba en este juego de poder que persistía. Y cuanto más intentaba mantenerme fuerte y no dejar que me apegara demasiado a *él*, no al sexo, me engañaba a mí misma pensando que nunca me poseería por completo. Mi cuerpo, quizás. Pero no mi mente. Y nunca mi corazón.

Esto no era amor. Era... algo más que seguía siendo demasiado complicado de entender.

Una mañana, una semana después de que entrara en la habitación y se desnudara, me desperté con su boca en mi sexo, lamiendo y sobresaltándome.

—¿Maxim? —intenté incorporarme, pero él puso su mano sobre mi vientre para mantenerme tumbada.

—¿Vas a ser una buena chica hoy? —preguntó entre largos y sensuales lametones.

Gemí, asintiendo ante este despertar, y entrelacé mis dedos en su espeso cabello castaño para mantener su cara allí.

—Entonces fóllame la cara —Se deslizó de mi agarre y nos movió hasta que él estaba tumbado y yo a horcajadas sobre su cabeza. Envolviendo mis muslos con sus dedos, me mantuvo en su sitio

mientras yo me frotaba contra su boca, gritando fuerte y con lágrimas de felicidad cuando llegué al orgasmo.

—Buena chica —me elogió, guiándome hasta que pudo arrodillarse detrás de mí. Agarrando mi pelo con su puño, me tiró hacia atrás hasta que su miembro presionó mi entrada.

Y de nuevo, me llenó con su semen.

Y de nuevo, cuando nos limpiamos en la ducha, me abstuve de decirle la verdad de que ya llevaba a su hijo en mi vientre.

Mientras bajaba de esa nube, intenté imaginar qué pasaría si se lo dijera.

Seguiría aquí, atrapada y cautiva.

Pero entonces mi bebé también lo estaría.

Era retorcido no querer libertad de Maxim porque prácticamente me estaba drogando con sexo, pero no podía renunciar a la libertad de mi hijo junto con la mía.

—Te gusta ser mi buena chica, ¿verdad? —preguntó mientras salíamos de la ducha.

—Dios mío, Maxim. Necesito como dos minutos más. Me vas a dejar muy dolorida.

Él se rió, besándome la parte superior de la cabeza, claramente orgulloso de sí mismo.

—¿Estarías de acuerdo en cooperar conmigo? —preguntó mientras se secaba con la toalla.

—¿Cómo? —En cuanto lo pregunté, me reí secamente—. Quiero decir, has dejado claro que no tengo ningún control aquí.

—No solo en esta habitación —aclaró—. En esta casa.

Me animé, pero intenté no mostrarlo. —¿Quieres decir que me dejarías salir de esta habitación?

Asintió. —No es factible mantenerte solo aquí dentro. Serás mi mujer, Sloane. Eso no cambiará. *Eres* mi amante y me darás un hijo.

Tragué saliva. *Sí, lo sé, más de lo que tú sabes*. Interpreté sus palabras como su plan continuo de poseerme y mantenerme aquí, no que yo llevaría un bebé. Pero al oírle repetir sus intenciones de mantenerme cautiva, una pequeña voz que no se había apagado en el fondo de mi cabeza gritó más fuerte.

*No, no lo soy. Nunca seré* tu *mujer*. No podía aceptar voluntariamente comprometerme con él como su mujer de esa manera. Porque este instinto de supervivencia no se había extinguido. Tenía que salir de aquí. Si no por mí, entonces por este bebé para que tuviera una vida libre.

—¿Cooperarás conmigo, en todos los sentidos, si te permito acceder a más partes de esta casa?

Parpadeé, sorprendida y cautelosa sobre por qué me estaba dando un respiro. No me engañaría pensando que confiaría en mí.

*Quizá es una trampa*.

—Tengo compromisos que atender, y por mucho que preferiría estar aquí contigo tan a menudo como lo estuve esta última semana... — Se acercó a mí mientras me ataba una toalla alrededor. Levantándome la barbilla, me besó tiernamente al principio, pero terminó con un mordisco.

Había estado en su habitación más esta semana, todo para follarme. El aislamiento no era tan malo porque cuando él no estaba, podía descansar de la intensidad del sexo.

—No puedo estar aquí todo el tiempo.

Asentí, sin estar completamente segura de con qué estaba de acuerdo o qué reconocía. Ahora que lo había planteado, tenía que

trabajar con él como pudiera para acercarme a escapar.

Era demasiado independiente para no hacerlo.

Estaba demasiado aferrada a mi promesa de nunca ser controlada por un hombre.

No importaba lo sexy que fuera. No importaba lo excelente amante que fuera. Y no importaba lo hábil que fuera para hacerme llegar tan fuerte que sentía que nada podía molestar a mi alma de nuevo.

—¿Cooperarás y serás mi buena chica, Sloane? ¿En todos los sentidos, incluso fuera de esta habitación?

Me lamí los labios y asentí mientras le miraba a los ojos. Sin pestañear ni dejar que adivinara que estaba mintiendo, dije: —Sí, Maxim. Seré una buena chica.

No podía decirle que sería *su* buena chica.

Nunca me entregaría a él.

Entrecerró los ojos ligeramente, como si hubiera notado esa diferencia en lo que había dicho.

Con otro beso lento y posesivo, pareció sellar nuestro acuerdo.

Un acuerdo que yo rompería tan pronto como pudiera.

En el segundo que viera una oportunidad de recuperar mi vida y ser independiente de nuevo, la aprovecharía.

# MAXIM

Los días de dormir en mi habitación de invitados o en mi sofá habían terminado. Cada noche, me quedaba dormido con el cuerpo desnudo y cálido de Sloane pegado al mío. Y cada mañana, me concedía el placer de contemplarla mientras dormía. Verla dormir me relajaba, pero tenía que recordarme a mí mismo que no era más que la mujer que me daría un hijo.

La mayoría de los días, tenía que levantarme temprano y ocuparme de los negocios de inmediato. Mi familia dependía de mí y nunca les fallaría. El Sindicato Ivanov seguiría siendo fuerte bajo mi mando. Pero algunos días, me despertaba antes de lo necesario solo para disfrutar nuevamente de su dulce coño.

Esta mañana, sin embargo, solo me permití unos momentos para observarla mientras descansaba. Tenía demasiadas cosas que atender, y sabía que ella estaría aquí más tarde. La dejé dormir y me dirigí al despacho de mi padre. Seguía siendo *su* espacio y no el mío, pero me preguntaba cuánto tiempo más sería así.

Si no se esperara que yo estuviera al mando, podría pasar mucho más tiempo follándome a mi amante cautiva.

*Cuidado. No dejes que te importe más de lo necesario.*

Con el ceño fruncido ante la idea de que Sloane se volviera demasiado importante, me senté en el escritorio de mi padre y

comencé a revisar los asuntos importantes que me esperaban desde anoche. Saber que Sloane estaba en mi habitación y en esta casa —a mi alcance— me mantenía tranquilo. Nunca la dejaría marchar, y aunque era mi mujer en cautiverio, mi amante encerrada en mi habitación, no podía librarme de la persistente sospecha de que ella no estaría completamente de acuerdo con ese concepto.

Cuando le pregunté en términos generales si cooperaría conmigo y sería mi niña buena, planteé esa pregunta como una forma de evaluar si podía confiar en ella fuera de mi dormitorio, como en mi apartamento o en esta casa, cerca de mi familia. Quería ver si se sometería verbalmente a mí y reconocería que era mi mujer. Que aceptaría obedecerme.

Lo único que dijo fue que se portaría bien. Que se adaptaría y haría lo que yo esperaba de ella, como darme un heredero.

Pero no aceptó ser mía.

Aquella vez que se lo pregunté, dijo que sería *una* niña buena, no que sería *mi* niña buena.

*Por Dios. Estás dándole demasiadas vueltas.*

*Tiene que saber que no se va a ir.*

*Y no es como si estuviera protestando.*

Estaba sucediendo lo contrario. Sloane me deseaba y me necesitaba tanto como yo a ella. Aunque seguía siendo terca sin importar qué y todavía podía ser difícil y discutir conmigo, con su cuerpo siempre demostraba que me deseaba. Desesperadamente.

Unos golpes en la puerta me arrancaron de mis pensamientos sobre ella —ahora una ocupación habitual. Levanté la mirada mientras Hugo entraba en el despacho. Él nunca tenía que esperar a que le dijera que entrara. Así de tiempo llevaba en la familia. Qué bien me conocía, aunque mi posición en el escritorio de mi padre fuera un cambio reciente.

—Aquí tiene, Jefe.

Casi me sorprendí al oírle llamarme Jefe así, aquí. Yo estaba manteniendo todo en marcha mientras mi padre se recuperaba lentamente, pero realmente no quería tomar el control por completo. No así. El mandato de mi padre no podía haber terminado. No era tan mayor.

—Gracias —cogí los papeles y le vi marcharse. Estos documentos eran una prueba más de que todas las deudas de Sloane habían sido saldadas. Una vez que me dijo su apellido y su número de la seguridad social, fue sencillo localizar a aquellos a los que les debía dinero. Aunque podría haber pagado a los prestamistas y cobradores de deudas, opté por mandarlos matar. Esos cabrones se habían aprovechado de ella durante demasiado tiempo, así que tenía más sentido que los hombres de Hugo y varios otros soldados Ivanov los mataran a todos. Había llevado un par de días extra localizar a su ex que la había endeudado en primer lugar, pero desde anoche, no era más que un cadáver pudriéndose.

Personalmente fui a ver su antiguo apartamento y a visitar a su casero. Le dejé vivir, pero con una dolorosa lección sobre lo que ocurría cuando se aprovechaba de la gente y subía el alquiler porque le daba la gana. Dudaba que alguna vez fuera a tener hijos después de cómo le había golpeado, y dudaba que fuera lo suficientemente valiente como para volver a joder a otro inquilino.

Quizás querer matar a cualquiera que molestara a Sloane era una señal de lo cerca que se estaba volviendo de mí, pero no me importaba. Todos eran prescindibles mientras yo cumplía mi promesa de ocuparme de todos sus problemas.

Mientras Sloane se quedara aquí como mi amante y futura madre de mi heredero, nadie volvería a molestarla jamás.

Hugo se marchó después de darme el papel, pero no estuve solo por mucho tiempo. Nik vino a verme, pero ni se molestó en llamar. Entró y se dejó caer en la silla frente a mí.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Se encogió de hombros, frotándose la cara. No intentaría mentirme diciéndome que nada iba mal. Lo veía claramente en sus ojos y en su comportamiento mientras se hundía en la silla, estaba estresado.

—No puedo encontrar nada —no estaba simplemente quejándose. Todos estábamos hartos de lo difícil que era investigar quién había envenenado a nuestro padre.

—Tarde o temprano, aparecerá algo —parecía un tópico estúpido para ofrecerle, pero creía que ningún secreto podía permanecer oculto indefinidamente.

Esperaba que eso también fuera cierto con Sloane. No podía quitarme la sensación de que me estaba ocultando algo. Y seguiría con la curiosidad hasta que supiera exactamente qué era lo que me escondía.

—Sí —dijo con un profundo suspiro—. Sé que surgirá algo. —Entonces, animándose como si apartara sus preocupaciones, se enderezó y me sonrió—. Nadie puede guardar un secreto para siempre.

Levanté las cejas mientras cerraba el portátil en el que había estado trabajando.

—Y por eso me pregunto cuándo me vas a contar lo que está pasando.

—¿De qué estás hablando?

Sonrió ampliamente. —Hablo de por qué los hombres de Hugo lo arrasaron todo cuando mataste a esos prestamistas que querían dinero de una mujer en particular llamada Sloane Black.

Me encogí de hombros. —Eso no fue más que cumplir una promesa a alguien.

Su sonrisa se ensanchó como si estuviera dejando en evidencia mi farol.

—Nadie se va a quejar nunca de que saque la basura. —El mundo no necesitaba a hombres como esos tipos.

—Claro, claro. Entonces, ¿quién es ella? ¿Cuándo la conoceré? —No se iba a rendir con este tema.

Entrecerré los ojos, posesivo y sin que me gustara cómo mi hermano hablaba de ella.

—Claramente has cambiado de opinión sobre mantener a una mujer a tu lado más de una noche para estar tan relajado y satisfecho.

—No estoy relajado —protesté—. Estoy tan impaciente como tú por encontrar a alguien a quien castigar por intentar matar a Padre.

Levantó las manos en señal de tregua. —Lo sé. Por supuesto que lo estás. Nunca cuestionaría tu lealtad a la familia. Pero joder, no es un crimen querer mantener un buen polvo cerca durante un tiempo.

Ella era mucho más que un buen polvo.

—Pero no puedes esconderla de la familia para siempre. Parece que quieres quedártela, y no te culpo. Un hombre solo se ve tan feliz como tú cuando está recibiendo algo.

No estaba simplemente recibiendo algo. Sloane me estaba mostrando cómo todas las mujeres que había tenido antes que ella eran una pálida sustitución de un *buen* sexo.

—¿Dónde está? ¿Quién es?

—Es mi amante —expliqué, lo cual no era nada sorprendente. Todos ellos también habían tenido aventuras con amantes. Al igual que nuestro padre—. Y puedes conocerla en una hora. En el almuerzo.

No estaba fanfarroneando. Después de ocuparme de más asuntos en la oficina, fui a mi planta y me aseguré de que esta vez llevara sujetador.

En el ascensor, sonrió con suficiencia cuando comprobé que lo llevaba, deslizando mi dedo bajo el tirante sobre su hombro.

—No quiero que nadie te vea como te veo yo —gruñí, soltando la tira elástica con un chasquido.

Entrecerró los ojos mirándome, pero el ligero gesto de sus labios sugería que estaba ocultando una sonrisa.

—Entonces. ¿Tienes hermanos y una abuela? —preguntó mientras esperábamos a que el ascensor bajara al piso principal.

—Correcto. —Le había dado algunos consejos sobre conocer a mi familia anoche cuando la follé en la ducha otra vez. Pero omití muchas cosas, queriendo ver qué pensaba. Podía darle la oportunidad de formarse sus propias impresiones—. Mi abuela no se unirá a nosotros, pero puedes conocer a mis hermanos.

—Oh, puedo, ¿eh? —Puso los ojos en blanco y salió del ascensor conmigo, tranquila y sin ningún nerviosismo. Supongo que estar desnuda en un escenario tenía que cambiar la confianza de una mujer para mejor. Caminando como una jefa, no daba ninguna señal de nerviosismo.

Y no dio ninguna pista durante toda la comida de querer salir corriendo.

Mientras la observaba y me preguntaba si estaba examinando el lugar para calcular cómo podría escapar, me dije a mí mismo que lo olvidara.

Estaba demasiado cautelosa aquí. Ahora que mis hermanos sabían que vivía en mi apartamento del edificio, también estarían pendientes de que se quedara.

No debería haberme sorprendido que fuera educada, aunque un poco tímida, al conocerlos. Mis hermanos no eran hombres normales, y solían provocar que otros respondieran con deferencia. Sin embargo, me sentí más tranquilo al presentársela cuando ella

disminuyó su descaro. No habló mucho, ni siquiera lo suficiente para que captaran su ingenio callejero o el argot que les daría pistas de que era ajena a la Mafia. Pero, sobre todo, me sentí como un puto rey con ella sometiéndose tan claramente a mí.

Se quedó a mi lado o detrás de mí. No intentó acaparar la atención. Mientras las princesas de la Mafia eran tan dóciles que me molestaban, vi el buen comportamiento de Sloane como algo que recompensar inmediatamente.

Desafortunadamente, tendría que esperar para eso. Los informes de un ataque cerca de la propiedad nos pusieron a todos en alerta, y le pedí a uno de los soldados que la escoltara de vuelta a mi planta.

—¿Qué coño? —gruñó Nik mientras se unía a mí, a Damon y a Saul mientras nos apresurábamos a evaluar la situación.

Varios hombres corrieron con nosotros para supervisar el tiroteo que estaba ocurriendo demasiado cerca para estar tranquilos. Siempre existía la posibilidad de que fuera un incidente aleatorio allí en las calles, pero tenía demasiadas cosas que apreciar aquí como para bajar la guardia.

Seguro con el conocimiento de que Sloane estaría a salvo en mi habitación de nuevo, me concentré en eliminar cualquier amenaza cerca de nuestro edificio. Tenía que protegerla. Tenía que proteger a mi padre y a mis hermanos.

—Si alguien está intentando distraernos tan cerca de la propiedad —dijo Saul mientras nos reuníamos en la sala de vigilancia para ver lo que mostraban las cámaras—, están escalando. Se están volviendo demasiado atrevidos y arriesgados al abrir fuego tan cerca de casa.

Asentí, totalmente de acuerdo mientras entrecerré los ojos y miraba los monitores.

—Se han ido —dijo el hombre a cargo de las operaciones de vigilancia. Negó con la cabeza y se bajó los auriculares—. Ya se han

largado, joder. Tenemos un equipo persiguiéndolos hacia el este a través de la ciudad.

—Joder. —Cerré el puño con fuerza y odié que otra distracción, otro incidente y otro contratiempo se acercara.

Quienquiera que estuviera intentando meterse con nosotros era demasiado escurridizo para mi gusto.

Mientras me preguntaba quién era el responsable de molestarnos, tuve que reconsiderar lo que le había dicho a Nik.

Todos los secretos tenían que salir a la luz eventualmente, ¿no?

# SLOANE

Maxim y yo llegamos a un entendimiento. Parecía beneficioso para ambos, pero no podía durar.

Me cuidaban, me mimaban de una forma que nunca hubiera imaginado posible. No tenía facturas que pagar, no necesitaba trabajar todo el tiempo y podía relajarme sin ninguna obligación que me agobiara. Él también me mantenía completamente satisfecha.

Lo único que tenía que sacrificar era mi libertad. Era una cautiva aquí. Pero estaba a salvo.

*Siempre y cuando no sepas que ya me has dejado embarazada...*

Como mujer mantenida, seguía aburriéndome dentro de su casa, pero desde la última semana y media, se me había concedido permiso para deambular fuera de su dormitorio.

Nerviosa por si lo decía en serio, por si realmente tenía permiso para caminar por fuera de su dormitorio, tardé un par de días en explorar el resto de su apartamento. Todo era elegante, bien amueblado, aunque con un estilo excesivamente masculino, y todo muy... caro.

Nada era barato o genérico aquí en su nivel de apartamento, y podía extrapolar ese hecho y suponer que todo el edificio Ivanov mostraría más de lo mismo.

Conocer a sus hermanos reforzó la suposición de que la familia mafiosa de Maxim era muy adinerada. Damon, Nik y Saul estaban todos igual de trajeados y distinguidos, representando a la familia con una apariencia impecable y luciendo trajes a medida sin escatimar en gastos.

El día que almorcé con ellos, me quedé atónita por la opulencia y la extravagancia de su comedor. El pasillo desde el vestíbulo abierto donde se detenía el ascensor hasta el comedor era elegante. La mesa y la fina porcelana de la que comíamos eran delicados y raros ejemplos de artesanía refinada. Y las obras de arte sobre pedestales y colgadas en la pared eran de calidad museística.

No había sido simplemente secuestrada.

Había sido arrojada al mundo asquerosamente rico de la Mafia.

Era un infierno de ajuste al que acostumbrarse, y no estaba segura de que fuera a quedarme el tiempo suficiente para sentirme más mimada de lo que ya estaba. Esto no era... yo no pertenecía a este mundo. Era una stripper aguerrida que sobrevivía con lo básico.

Sin embargo, cuanto más tiempo permanecía y exploraba la mansión, tenía que imaginar cómo sería criar a un hijo aquí. Todo el lugar era enorme, dirigido por un personal doméstico educado que se mezclaba con el entorno. Al menos treinta personas podían vivir en las plantas a las que me habían dado acceso. Entre el apartamento de Maxim y las tres plantas que más se parecían a un "hogar familiar", me perdí varias veces y tuve que preguntar a un guardia o a una criada cómo volver al ascensor.

Ninguno de ellos me hablaba, y yo sabía que era mejor no pedirles ayuda. No me ayudarían a escapar. Solo le informarían a Maxim que estaba intentando marcharme.

Pero cada día que deambulaba, aburrida y esperando el regreso de Maxim, me preguntaba por qué querría hacerlo.

Tenía todas mis necesidades cubiertas.

Estaba mimada, consentida y me trataban muy bien.

¿Realmente valía la pena ser una mujer "libre" cuando un hombre como Maxim podía mantenerme así?

*Sí, lo vale, idiota. Porque tan pronto como empieces a notarse y demuestres que estás embarazada, se quedará con este bebé y ya no te necesitará.*

Yo no importaba más allá del propósito de ser fecundada.

Y no importaría como madre de su hijo si planeaba llevárselo y mantener al bebé en su familia, no en la mía.

Reduciendo el paso mientras paseaba por un corredor, observé mi reflejo en el enorme espejo colocado detrás de una mesa auxiliar. Llegaba desde el suelo hasta el techo, y el marco del suave cristal tenía que ser de oro dorado, ornamentado en un estilo artesanal que no era para nada contemporáneo ni barato. Como todo lo demás, no era ostentoso, sino otra prueba de lo ricos que eran los Ivanov.

Me detuve, mirándome fijamente en la lámina de cristal. Era inquietante cómo casi no me reconocía a mí misma.

Mi pelo estaba suave y brillante, no maltratado por demasiados productos por estar en el escenario.

Mi piel estaba sonrojada y rosada, no pálida por una dieta pobre y deshidratación.

Las ojeras habían desaparecido de debajo de mis ojos, ya que ahora podía descansar y dormir como mi cuerpo necesitaba.

En lugar de andar con ropa de segunda mano cutre de la tienda de beneficencia, llevaba una blusa camiseta nueva y elegante y una falda suave sin roturas ni manchas.

Mientras observaba mi reflejo, bajé la mano hasta mi vientre e intenté imaginar cómo se hincharía con este bebé.

Con *su* bebé. El bebé mafioso de Maxim. Su heredero para el que quería utilizarme.

Cada vez que intentaba convencerme de decirle que ya estaba embarazada desde la primera vez que nos conocimos, me asustaba y no sabía qué hacer. Solo llevaba aquí tres semanas, y apostaba a que él era muy consciente de que sería demasiado pronto para esperar que estuviera embarazada desde que me secuestró. Pero nos habíamos conocido semanas antes. Según mis cálculos, estaba de unas siete semanas.

Y aun así, estaba muy tentada de huir y tener este bebé por mi cuenta.

Ahora que tenía los ojos más abiertos, veía lo ricos que eran estos Ivanov. Tenían un edificio como una mansión. Tenían personal. Guardias de seguridad y un ejército. Todos ellos podían estar entrenados para perseguirme y darme caza si me marchaba. Derrotada y consternada, valoré todos los recursos que Maxim tendría para venir a por mí si intentara escapar como necesitaba.

*Pero ¿y si no lo hiciera?*

Me alejé del espejo, preocupándome por mi situación, e ignoré el enorme reloj de pie marcando la hora. Eran las once ya, y Maxim aún no había regresado de donde fuera que se hubiera marchado hacía una hora, llamado para ayudar con una situación apenas dos segundos después de haberse corrido dentro de mí.

*¿Y si le diera a nuestro hijo todos estos recursos también?*

Nunca tendría que preocuparme por comprar pañales o quedarme sin comida. No estaría sin hogar y luchando por encontrar un lugar donde criar a un niño.

Tan aferrada a la convicción de que Maxim *tenía* que ser el malo como despiadado jefe de la Mafia que mataba a otros, me resistía a la posibilidad de que también pudiera ser bueno. Que la sensación

de seguridad y protección que me hacía sentir fuera una bendición, no un engaño.

—¡Ah!

Levanté la cabeza al oír el grito de un hombre. Aventurándome cerca de la cocina, me apresuré para ver si alguien estaba herido. Estaba segura de que los Ivanov tenían muchos enemigos. Todos los criminales los tenían. Pero también dudaba que cualquiera de ellos pudiera entrar aquí, pasando a todos los guardias.

—¿Hola? —llamé mientras corría hacia el sonido de dolor.

Esta primera planta de la mansión estaba abierta para que yo accediera, no es que hubiera alguien por aquí nunca. Los hermanos de Maxim solían quedarse en sus apartamentos del edificio. Aún no había visto a esta abuela. Los únicos otros humanos que veía eran las criadas, mayordomos, soldados y cocineros.

Y eso era quien encontré ahora, retorciéndose de dolor. Encorvado cerca de las cocinas en la enorme cocina de última generación, había un cocinero. Parecía joven, y estaba segura al noventa y nueve por ciento de que me había dicho que se llamaba Roger. Ninguno del personal hablaba conmigo más allá de las cortesías más básicas, pero no se lo tenía en cuenta. Solo estaban haciendo su trabajo. No dudaba de que Maxim probablemente les habría dicho a todos que no hablaran conmigo.

—¿Estás bien? —corrí hacia él, preocupada por la sangre que goteaba entre sus dedos mientras mantenía la otra mano fuertemente apretada contra su pecho.

No me preocupaba que alguien más aquí me hiciera daño. No se había disparado ningún arma. Nada indicaba un intruso. Además, todos los trozos de vidrio esparcidos por la encimera eran prueba suficiente de que algo se había roto y le había cortado.

—Oh, señorita Black. No. Está bien. —Intentó girarse y ocultarme la herida, como si fuera un grave error dejar que una "invitada" como

yo se molestara por su incidente.

—Roger. Estás sangrando por todas partes.

—No, no. —Sacudió la cabeza—. Estaré bien.

Dio un paso atrás y casi resbaló con el aceite derramado en el suelo.

Extendí la mano para agarrarle el codo, evitando su caída. —Roger...

—Es Ronny, en realidad.

—Ronny, cuidado.

—No. —Sacudió la cabeza mientras intentaba guiarlo lejos del cristal roto y hacia el fregadero para lavar su mano cortada—. Usted es una invitada y...

—Yo *no soy* una invitada —solté bruscamente, sin importarme si sonaba demasiado mordaz. ¿Una invitada? Maxim me secuestró, y nada cambiaría nunca ese hecho. Me *sentía* como una invitada, pero escuchar a alguien más llamarme así era extraño. Cuanto menos pensara en por qué estaba aquí, mejor—. Solo déjame ayudarte.

—No, insisto.

—*Yo* insisto —respondí secamente—. Y vas a sentar tu trasero en ese taburete de ahí y dejarme ver. —Nevaeh solía burlarse de mí cada vez que dejaba salir a mi *perra urbana interior*, pero yo sabía que no era nada más que impaciencia. No me gustaba aguantar tonterías, y Ronny estaba siendo ridículo.

Obedeció, apoyándose en mí mientras lo guiaba sobre el cristal roto y evitaba que resbalara. Moviéndose conmigo, hizo una mueca mientras sujetaba los dedos de su mano cortada. —El frasco de aceite debe haberse calentado demasiado y... se me resbaló de las manos.

—Tranquilo —dije—. Seguro que no eres el primer cocinero lo suficientemente humano como para dejar caer algo en la cocina.

—Lo sé, pero... —Si no estuviera ocupado inclinándose sobre el fregadero para que pudiera enjuagarle la mano, probablemente se habría encogido de hombros.

—¿Hay cristal en el corte? —pregunté, inclinándome con él, mis brazos paralelos a los suyos mientras me encargaba de frotar mis dedos sobre su mano ensangrentada para limpiar la herida.

—Yo... no lo sé —admitió—. Yo... tomo anticoagulantes. Tengo una condición genética. Por eso solo soy cocinero y no soldado. No puedo perder mucha sangre y...

—Tranquilo —solté, dándome cuenta de que estaba al borde del pánico. Pobre hombre asustado. Sacudí la cabeza y me concentré en limpiar su mano y vendarla.

—¿Qué coño está pasando?

Levanté bruscamente la cabeza y vi que Maxim había llegado a casa.

Frunció el ceño, viéndome cerca de Ronny mientras le ayudaba a limpiar su mano ensangrentada.

Él también estaba cubierto de sangre. Tenía manchas en la cara, en las manos y en la camisa, pero se movía con demasiada fiereza y audacia para que yo supusiera que estaba herido.

Esa era la sangre de otra persona. Mientras asimilaba el recordatorio de que era un hombre despiadado, un asesino, casi hice una mueca al ver lo furioso que estaba por verme ayudando a este cocinero.

—¿Por qué cojones la estás tocando? —gruñó, avanzando hacia nosotros.

Ronny retrocedió, levantando ambas manos y temblando. —Lo siento, señor.

—Solo está sangrando —razoné fríamente mientras trataba de cubrir el corte en la mano de Ronny que sostenía en el aire. La sangre goteaba sobre la encimera, salpicando al caer las gotas.

—No le toques —me ordenó Maxim.

*Vaya, joder.*

Fruncí el ceño, dándome cuenta de que no estaba bromeando.

Parecía que quería más sangre en sus manos, solo porque había intentado ayudar a este pobre cocinero herido, un inocente acto de primeros auxilios.

—Tú me perteneces —gruñó antes de alargar la mano para apartarme del fregadero.

# MAXIM

¿Q*ué coño pasa?*

No podía apartar los ojos de las manos de Sloane. Las tenía sobre las del cocinero, y eso fue todo lo que necesité ver para caer en una rabia instantánea y ardiente.

La rabia era lo único que había experimentado esta noche. Cuando Nik y yo nos dirigimos a un almacén para comprobar si había espías acercándose, acabamos en un baño de sangre. Unos idiotas del Cartel abrieron fuego contra nosotros y fue un intercambio tenso. Nik recibió un disparo en el brazo, solo un roce, pero cada vez que mis hermanos resultaban heridos, me sumía en un estado más enrevesado y volátil de querer destruir a todos los que se cruzaran en mi camino.

Todos habíamos luchado duramente. Y todos los hombres Ivanov que nos acompañaban respondieron a los disparos para mantener a los miembros del Cartel alejados de nuestro principal centro de distribución de drogas. Sin embargo, me había quedado con un rescoldo de ira y ver a Sloane tan cerca de uno de los cocineros reavivó el calor de mi oscuridad, encendiendo una furia renovada que me consumía.

—Me perteneces a *mí* —le recordé de nuevo, como si lo hubiera olvidado. No entendía cómo podía haber perdido de vista ese detalle crucial. Mi polla había estado dentro de ella a diario. Su coño dolía y

estaba magullado por la fuerza de mis embestidas. La había marcado con mi polla, mis dedos y mi boca. Oculta bajo su ropa estaba la prueba de la feroz intimidad que esperaba que soportara de mí.

—Maxim, estás exagerando.

Apretando los dientes con tanta fuerza que el esmalte dental debía estar pulverizado a estas alturas, acorté la distancia entre nosotros para apartarla.

—Lo siento —dijo el joven cocinero mientras retrocedía nuevamente de Sloane. Su mano sangraba. Un trozo de cristal se le había clavado en la palma y gotas rojas goteaban en la encimera.

Eso no importaba. Nada sobre él tocándola —o ella tocándolo a él— estaría bien.

Lo que más me cabreaba era que intentara usar esta táctica conmigo. Tratando de decirme lo que estaba pensando o sintiendo. Intentando hacerme saber cómo debería tomarme esto.

—No me hagas jodido gaslighting. —Agarré su antebrazo y la arrastré hacia atrás, demasiado lleno de celos para frenar este camino acelerado hacia una rabia oscura y siniestra.

—¡No te estoy haciendo gaslighting! —Dejó que más de su descaro y tono coloquial se colara en sus palabras. Hablando más como si fuera de un barrio marginal, impregnó su respuesta con demasiada actitud.

—Y no me contestes —gruñí, alcanzándola de nuevo ya que había liberado su brazo. Esta vez, no iba a soltarla ni un segundo.

—¡No lo estoy haciendo! —espetó.

El cocinero retrocedió más, casi como si tuviera más miedo de que alguien se atreviera a desafiarme. Si fuera cualquier otra persona, ya le habría dado un puñetazo, pero Sloane me atrapó con esa mirada obstinada suya.

—No te estoy haciendo gaslighting. *Estás* exagerando. ¿Qué demonios tiene de malo que intente ayudarle?

La aparté más del cocinero, demasiado delirante de celos para escucharla o racionalizar lo que estaba diciendo.

—Ven aquí —le ordené, decidido a llevarla arriba.

—No. No soy un objeto que puedas arrastrar.

No lo era. Era mucho más que un objeto, por mucho que intentara compartimentarla como una amante prescindible. Sloane estaba llegando a mí, y odiaba que mi reacción instantánea de celos como esta probara ese punto aún más. Si no me importara, si realmente fuera solo una amante a la que follaba, no estaría tan enfadado porque otro hombre la hubiera tocado, o porque ella hubiera tocado a alguien más.

—¿Qué demonios he hecho que sea tan malo? —Empujó mi mano en su antebrazo, pero mis dedos no cedieron—. Solo pasaba por aquí y le oí quejarse. Se le había caído algo, se cortó, y le estaba ayudando a limpiarse.

No me importaba.

Mientras la arrastraba tras de mí, forzándola hacia el ascensor, juré dejar que todas sus palabras me entrasen por un oído y me salieran por el otro. No podía tener razón, que estaba exagerando. Odiaba la posibilidad de que tuviera tanto control sobre mí como para sumirme en un ataque de celos por ayudar a alguien que se había hecho daño.

—¡Maxim! —Golpeó su mano contra mi pecho cuando las puertas del ascensor se abrieron y la empujé dentro. Atrapando su mano, la conduje hasta el fondo del habitáculo metálico hasta que su espalda chocó contra la pared de espejos.

Jadeaba, respirando con tanta fuerza y rapidez mientras me miraba furiosa. Incluso así, era preciosa. Radiante. Tan llena de descaro y

fuego que era imposible resistirse.

*Joder.*

Era demasiado. Estaba empezando a importarme demasiado.

—¿Qué te pasa? —exigió, obstinada y fuerte, sin inmutarse ni mostrarse tímida en absoluto.

Las mujeres que entraban en mi vida para sexo sin compromiso *nunca* me contestaban. Ni siquiera los soldados o miembros del personal Ivanov se atreverían a expresar una opinión en mi contra. Solo mis hermanos, mi padre y mi abuela podían usar ese tono de reproche conmigo.

Pero oír a Sloane hablarme así me sacaba de quicio.

—¿Que qué me pasa? —gruñí mientras la sujetaba contra la pared mientras el ascensor subía. Sus ojos, abiertos de par en par con alarma, estaban fijos en mí. Sus labios, apretados en un ceño desafiante, no cambiaron mientras levantaba la barbilla.

No iba a ceder.

En lo más profundo de mi ser, mi alma oscura se regocijaba de que pudiera manejarme así. Ansiaba su resistencia. Quería la lucha para que el momento en que la domara y consiguiera su sumisión, fuera aún más dulce.

—Estoy furioso porque otro hombre te haya tocado cuando tú. Eres. Mía. —Puntualicé esas últimas palabras empujándola contra la pared.

Aun así, mantuvo esa ardiente mirada.

—Y te llevo arriba para recordártelo. —Di un paso atrás cuando el ascensor llegó a mi planta. Tirando de ella conmigo, salimos mientras la fulminaba con la mirada—. Dijiste que serías una buena chica —le recordé.

—Yo...

—Dijiste que serías una buena chica, Sloane —la solté con un empujón, dejando que retrocediera por mi apartamento mientras la perseguía hacia el dormitorio. Mientras la acechaba, comencé a quitarme bruscamente la chaqueta y la corbata, despojándome de mi ropa mientras la guiaba hacia donde le demostraría que me pertenecía. A nadie más—. No esperaba llegar a casa y ver tu mano sobre otro hombre.

—¡Le estaba ayudando con un corte! —gruñó, frunciendo el ceño mientras retrocedía más—. ¡No lo estaba manoseando!

—No importa. Estás aquí para *mí*. Estás aquí para darme un heredero y para estar aquí solo para *mí*.

Ella gruñó cuando levanté la mano y alcancé por encima de su hombro para abrir de golpe la puerta del dormitorio.

—No te pertenezco —discutió mientras entrábamos en la habitación, enfrentándonos—. No de esa manera. No hasta el punto de que te comportes como un maldito cavernícola porque ayude a alguien de tu personal cuando está herido.

—¿Quieres apostar? —la provoqué mientras agarraba la cintura de su falda para atraerla contra mí. No estaba esperando una respuesta. Aplasté mis labios contra los suyos y ahogué sus palabras con un beso brutal.

# SLOANE

*Está loco.*

*Está completamente loco.*

Mientras ese fuerte pensamiento daba vueltas en mi mente, no hice ningún movimiento para decirle a Maxim que estaba trastornado. No, en cambio, contradiciéndome a mí misma y rindiéndome al deseo, le devolví el beso.

Si no lo hacía, él seguiría avanzando y me arrastraría al dormitorio sin pausa. Abalanzándose hacia mí, me empujó con su duro pecho contra mis senos. Traidores de nuevo, mis pezones se endurecieron y se irguieron con esta excitación instantánea que despertó en mí.

*Está loco.*

*Un cavernícola.*

*¡Un capullo controlador que se enfada tanto por nada!*

Todas estas eran señales de alarma que me inspiraban a luchar contra él. Claramente era mala noticia, pero con su firme agarre en mi nuca mientras me guiaba hacia la cama, estaba atrapada. Bajo sus insistentes labios que se abrían sobre los míos con estos besos embriagadores, quedé atrapada en desearle.

En necesitar más.

Algo estaba mal conmigo al sentir lujuria por él cuando estaba así, pero no podía negar cómo encendía mi cuerpo haciéndome anhelarle. Sería una mentirosa si dijera que no le deseaba, independientemente de lo ridículamente exagerado que fuera por llegar a casa y encontrarme cerca de aquel cocinero.

—¿Quieres apostar? —gruñó una vez que apartó su boca de la mía.

La parte trasera de mis rodillas golpeó el borde de la cama. Me había descolocado, besándome tan bruscamente, que no me había dado cuenta de que ya habíamos atravesado la habitación.

—No voy a apostar contigo —respondí con toda la insolencia que pude reunir. Me había desarmado con solo ese beso, y mientras continuaba desabotonando su camisa con impaciencia, dándome vislumbres de su pecho tatuado y musculoso, estaba demasiado débil para pensar con claridad y mostrarle más descaro.

—Demuéstralo, Sloane. —Sus ojos se entrecerraron mientras seguía con su camisa mientras arrastraba su mirada voraz sobre mí. Sin previo aviso, agarró mi falda y la bajó de un tirón junto con mis bragas. Así era como podía ser una bestia feroz: apresurado, brusco y listo para demostrarme que siempre sería más fuerte. Aunque la tela elástica y suave se aferraba a mis rodillas, no esperó a que recuperara el equilibrio cuando deslizó su mano hacia mi sexo. Al sentir sus dedos deslizándose entre mis piernas, apreté los dientes y deseé que no tuviera tanto poder sobre mí.

—Demuestra que no eres mía —advirtió.

—No te pertenezco —protesté tan firmemente como pude mientras me acariciaba y hundía sus dedos a lo largo de mi resbaladiza entrada.

—Y una mierda que no. —Volvió a invadir mi espacio, besándome duramente mientras me acariciaba con los dedos, recogiendo mis jugos.

Luego, con su mano en mi nuca, manteniéndome en mi sitio, subió sus dedos y trazó mis labios. El olor de mi excitación era inconfundible, pero no me estaba dando la oportunidad de saborearme a mí misma. Cerró su boca sobre la mía y succionó mi labio inferior, deslizando su lengua sobre la humedad que había puesto allí.

*Oh, joder.*

*Oh, joder, joder.*

Esto no debería ser excitante. Era muy malo por mi parte estar tan excitada, pero él era un maestro de la seducción y verdaderamente el amante que tenía el control aquí.

—Tu coño está empapado por *mí* —gruñó mientras se arrancaba la corbata.

Negué con la cabeza y empujé su pecho, decidida con un hilo cada vez más débil de independencia a enseñarle una lección de que no era solo una *cosa* a la que mandar. Era una persona. Era un ser humano. Era un individuo y tenía que tener algunos malditos derechos aquí. Todo lo que había hecho fue intentar ayudar a su cocinero cuando estaba herido, y no había razón para que actuara como si esto fuera una transgresión contra este retorcido y extraño vínculo que teníamos.

—Tu cuerpo está maduro para *mí* —advirtió mientras agarraba mis manos con una de las suyas. Demasiado rápido para que pudiera detenerlo, se quitó la corbata y ató mis manos juntas.

—Maxim. Para.

Él frunció el ceño, agarrando las mitades de mi camisa y rasgando la prenda en dos.

—No.

Jadeé cuando se inclinó para desabrochar mi sujetador sin tirantes, porque en el segundo en que mis pechos quedaron al descubierto,

sostuvo uno con un agarre hambriento mientras enganchaba su boca al otro. Gritando ante el delicioso escozor de un ligero dolor, traté de contener esta excitación que se deslizaba tan caliente y rápida en mí. Mis pezones estaban muy sensibles, sin duda porque mi cuerpo ya estaba cambiando en este embarazo, pero también porque era él. Porque Maxim sabía cómo jugar con mi cuerpo tan bien, sintonizado con lo salvaje que podía ponerme cuando me acercaba al clímax.

—No, no voy a parar, joder. No hasta que lo entiendas. —Me empujó sobre la cama.

Con mis manos atadas con la sedosidad de su corbata, no pude frenar la caída. Aterrizando parcialmente de costado, me apresuré a sentarme y enfrentarle.

—No pararé hasta que entiendas, joder, que me perteneces, Sloane. Estás aquí para darme un heredero —repitió mientras se quitaba la camisa. Mirándome todo el tiempo, incitó a mi piel a arder bajo su ávida mirada. Luego, cuando se despojó de sus pantalones y bóxers, dejándome ver lo duro que estaba su largo miembro por mí, me deslicé hacia atrás, no para escapar de él, sino para prepararme para la embestida que deseaba.

—Y necesitas entender... —grité cuando me agarró las manos y me hizo perder el equilibrio de nuevo.

Me forzó las manos por encima de la cabeza y las ató al cabecero de la cama, estirándome por completo. Mientras se arrodillaba hacia atrás, me quitó la falda y las bragas de un tirón. —No. No me vas a decir cómo van a ser las cosas.

—No estoy...

—Exacto. No lo estás. —Me separó las piernas bruscamente para que quedaran sobre sus muslos mientras se arrodillaba cerca de mi sexo. Mirándome fijamente allí, me fulminó con tanta intensidad que tuve que estar empapándome aún más para él.

—No tienes nada que decir, Sloane. Me perteneces, y serás mía.

—¡Pero nunca fui suya! —Tenía que hacerle entrar en razón—. No estaba intentando nada con ese cocinero.

Negó con la cabeza, empeñado en no escucharme en absoluto. Acercándose, empujó su miembro contra mí y frotó la punta sobre mis fluidos.

—Estaba intentando ayudar a un miembro de tu personal con una lesión.

—Me importa una mierda cuáles sean tus excusas. —Embistió dentro de mí, robándome el aliento por un largo momento. Como cada vez que me llenaba, la tensión me excitaba y me impulsaba a alzarme contra él para obtener más de esa fricción justo donde lo necesitaba.

—No son... excusas... —dije entre respiraciones entrecortadas mientras me embestía una y otra vez.

Estirada así, con las manos atadas a la cama y las suyas agarrando mi trasero, estaba tan cautiva como podía estarlo. Era suya para jugar conmigo así, y lo disfrutaba. Pero no podía dejar que se saliera con la suya con esta locura.

—Maxim...

—¡No! —rugió, golpeando mi sexo aún más rápido. Cada vez que chocaba contra mí, mi clítoris ardía con más intensidad por la necesidad. Mis pechos se agitaban, tan sensibles mientras se movían de un lado a otro, y no podría aguantar mucho más.

Me miraba con esa intensidad ardiente, como si fuera un loco que nunca llegaría lo suficientemente profundo. Como si tuviera que marcarme desde dentro con su alma y señalarme para que todo el mundo lo viera.

Así, no parecía que me estuviera follando y llenándome con su gran miembro solo para engendrar un bebé. De esta manera, no solo estaba intentando dejarme embarazada.

Verle llevado a tal ira ante la idea de otro hombre —incluso alguien que no era una amenaza como su propio cocinero— me hizo darme cuenta de otra razón.

*Está celoso.*

*Está jodidamente celoso y—*

Me embistió más rápido, empujándome cada vez más cerca del orgasmo que me esperaba tan cerca. Cerré los ojos y me aferré a su corbata, preparándome para el pulso devastador de alivio que me dejaría agotada y débil.

Estaba *celoso*, y traté de no dejar que ese estúpido pensamiento me confundiera.

Maxim estaba celoso, y eso insinuaba que le importaba. Yo no era solo una cosa, una posesión. No era solo una mujer cautiva para dejar embarazada. Si podía estar tan enfurecido y celoso, tenía que significar que le importaba. Que quería que fuera completamente suya en todos los sentidos.

*Oh, Dios.*

No podía dejar que mi mente fuera por ahí. Me negaba a considerar que algo más profundo y más significativo que sexo caliente constante durante mi cautiverio se estuviera formando aquí.

—Mía —gritó, clavando sus dedos en mis nalgas mientras me sujetaba en el sitio y me follaba tan furiosamente—. Eres mía, Sloane.

Pero no lo era. En el fondo, no podía olvidar que solo era su cautiva. Nada más.

Corriéndome bajo las olas de un alivio potente y dichoso, sollocé y esperé a que me siguiera. Este orgasmo golpeó con fuerza, como todos los demás, y ya no intentaba culpabilizarme por abrazar lo condenadamente bien que me hacía sentir. Una banda de tensión se rompió y cedió en mi estómago. Mis pezones pulsaban con el dolor

de este clímax, y la euforia profunda de correrme aseguró oleada tras oleada de endorfinas que me inundaron.

Era suya. Suya para follar. Pero en esta nebulosa secuela de tener un orgasmo tan intenso para él después de nuestra pelea, no tenía voluntad para analizar de qué otra manera me veía como suya.

No insistió en nada más, porque con una embestida más rápida en mi sexo, se corrió. El espasmo de su miembro dentro de mí me dio esa sensación de triunfo, como siempre lo hacía, y tuve que preguntarme mientras disparaba su semen dentro de mí si lo tenía todo mal.

Era suya así, en un sentido físico.

Pero con lo bien que podía empujarle al borde de la locura y provocarle para que se enfadara tanto en un ataque de celos, tenía que preguntarme si *yo* lo tenía a él. Si *yo* tenía poder sobre él para convertirlo en una bestia así.

*No.* Mantuve los ojos cerrados mientras se tumbaba sobre mí, respirando con dificultad y desplomándose en el colchón. Agotado de follarme, me cubrió, y traté de odiar su peso sobre mí. No importaba cuándo y cómo me tomara, esto era lo que más apreciaba. Su cuerpo sobre el mío. Sus brazos y piernas pesando sobre mí y manteniéndome envuelta en su seguridad. En esta posición, con su miembro aún palpitando dentro de mí un par de veces más mientras se vaciaba en mi interior, me sentía arropada y reconfortada por lo estrechamente unidos que estábamos.

Como uno solo.

Hice una mueca cuando me desató las manos sin quitarse de encima o salirse de mí. En el momento en que mis brazos fueron liberados, los dejé caer sobre su espalda mientras lo abrazaba. Mintiéndome a mí misma, le mostré, de nuevo, que era suya. Mientras acariciaba con mis manos su amplia y tonificada espalda, los recuerdos de su ira disminuyeron.

Pero no completamente.

Nunca olvidaría lo furioso que estaba. Y mientras mi corazón se ralentizaba y él se relajaba conmigo, me di cuenta de que me esperaba más de su ira en el futuro. Cuanto más tiempo le ocultara mi embarazo, más enfadado estaría...

# MAXIM

Cuando Sloane recuperó el aliento, salí de ella con cuidado y me tumbé a su lado. De costado, contemplé su perfil mientras ella yacía boca arriba. Todo estaba más tranquilo ahora que habíamos gastado toda esa energía furiosa el uno con el otro, y agradecí que la tormenta hubiera pasado.

Ya no me invadía esa intensa y profunda rabia al verla con ese cocinero. Después de hacerla llegar al orgasmo y sentir su sexo contraerse alrededor de mi miembro, tan apretado dentro de ella, era como si el mundo hubiera vuelto a su eje. Todo estaba bien de nuevo, con este recordatorio de cómo ella me pertenecía.

Su sumisión era un ecualizador, pero odiaba que esto pudiera significar que dependía de ella en cierto modo. Que su entrega a mí fuera un desafío que tenía que superar. La idea de que ella *no* fuera mía resultaba inaceptable.

—¿Quieres volver a decirme que no eres mía? —pregunté.

No respondió durante un largo momento, pero cuando giró lentamente la cabeza sobre la almohada para mirarme sin mover su cuerpo, vi lo terca que seguía siendo. —¿Tan desesperado estás por halagos que necesitas que te diga que me has hecho llegar al orgasmo?

Entrecerré los ojos.

—Sí, Maxim —no perdió esa actitud descarada, casi indiferente y demasiado displicente para que yo creyera que no estaba molesta conmigo—. Sí, me hiciste llegar al orgasmo. Sí, se sintió bien. Me poseíste de esa manera.

Fruncí el ceño, sintiendo que me adentraba en un dilema al que no quería enfrentarme.

¿Me poseíste *de esa manera*?

No estaba preparado para que intentara ponerme contra las cuerdas y hacerme admitir que quería poseerla por completo. Porque si quería preguntarme qué sentía por ella...

*Ni de coña.*

Ya estaba lidiando con demasiadas cosas, y no tenía la claridad mental para analizar cómo ella estaba empezando a importarme más que solo como un coño disponible, como una mujer para engendrar mi heredero.

—Pero eso no cambia el hecho de que no soy una cosa. Soy una persona. Y cuando veo a alguien herido, reacciono con la esperanza de poder ayudar.

Decidido a no dejar que mi ira me dominara, respiré profundamente y la miré fijamente, intentando encontrar alguna pista que indicara que me estaba tomando el pelo. Que estaba intentando manipularme y mentirme.

—¿Se supone que debo creer tu palabra? —me burlé—. ¿Que solo estabas con él...

—No estaba *con* él —espetó.

—Solo estabas allí y lo tocabas por la bondad de tu corazón.

Dudó en responder, pareciendo sopesar sus palabras. —Sí. No sé cómo explicártelo, pero sí. *Tengo* un buen corazón y no me gusta ver sufrir a los demás.

*Interesante.* —¿Y si se lo merecen?

Se encogió de hombros. —Vale. Si alguien la ha jodido y merece un castigo, vale.

—Entonces, si te dijera que hice matar a todos esos prestamistas, que torturé a tu casero y que envié a un hombre a acabar con la vida de tu ex novio, ¿dirías que se lo merecían?

No había encontrado la oportunidad de explicarle cómo me había ocupado de sus problemas pasados. Que al hacerlo, sí, ahora era mía. No voy por ahí vengando a cualquiera.

Este momento era una prueba que no me había dado cuenta de que ella tenía que pasar. ¿Se estremecería y retrocedería horrorizada porque había matado a tantos otros por ella? ¿O lo aceptaría?

Un largo momento de silencio pasó entre nosotros, y me preocupé cuando ella pareció tomarse tanto tiempo para reflexionar sobre lo que le había dicho. Cuando giró la cabeza y miró hacia el techo, fui tras ella, cerniéndome para que tuviera que mirarme.

—¿Hiciste eso? —preguntó.

Asentí.

—¿Solo para... —Se lamió los labios—. ¿Solo para que estuviera en deuda y me quedara aquí así? ¿Como una cautiva y atrapada sin vida?

Fruncí el ceño. —No.

—¿Entonces por qué? —preguntó mientras me empujaba.

En lugar de presionarla demasiado, dejé que se moviera y se bajara de la cama. Se dirigió al baño, y la seguí, tomándome mi tiempo para observar su cuerpo desnudo hasta que entró en la ducha. No esperé a que me invitara a entrar con ella, y no le di la oportunidad de excluirme.

—¿Por qué los maté? —Me encogí de hombros mientras el agua caía sobre mí—. Porque se lo merecían.

—¿Y mi felicidad importa tanto?

Me había pillado. La miré fijamente, odiando que estuviera cambiando los términos de lo que estábamos haciendo.

Para mi sorpresa, me tomó la cara entre sus manos y acarició mi mejilla con el pulgar. Aunque a veces iniciaba la intimidad, esto se sentía demasiado conmovedor, demasiado diferente.

—¿Los mataste y eliminaste mi deuda porque quieres que sea feliz? —preguntó.

La besé en lugar de responder, manteniendo mi contacto tierno y ligero por una vez.

Ella me devolvió el beso pero se alejó. —Contéstame.

Sonreí, divertido. —¿Desde cuándo crees que puedes decirme qué hacer?

Después de poner los ojos en blanco, negó ligeramente con la cabeza. —Vale. Por favor, ¿puedes contestarme?

La abracé suavemente, ahogándome en la vulnerabilidad de sus ojos mientras el vapor se elevaba y nos envolvía. —¿Por qué importa?

—¿Por qué importa si te preocupas por mi felicidad? —Resopló—. Pues porque sí.

—¿Por qué? Parecías feliz hace diez minutos, teniendo un orgasmo con mi polla.

—Maxim, basta. *Sabes* que no puedo tener suficiente de ti de esa manera.

—Entonces, ¿de qué hay que quejarse?

Me dirigió una sonrisa irónica. —Porque el sexo no es *todo* lo que hay en la vida. No soy un juguete. No soy una cosa.

Si estaba intentando reclamar otro título para sí misma, más le valía andarse con cuidado. No estaba ni un poco más cerca de confiar en una mujer para el matrimonio. Ni siquiera en ella. Mi alergia al compromiso era demasiado profunda para que ella pudiera curarla.

—¿Los mataste para hacerme feliz?

—Claro.

Ella gimió.

—¿Los mataste para que te debiera ese favor y me quedara aquí?

Me reí una vez.

—No vas a dejarme, Sloane.

—Digamos que no lo hago —me desafió acaloradamente—. ¿No querrías preocuparte por mí más allá de tu capacidad para darme orgasmos?

—Me importas en la medida en que me des un heredero.

Ella asintió, girándose para darme la espalda y lavarse.

—Bien. Al fin y al cabo, tú eres quien tiene el control.

Joder. Odiaba esa frialdad en su tono. Dudaba que volviera a darme el tratamiento del silencio, pero no me gustaba esta distancia.

—No juegues conmigo —le advertí mientras la giraba para que me mirara, tomando el control de lavarla.

—No lo hago. No estoy haciendo nada más que vivir aquí sin ningún propósito en mi vida.

—Tu propósito es darme un heredero.

Abrió y cerró la boca.

—¿Y luego qué? —me clavó una mirada dura—. ¿Y luego qué? ¿Te doy este bebé y luego qué?

*¿Este bebé?* Hablaba como si fuera algo seguro. Planeaba hacerle una prueba pronto, pero parecía demasiado pronto todavía.

—¿Y luego qué, Maxim? ¿Me metes en una habitación y esperas hasta dejarme embarazada otra vez? ¿O me echas de esta casa y crías a mi hijo? ¿Qué?

—No.

—¿Entonces qué? —exigió, fría y confiada.

Me pasé la mano por el pelo, odiando no poder mentirle y decirle que no había pensado tan a largo plazo. Por lo que a mí respectaba, ella siempre estaría aquí conmigo.

Pisando con cuidado, tomé su mano y entrelacé nuestros dedos.

—¿Estás intentando preguntarme qué eres para mí?

Sonrió con suficiencia.

—Lo has dejado claro. Estoy aquí para darte un bebé. Nada más. Soy tu cautiva.

Acuné su cabeza, levantándole la barbilla para que me mirara de frente.

—No voy a comprometerme, Sloane. No me comprometo. No tengo novias. Tampoco quiero nunca una esposa.

—Solo una mujer que te dé un heredero.

Asentí, pero en mi mente, me resistía a lo que ella declaraba tan impasible.

*No.*

No *solo* eso. Ya era mucho más que una mujer a la que dejar embarazada, pero no podía dejar que lo supiera.

—Solo *tú* —expliqué con un beso en su frente.

—Bien. Entonces empezaré a recordar eso ahora. Estoy aquí para ser follada, y eso es todo.

Me reí.

—¿Por qué te ha llevado tanto tiempo entenderlo?

—Porque me engañaste. Pensé que no estaba sola sintiendo algo más. Que cuando te veo sonreír o relajarte, también disfrutabas viéndome así. Pero a la mierda. Lo has dejado claro. No puedes comprometerte con nada más que reproducirte. Entendido.

Se giró de nuevo, pero la hice girar tan rápido que tuve que sujetarla antes de que resbalara y se cayera.

—¿Qué? ¿Ahora qué pasa? Me he sometido. Estoy atrapada aquí para recibir tu polla. Entendido. ¿Ya es hora otra vez? —Se giró y se inclinó—. Adelante. Mejor acabar cuanto antes.

Apreté los dientes, girándola y empujándola contra la pared.

—Para.

—¿Qué? Te estoy dando exactamente lo que quieres, Maxim. No quieres comprometerte. No te importan mis sentimientos u opiniones. He dicho que lo entiendo. Comprendo. Así que no te enfades conmigo si me has reducido a estar insensible y no ser nada más que un puto agujero para llenar.

Estrellé mis labios contra los suyos hasta que ella contraatacó. Batallando con mi lengua, me aseguré de que no estuviera insensible a mí en absoluto.

Retrocediendo y apoyando mi frente contra la suya, la mantuve cerca y me preocupé por haber encontrado la horma de mi zapato.

—Era un cocinero, Maxim. Un ayudante de cocina cuyo nombre nunca pude recordar. No era una amenaza para ser *tuya* —lo dijo

con calma, casi desapegada—. Le he visto mirar al mayordomo alto, y apuesto a que es gay.

Contuve una risa porque yo también lo había notado. Esa era otra razón por la que era un aprendiz en la cocina, no en el equipo de seguridad. Parecía demasiado blando para ser un guardia, pero estaba en la familia de todos modos para servir de alguna manera.

—Incluso si no fuera una cautiva aquí —admitió lentamente, con cuidado—, no estaría mirando a ningún otro hombre.

Le levanté la barbilla.

—Porque he estado contigo. No estoy feliz de estar enjaulada así, pero al mismo tiempo, estoy agradecida de que hayas aparecido como el caballero con armadura que no sabía que necesitaba. Te agradezco que hayas eliminado todos los problemas de mi vida. Y no necesito poner en palabras cuánto disfruto que me toques como lo haces.

La besé, dándome cuenta de que esta sumisión era completamente diferente de cualquier otra cosa que pudiera darme. Y valoraba cada segundo de ella.

—Soy consciente de cuánto me importas —declaró—. Solo dame tiempo para adaptarme al hecho de que no sientes lo mismo por mí. Que pase lo que pase, solo seré un agujero para llenar. No una persona a la que querer y cuidar.

—Para. —La besé de nuevo, manteniéndola cerca porque cualquier centímetro de aire entre nosotros se sentía como una brecha demasiado amplia. Solo con ella pegada a mí, su piel húmeda resbaladiza contra la mía, me sentía más calmado—. No eres solo... —Sacudí la cabeza—. Nunca dudes de cuánto te deseo.

Se lamió los labios.

—Y no empieces a obsesionarte con lo que significas para mí. —Le aparté el pelo—. Viste lo celoso que me puse porque un maldito

cocinero captara tu atención.

Casi sonrió.

—Perderé la cabeza si cualquier hombre intenta acercarse a ti.

Se inclinó para besarme.

—Y que me condenen si piensas que no me importas. —Acepté sus brazos alrededor de mí—. Pero no ganarás mi confianza de ninguna otra manera.

—¿Quién dijo que lo estaba intentando? —Era arrogante y sin miedo.

Me di cuenta de que no lo estaba haciendo. No me estaba presionando ni desafiando por capricho. Cuando fue a ayudar a ese cocinero, realmente fue porque su primer instinto era ayudar a alguien que sufría, no jugar conmigo o poner a prueba mis opiniones sobre ella.

Mientras permanecíamos bajo el agua por otro largo momento, cedí y suspiré ante la dicha tentativa que me daba. Podría mirarla para siempre y nunca cansarme de la emoción y el placer que ella estaba en mi vida.

—¿Qué significa esa mirada? —preguntó una vez que cerré el agua.

—Admiración.

Ella se rió mientras la guiaba fuera de la ducha.

—¿Admiración?

Asentí, envolviéndola con una toalla antes de coger una para mí.

—Te admiro —admití. Secándola, valoré cómo ella eliminó esa amenaza de estar insensible para mí.

—Te enfrentaste a mí, manteniéndote firme en tu insistencia de que no estaba mal que ayudaras a mi personal herido.

Ella se encogió de hombros. —Así soy yo.

La besé suavemente. —Puedo verlo. Pero no estoy acostumbrado a mujeres que no intentan manipularme.

—Y yo puedo ver eso —dijo mientras regresábamos hacia mi cama —. Eres rico, fuerte y muy hábil. —Bajó la mirada hacia mi polla mientras me subía al colchón—. Las mujeres matarían por estar en mi posición.

—Qué suerte tienes.

—¿Suerte? —Se acurrucó contra mí—. No estoy segura de que sea suerte.

—¿Entonces qué? —pregunté, abrazándola y disfrutando del efecto calmante que tenía sobre mí.

—No lo sé. Pero quiero que sepas que, de ahora en adelante, solo te quiero a ti, Maxim. Odio admitirlo ya que me secuestraste, pero... es verdad. Y confío en que sepas que eres el único que quiero, sin importar lo que pueda haber entre nosotros.

Me quedé dormido con sus palabras, demasiado cansado para analizarlas. Cuando desperté, me quedé tumbado con ella en la cama y la observé descansar.

*¿Confianza?* Eso era lo único que nunca podría darle libremente. Pero podía intentar ver cómo manejaba ella más de la mía. Hasta ahora, solo había conocido a mis hermanos.

Si quería tener otra medida de cómo podría empezar a confiar en Sloane, podría ver qué pensaba mi abuela de ella. Había estado tan ansiosa por que me casara y produjera un heredero que podría estar en la posición calculadora de ver a Sloane de una manera que yo no. La abuela podría ser una juez independiente de qué tipo de carácter tenía Sloane en el fondo.

Porque mientras me acurrucaba en la cama con ella, reticente a abandonar este calor y esta paz, tenía que considerar lo mucho que

deseaba poder confiar en esta mujer que se había ganado mi admiración.

*Organizaré que se conozcan hoy.*

# SLOANE

Me desperté y suspiré, acurrucándome contra Maxim. Las mañanas en las que él seguía en la cama conmigo eran las mejores. Incluso si no me tomaba y comenzaba mi día con un orgasmo, estaba allí como una distracción del aburrimiento.

Después de lo de anoche, sin embargo, tenía curiosidad por saber si las cosas serían diferentes entre nosotros.

Me dijo que le importaba.

No dio detalles, pero sí se derrumbó para admitirlo a regañadientes.

No le gustaba que le diera la espalda y que anticipara volverme insensible con él.

No se dio ninguna razón, pero reaccionó con fuerza ante la idea de que me cerrara.

*Entonces... ¿dónde nos deja eso?*

Mientras estábamos juntos, no podía dejar de preguntarme si le importaría una vez que admitiera que estaba embarazada. Había dejado muy claro que eso era todo lo que quería al secuestrarme y mantenerme aquí. Tarde o temprano, me haría hacerme una prueba. Y eventualmente empezaría a notárseme.

*Quizás nunca tenga que decirle que ya estaba embarazada cuando me capturó.*

Eso se sentía engañoso, pero mi instinto era mantenerme en su lado "bueno". Después de todo lo que había hecho por mí, me sentía culpable por el hecho de que no pudiera confiar en mí. Aunque la confianza era cosa de dos. Seguro que él no confiaba en mí, teniendo que mantenerme aquí encerrada así.

Pasara lo que pasara, me negaba a pensar en el comienzo del dolor que me invadía cuando tenía que recordar cómo dijo que no se comprometía.

Ni novias.

Ni esposas.

Solo... esto.

—¿A qué viene ese suspiro? —preguntó.

No me había dado cuenta de que había vuelto a exhalar así. Me encogí de hombros, sin querer apartarme de su lado. Con su pulgar acariciándome el hombro, estaba en un trance de comodidad.

—¿No tienes que irte rápido a una reunión? —pregunté. No estaba segura de todo lo que hacía, y tampoco quería los detalles. Cuanto menos supiera, mejor—. Me sorprende que sigas en la cama dos días seguidos así.

Me besó en la cabeza. —Anoche fue difícil. El Cartel abrió fuego contra nosotros en uno de nuestros almacenes...

Alcé la mano y le cubrí la boca mientras negaba con la cabeza. —No. Por favor, no sigas.

Me apartó la mano y me besó la palma mientras estaba cerca de su boca. —¿Qué?

—No me lo cuentes. No quiero saber ningún detalle.

—¿Demasiado truculento para ti? —Arqueó una ceja.

—No. Simplemente no quiero involucrarme ni saber nada. —Bajé la mirada para maravillarme con su pecho tatuado, arrastrando la punta del dedo por las líneas—. No soy tan ingenua, Maxim. Si estoy aquí y alguien alguna vez llegara a mí...

—No lo harán —juró.

—Vale. Hipotéticamente. Cuanto más tiempo me mantengas aquí, más tiempo estaré asociada con tu organización, y sé que debes tener un montón de enemigos ahí fuera.

—¿Dudas de que pueda mantenerte a salvo?

—No. —Negué con la cabeza—. Pero también sé que no puedo predecir el futuro y, bueno, no se puede cambiar el hecho de que tienes enemigos y que ahora soy parte de tu mundo. —No me acobardé bajo su mirada sombría—. Supervivencia del más apto. Cuanto menos sepa y menos me puedan preguntar si alguna vez me cogen, menos posibilidades hay de que alguien pueda hacerme daño.

—¿La ignorancia es felicidad? —adivinó con burla.

Asentí. —Espero que pueda serlo. —Me recosté contra las almohadas—. Además, anoche mismo me dijiste que no confías en mí. Así que no te contradigas y me cuentes sobre "negocios".

Agarró mis dedos mientras hacía comillas en el aire y besó las puntas mientras los llevaba a sus labios. Pequeñas cosas como esta deberían haberme hecho sentir mejor. Pequeños toques. Necesidad instantánea de contacto. Me estaba haciendo albergar esperanzas de que no podía mantener sus manos lejos de mí, como si necesitara asegurarse de que yo estaba con él pasara lo que pasara.

*Solo que no como su novia ni nada más.*

—No te estoy contando sobre negocios. —Me apartó el pelo de la cara antes de besarme—. Simplemente te explicaba que anoche, a

mis hermanos y a mí nos dispararon, y debido a la limpieza necesaria tras ese incidente, las cosas irán más lentas hoy.

Hice una mueca, no me gustaba la idea de que le hicieran daño.

—¿Qué tienes planeado para hoy? —preguntó.

Me desplomé y solté una risa ahogada. —¿En serio?

Me siguió hasta la cama, besándome a lo largo de la mandíbula y luego el cuello. —Sí. En serio.

—Mmm, ¿nada? ¿Lo mismo que el día anterior?

Levantó la cabeza y me miró con el ceño fruncido. —Vaya. ¿Me estás diciendo que te aburres cuando no estoy aquí?

—Como si te importara.

Entrecerró los ojos. —Pensé que habíamos aclarado esto anoche.

Contuve un gruñido pero puse los ojos en blanco. —No es que no te importe yo. —Me di cuenta ahora de que tenía que importarle hasta cierto punto si podía estar lo suficientemente involucrado como para ponerse celoso—. Pero no te ha preocupado lo que hacía cuando no estabas cerca antes.

—Pensé que estabas leyendo ese libro. Lo vi por ahí.

Asentí. —¿De dónde salió, por cierto?

—Hugo, uno de los supervisores. Su mujer se lo dio para que me lo diera a mí cuando pedí algo para que leyera una mujer.

Sonreí. —Bueno, no soy muy lectora.

—Entonces, ¿qué haces?

Me incorporé. *¿Aparte de preocuparme por tu reacción a mi embarazo?* —¿De verdad quieres saberlo?

Asintió con la cabeza, incorporándose también.

—Primero me preocupo por lo que me pasará después de decirte que estoy embarazada. Es decir, si estoy embarazada. Luego fantaseo sobre lo que me gustaría que ocurriera. Y después empiezo a imaginar qué estaría haciendo si no estuviera aquí.

Él parpadeó. —Muy bien. ¿Y qué sería?

Me quedé mirándole.

—¿Qué estarías haciendo si no estuvieras aquí?

—¿Y si aún tuviera deudas que pagar? Fácil. Estaría trabajando.

—Sin la deuda.

Me humedecí los labios. —No lo sé. Antes me gustaba ir al gimnasio y mantenerme en forma. Esa fue una de las pequeñas razones por las que no me importaba bailar. Era un buen ejercicio.

—Entonces usa el gimnasio de aquí.

Parpadeé, sorprendida por lo simple que resultaba. —Vale.

—Si tienes algún interés que te mantenga ocupada, dímelo. No puedo leer tu mente —se levantó, estirándose.

Estaba demasiado débil para mirarle el miembro. —Tú me has estado manteniendo ocupada.

Me dedicó una sonrisa traviesa. —Y no tengo intención de parar pronto. Hablo en serio, Sloane. Si estás aburrida y sin hacer nada, seguro que inventarás más formas de ser testaruda y combativa conmigo.

—Eso no es verdad —protesté.

—¿Ves? —sonrió con suficiencia—. Dentro de lo razonable, puedes mantenerte ocupada mientras estés aquí hasta que te quedes embarazada. Hobbies, lectura, lo que quieras.

—¿Pero no puedo ir a ningún sitio?

Negó con la cabeza. —Aún no.

—¿*Aún*? —me levanté de la cama, tomando su mano cuando me la ofreció.

—Aún —confirmó—. Nunca había hecho esto antes... retener a una mujer. Podemos ir paso a paso.

Quería interpretar sus palabras como una confesión de que el *esto* del que hablaba era en realidad una relación entre nosotros. Pero no era tan ingenua.

*Todavía no.*

—Y ahora, probaremos otro paso.

Incliné la cabeza hacia un lado. —¿Otro paso hacia qué?

—Hacia... nuestra continuada situación de beneficio mutuo.

Quería poner los ojos en blanco.

—Vale, ¿cuál es ese paso? —pregunté mientras me tomaba de la mano y me llevaba al vestidor.

—Me gustaría que conocieras a mi abuela —anunció, escogiendo ropa.

*Vaya. Eso es nuevo.* Me había presentado a sus hermanos, pero rara vez los veía en el edificio. Una abuela sería diferente. Era difícil imaginar a otra mujer en esta familia. Todo parecía tan masculino. Pero intenté contener mi entusiasmo por ver a una mujer.

Esto parecía demasiado una prueba, y sabía perfectamente que Maxim estaría evaluando cómo me desenvolvía en esta experiencia.

Una hora después, me llevó a desayunar con una mujer mayor de aspecto majestuoso.

—Abuela, me gustaría presentarte a Sloane —dijo Maxim antes de que nos sentáramos. Aunque no estábamos en el elegante comedor

como el día en que conocí a Damon, Nik y Saul, este espacio de galería acristalada con su disposición de asientos seguía siendo lujoso y elegante. Todo en los Ivanov era un recordatorio de su riqueza.

—Sloane, esta es mi abuela, Anastasia Ivanov —me miró.

—Encantada de conocerla —dije mientras tomaba la mano de la mujer mayor. Su piel estaba fría y suave, apergaminada por la edad, pero me sorprendió lo débil que era su agarre. Casi le aplasté la mano al estrecharla, y dudé si había mostrado demasiada fuerza.

—Hmm. Esto es una sorpresa —respondió fríamente, observando a Maxim y apenas mirándome.

*Muy bien, entonces.*

Su negativa a responder de la misma manera, que estaría encantada de conocerme, me dijo bastante. Su postura y actitud se combinaban en un claro esfuerzo por hacerme ver que yo era inferior a ella, no una igual. Mientras se sentaba con Maxim y actuaba como una reina, me dio la impresión de que solo me vería como una intrusa, que no encajaba aquí con su nieto mayor. A sus ojos, yo sería una invitada y ajena a su familia.

No preguntó de dónde venía, quién era o por qué estaba aquí, pero eso no me generó ningún complejo de inseguridad. Cuando Maxim me dijo que nunca había mantenido a una mujer aquí en su casa de esta manera, le creí. Pero aun así, siendo yo su primera mujer secuestrada, no podía ni empezar a adivinar cómo se suponía que debía comportarme con Anastasia.

No era cálida. No era acogedora. Hablaba solo con él y actuaba casi como un robot sin sentimientos. Quizás había sido una persona tan fría durante tanto tiempo que carecía de la capacidad para descongelarse.

*O quizás soy solo yo.* Nunca me habían enseñado a ser recatada y educada como una princesa, que era lo que este ambiente parecía

implicar que debería ser. Nunca había sido un miembro de la élite de la sociedad como ella. Así que, en vez de eso, volví a estar callada y observadora, sin decir nada mientras desayunábamos.

Después de esa comida que me dejó sin entender por qué había querido que la conociera, él se fue a una reunión con Saul. Nik se ofreció a mostrarme el gimnasio, y me indicó el código de acceso en el ascensor para usar el gimnasio personal de los hermanos, no el que podían aprovechar los soldados.

Un poco de ejercicio me ayudó a despejar la mente, pero cuando volví al apartamento de Maxim para ducharme, él me mantuvo ocupada con un polvo rápido en la ducha. Pero luego, después de una siesta, eso llevó a una ronda más larga e intensa de intimidad en el suelo, en el sofá y contra la pared.

Que me controlara sexualmente de esa manera me dejó desorientada, y como tal, entre el entrenamiento y todo el sexo, estaba demasiado alterada para dormir por la noche.

En lugar de intentar dar vueltas y dormir, me rendí y me levanté de la cama para ir a la cocina.

*Quizás un pequeño tentempié ayudaría.* Mi apetito había estado bastante estable a pesar de mi embarazo, y con los limitados conocimientos comunes con los que contaba sobre embarazos, sospechaba que podría tener la suerte de ser una de esas mujeres que no sufren náuseas matutinas.

Con la dieta equilibrada y los cuidados que tenía hasta ahora, sentía que estaba en mi mejor momento de salud.

*Todo gracias a ti.* Sonreí con picardía a Maxim durmiendo en la cama.

Me puse un albornoz y bajé a la cocina para prepararme algo ligero. Incluso si la comida no me ayudaba a dormir, era algo que hacer.

Un pequeño respiro de Maxim también podría ayudar bastante a despejar mi mente.

Al encontrar la cocina vacía y sin personal que me molestara, examiné la nevera y la despensa para ver qué podía crear. Aunque no era tan tonta como para pensar que tenía libertad total en todo el edificio de Maxim, apostaba a que podía hacer lo que quisiera en términos de cocinar u hornear algo a mi gusto.

Por mucho que echara de menos mi independencia y libertad, esto no era una condena de prisión. No completamente.

Aunque pasé años trabajando como bailarina y stripper, el turno de noche no se me había quedado pegado. Después de semanas pudiendo dormir como un ser humano normal, me había reajustado para despertarme por la mañana y acostarme por la noche. Aparte de las veces que estaba despierta siendo tomada con fuerza por mi insaciable jefe de la mafia, mi ritmo circadiano estaba equilibrado.

Pero esta noche no. Quizás este extraño golpe de insomnio era otro síntoma del embarazo.

En medio de la preparación de la masa para tortitas, por la que me había decidido por capricho, apareció mi "guardián". Maxim entró en la cocina, entrecerrando los ojos y todavía somnoliento. No tenía los ojos completamente abiertos y bostezó mientras se acercaba a mí. Frotándose el pecho desnudo con la mano, se detuvo cerca de la isla.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó.

No tenía derecho a sonar más sexy con esa voz adormilada.

Me encogí de hombros.

—Haciendo tortitas.

—¿Ahora? —preguntó—. ¿A la una de la madrugada?

Asentí.

—Sí.

—¿Por qué?

Le di otro encogimiento de hombros, mezclando la masa.

—¿Por qué no?

—Si querías algo de comer, podrías haberle pedido a uno de los cocineros que te lo preparara. —Se sentó en un taburete junto a la isla.

No me sorprendió que no sugiriera que le pudiera pedir las tortitas a Ronny. Incluso si alguien del personal de cocina estuviera aquí, no habría querido molestar a nadie. Aunque ahora Ronny se estaba recuperando de ese profundo corte en la mano, relegado a otra tarea doméstica en lugar de la cocina.

—No quería hacerlo. —Encontré su mirada, sin miedo a desafiarlo así. Solo eran tortitas.

—¿Por qué eres tan terca?

—¿Lo soy? —le desafié.

Sonrió con suficiencia, apoyando los antebrazos en la encimera mientras se acomodaba para observarme.

—Creo que lo eres.

—Qué pena.

Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios mientras me observaba, y supuse que podía considerarlo una victoria que no me ordenara parar y volver a la cama.

# MAXIM

—No, no es una pena —respondí.

Sloane seguía removiendo con la cuchara grande en el bol, manteniendo mi mirada.

—Me gusta que seas testaruda.

—Ja —me dedicó una sonrisa burlona.

—Es verdad —Aunque su sonrisa descarada me tentaba a acercarme y borrarla de sus labios a besos hasta hacerla gemir, mantuve la distancia y me quedé sentado para disfrutar del placer de observarla —. Mi vida sería considerablemente más aburrida si no fueras testaruda.

—¿Ah, sí? —No hizo pausa en su tarea de batir la masa para lo que fuera que estuviera preparando—. ¿La vida de un peligroso jefe de la mafia puede ser una existencia aburrida? Me cuesta creerlo.

Apoyé la barbilla en la mano mientras la observaba. No estaba comentando sobre mi vida. De repente sentía curiosidad por la suya.

—¿Siempre has sido así de testaruda?

Asintió sin tener que pensarlo.

—Sí, siempre he sido así de testaruda.

—¿Por qué? —Tenía que imaginar que si hubiera querido que la adoptaran o que la aceptaran en una familia, habría sido complaciente e intentado ganarse a los demás para obtener su aprobación y ser aceptada y querida.

—Porque no tenía a nadie más que a mí misma en quien confiar. No voy a comparar mi vida con la tuya. Seguro que lo has pasado peor que yo, pero no tuve precisamente una buena infancia.

Mientras me miraba, tuve que admitir que nuestras infancias nunca podrían haber sido similares. Yo nací en la riqueza y en una época diferente a la que ella había estado atrapada en el sistema de acogida. Ella era catorce años más joven que yo, pero era fácil olvidar esa diferencia. Con lo dura y testaruda que era, actuaba como una mujer mayor que sus coetáneas. Su terquedad y actitud no eran por el simple hecho de ser rebelde o fingir. Era porque tenía que ser dura para sobrevivir.

—La única vez que alguien me prestaba atención era cuando creían que podían utilizarme para algo.

Entonces me miró fijamente, casi desafiándome a que argumentara que no era eso lo que yo había hecho con ella.

—¿Lo hicieron? —Perseguiría a cada uno de esos malditos cabrones que hubieran intentado hacerle daño cuando era una niña.

Para mi alivio, negó con la cabeza.

—No. Nunca pudieron. Me defendí. Los niños mayores en algunos de los hogares intentaban obligarme a hacer cosas que no quería hacer. Fue entonces cuando aprendí a defenderme y a escabullirme. Luego, cuando crecí, me di cuenta de que tenía que ser rápida y astuta para evitar situaciones en las que no quería verme atrapada. —Se encogió de hombros—. La autodefensa ha sido una constante durante bastante tiempo.

—Ya no más —dije.

Ella no estuvo de acuerdo ni discutió con eso, mientras vertía la masa en una plancha sobre la cocina.

—Eso explica tu deseo de ser independiente —comenté.

—¿Eso es un cumplido?

—Puede serlo. —Me levanté y fui a su lado mientras vertía más círculos para lo que tenían que ser tortitas—. Pero también puede ser un defecto.

—¿Preferirías que fuera una persona débil y que necesitara a alguien más para resolver mis problemas?

*Preferiría que fueras solo mía.*

—No. —Me coloqué detrás de ella, abrazándola con su espalda presionada contra mi pecho. Se reclinó contra mí mientras vigilaba las tortitas—. Pero preferiría que abandonaras esta idea de que tienes que hacer todo por ti misma.

—¿Como preparar tortitas? —Resopló—. Antes disfrutaba cocinando para mí.

—Entonces cocina. Te dije que te mantuvieras ocupada. No me gusta esta mentalidad de que solo puedes confiar en ti misma.

Ella suspiró, descansando contra mí.

—¿Cómo no voy a tenerla? Me dijiste que tú no te comprometes.

—Estoy comprometido a tener un hijo contigo.

—Vale, entonces estás comprometido a conseguir el heredero que necesitas. No te estás comprometiendo *conmigo*.

—¿Te gustaría que lo hiciera?

*¿Qué coño? ¿Por qué estoy sugiriendo esto?*

—No voy a esperar nada de ti, Maxim. Sería estúpido cuando has sido claro desde el principio en que tú tienes el control.

Sonreí, apoyando mi mejilla en la parte superior de su cabeza.

—¿Así que admites la derrota?

—Nunca.

Puse los ojos en blanco.

—¿Por qué debería confiar en ti? ¿Por qué debería creerte si alguna vez dijeras que puedo apoyarme en ti para lo que sea?

—¿No he atendido todas tus necesidades hasta ahora? —Me quedé con ella mientras daba la vuelta a las tortitas.

—Lo has hecho. Pero que hagas cualquier cosa por mí depende de que yo te dé mi hijo. —Se inclinó hacia atrás para mirarme—. Y si no te diera mi hijo... entonces, ¿qué? Me quedaría sola y tendría que averiguar cómo recoger los pedazos.

Le fruncí el ceño.

—¿Eres estéril?

Ella bajó la mirada y negó con la cabeza, con una ligera risa.

—No. Quiero decir, nunca he tenido motivos para pensar que lo sea...

—Entonces, ¿por qué te preocuparía no poder darme el heredero que necesito?

No respondió, moviéndose con calma mientras colocaba las tortitas en un plato. Antes de que pudiera caminar hacia un taburete en la isla, la levanté y la senté en el borde de la encimera. De pie entre sus piernas, esperé mientras ella cortaba las tortitas en su plato. En lugar de tomar el primer bocado, me lo dio a mí.

—¿Debería confiar en ti? —preguntó mientras probaba su comida.

Evadiéndola, comí y no respondí. Si le dijera que podía confiar en mí, eso implicaría que yo podría esperar lo mismo de ella, que podría

confiar en ella.

Y dudaba que alguna vez pudiera hacerlo.

Mi miedo a comprometerme con una mujer para siempre no era algo que pudiera superar tan fácilmente.

—Puedes confiar en que te mantendré a salvo —respondí una vez que tragué.

—Y si...

Cerré la distancia entre nosotros y la callé con un beso, sin querer discutir más el tema de la confianza. Era un tema demasiado difícil para mí, y me gustaba que fuera complaciente y no discutiera por una vez.

Cuando me aparté, señalé el plato con la cabeza en una petición silenciosa de más.

—¿Está bueno? —preguntó ella.

Agarré el siguiente bocado del tenedor cuando me lo ofreció.

Ella se aclaró la garganta antes de tomar un bocado para sí misma. Por turnos, comimos la primera tarta. Antes de comer otra, me miró y dijo:

—Me da la impresión de que a tu abuela no le agradó conocerme.

Me encogí de hombros.

—Es difícil de complacer —No pretendía sonar despreocupado, y me alegraba que ella sacara el tema de ese encuentro. Mi intención era que conociera a mi abuela para ver cómo reaccionaba ante la presencia de Sloane aquí. Pero no me había dado nada con lo que trabajar. Se mantuvo callada y casi ignoró a Sloane durante el desayuno que compartimos. Tuve la sensación de que veía a Sloane como diferente y quizás no lo suficientemente buena, pero esa era su opinión en cuanto a que Sloane no fuera una típica princesa de la Mafia. Los antecedentes de Sloane no serían algo que mi abuela

quisiera celebrar. No había actuado con calidez hacia Sloane, pero no era algo que me preocupara hasta el punto de no confiar nunca en ella.

Ella arqueó las cejas.

—¿Es porque no soy como otras mujeres que has traído a casa?

*Probablemente.* —Eres la *única* mujer que he traído a casa.

Hizo una pausa, observándome con una sonrisa lenta.

—¿En serio?

—En serio —Me incliné para tomar otro bocado aunque ella lo tenía preparado para su propia boca.

—¿Por qué es tan difícil de complacer? —preguntó.

—Tiene estándares muy altos. Ha estado insistiéndome para que me establezca con una princesa de la Mafia, una de las hijas de las otras familias.

—Ah —Dejó el plato vacío.

—Pero ninguna de ellas me ha interesado —Me acerqué para que pudiéramos abrazarnos sin el plato entre nosotros.

—Sospecho que ella piensa que soy inferior. Que valgo menos.

Solté una risa.

—¿Sacaste todo eso de un solo desayuno con ella?

Asintió.

—Puedo darme cuenta cuando no me quieren.

Le acaricié la parte posterior de la cabeza.

—Entonces puedes adivinar lo que estoy pensando ahora —Al besarla lentamente, saboreé cómo sus labios se curvaban contra los

míos mientras sonreía. No había forma de que no pudiera sentir la erección que se endurecía en mis pantalones cortos.

—Bueno, sí. Sé que me deseas de esa manera —susurró mientras bajaba la mano para meterla bajo mis pantalones cortos y acariciarme.

*No solo eso.*

No podía estar seguro de qué era lo que me atraía de ella o de este tranquilo momento nocturno en la cocina, pero mientras me inclinaba hacia su contacto y besaba sus labios descarados, reconocí el hecho de que la deseaba. Punto.

Para el sexo y para tener un heredero.

Pero también... algo más.

Disfrutaba teniéndola en mi vida. Esperaba con ganas volver a casa con ella.

Nunca lo admitiría en voz alta, pero en contra de mi buen juicio, me *gustaba*.

Eso no cambiaba el hecho de que no estaba listo para confiar en ella. No tenía tiempo para ver si podría llegar a amarla eventualmente. Con las amenazas contra la familia y la persistente corazonada de que tenía secretos que aún no habían salido a la luz, tenía que controlarme, de nuevo, y ver cómo podría desarrollarse esto entre nosotros.

# SLOANE

Después de aquel tentempié nocturno de tortitas con Maxim, empecé a sentirme más cómoda en el edificio como invitada. Aunque no del todo.

Sabía perfectamente que no formaba parte de la familia ni del personal. Simplemente estaba allí, una residente que debía permanecer en el apartamento de Maxim con él. Convivíamos, pero seguía resultando extraño no tener ningún otro propósito.

Con la mayor familiaridad con el edificio, no me perdía tan a menudo. Vagabundear era como pasaba mi tiempo, y con el uso del gimnasio, podía explorar mi forma física y desahogar mi frustración de esa manera.

Era difícil sentirme como un animal enjaulado cuando no estaba limitada a su dormitorio o apartamento, pero me sentía muy desconectada de la realidad.

Rodeada de riquezas y opulencia como esta, no podía quitarme de encima esa sensación de que todo desaparecería. Que no sería mío para siempre.

La libertad para explorar el edificio era agradable, y tras mi demostración culinaria, Maxim sugirió que preparara más comida. No estaba preparada para considerarme una entusiasta de la cocina, pero supuse que era una afición decente, probar nuevas recetas.

Ronny recibió permiso para volver a la cocina, y si podía llamarlo amistad, empezamos a llevarnos bien.

Ningún otro miembro del personal me hablaba, pero de vez en cuando me encontraba con alguno de los otros hermanos Ivanov e intercambiábamos breves cortesías.

Sin embargo, Anastasia aún no había llegado a aceptarme. Comí con ella algunas veces más, pero en cada ocasión, se mostraba fría e indiferente. Como si tuviera que asegurarse de que yo comprendiera mi posición como alguien tan por debajo de ella que nunca estaría cerca.

Pronto, desarrollé el hábito de imaginar que podía tomar la palabra de Maxim y confiar en que me quedaría aquí para siempre. Soñar despierta con que este lugar fuera mi hogar era arriesgado, pero era difícil pensar en irme.

Lo único que podía hacerme preocupar por ser expulsada de aquí era que Maxim descubriera que le había estado ocultando mi embarazo.

*Pero ¿cómo se lo digo ahora? Después de todas estas semanas aquí, ¿cómo se lo digo?*

Ensayaba en mi cabeza continuamente, pero me desanimaba a dar el paso final y confesar que ya llevaba a su hijo en mi vientre. Porque cada vez que intentaba preguntarle por qué quería un heredero, cambiaba de tema. Cuando intentaba preguntar en general sobre lo que ocurriría cuando estuviera embarazada, no ofrecía respuestas directas.

No tenía ninguna pista sobre la presencia de un niño aquí.

No había niñeras persiguiendo a niños.

No se había establecido ninguna guardería en ninguna planta del edificio.

Por lo que podía ver, *no había* bebés ni niños en la familia Ivanov, y eso me preocupaba.

Antes de dejar volar mi imaginación con la posibilidad de que todos los niños hubieran sido enviados a un lugar diferente para ser criados bajo una estricta institutriz o niñera, intenté obtener información de los hermanos de Maxim.

No podía simplemente preguntar a ninguno de ellos si tenían hijos.

Nunca vi a ninguno con una mujer en el edificio.

Y preguntarle cualquier cosa a Anastasia estaba descartado. No me invitaba a mantener conversaciones con ella.

Cuanto más me dejaban a mis anchas y libre para deambular y ocuparme con cualquier cosa que pudiera encontrar en el edificio en cualquiera de las plantas residenciales, más me preguntaba cómo reaccionaría Maxim.

No solo ante la noticia de que había estado embarazada todo este tiempo, sino también cómo se sentiría al convertirse en padre.

Aparte de Anastasia, ningún otro miembro de la familia aparecía. Y me hizo preguntarme si tenía padres en algún otro lugar.

*Tengo que preguntar.* Mi determinación de obtener algunas respuestas crecía dentro de mí, y debatía cómo y cuándo podría iniciar una conversación con Maxim sobre lo que ocurriría con mi embarazo. Él dejó claro que era la razón por la que estaba aquí: para quedarme embarazada. Así que no era descabellado que yo quisiera más detalles.

La conclusión seguía siendo la misma.

No podría simplemente darle mi bebé. Esta nueva vida creciendo dentro de mí también era *mi* hijo, y nunca renunciaría a él o ella. No podía soportar la idea de no criar a mi pequeño.

Mientras Maxim pudiera garantizar que no me quitaría a mi hijo, yo podría... admitir la derrota, como él lo había expresado.

Si pudiera comprometerse a prometer que no sería solo la mujer que le dio un hijo, sino también la mujer que lo criaría, entonces realmente no necesitaría luchar por mi independencia después.

*Pero ¿qué hay de* ti*, entonces?*

Tan pronto como empecé a pensar en renunciar a intentar irme y simplemente quedarme aquí por el bien de mi bebé, temí estar sacrificando mi propia felicidad.

Maxim se preocupaba por mí.

Me mantenía.

*¿Pero qué hay del amor?*

Me dolía pensar que solo me querría cerca para darle un hijo, pero nada más.

Me sentía tan mezquina y tonta por dejarme llevar cuestionando mi propio valor, pero cuanto más llenaban estas preocupaciones mi mente y corazón, más tenía que enfrentarme a lo mucho que deseaba que él me quisiera solo por *mí misma*.

No podía soportar estas incógnitas para siempre. Sintiéndome como si me quedara poco tiempo, calculando cuándo empezaría a notarse mi embarazo a medida que avanzaba, decidí planear una noche perfecta para decirle la verdad de una vez por todas.

Preparando cuidadosamente una cena que él dijo que era su favorita de las mías, trabajé con el personal de cocina para que la llevaran a su apartamento. Sin teléfono, no tenía forma de enviarle un mensaje para ver cuándo llegaría a casa, pero me dijo esa mañana que volvería no más tarde de las diez de la noche.

Y así, planifiqué.

Con la comida preparada y esperando bajo fuentes con tapa para mantenerla caliente, me paseaba por el salón y debatía si estaba siendo demasiado evidente con mis encantos.

Le iba a complacer con una cena tarde, preparada por mis propias manos.

Le iba a engatusar con un baile privado solo para crear ambiente.

Y una vez que estuviera saciado y relajado y tan feliz como yo pudiera imaginar que podría estar, empezaría a hacerle las preguntas que se habían ido acumulando en mi mente. No iba a intentar que se comprometiera conmigo. Pero necesitaba tener alguna orientación sobre lo que podía esperar a largo plazo.

—¿Qué es todo esto? —preguntó, llegando y sobresaltándome por lo absorta que estaba en mis pensamientos.

Me giré, sonriendo ante su expresión de sorpresa. Contempló la vista de toda la comida en la mesa.

—¿Has hecho tú esto? —preguntó, sonriendo mientras levantaba la cabeza para mirarme.

Asentí, notando cómo cambiaba su mirada. Se había ido esa expresión de sorpresa y placer. Ahora, mientras me acercaba a él con el vestido más sexy y corto que pude encontrar, me miraba como si tuviera hambre de algo más.

—¿Y qué es *esto*? —preguntó en un susurro ronco mientras le abrazaba. Me besó el hombro, deslizando su dedo bajo el fino tirante del vestido y dejando que cayera.

—Estaba pensando que hace mucho tiempo que no bailo para ti.

Me besó el hombro de nuevo mientras deslizaba su brazo alrededor de mi cintura para acercarme.

—Ha pasado demasiado tiempo —respondió mientras se sentaba.

Me quedé de pie frente a él, mirándole, tan confundida que odiaba todas estas complicaciones.

La forma en que me miraba demostraba que me deseaba. Lo sabía. La lujuria seguía siendo una moneda de cambio constante entre nosotros.

Pero casi parecía como si me estuviera mirando con algo más parecido al... amor ardiendo en sus ojos ardientes.

—Sé mi niña buena y baila para mí. —Separó las piernas para invitarme a acercarme y sentarme en su regazo.

—Siempre soy una niña buena —le provoqué con suficiencia mientras me inclinaba y empezaba a bailar al ritmo de una melodía en mi cabeza.

—¿Pero eres *mi* niña buena? —preguntó, poniendo sus manos en mis caderas mientras me movía sobre él, torturándole, espero, con un baile privado seductor como la noche en que le conocí.

Dejando que una sonrisa cruzara mi rostro, giré y me bajé sobre él para frotar mi trasero contra su entrepierna. —Eso es algo que tú debes decidir, ¿no?

Gimió, embistiendo hacia arriba mientras me agarraba la barbilla y giraba mi cabeza para poder besarme.

# MAXIM

*Esto es una trampa.*

Sloane se arqueó sobre mí, moviendo su cuerpo de manera sensual y erótica, prueba de que aunque llevaba casi un mes en mi casa, no había perdido sus habilidades. Sabía bailar bien, y en cuestión de segundos, frotándose y contoneándose sobre mí, empujando su trasero contra mi entrepierna, demostró lo condenadamente sexy y buena que era en esto.

Me puse duro al instante. Nunca me llevaba mucho tiempo excitarme en su presencia, pero con ella acercándose así y preparando el ambiente para agasajarme con una cena casera y un baile, estaba tomando la iniciativa para realmente impresionarme.

*¿Qué te traes entre manos?*

Aunque el deseo me recorría como una ardiente marea, seguía alerta y mantenía la guardia alta. Normalmente, era yo quien exigía que viniera a mí. Yo era quien tenía el control entre nosotros, y ella parecía disfrutar de mi dominio y autoridad sobre ella. Era una mujer independiente de corazón, pero veía cuánto valoraba someterse a mí y concederme el poder para hacerla sentir bien.

Pero esto era algo distinto.

Se estaba esforzando demasiado.

Estaba siendo demasiado obvia.

Disfrutando de su baile en mi regazo, haciendo que ese vestido corto se subiera y mostrara más de su deliciosa y suave piel, intenté averiguar rápidamente cuál era su motivo oculto.

Nunca había necesidad de que se esforzara tanto. Jamás lo explicaría o admitiría, pero podía ser putilla en sus manos. Así de desesperadamente quería complacerla y verla satisfecha.

¿Y su pregunta?

—¿Depende de mí decidir si eres mi niña buena? —le pregunté. Así lo había formulado ella, recordándome que yo daba las órdenes.

—Mmm-hmm —respondió, sin siquiera usar palabras reales o una frase completa. Con esa mirada sensual y entrecerrada, parecía más excitada que yo, que era el receptor de su espontáneo baile. Un fino tirante colgaba sobre su hombro, y traté de contener mi impaciencia para no arrancárselo todo y dejarla desnuda en mi regazo.

—Sabes que eso es lo que quiero —le dije mientras besaba mi mandíbula y giraba para quedar frente a mí en mi regazo. No había perdido ni un ápice de esa gracia y atletismo para mover su cuerpo así, sin renunciar a ninguna parte de nuestro ardiente contacto.

—¿Es eso todo lo que quieres de mí? —preguntó. De nuevo, su tono era suave y entrecortado, como si tuviera que rendirse en esta guerra de lujuria antes que yo.

—¿Qué me estás ofreciendo? —Responder a sus preguntas con otra no nos llevaría a ninguna parte, pero tampoco se trataba de apresurarse hacia la meta. Se suponía que este viaje seductor debía prolongarse. Porque el tiempo estaba de nuestra parte. Aunque nunca admitiera que era *mi* niña buena, ella era mía. Y no se iría nunca.

—Ahora mismo —dijo mientras giraba de nuevo para restregarse contra mi regazo—, quiero ofrecerte mi agradecimiento.

Me reí, con un sonido bajo y áspero, mientras recordaba cómo había empezado todo con ella. Me había dado un baile privado en aquel club como muestra de agradecimiento. Con ese baile que se convirtió en mucho más, me había mostrado una señal de gratitud por sacarla de aquel aprieto donde esos tres canallas la habían acorralado.

—Y quiero... —Se enderezó de golpe, sobresaltada por el sonido de mi teléfono.

Los pitidos distintivos me sacaron de este nebuloso hechizo de lujuria. No había estado tan absorto aún, escéptico y en guardia respecto a por qué se esforzaba tanto en distraerme esta noche, pero tampoco estaba tan alerta como para contar con esta interrupción.

Habíamos instalado esta medida de seguridad después de que alguien intentara envenenar a mi padre. Con una serie de pitidos específicos, nuestros teléfonos estaban programados para sonar así si había una invasión en la casa. El hecho de que esta alerta sonara ahora significaba que alguien del equipo de seguridad había detectado una amenaza.

—Joder. —Me levanté, sujetando a Sloane cerca de mí.

El momento estaba arruinado. El deseo se desvaneció por completo.

Ella me miró, confusa y alarmada.

—¿Qué está pasando?

—Quédate conmigo. —No tenía tiempo para responderle. Cogiendo mi pistola de la mesilla donde la había dejado cuando me senté, tomé su mano y corrí hacia el ascensor.

Llevarla conmigo no parecía sensato, pero mantenerla cerca era mi primer instinto. No podía permitirme preocuparme de que alguien se colara en mi apartamento y llegara hasta ella. Una furia protectora me llenó con la necesidad de cuidar de mis hermanos, mi padre, mi

abuela y todos los demás hombres y mujeres que juraron lealtad a la familia. Pero sobre todo, no soportaba pensar que Sloane resultara herida.

—Quédate conmigo —repetí mientras las puertas del ascensor se cerraban. Sostenía mi pistola en una mano y le lancé una mirada seria—. Hasta que encuentre un guardia con quien puedas quedarte, permanece conmigo pase lo que pase.

Ella asintió. Su ceño estaba fruncido y ahora se mostraba completamente seria. Así, vi exactamente lo luchadora que era y cuánto había tenido que estar siempre alerta para no resultar herida. Odiaba que no se sintiera segura aquí, pero en cuanto encontráramos el origen de esta amenaza, le explicaría que siempre estaría protegida.

—Pero ¿qué significa esa alarma? —preguntó. Miró mi arma, no con miedo, sino con seriedad ante la posibilidad de que tuviera que usarla—. No tengo ningún arma ni nada para defenderme y...

Negué con la cabeza.

—Alguien ha entrado. Es una alarma por amenaza de seguridad en la propiedad.

No tuve más tiempo para explicar. Mi pulso se disparó y preparé mi cuerpo para la acción cuando las puertas del ascensor se abrieron. En lugar de llevarla al piso principal donde habría hombres disponibles para escoltarla al cuarto de seguridad, nos dirigí al nivel de mi padre. Fue la elección correcta, porque cuando salimos juntos, yo primero para cubrirla, oí todo el alboroto.

Mirando hacia la izquierda, no vi amenazas acercándose a nosotros.

—Maxim —dijo Sloane, tirando de mi mano para que mirara hacia la derecha del pasillo—. Tu abuela.

Corrimos juntos hacia la figura de mi abuela tendida en el suelo. Intentaba incorporarse, sacudiendo la cabeza lentamente. Detrás de

nosotros, el sonido de pasos resonaba por las escaleras. Venía más ayuda, pero con mi decisión instintiva de venir al piso de mi padre, nos habíamos adelantado.

—Maxim —dijo la abuela cuando llegamos a su lado—. Fue por ahí...

Levantó el dedo y señaló el pasillo, y yo levanté la cabeza rápidamente para intentar ver quién podría haber ido en esa dirección.

—¿Quién? —exigí mientras Sloane se acercaba más de rodillas, usando su mano para ayudar a detener el sangrado en la sien de la abuela. No dudó en intervenir para ayudar.

—Un hombre. Salió de la habitación de tu padre justo cuando yo pasaba, y me golpeó antes de escapar. Ve. —Me instó a dejarla en el suelo con Sloane. Señalando de nuevo, me animó a perseguirlo—. ¡Ve a por él!

La ayuda estaba en camino. Los hombres inundarían esta zona en unos segundos más. Odiaba dejarla herida así en el pasillo, pero no estaba sola.

Sloane pareció entender mi vacilación. Asintió una vez, secamente, manteniendo esa expresión seria y severa de quien supera un desafío. —Me quedaré con ella hasta que llegue la ayuda.

No perdí tiempo en responder o agradecerle. Poniéndome de pie, corrí adelante para perseguir a quien se había atrevido a entrar aquí e intentar meterse con mi familia otra vez.

Cuando llegué al otro extremo del pasillo, más soldados Ivanov abarrotaban la zona. —¡Por ahí! —ordené.

Nik y Saul vinieron corriendo, despeinados y preocupados con armas en mano. —La abuela está allá atrás con Sloane.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Saul.

—Dijo que alguien salió de la habitación de padre y corrió en esta dirección.

Nik frunció el ceño, furioso al instante. —¡Joder! —Se encargó de distribuir grupos de soldados para que se desplegaran. En segundos, operando con el familiar sentido de trabajo en equipo en el que siempre destacábamos, teníamos hombres registrando las instalaciones. Varios hombres se dirigían a comprobar si quedaban intrusos en el piso de padre. Otros fueron enviados a revisar todo el edificio. Lo más importante, ordené a hombres que volvieran por donde yo había venido para que pudieran ayudar a Sloane con mi abuela.

Juntos, Nik y Saul se unieron a mí para ir a comprobar el estado de padre.

Entramos en su habitación de golpe sin pausa alguna, y fue un gran alivio ver que la enfermera que estaba en el suelo se estaba levantando.

—¿Qué ha ocurrido? —le exigí a la joven.

—Alguien entró y... —Se tambaleó sobre sus pies, tragando con dificultad y llevándose la mano al cuello. Saul se apresuró hacia ella, ayudándola a levantarse mientras se frotaba el cuello y hacía una mueca—. Alguien entró y me atacó. Se acercó por detrás mientras atendía el catéter del señor Ivanov y...

—Tranquila. Tranquila —la calmó Saul. Miró a un soldado Ivanov que llegaba para ayudar—. Tráele agua.

Nik y yo nos acercamos a la cama, encontrando a padre ileso y vivo. Una mirada al monitor junto a su cabecera mostró las mismas luces verdes parpadeando y completándose como siempre. No estaba muy versado en conocimientos médicos sobre lo que significaban todos esos signos vitales, pero por visitas anteriores cuando venía a verlo, esos números y líneas que corrían por las pantallas se parecían a lo que mostraban ahora.

Estaba estable, pero apenas.

—Maldita sea —gruñó Nik mientras señalaba la jeringuilla sobre la cama. El capuchón de la aguja estaba quitado, tirado a unos centímetros del tubo. Aunque los objetos estaban demasiado cerca para estar tranquilos, encima de su manta, parecía que la droga no había sido utilizada. Un líquido oscuro esperaba en el plástico, y la punta de la aguja había sido rota.

—Entró y me sorprendió —dijo la enfermera—. Intenté luchar contra él pero era demasiado fuerte. Apenas tuve tiempo para... para... — Se interrumpió, llorando y aún haciendo muecas de dolor al tragar. Marcas rojas rodeaban su cuello, sugiriendo que casi la habían estrangulado para que mi padre pudiera ser dañado de nuevo.

*O asesinado.*

—Pulsé el botón mientras luchaba por mantenerlo alejado de la cama —dijo.

Dos soldados la ayudaron a dirigirse a una silla, guiándola con cuidado mientras Saul se unía a mí y a Nik junto a la cama.

—¿Está bien? —preguntó.

—Sí —respondió Nik, señalando la jeringuilla que no había sido usada en él.

—¿Era un hombre? —exigí, volviéndome hacia la enfermera. Ahora que podía ver que mi padre no había sido envenenado, otra vez, tenía que pasar al siguiente paso de vengarlo. Quien se atreviera a entrar aquí con la intención de hacer daño a mi familia estaría muerto. Se impartiría justicia rápida y no se tendría en cuenta ninguna misericordia.

Asintió débilmente. —Un hombre —confirmó—. Con una... —Señaló su cara—. Una extraña máscara puesta.

Justo entonces, sonó un disparo. Me quedé paralizado, situando el sonido más allá en el pasillo fuera de su habitación. Sloane y la

abuela ya no estaban en el suelo. Para cuando me reuní con mis hermanos y los otros hombres y volví a la habitación de padre, ya se habían apartado.

No podía respirar. El pánico y el temor se deslizaron por mí y me mantuvieron clavado en el sitio mientras esperaba un informe.

Nik levantó su teléfono, mirándome fijamente mientras contestaba.

—El intruso ha sido encontrado —afirmó por el altavoz un soldado encargado de la seguridad de la casa.

—¿Es esa la única baja? —pregunté, exhalando larga y profundamente.

*Sloane está bien.*

*Tiene que estarlo.*

*Es una superviviente.*

*No correría hacia el peligro.*

*Ella va a sobrevivir.*

*Tiene que estar bien.*

—Solo uno —respondió el soldado—. Se disparó cuando nos acercábamos a él.

Dejando caer mis hombros con alivio al saber que Sloane no había estado cerca del peligro inmediato, incliné la cabeza y respiré más tranquilo.

—Joder —dijo Nik mientras el soldado colgaba para ocuparse del desastre—. Habría sido útil obtener información de él.

Siempre era lamentable cuando alguien elegía el camino fácil para evitar ser interrogado de esa manera. La única vez que tomaban esa ruta era cuando estaban seguros de que estarían muertos de todas formas.

Sintiéndome estafado por no poder matar al cabrón que intentó acabar con mi padre, dejé que la ira me calentara. La furia me acompañó mientras regresaba al pasillo. Estaba cabreado porque alguien había intentado terminar el trabajo de matar al jefe del Sindicato Ivanov, mi padre, mi líder que era demasiado joven para irse. Estaba cabreado porque alguien lo había intentado cuando estaba con Sloane, disfrutando de su ofrecimiento de gratitud y seducción, todo para mí.

Estaba furioso, y nada me calmaría como ver a Sloane y saber que estaba bien. Pero primero, el deber llamaba.

En lugar de preguntar a los hombres dónde estaba Sloane en el edificio, acepté la extraña sensación de confianza de que estaría con mi abuela, ayudando. Como había querido correr a ayudar a ese cocinero herido, extendería esa misma compasión y cuidado hacia mi abuela.

—¿Qué hay de la abuela? —preguntó Nik mientras yo los guiaba hacia donde los hombres dijeron que el intruso yacía muerto.

Negué con la cabeza. —Puede esperar. —Así era como sabía en lo más profundo que Sloane le haría compañía hasta que yo pudiera ir con ellas. Era casi como una compañera en ese sentido, pero corté de raíz ese incipiente pensamiento de confianza y dependencia hacia ella.

—La señorita Black estaba con ella —dijo un soldado, que nos oyó mientras nos flanqueaba en el camino hacia el intruso muerto.

—¿Sloane? —Nik frunció el ceño, mirándome por un momento.

Asentí, demasiado enfadado y alarmado por lo que había sucedido esta noche para darle cualquier incentivo para hablar de ella. Teníamos asuntos más importantes entre manos.

—Hmm. —Nik sonrió mientras continuaba caminando por el pasillo conmigo—. No me sorprende.

—¿Que alguien se colara para matar a padre? —gruñí.

—No. Que Sloane se quedara con ella. No tiene miedo de ayudar o mostrar su lealtad a la familia —respondió.

No estaba listo para estar de acuerdo con eso todavía. Sloane no tenía miedo. Había tenido una vida demasiado dura como para asustarse fácilmente.

¿Pero el asunto de su lealtad hacia la familia?

No estaba seguro de cuándo creería con todo mi corazón que ella era completamente sincera y leal conmigo. ¿Cómo podría serlo cuando había puesto tanto esfuerzo en seducirme esta noche?

# SLOANE

La sangre manaba del pequeño corte en la frente de Anastasia, pero ella no hizo más que contraer ligeramente el rostro mientras se ponía en pie. Mantuve la mano sobre su herida para detener la hemorragia y, con la otra, la ayudé a levantarse y apartarse mientras varios hombres corrían por el pasillo. Se dirigieron en la dirección por donde Maxim había desaparecido.

*Por favor, por favor, que estés bien.*

No soportaba la idea de que resultara herido. No le deseaba ningún mal, no después de todo lo que había hecho por mí y lo mucho que había conseguido que me preocupara por él. Era su cautiva, pero él se había convertido en algo más que mi captor a estas alturas. Estaba preparada para decírselo antes de que sonara esa estúpida alarma.

—Puede soltarme —dijo Anastasia. Su tono era cortante y brusco, como de costumbre. Apostaría a que hablaría así a cualquiera que estuviera cerca, sin importar quién fuera. Estar herido nunca era agradable y pondría a cualquiera de mal humor.

Pero así era también como me trataba a *mí*. Esa falta de calidez se hizo aún más evidente mientras la conducía hacia otra habitación que probablemente había sido una biblioteca, a juzgar por todas las estanterías que ahora albergaban elementos decorativos.

—Si la suelto, sangrará más rápido —respondí con calma.

—No le he pedido su opinión —replicó.

—Y no estoy dándosela. Es un hecho que las heridas en la cabeza sangran muchísimo.

Me miró con enfado mientras la ayudaba a sentarse, como si odiara la posibilidad de que yo pudiera tener razón.

No estaba de humor para suavizar la distancia entre nosotras. Ella estaba al mando, como miembro de esta familia, y yo era la intrusa. Ella tenía influencia e importancia, y yo era inferior como "invitada".

Como no tenía que pasar mucho tiempo con ella —no directamente —, había adquirido la costumbre de ignorar su actitud mordaz hacia mí. Esto era diferente. Aunque no disfrutaba soportando sus prejuicios contra mí y su tono cruel, estaba hecha de una pasta más dura que la mayoría.

Podía manejarla.

Una anciana malhumorada no me haría llorar ni conseguiría afectarme.

Cuando pasaron corriendo más hombres, intenté escuchar lo que ocurría ahí fuera. Si alguien había entrado para causar problemas, estarían en desventaja numérica. Todos esos hombres de los Ivanov iban armados y entrenados, y sabía que estaríamos a salvo con todos ellos alerta ahora.

Pero solo me importaba que Maxim regresara sano y salvo a mi lado.

—Suélteme —repitió Anastasia.

—No la estoy sujetando —respondí con naturalidad—. Estoy comprimiendo la herida. En cuanto aparezca alguien que usted apruebe, dejaré que se haga cargo.

—Nunca la aprobaré a usted —respondió con demasiado desdén.

—¿Debería sorprenderme? —repliqué.

Me miró fijamente, con los labios apretados en una fina línea.

—Ha dejado claro que no aprueba mi presencia aquí —dije, intentando no sonar descarada—. Sin embargo, sigo aquí.

*Y lo estaré hasta que su nieto cambie de opinión.* Era interesante que Maxim tuviera poder incluso sobre ella. Al principio, cuando dejó claro que no le gustaba que yo viviera en el edificio, me preocupó que convenciera a Maxim para deshacerse de mí. Pero no lo había hecho, y según lo que él dijo sobre no dejarme marchar nunca, no parecía que nadie pudiera hacerle cambiar de opinión.

—No se ponga demasiado cómoda —me advirtió con frialdad mientras levantaba parcialmente la mano para ver si el sangrado disminuía. No era así.

—¿Perdió el conocimiento cuando la golpearon? —pregunté en lugar de reconocer lo que había dicho. Sabía que no era bienvenida. No necesitaba recalcar ese hecho. Además, no es que me hubieran invitado a estar aquí. Maxim me secuestró y me obligó a vivir aquí con él en esta extraña "relación" que quería tener conmigo.

—No cambie de tema —espetó.

—Sí. Soy consciente de que no debería ponerme cómoda aquí. Créame, la posibilidad de abusar de su hospitalidad está en mi mente. —Alcé las cejas—. Está en mi mente *constantemente*.

—No es de la familia —añadió con altivez—. Está aquí como una puta para que él se distraiga.

No reaccioné, apretando los labios mientras comprobaba de nuevo el ritmo de su hemorragia. No me había respondido sobre si había perdido el conocimiento, pero dudaba que hubiera estado inconsciente en absoluto. Así era ella siempre. Fría y severa. Fiel a su naturaleza, por lo que podía percibir.

—No durará aquí —me aconsejó—. Maxim puede divertirse como quiera pero...

Se oyó un disparo y me puse tensa ante el fuerte sonido. No me encogí, pero era instintivo quedarme paralizada. Contuve la respiración. No apliqué ninguna presión adicional sobre su corte.

Al encontrarme con su mirada, vi que ella también se había quedado inmóvil.

Ambas estábamos tensas por la ausencia de más disparos después de aquél.

Mientras esperaba que nos llegara alguna pista en esta pequeña habitación lateral, me invadió la descarga de adrenalina al debatir si debía quedarme inmóvil y esconderme, huir y alejarme más del peligro, o prepararme para contraatacar en nombre de la autodefensa.

Estaba demasiado acostumbrada a sentirme tensa por la necesidad de sobrevivir. Pero con Anastasia herida, no sería una simple cuestión de ponerme a salvo. También tendría que vigilar a esta anciana desabrida y malhumorada.

Los hombres redujeron el paso a un trote fuera de la puerta, y un par de ellos se volvieron para unirse a nosotras. Ver a más hombres de los Ivanov con sus trajes me tranquilizó. No tendría que confiar *únicamente* en mí misma para defenderme, si surgía la necesidad. No estaba sola. Tenía respaldo disponible.

Pero antes de poder relajarme, intenté mantener mi respiración y voz estables mientras les hacía frente. —¿Está Maxim...?

*Por favor, no.*

No podía soportar la idea de que hubiera recibido un disparo o estuviera herido de alguna forma. Era demasiado fuerte, demasiado formidable y demasiada fuerza de poder para estar muerto o herido.

Ante la idea de su sufrimiento, *yo también* sufría.

El guardia negó con la cabeza. —Está bien.

—El intruso está abatido —dijo su compañero, sonando como si estuviera informando a Anastasia y ajeno a mis preocupaciones que el primer hombre había notado en mi rostro. Era bastante buena ocultando mis emociones, pero ese miedo a que Maxim fuera asesinado o herido anuló mis esfuerzos por parecer serena y tranquila.

Solté un largo suspiro y volví a centrarme en Anastasia. Al ver que entrecerraba los ojos y me observaba atentamente, me preocupé por lo que pudiera estar pensando.

Si notaba mi reacción al disparo de esa manera, ¿estaría asumiendo que estaba asustada por su nieto? ¿Por mí misma? No me sorprendería que me ridiculizara por no formar parte de su familia y de este mundo porque era demasiado tímida y me asustaba fácilmente con un solo disparo.

Había tenido una vida dura, pero no *tan* dura. Ver a Maxim matar a Lenny fue mi primera experiencia de violencia tan mórbida. Sin embargo, me había adaptado rápidamente. Estaba asimilándolo todo.

—Puedes actuar y parecer tan fuerte y valiente como quieras —dijo Anastasia mientras yo retrocedía para dejar que el soldado se hiciera cargo. Él se acercó con una venda para comprimir su herida—. Pero no te equivoques, señorita Black. Nunca tendrás un lugar aquí con mi familia.

Mantuve la cabeza alta, negándome a reconocer sus palabras hirientes o su tono desagradable.

—¿Está usted herida? —me preguntó el otro soldado.

Negué con la cabeza. —No, pero ella estaba en el suelo cuando la encontramos. —Tenían que atenderla a ella, no a mí.

—¿Me oye? —preguntó Anastasia, decidida a obtener mi aquiescencia.

La miré directamente a los ojos y no me acobardé ni un ápice. Tampoco respondí.

—No eres familia. No eres una Ivanov. —Aunque debería haberse visto vulnerable y más débil, mientras la atendían por un corte en la cabeza, se aseguró de mantener su sonrisa de reina—. No eres el tipo de mujer que queremos para contaminar nuestro linaje familiar. No tienes pedigrí. Ni familia. Ni origen. Nada. No eres *nada* para esta familia. —Con una mirada de desaprobación hacia mi vestido corto y escaso que había elegido para un baile privado y striptease para Maxim, resopló como si la idea de que me quedara aquí y encajara fuera demasiado ridícula para considerarla siquiera.

—Tarde o temprano, Maxim se cansará de ti cuando vea lo indigna que eres entre los miembros de su familia que le necesitan.

Mantuve los labios cerrados, conteniendo todas las respuestas que quería gritarle.

—No eres familia, señorita Black. Y ninguna parte de ti lo será jamás.

*¿Es eso cierto?*

No había venido aquí ni entrado en la vida de su nieto con el objetivo de convertirme en miembro de la familia Ivanov. Pero tenía que imaginar que muchos habían hecho precisamente eso, y me disgustaba ese concepto.

*Oh, Dios.* ¿Me estaba volviendo posesiva con Maxim ahora? ¿Mi secuestrador, amante y secreto futuro padre de mi hijo?

La observé mientras me fulminaba con la mirada, guardándome mis pensamientos para mí misma.

Estaba equivocada, por supuesto. Sus predicciones sobre cuánto tiempo me quedaría aquí eran incorrectas. Maxim había decretado

que no me iría.

Y yo *era* familia, o estaba llevando a uno de los suyos.

*Qué ironía.*

Había estado tan cerca de decírselo a Maxim esta noche. Por fin había buscado el valor y me había preparado para compartir con él la noticia de que ya estaba embarazada de su heredero. Esta noche iba a ser el momento de revelar este secreto que me consumía y me carcomía los nervios cuanto más tiempo lo ocultaba.

Y aquí estaba su abuela, afirmando lo contrario, que nunca tendría un vínculo de sangre con los Ivanov.

*Ya lo tengo.*

Ya era más que hora de contárselo a Maxim.

# MAXIM

—¿Maxim?

Me giré para ver al soldado que se nos acercaba por el pasillo. Nik esperó también, prestando atención a otro informe. Toda la casa estaba en alerta esta noche, y dudaba que fuéramos a relajarnos pronto.

—La señorita Black ha sido escoltada de vuelta a su apartamento —informó—. Anastasia pidió volver a su habitación.

Nik frunció el ceño y me miró. —¿Se ha hecho daño la abuela?

Negué con la cabeza. —No parecía grave.

El soldado también negó. —No. Hemos atendido su herida y el médico salió de la habitación de su padre para examinarla también. No vio ninguna preocupación persistente, y ella insistió en tener privacidad para descansar el resto de la noche.

Eso sonaba típico de ella. Siempre que se sentía vulnerable, quería espacio y tiempo para volver a su habitual frialdad. Era solitaria en ese aspecto, o quizás le aterraba parecer débil alguna vez.

Mientras no hubiera preocupaciones médicas, la dejaría en paz. No necesitaba que fuera una distracción mientras mis hermanos y yo investigábamos este asunto. Y llevaría bastante tiempo interrogar a todos, revisar todas las grabaciones de seguridad y descubrir cómo

demonios pudo haber ocurrido esto con el aumento de la vigilancia desde que mi padre fue envenenado la primera vez.

—Gracias. —Continué siguiendo a los guardias que nos habían conducido hasta el hombre que se había disparado, eligiendo la vía fácil para evitar un interrogatorio y sesión de tortura. Era un hecho bien conocido que los Ivanov no mostrábamos piedad con aquellos que nos invadían o intentaban hacernos daño. En ese sentido, no me sorprendió que el hombre se hubiera quitado la vida para evitar enfrentarse a nuestra forma de justicia. Pero me cabreaba, de todos modos.

—Damon está abajo con el otro hombre —dijo otro guardia una vez que Nik y yo nos dirigimos a la escalera donde había sangre y masa cerebral salpicada en la pared. El sangriento desastre no me molestaba. Había visto cosas peores. Había causado cosas peores. Y sabía que tan pronto como diéramos la orden a los hombres, lo limpiarían todo y quedaría impecable otra vez.

*Sloane no necesita ver esta mierda.* Era dura, pero no era necesario que se sometiera a esto.

—¿Qué otro hombre? —preguntamos Nik y yo al mismo tiempo. Con nuestros sentidos agudizados y en alerta como ahora, era importante tener en cuenta lo rápido que podían surgir detalles mientras se desarrollaba el incidente. Se observarían pistas. Se encontrarían más cosas. Todo era parte de la investigación, y teníamos muchos recursos y personal para realizar una revisión exhaustiva de este incidente.

—Saul supervisó su captura justo fuera del edificio —informó el soldado—. Parece que eran dos trabajando juntos, uno para entrar y el otro como vigilante.

Al llegar al hombre muerto que había fallado en envenenar a mi padre, hice una mueca de disgusto ante lo pocas pistas que podríamos obtener de él. Había venido con la intención de permanecer sin identificar. Sin señales obvias de quién era. Con su

cara —y cabeza— hechas un desastre por el disparo autoinfligido, no había posibilidad de averiguar quién era. Lo que parecía una máscara negra persistía, pero también estaba rasgada y distorsionada por el disparo.

No iba a hacerme ilusiones de encontrar pistas en él. No habría entrado aquí con una cartera u otra identificación encima.

Pero tenía que esperar que el otro hombre fuera diferente.

Asentí una vez hacia otro soldado que supervisaba la escena. Reconocerlo era una cortesía, nada más, y estaba lo suficientemente entrenado para manejar esto sin mi orientación.

En su lugar, bajé las escaleras con Nik para encontrar a nuestros hermanos. Saul caminaba de un lado a otro fuera de la habitación más grande del sótano. Había más hombres disponibles, pero se mezclaban con el entorno como refuerzo en caso de que algo saliera mal. Era cómico que todos estos hombres fueran necesarios contra el único cabrón atado a la silla.

No tenía ninguna posibilidad de escapar.

Damon era el Demonio, mostrándonos a todos lo jodidamente bueno que era torturando a nuestros enemigos. Padre nunca había reconsiderado delegar en Damon para dirigir las ejecuciones y los métodos más espeluznantes de obtener información, y mi hermano se deleitaba en ello. Todos éramos unos bastardos enfermos en el fondo, sin miedo a reaccionar ante el mundo con violencia y muerte, pero Damon era otra cosa.

Estaba de pie a un lado, pareciendo calcular qué herramienta querría usar a continuación. Hasta ahora, parecía que las abolladuras y los cortes abiertos en el hombre eran todos del martillo en la mano de Damon.

Antes de que pudiera seleccionar un cuchillo o algo más afilado de la mesa y la pared de herramientas, levantó la mirada, notando mi

llegada. Nik fulminaba con la mirada a la pulpa sangrienta de hombre atado a la silla.

Saul también se volvió y se acercó a nosotros. —¿Está bien la abuela? —le preguntó a Nik. Luego, frunciendo el ceño hacia mí, añadió—: ¿Sloane?

Sabían que ella me importaba, pero ahora no era el momento de preguntarse si entendían que se había convertido en algo más que una simple invitada. Su acto de ayudar a nuestra abuela era otra prueba de que realmente se estaba involucrando aquí.

—Están bien —respondí mientras Damon salía de la habitación ensangrentada donde se torturaba a los enemigos. Teníamos varios espacios así para este oscuro negocio, pero este era el más útil de todos, con los desagües más grandes en el suelo para lavar la sangre y los restos corporales antes de que todo fuera triturado y eliminado.

—¿Algo? —les pregunté a Saul y Damon.

—No —gruñó Damon, usando un paño para limpiarse la sangre de los nudillos—. No dirá ni una puta palabra.

Saul negó con la cabeza. —Dudo que lo haga.

—Apenas he empezado —argumentó Damon.

—Sí. Pero puedo saberlo. —Saul entrecerró los ojos mirando al hombre que parecía luchar por respirar. Su barbilla descansaba sobre su pecho mientras intentaba inhalar aire a través del dolor de su cabeza tan golpeada.

—¿Cómo? —pregunté, fulminando con la mirada al cabrón. Al fin y al cabo, la mayoría de las personas tenían un punto de quiebre.

—Simplemente lo sé —dijo Saul—. Está insensible. Se puede ver en sus ojos. No va a decirnos una mierda. —Metió las manos en los bolsillos.

—¿Dónde estaba? —pregunté. Durante los próximos días, recibiría muchos informes sobre lo ocurrido esta noche. Aunque la información seguiría llegando, mis hermanos también recibirían informes y podrían transmitirme el panorama general.

—Lo capturaron fuera. Parece que hackearon el sistema de seguridad y manipularon las imágenes de las cámaras del lado oeste de la propiedad. Una vez que tuvieron una ventana, uno se apresuró a entrar y el otro se quedó atrás.

—Probablemente para asegurar una vía de escape para el otro —dijo Nik.

Estuve de acuerdo.

—Por eso siempre es mejor trabajar solo —murmuró.

Era cierto. No tener respaldo era arriesgado, pero había menos que gestionar en caso de que algo saliera mal en una operación. Con toda esta rabia que contenía porque alguien intentó matar a Padre, sin embargo, solo podía ver lo que decían como hechos fríos de una guerra contra nosotros.

Durante un buen rato, compartimos lo poco que sabíamos. Los supervisores vinieron para completar más información mientras investigaban, pero nada de eso me hizo feliz. La propiedad había sido completamente registrada. Estábamos seguros de nuevo. Pero la suposición de Nik no me agradó.

—Quizás tenemos un topo o un traidor —dijo.

Negué con la cabeza, sin querer creerlo. Siempre era posible, pero tomábamos medidas para evitar que uno de los nuestros se volviera contra nosotros de esa manera.

—No entiendo cómo pudieron atravesar la seguridad así —argumentó Saul, diciendo lo que yo quería—. Tenemos demasiados cortafuegos y capas independientes que protegen las cámaras de

vigilancia. Incluso un buen hacker tendría dificultades para manipular nuestras imágenes de esa manera.

Nik sonrió con ironía. —Nunca subestimes lo que un hacker puede y no puede hacer —murmuró.

Como era un espía, sabía que había tenido que lidiar con su parte de hackers, tanto los que contrataba para nuestra familia como aquellos a los que perseguía cuando espiaba a nuestros enemigos. Por lo que yo sabía, Nik tenía conocimientos limitados sobre cómo hackear cualquier cosa, pero probablemente tenía más contactos con la ciberguerra y la ciberseguridad que yo.

—¿Estás pensando en alguien específico? —le pregunté.

Frunció el ceño y dudó en responder. —Tal vez.

—¿Tu hacker podría ser alguien a quien podríamos pedirle que investigue esto? ¿Sería un recurso a considerar mientras intentamos averiguar quién coño comprometió nuestro sistema?

Negó con la cabeza. —Ella probablemente no estaría disponible.

—¿*Ella*? —preguntó Saul.

Nik asintió.

—Déjame ver qué puedo sacarle a este cabrón primero. —Damon se crujió los nudillos mientras se volvía para mirar fijamente al hombre capturado—. Creo que es un agente independiente. Un asesino contratado. No tiene nada rastreable. Sin cicatrices, sin tatuajes, nada de nada.

No me gustaba cómo sonaba eso. Si uno de nuestros enemigos estaba tratando gradualmente de atacarnos y derribarnos, esto era una escalada considerable. Contratar a un profesional independiente significaba que querían evitar ser descubiertos al venir por nosotros. Y eso haría que la cacería fuera mucho más difícil.

—Volveré arriba y hablaré con el equipo de seguridad —dijo Saul después de que Damon regresara a la cámara de tortura.

—Bien. Infórmame de cualquier novedad. Voy a revisar a Padre de nuevo. —Todavía se sentía extraño ser el jefe de mis hermanos, pero no descuidaría mis funciones interinas ahora. Odiaba cómo esto podía sonar como un viaje de poder porque prefería cuando era solo uno entre ellos, un hermano más del grupo. Trabajábamos mejor en equipo como hermanos, y esperaba nuevamente que la recuperación de Padre no se viera retrasada en absoluto.

Nik se unió a mí, pareciendo pensativo mientras la emoción y la tensión del incidente se desvanecían. Sin decir palabra, me acompañó a la habitación de Padre. La enfermera que tan valientemente había pulsado el botón de pánico ya no estaba de servicio. Había sido trasladada a una habitación de invitados para descansar y recuperarse. Ahora había otro enfermero aquí, un hombre, y nos saludó con la cabeza al entrar. Sin necesidad de que se lo dijéramos, retrocedió y se hizo a un lado mientras Nik y yo nos colocábamos junto a la cama de Padre.

Parecía tranquilo, pero a la vez no. Incluso en su sueño, tenía un aspecto feroz, pero con la ausencia de su liderazgo, parecía inalcanzable, encerrado en esta recuperación que tenía que soportar porque alguien había venido a inyectarle esas drogas.

—Solo tenía que verlo —dije después de varios minutos de silencio.

—Yo también. Solo para ver con mis propios ojos que está bien —respondió Nik con la misma tranquilidad.

Acostado aquí sin ser molestado, parecía tan protegido e intacto por el peligro de esta noche. Sin embargo, en el fondo de mi mente, era plenamente consciente de lo cerca que podría haber estado de la muerte, otra vez. La seguridad tendría que incrementarse una vez más. No escatimaría gastos hasta que volviera a estar de pie y bien, hasta que encontráramos a nuestro enemigo que venía por nosotros.

—Un día, seremos viejos como él —reflexionó Nik.

Fruncí el ceño, mirándolo. —No está muerto.

—Pero *parece* viejo.

No podía negarlo. En su sueño, y tal vez debido a los sedantes que le habían administrado, Padre parecía más pálido y mayor.

—No está muerto —repetí, sin saber si se lo decía a él o a mí mismo. Obviamente, todavía estaba con nosotros, pero apenas.

—Un día lo estará, sin embargo. —Nik negó con la cabeza, pareciendo demasiado atrapado en sus pensamientos oscuros—. Y cuando llegue el momento, tendría tanto de lo que estar orgulloso. Sacó a la familia de la amenaza de la ruina por los asuntos de Beatrice. Llevó a la organización a una mayor riqueza con sus decisiones de inversión. —Mirándome con expresión sombría, se encogió de hombros—. A veces, es difícil ponerlo todo en perspectiva.

—¿Poner qué en perspectiva? —pregunté, sorprendido por su estado de ánimo profundo y pensativo. El envenenamiento de Padre nos había afectado a todos, pero había estado tan ocupado que no había comprobado personalmente si mis hermanos estaban traumatizados. No eran hombres débiles. Pero todo el mundo es vulnerable al sufrimiento a veces. Habíamos perdido a nuestra madre. Sería un duro golpe perder también a nuestro padre.

—De qué podría *yo* estar orgulloso cuando llegue mi hora.

Fruncí el ceño, mirando de nuevo a mi padre y odiando cómo la autorreflexión de Nik me tocaba la fibra sensible. Había estado tan estancado confiando en que mi padre viviría muchos años más que yo, que no había considerado realmente mi futuro o mis logros personales. Éramos uno solo. Todos nosotros en esta familia, actuábamos como uno.

—¿De qué estarías orgulloso? —me preguntó sin juzgarme ni burlarse.

*Sloane.*

Ya estaba orgulloso de haberla tomado y mantenerla en mi vida. Nunca me arrepentiría de cómo la había encontrado y decidido protegerla como la madre de mi futuro heredero, cuando eso pudiera suceder. Estaba orgulloso de la oportunidad de cuidar de ella.

Y me pregunté si también podría estar orgulloso de llamarla mi esposa. Si ella sería la razón para empujarme más allá de mi miedo y aversión a los compromisos, porque sin importar cómo quisiera pintarlo o describirlo, estaba comprometido con ella. Estaba conectado con esa mujer fuerte de tal manera que me impacientaba por comprobar cómo estaba tan pronto como pudiera.

# SLOANE

Nunca me esforcé en aprender los nombres de todos los guardias y soldados que entraban y salían del edificio, pero era vagamente consciente de que el hombre que me escoltó de vuelta al ascensor que me llevaría directamente al apartamento de Maxim era distinto.

Esa falta de familiaridad me impulsó a hablar, algo que nunca hacía.

—¿Está...?

Él no reaccionó, simplemente me observó mientras subíamos juntos en el ascensor.

—¿Está Maxim bien? —Odié el nerviosismo en mi tono. Detestaba la preocupación que no podía borrar. La tensión me atenazaba y luché con todas mis fuerzas para no demostrarlo.

Había oído ese disparo y creí al otro guardia cuando nos dijo a Anastasia y a mí que Maxim no había sido alcanzado.

Pero no me gustaba esta distancia entre nosotros. Tenía que comprobar por mí misma que no estaba herido. No podía afirmar que conociera a Maxim. Apostaba a que no dejaba que muchos entraran plenamente en su vida. La reserva era simplemente parte de quien era.

Esta intrusión o ataque a su propiedad sería un golpe contra él. Quizás estaba acostumbrado a este nivel de peligro y podía tomárselo con calma, pero aun así, tenía que estar disgustado por ello, y no me gustaba que estuviera disgustado o molesto en absoluto.

—No resultó herido —dijo el guardia cuando las puertas se abrieron hacia la casa de Maxim.

Asentí, sin molestarme en hacer contacto visual con este tipo. No me daría más información, y no perdería mi tiempo preguntando.

—Gracias. —Salí del ascensor y supe que me esperaba una noche larga y ansiosa esperando a que Maxim regresara.

Aún con el vestido corto que había elegido para seducirle, me quedé inmóvil contemplando la cena intacta que había preparado para nosotros. Había sido un trabajo en vano. A pesar de que las campanas para cubrir los platos probablemente mantendrían la comida parcialmente caliente, ahora no se comería. Toda la vajilla permanecía como la habíamos dejado al salir con prisa. Le había distraído con mi baile, pero no contaba con que la comida se desperdiciaría.

*No hay posibilidad de recuperar esa oportunidad ahora.*

El ambiente se había arruinado.

Ese momento sensual de bailar para él se había esfumado.

Un golpe de peligro lo había cambiado todo, y mientras sentía el cambio de aire a mi espalda que indicaba que las puertas del ascensor se cerraban, suspiré profundamente e intenté salir de este desánimo. De este trance.

Había ensayado y reunido el valor para contarle mi secreto esta noche, y todavía pesaba mucho en mi conciencia.

No estaba segura de cuándo tendría otra oportunidad para decírselo ahora. Con lo que fuera que hubiera pasado esta noche, estaría más

tenso y probablemente más ocupado.

*¿Está bien su padre?*

Esa pregunta aguijoneó mi mente, y fruncí el ceño al considerar que otro miembro de la familia vivía aquí. Hasta esta noche, no me había dado cuenta de que su padre estaba vivo o cerca.

*Porque Anastasia tiene razón. No soy de la familia. No lo suficiente para conocerlos a todos.*

Abatida, llevé los platos a la cocina y los guardé para más tarde. Había pasado tanto tiempo perfeccionándolo todo que la comida estaría decente recalentada. Podría comer las sobras mañana cuando Maxim estuviera, sin duda, ocupado en alguna oficina.

Moviéndome como un autómata, intenté no pensar en cómo había perdido mi oportunidad de ser sincera. Me importaba poder ser honesta, pero no era tan estúpida como para perder de vista las razones por las que no se lo había contado todo este tiempo.

Decirle que estaba embarazada era solo la mitad de lo que quería que ocurriera esta noche. Luego, según su reacción, exigiría saber qué significaría eso. Si se me permitiría conservar a mi bebé y participar en su crianza. Se estaba volviendo demasiado fácil imaginar esto como mi vida: como una mantenida, viviendo con Maxim, contando con él para que nos mantuviera a ambos para que no nos faltara de nada.

Dulces fantasías de él estando presente *conmigo* para criar a nuestro bebé llenaron mi mente mientras me vestía para acostarme y esperarle.

Preocupada cuando no regresó, intenté leer esa vieja novela romántica hasta que mis ojos estuvieron lo suficientemente cansados para dormir.

Cuando desperté de un breve sueño, le busqué en la cama y fruncí el ceño cuando vi que no estaba allí. Pero podía notar que había

regresado. El tenue y distante aroma a jabón llegó a mi nariz. Los olores eran mucho más intensos ahora, algo que había oído antes como un efecto secundario del embarazo.

Levantándome, fruncí el ceño y me pregunté por qué Maxim no había venido a la cama a estar conmigo. Me dirigí fuera de la habitación y busqué el calor y el vapor que emanaba del baño. La ducha había sido usada recientemente, pero era la enorme bañera la que él había aprovechado.

Estaba tumbado allí, con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados.

Cuando entré en la habitación y contemplé la tentadora visión de él bajo el agua, con sus gruesos y musculosos brazos extendidos sobre el borde de la bañera, abrió los ojos y encontró mi mirada.

—¿Te he despertado? —preguntó, con voz tranquila y tierna.

Negué con la cabeza.

—Intenté esperarte despierta.

Suspiró, echando una larga y apreciativa mirada sobre mí con el liviano camisón que me había puesto. Siempre dormíamos desnudos —juntos— pero debido a la urgencia de aquella alarma, pensé que podría ser prudente llevar algo puesto en caso de que tuviera que abandonar su apartamento de nuevo.

—No tenías por qué hacerlo —respondió.

—Quería hacerlo. —Sin esperar invitación, tiré de las tiras del camisón y dejé que cayera y se amontonara a mis pies. Tenía toda su atención. Su ardiente mirada no me abandonó ni un instante mientras me acercaba a la bañera. No era el baile sexy y el striptease que había planeado para él esta noche, pero sentía que le estaba ofreciendo un espectáculo sensual simplemente caminando hacia él y luego entrando en el agua caliente.

Él no protestó, extendiendo sus brazos para recibirme bajo la superficie con él. Cada centímetro de contacto entre nosotros me excitaba más y me hacía más consciente de él. Los duros contornos de sus músculos me proporcionaban esa presencia de anclaje en la que podía apoyarme.

Una vez que me recosté contra él, mi piel deslizándose suavemente contra la suya, exhalé un largo suspiro y me acurruqué cerca. Levantó sus brazos para sujetarme contra su pecho y, mientras nos acomodábamos en el agua, comenzó a acariciarme el brazo con sus dedos, subiendo y bajando. Su otra mano permaneció plana sobre mi cadera, manteniéndome sobre él.

—Quiero estar a tu lado —añadí en un suave susurro.

Asintió antes de trazar un sendero de suaves besos a lo largo de mi mandíbula. —Lo sé.

Sonriendo ante su comentario arrogante, suspiré contra él.

—Porque siento lo mismo.

Mi corazón dio un vuelco ante la ligera promesa de compromiso en sus palabras. Me había advertido que él no se comprometía, que nunca lo haría. Pero eso sonaba como algo mucho más profundo que su insistencia en que yo le pertenecía.

—Me siento cuerdo cuando sé que estás aquí para mí —añadió mientras continuaba acariciando mi brazo con sus dedos.

Tomando su mano que descansaba en mi cadera, la deslicé bajo el agua hasta que quedó presionada contra mi vientre. Bajo su tacto, su bebé crecía dentro de mí con cada día que pasaba.

*Díselo.*

*Simplemente díselo.*

*No tengas miedo.*

Las circunstancias de nuestra relación aún me intimidaban, e intentaba reunir el valor para simplemente decírselo ya. Para tener un mínimo atisbo de esperanza de que no me quitaría a mi bebé.

—Y me siento tentado a confiar en ti con todo lo que soy, Sloane.

Tenía que decir algo así. Que quería *confiar* en mí. No le estaba dando muchas razones para hacerlo cuando le ocultaba el secreto de nuestro hijo.

—Pero ahora mismo... —Bajó sus dedos hasta acariciar mi entrada —. Ahora mismo, solo quiero abrazarte y saber que puedo mantenerte esperándome.

*¿Es eso una promesa?*

Mi mente trabajaba a toda velocidad, y estaba alerta y ansiosa por interpretar sus palabras. ¿Me estaba diciendo que quería que esperara a que me dejara entrar completamente? ¿Que querría comprometerse conmigo de alguna manera?

Sin embargo, no me dio oportunidad de pensar más. Con sus dedos empujando dentro de mi sexo, me persuadió para que extendiera mis muslos sobre sus piernas. Apoyándose más abajo contra la pared inclinada de la bañera, alineó su miembro conmigo, y mientras reemplazaba sus dedos con su polla, me incliné más hacia un lado para poder estirar el cuello y alcanzar su boca.

Besándolo con fuerza, me deleité en el exquisito estiramiento de sentirlo llenándome por completo. Su miembro estaba encajado dentro de mí, haciéndome desesperada por moverme. Su dedo presionaba contra mi clítoris mientras me frotaba allí, instándome aún más a correrme para él.

Y mientras nos balanceábamos y salpicábamos agua fuera de la bañera, parecía como si no tuviéramos ninguna prisa en absoluto por hacer que el otro se corriera.

No, por hacer el *amor*.

Porque eso tenía que ser esta dulce y abrumadora emoción que me consumía bajo sus besos embriagadores y su perfecta polla empalándome mientras me corría en el completo éxtasis que temía que solo él podría darme jamás.

# MAXIM

A pesar de la noche tardía, me levanté temprano. Sloane seguía durmiendo, parecía tan tranquila con su cabeza sobre mi hombro, pero no intenté despertarla. Ella también necesitaba descansar. Después de salir juntos de la bañera, nos fuimos a la cama y nos quedamos dormidos, solo para despertar cuando ella tuvo una pesadilla. Volvimos a follar, más fuerte y más rápido esa vez, lo que resultó en que apenas consiguiera dormir en toda la noche.

*¿Alguna vez tendré suficiente de ella?* Tenía que preguntarme si era posible, pero lo dudaba. No importaba cuántas veces folláramos, la deseaba cada vez más.

Saliendo de la cama con cuidado para no despertarla, la observé atentamente y me entusiasmó la idea de conseguir pronto una prueba de embarazo. Llevaba aquí un mes, y ya sería momento de empezar a ver si estaría embarazada. En un giro irónico, no me molestaría si no lo estuviera. El objetivo era dejarla preñada, pero si tardaba un poco más, eso significaba más tiempo para tenerla solo para mí.

Me vestí y la dejé durmiendo para empezar a ocuparme de los negocios. Aunque podría haber dormido más, estaba inquieto, como si la descarga de adrenalina del peligro de anoche no se hubiera desvanecido por completo.

Primero, fui a ver a mi padre. Estaba vivo y lo mejor que podía estar, estable y recuperándose mientras dormía.

Luego, revisé a la enfermera que literalmente le había salvado la vida. Nunca le faltaría de nada, y personalmente me aseguré de que la criada asignada a la mujer estuviera cumpliendo con su trabajo. También pregunté si los hombres habían obtenido más detalles de ella. Había resultado herida y conmocionada cuando ese intruso se coló. Sabía cómo los detalles podían difuminarse u ocultarse en un momento de alto riesgo y pánico, pero ella se mantenía firme con los pocos detalles que tenía para dar.

Después, bajé al apartamento de Damon y hablé con él.

—Nada —dijo mientras nos dirigíamos hacia su cocina. No tenía ganas de comer con él, no cuando tenía que ir a la oficina y revisar las grabaciones que el equipo de seguridad había recopilado, pero caminé con él de todos modos—. Ese cabrón no dijo ni una sola maldita palabra y no fui suave con él.

—No lo dudo —respondí.

—No pudo aguantarlo. Se desangró, pero estuve en ello durante horas, Maxim. No iba a decir ni una palabra.

Asentí. —¿Tuviste alguna impresión de que pudiera estar afiliado con alguien que conocemos?

Se encogió de hombros, pero después de frotarse la mandíbula sin afeitar, negó con la cabeza. —No. Realmente no. Incluso si tuviera una corazonada... No hay nada. Ni una sola cosa que hiciera o cómo se veía me hizo pensar en una conexión con alguna de las familias que conocemos.

—¿Podría ser la policía federal?

Resopló. —Ni de coña. Son los que menos duran conmigo en el calabozo. Nik vino cuando el hombre murió.

—¿Estaba despierto tan tarde? —pregunté, curioso. Todos teníamos horarios extraños, pero Nik parecía tan cansado cuando ambos revisamos a padre. O quizás estaba cansado por dentro, no físicamente. Nik, entre todos mis hermanos, podía ser el mayor enigma.

—Sí. Él y Saul estuvieron con las grabaciones de seguridad hasta tarde. Pero cuando Nik pasó para hablar conmigo, parecía estar convencido de que esos dos cabrones que entraron anoche tenían que ser contratistas.

*Y eso complicará mucho más esta investigación ahora.* Muchas familias criminales contrataban para trabajos delicados. La mayoría de las veces, los asesinatos se realizaban para hacer una demostración de poder. Que era un honor reclamar el asesinato de un miembro de una familia rival. Otras veces, ocultar la participación era una necesidad más crítica.

Tener que buscar quién podría haber contratado a un asesino a sueldo añadía más estrés a mi vida, pero estaba decidido a no fallarle a mi familia. Fui al despacho de mi padre e hice toda la investigación que pude hacer allí, pero aún era temprano. Quien estuviera detrás de esta tormenta que se formaba lentamente contra nosotros no sería descubierto todavía.

Después de pasar tiempo en la oficina, mi irritación aumentó hasta que esa inquietud fue reemplazada por una agitación total. Dentro de estas paredes, me sentía atrapado y abrumado. No importaba cuántas veces revisara lo que los hombres habían encontrado e informado sobre el incidente de anoche. Me sentía más lejos de saber qué dirección seguir. Lo peor de todo, no tenía una señal clara de si mis primeros sospechosos podrían estar relacionados. Los Romanos y los Kozlovs siempre eran los primeros que me venían a la mente como enemigos que podrían tener el alcance para organizar una guerra prolongada como esta contra nosotros, pero no tenía nada que me sirviera como evidencia para adivinar que estaban detrás de los envenenamientos de mi padre.

*¿Y si no es un enemigo del que hay que preocuparse sino dos separados?*

Gemí ante la idea de un intento de imitación contra la vida de mi padre. Demasiado harto y frustrado sin respuestas, dejé la oficina y fui a ver si Sloane estaba despierta. Se estaba levantando justo cuando entré en la habitación a grandes zancadas. Solo viéndola y recordando lo diferente que era cuando la encontré, una extraña en el mundo de la Mafia, quería escapar de la realidad de ser un gobernante dentro de él. Solo por un tiempo, quería la paz de su compañía y nada más.

*¿Nada más?*

Por primera vez en mi vida, consideré aceptar *mucho* más en lo que concernía a Sloane.

—Vístete —le aconsejé.

Ella alzó las cejas. —¿Adónde vamos?

—A desayunar. —Me ajusté el nudo de la corbata, decidido a no pensar demasiado en cómo estaba arriesgándome al salir de casa con ella. Había estado encerrada dentro durante un mes, solo se le permitía mirar a través de las ventanas la ciudad que llamaba hogar.

*Hogar.*

De nuevo, esa idea de *algo más* se sentía como el riesgo adecuado para contemplar.

—¿Vamos a salir? —Se incorporó con una sonrisa divertida en su rostro. Si la simple mención de ir a algún sitio podía iluminarla así, lo haría más a menudo. Algo había cambiado desde anoche. No podía estar seguro si era su altruismo al ayudar a mi abuela sin que se lo pidiera o el sexo más lento y más íntimo que habíamos tenido en el baño, pero sentía que estábamos avanzando hacia algo significativamente *más profundo*.

—Sí. He notado cuánto disfrutas de los tortitas. Así que vamos a por algunas. No quiero quedarme encerrado aquí hoy.

—Bueno... —Se encogió de hombros, bajando la mirada—. Adelante, entonces. Estaré aquí cuando vuelvas.

Negué con la cabeza. —No. Porque te necesito conmigo. —Cuando se arrodilló al borde de la cama bajo mi llamada con un gesto de mi dedo, acuné su rostro y la besé—. Te quiero conmigo.

Sonrió, emocionada ante la perspectiva de ir a un lugar tan simple como desayunar conmigo. —Yo también te quiero conmigo —respondió.

*Demonios, quizás no sea la comida lo que le emociona sino pasar tiempo conmigo.*

—Vístete. Voy a comprobar algo y volveré enseguida.

Asintió, obediente, pero tuve que sonreír ante la emoción en sus ojos. Salí para ir al despacho de mi padre y abrir la caja fuerte para poder elegir un anillo que había estado en la familia durante generaciones. El de Beatrice se había quemado, para no volver a usarse nunca después de cómo había traicionado a mi padre y a la familia, arriesgando a sus hijos con su aventura. Sus amantes habían intentado que nos mataran a mí y a mis hermanos por sus mentiras.

*Pero quizás... no siempre tiene que ser así.*

Elegí el anillo de esmeralda y diamantes, pensando en los ojos de Sloane, y lo coloqué en una pequeña caja.

*Solo para ver cómo se siente.*

Si podía pensar en casarme con ella, ese era el primer paso. Uno primitivo que no necesariamente tenía que llevar a cabo.

Si llevaba este anillo conmigo como un recordatorio de lo que podría ser posible, podría ir acostumbrándome a cambiar de opinión sobre el matrimonio, las esposas y tener una mujer para siempre.

Después de que ella se vistiera y saliéramos con un par de hombres flanqueándonos, saboreé esta extraña sensación de que éramos como cualquier otra pareja. Dos personas saliendo un sábado por la mañana a desayunar tortitas. Si esto era todo lo que ella necesitaba para sentirse feliz, yo podía ceder un poco más.

Era porque se había abierto tan completamente, casi haciéndome pensar que podía confiarle más que el querer cuidar de mis familiares heridos, que quería hacer esta pequeña cosa por ella.

*Siempre y cuando sepas que nunca te vas a escapar de mí.* La observé sonreír por la ventana mientras nos conducían por la ciudad a un pequeño local que ella juraba que hacía las *mejores* tortitas de todo el estado.

—Esto es diferente —dijo por el camino.

—¿El qué?

Todavía sostenía mi mano en el asiento trasero mientras se encogía de hombros. —Salir contigo. Me hace sentir como si fuéramos una pareja de verdad.

*Lo sé.* Me había robado las palabras.

—Pero aún entiendo que no lo somos —añadió.

*Maldita sea.*

No quería que arruinara el ambiente. Negándome a comentar y comenzar una pequeña discusión, suspiré y me giré para mirar por la ventana en lugar de mirarla fijamente como un tonto enamorado.

*¿Enamorado?*

*Joder, no.*

No iba a enamorarme de ella. Desde que ese pensamiento había entrado en mi mente hacía unos días, lo echaba fuera tan pronto como mi imaginación se disparaba con ella protagonizando mi futuro.

Ella estaba aquí para darme un hijo.

Y para... simplemente estar ahí.

Hasta que pudiera eliminar la preocupación de que ella pudiera estar ocultándome algo, *no* bajaría la guardia.

Llegamos poco después, y el segundo coche con dos de mis hombres aparcó más atrás en el pequeño estacionamiento. Se quedarían como hombres vestidos de civil de guardia para protegernos. El conductor y el soldado que había venido en el asiento delantero salieron del coche antes de abrirnos las puertas a mí y a Sloane.

Ella salió, y yo rodeé el coche para volver a cogerla de la mano, pero mientras lo hacía, sonó mi teléfono.

Era Saul, y sabía que debía responder. Tan pronto después de una intrusión en la casa, tenía que estar localizable en todo momento. Necesitábamos cada pedazo de información que pudiéramos encontrar sobre lo que había sucedido, así que tenía que atender la llamada.

—Espera. —Levanté un dedo hacia Sloane y me alejé hacia el final del coche, paseando mientras contestaba. Los hombres se quedaron más cerca de mí, pero no la dejaron sola—. ¿Sí?

—Hola, hermano. Solo quería informarte y decirte que el equipo que enviamos a revisar las cámaras de vigilancia de los alrededores no encontró nada concluyente...

El grito de Sloane cortó el aire, y me di la vuelta para encontrarla acurrucada contra un hombre que había estado caminando por el estacionamiento. Se agachó contra mi coche, sus ojos entrecerrados de miedo y rabia mientras el hombre intentaba alcanzarla.

—No. Brent, para. —Golpeó las manos del hombre. Aunque el otro guardia estaba a su lado protegiéndola, estaba en desventaja numérica con este cabrón y su amigo intentando agarrarla también.

—¡Para! —gritó de nuevo mientras yo colgaba y corría hacia ella.

—Tienes que volver, maldita sea. No sé dónde coño has estado escondida —dijo el hombre que tenía que ser Brent—, pero tienes que volver al club. Nos debes demasiado como para simplemente desaparecer así.

Lo empujé hacia atrás, cargando contra él. Un tinte rojo tiñó mi visión ante la mera idea de otro hombre poniendo sus manos sobre ella. Mientras él se estrellaba contra el coche siguiente, gruñendo y deslizándose hacia abajo adolorido por mi golpe, perdí la proximidad con Sloane como para bloquearla completamente. Otro de los amigos de Brent intentó atrapar a Sloane desde donde se acurrucaba. Ella se escondió, tratando de mantenerse pequeña y no ser tocada, pero estábamos rodeados.

Pasos resonaron en el pavimento mientras mis hombres se acercaban, pero antes de que pudiera alcanzar mi pistola, ocupado golpeando a estos cabrones que se habían acercado demasiado, demasiado repentinamente, ella se dobló hacia el suelo.

—¡No! —Recibió una patada en la pierna mientras se agachaba. Una y otra vez mientras yo luchaba contra los hombres, ella intentaba bloquear a cualquiera que intentara golpearla.

Me giré y noqueé al imbécil que había hecho contacto con su espinilla.

—¡No hagáis daño a mi bebé! —gritó, encogiéndose en una bola mientras protegía su vientre—. ¡Parad!

*¿Bebé?*

Esa palabra resonó en mi mente mientras los soldados Ivanov del otro coche nos alcanzaban. Seguíamos en desventaja numérica con el puñado de amigos de Brent, pero mis hombres estaban más capacitados para patear culos con venganza.

*¿Bebé?*

*¿Había dicho lo que creía que había dicho?*

Recuperando el aliento, volví hacia ella después de derribar a uno de los hombres. Permanecía encogida en una bola, con los hombros hundidos mientras evitaba el conflicto.

—Llevadlos —ordené a mis hombres. No sabía quiénes eran, qué querían o de dónde habían venido, pero podrían responder a todas esas preguntas en el calabozo. Por la osadía de tocar a Sloane, pagarían con sus putas vidas.

—Sloane —me acerqué a ella, intentando entender lo que creía haberle oído decir.

*¿Bebé?*

Mi mente no funcionaba lo bastante rápido. Estaba demasiado cansado. Demasiado estresado. Demasiado al límite como para estar oyendo e imaginando cosas. Porque no había manera de que Sloane pudiera estar comportándose así. Me habría dicho si estaba jodidamente embarazada.

*¿Verdad?*

La adrenalina volvió a correr por mis venas mientras intentaba pensar cómo podía estar diciéndoles a esos imbéciles que no hicieran daño a su bebé.

—Sloane —repetí su nombre, centrándome únicamente en ella mientras temblaba hecha un ovillo en el pavimento. Todavía no me miraba, y esa distancia, esa falta de contacto visual, me inquietaba.

Era como si se hubiera dado cuenta demasiado tarde de lo que se le había escapado.

Muy lentamente, mientras mis hombres arrastraban a los tipos hacia el otro SUV en segundo plano, levantó la cara hacia mí. El nerviosismo que brillaba en sus ojos vulnerables y preocupados me dijo bastante.

—¿Qué has dicho? —pregunté, intentando sin éxito mantener ese tono frío fuera de mi voz.

Se levantó con cuidado, apoyándose en el coche. No pasé por alto que no extendía la mano hacia mí ni intentaba acercarse. No había indicios de que quisiera tocarme, y mucho menos cogerme de la mano.

—¿Qué has dicho? —repetí mientras la ira empezaba a hervir más intensamente en mi sangre. Mi corazón latía más deprisa mientras la miraba a los ojos.

—Les dije que... no quería que hicieran daño al bebé —confesó en voz baja, casi con timidez.

—¿Qué bebé? —pregunté acaloradamente. Salió como un furioso susurro.

—El nuestro. Yo... estoy embarazada.

Se suponía que eran buenas noticias. El anuncio preciso que había estado rezando por oír de ella. Ella estaba en mi vida para darme un heredero, pero la expresión ansiosa que aún mostraba me carcomía.

—¿Lo sabías? —me acerqué a ella.

Se estremeció, retrocediendo un paso mientras asentía.

*¿Cómo pudo ocultarme esto?*

# SLOANE

Ésta *no era* la forma en que quería decírselo.

Tragué saliva con dificultad, odiando el nudo en mi estómago mientras el miedo y la ansiedad se mezclaban dentro de mí.

Miré fijamente a Maxim y deseé que no se enfadara. Que no se enojara por el hecho de que yo sabía que llevaba a su bebé en mi vientre y no se lo había dicho. Que no se pusiera furioso porque le hubiera ocultado algo.

La confianza era un problema para él.

Había sido franco sobre no querer confiar en mí y ser incapaz de comprometerse conmigo. Había empezado a parecer que ya se estaba comprometiendo conmigo y preocupándose por *nosotros*, y yo tenía que ser quien desentrañara y arruinara esa ilusión.

En lugar de reaccionar, se convirtió en piedra. Sin inmutarse, sin moverse en absoluto, adoptó una máscara pétrea. Esa inexpresividad me sobresaltó, y me di cuenta de que nunca había temido a un hombre más que en este momento.

Era como si se hubiera encerrado en sí mismo, excluyéndome, y no era un lugar donde yo quisiera estar.

—Sube al coche —lo soltó como una orden severa, usando suficiente rabia en su tono gélido que no iba a engañarme pensando que solo

estaba conmocionado por esto. Estaba lívido, tan furioso que algo siniestro podría haberse roto en él.

No intenté discutir. Podría haber huido cuando empezó esa pelea, pero escapar ni siquiera había pasado por mi mente.

La última vez que me apartaron del mundo así, él me había llevado cuando me desmayé por agotamiento.

¿Esta vez? Obedecí voluntariamente, demostrando tardíamente que realmente podía ser su niña buena y escuchar sus órdenes. No había necesidad de que me capturara y me forzara a volver bajo su control. Ya estaba bajo él. Estaba dispuesta a quedarme con él independientemente del hecho de que me hubiera secuestrado al principio.

En el fondo de mi corazón, sabía que siempre gravitaría hacia él así. Siempre *elegiría* quedarme con él porque cuando menos lo esperaba, él me había llevado a desearlo. A necesitarlo.

Y a amarlo.

Parpadeé, conteniendo las lágrimas que amenazaban ante la idea de que estuviera tan furioso conmigo. El pensamiento de que podría odiar que le hubiera ocultado algo tan importante.

Habló con sus hombres después de que subí al asiento trasero, pero sus palabras quedaron amortiguadas con la puerta cerrada tras de mí. Dudaba que pudiera oírlas de todos modos. El zumbido en mis oídos acompañaba mi pánico y temor. La culpa me inundó tan severamente que sentía el pecho oprimido y la piel me hormigueaba con la sensación de estar demasiado tensa.

Cuando entró en el coche, no habló. No me miró. Mirando fijamente al frente, mantuvo una distancia entre nosotros y no me tendió la mano.

Por supuesto, no me cogería la mano ahora. Esa ilusoria compañía que habíamos compartido antes de ese momento se había hecho

añicos y perdido.

Tensa durante el viaje de regreso a su casa, hice todo lo posible por no ahogarme bajo los temerosos "¿y si...?". Intenté disipar la ansiedad de las incógnitas. Y traté de tragarme cada impulso de soltar una disculpa por no habérselo dicho antes.

*Deberías haberlo hecho.*

*Sabías que deberías habérselo dicho.*

*Nunca deberías haber intentado mantener esto en secreto.*

Pero lo había hecho. Porque hasta que la idea del amor le susurró a mi alma, había temido tanto que decirle que estaba embarazada significaría que ya no me desearía. Porque hasta que consideré que *estábamos* comprometiéndonos sin etiquetarlo, había tenido tanto miedo de no ser más que una cosa prescindible para liberar y desechar una vez que le entregara mi hijo.

Temiendo su reacción una vez que estuviéramos de vuelta en su edificio, resistí las horribles visiones en mi mente.

Que ahora que lo sabía, me sacarían de su apartamento y me meterían en una habitación de invitados para mayor aislamiento.

Que ahora que lo sabía, se esperaría que me quedara como una yegua de cría y luego me echarían una vez que diera a luz.

No habló una vez que estacionamos en un enorme garaje. Siguiendo su guía silenciosa y la de los guardias Ivanov que nos acompañaban, salí del coche cuando abrieron la puerta. Luego caminé pesadamente tras él mientras me dirigían de vuelta a la casa.

En el camino de subida en el ascensor, el silencio reinó entre nosotros. Sin soldados ni guardias en la cabina del ascensor, la angustia y la ira se sentían más pesadas, como si el aire fuera demasiado denso para respirar bien.

Las puertas se abrieron, y lo seguí hasta su apartamento. Mientras se aflojaba la corbata, se crujió el cuello y respiró hondo, como si tuviera que calmarse.

—Siéntate.

No pregunté dónde. Apenas importaba. Después de dejarme caer en el sofá, me retorcí las manos y lo miré mientras caminaba de un lado a otro. Y siguió caminando.

—¿Lo sabías y no pensaste en decírmelo? —No se detuvo, soltando esa dura acusación y pregunta mientras caminaba.

—No estaba segura de cómo decírtelo —admití, odiando lo nerviosa que sonaba.

Era más fuerte que esto.

Pero también era una cobarde patética. Tenía que serlo si me había llevado tanto tiempo sincerarme.

—¿Cómo puedes saberlo siquiera? —Me lanzó una mirada mordaz—. No te has hecho pruebas. No has tenido síntomas ni... —Negó con la cabeza—. Justo estaba planeando pedir pruebas ya que llevabas aquí un mes.

—Me hice una prueba.

Se detuvo en seco e inclinó la cabeza, estudiándome intensamente. —No me jodas mintiendo. Nadie en este edificio te habría proporcionado una prueba y lo habría mantenido en secreto para mí.

Me lamí los labios, sabiendo que ya no podía seguir ocultándolo. Todo tenía que salir ahora. Mi tonta idea de fingir que me había dejado embarazada desde que me secuestró nunca habría funcionado.

—Antes.

No se movió, intimidándome con la furia ardiente en sus ojos oscuros. —¿Antes?

—Me hice una prueba antes. Antes de aquella noche cuando apareciste en el club.

Parpadeando rápidamente, mostró el primer signo de sorpresa. —¿Antes...?

—Aquella noche cuando nos conocimos y yo... —Me aclaré la garganta, odiando la amenaza de lágrimas que ardían en mis ojos. Estaba distante y enfadado, pero no era eso lo que me tenía tan emocional e inusualmente cerca de las lágrimas ahora. Era yo. Mi culpa. Me odiaba a mí misma por haber perdido su confianza antes de que siquiera me la hubiera dado.

—Aquella noche cuando bailé para ti en la sala privada y te di las gracias por salvarme de aquellos hombres. Fue entonces cuando... —Extendí mis manos, gesticulando de forma abstracta como una idiota—. Fue entonces cuando me dejaste embarazada.

—Todo este maldito tiempo... —gruñó él.

Asentí con la cabeza—. Estaba embarazada antes de que me secuestraras.

Volvió a caminar de un lado a otro, como si fuera a volverse loco si no se movía—. ¿Cómo sabes que es mío?

Entrecerré los ojos, odiando lo cruel que estaba siendo—. Porque eres el único hombre con el que he tenido relaciones en un año.

—Estabas embarazada cuando te secuestré —. Debería haber sido una pregunta, pero lo afirmó acaloradamente como si tuviera que confirmarlo verbalmente.

—Sí. Creo, no, sé que por eso estaba tan débil aquella noche. Tenía tanta hambre, estaba tan cansada y sedienta que no podía soportar bailar tantas noches seguidas. Por eso me tambaleaba en el escenario y por eso Lenny estaba enfadado conmigo por no actuar como debía. Y cuando... —Me aclaré la garganta de nuevo, necesitando eliminar la densa emoción que me tenía tan ahogada e

incómoda—. Cuando viniste y viste que me golpeaba y luego lo mataste, me desmayé, y he estado aquí desde entonces.

—¿Has estado aquí todo este tiempo y no pensaste en decírmelo?

Levanté la barbilla, regañándome a mí misma por el atisbo de lágrimas. Tenía que mantenerme fuerte, maldita sea. Había estado tan nerviosa adivinando cómo reaccionaría, y aquí tenía mi prueba. Estaba enfadado. Ningún sueño de amor podía durar ahora.

Testaruda y decidida a seguir protegiendo a mi hijo, lo miré directamente a los ojos—. Sí. He estado aquí todo este tiempo y no quise decírtelo. No podía hasta tener una idea de lo que pasaría.

Él hervía de rabia, fulminándome con la mirada.

—Era la única ventaja que tenía cuando me arrebataste mi libertad. Era el único poder que tenía como tu maldita yegua de cría, Maxim. No quería decírtelo porque me secuestraste y me controlaste con tanta facilidad que temía que hicieras lo mismo con él o ella —. Cubrir mi vientre con la mano parecía una débil ocurrencia tardía, pero el principio seguía siendo el mismo. Yo *aún* lo mantendría alejado de este bebé si eso significaba que me lo arrebataría.

—¿Lo harás? —exigí con toda la ira que tenía—. ¿Me quitarás a este bebé una vez que lo haya dado a luz?

—Ni se te ocurra negociar o jugar a juegos mentales conmigo ahora —me advirtió con un gruñido profundo.

Me puse de pie, sin acobardarme más. Había mostrado mis cartas y ahora tenía que lidiar con ello. Así que, ¿por qué no enfrentarlo directamente y ser lo más fuerte posible?

—No lo estoy haciendo —Negué con la cabeza—. No estoy jugando ni negociando. A pesar de no saber cómo reaccionarías, planeaba contarte lo del bebé la noche que sonó la alarma. Solo quiero saber qué pasará ahora. No te comprometes *conmigo*. No das ningún otro valor o propósito a *mi persona*, solo te importa si puedo darte ese

heredero que tanto deseas. ¿Me quitarás a mi hijo? ¿Me echarás y me despedirás después de haberte dado lo que quieres, lo *único* que quieres, ya que no me quieres a *mí*? —Me clavé el dedo en el pecho para dar énfasis innecesario, sintiéndome tan estúpida ahora. En retrospectiva, fui una tonta al preguntarme si podría estar enamorado de mí y verme como algo más que una mujer a la que dejar embarazada.

Odiaba cómo había dejado que mi estúpido corazón me desviara así. Solo una idiota soñaría con estar enamorada de un jefe de la Mafia. Ni siquiera podía confiar en que le importara lo suficiente como para saber que no me quitaría a mi hijo.

Sin confianza, el amor no tenía ninguna posibilidad.

Y con él, no había ni un ápice de esperanza para nosotros.

Mirándolo fijamente, sentía cada latido de mi corazón. Latía tan salvajemente después de desafiarlo así. Por ponerlo en evidencia y exponer lo que tanto temía. Mi culpa no se había aliviado en absoluto, pero frente a la explicación de lo atrapada que me había sentido, ya no importaba.

Había hecho lo mejor que pude por mí misma y por el futuro de este bebé.

No era mi culpa que él no hubiera decidido insinuar que podría preocuparse por mí.

Mientras lo observaba, cada segundo que pasaba era más pesado que el anterior, la tensión tangible burbujeaba y se abría como una brecha cada vez más amplia entre nosotros.

Más que nada, me odiaba a mí misma por empezar a quererlo cuando ahora era tan obvio que lo único que realmente quería de mí al final era sexo. Me había manipulado para que me preocupara, para creer que podría cambiar y llegar a darse cuenta de que estábamos bien juntos, incluso fuera de la cama.

Cuanto más tardaba en reaccionar y responder, más sabía que todo había terminado.

Ahora tenía mi respuesta.

Él no había cambiado en absoluto. Al principio, le había preguntado *por qué*. ¿Por qué yo? ¿Por qué hacer esto así?

Ni una sola vez mintió. Quería un heredero, y eso era todo.

—Has cumplido tu propósito —dijo finalmente, rompiendo el tenso silencio con esa fría y dura afirmación.

Antes de apartarse de mí, levantó la cabeza y me miró desde arriba.

—Me encargaré de las provisiones médicas necesarias.

Y entonces se fue.

Salió directamente de la habitación, despidiéndome y llevándose mi corazón roto con él.

# MAXIM

Una semana después de que Sloane me dijera que estaba embarazada, me froté las sienes y gemí por el dolor de cabeza que crecía demasiado rápido como para poder domarlo. Cada maldito día aparecían, y sabía por qué.

Dormir en una de las habitaciones de invitados en el piso de mi padre era horrible. No podía ponerme cómodo sin importar qué cama o habitación eligiera. Dormía fatal y soñaba con ella. Tenía pesadillas en las que la perdía a manos de un pistolero enmascarado. Luego, después de que esas pasaran y me cabrearan, tenía más pesadillas en las que alguien disparaba al bebé que hacía crecer su vientre.

Cada vez que me despertaba sobresaltado, luchaba contra el impulso de volver al apartamento para comprobar que estaba bien. Solo para verla. Pero me resistía.

No podía ceder.

Ya había cedido demasiado, deseándola y empezando a desear poder confiar en ella y no en mi instinto que me decía que ocultaba algo.

Porque lo había estado ocultando. Mi intuición nunca fallaba. Desde que sospeché que podría estar guardándome un secreto, no había

podido convencerme de que ella fuera la mujer que me demostraría lo contrario. Que *podía* confiar en ella.

Mantenerme alejado de ella era la única forma de controlar esta ira.

Ira hacia mí mismo por querer confiar en ella y comprometerme con ella para siempre.

Ira hacia ella por no ser capaz de confiar en mí respecto a nuestro hijo.

Por supuesto que la mantendría a mi lado después de que naciera el bebé. Era una afirmación tan absurda por su parte. Pero cada día y noche que me mantenía lejos de ella, comencé a ver lo pocos motivos que le había dado para que confiara en *mí*.

Toda mi vida había crecido desconfiando de las mujeres. Solo habían sido lo suficientemente buenas para durar una noche, un polvo.

Nunca había considerado que yo pudiera darle a una mujer pocos motivos para confiar en *mí*.

Todo estaba jodido. *Yo* la había jodido. Y no tenía ni idea de cómo superarlo.

Superar este dilema de que Sloane no me dijera que estaba embarazada era complicado debido a todo lo demás también. Seguíamos buscando un objetivo para devolver el golpe por envenenar a nuestro padre. Saul también se metió en una guerra territorial. Nik actuaba cada vez más reservado, hasta el punto de que me preocupaba lo que pasaba por su mente.

Estaba destrozado por dentro, queriendo alejarme de Sloane como castigo por mentir por omisión. Me sentía desgarrado, deseando poder disculparme y llevarnos a un punto en el que no tuviéramos problemas de confianza.

Más que nada, estaba desesperado por conocer todos los detalles sobre este bebé.

Y aún así, tenía que gestionar la preocupación por la lenta recuperación de mi padre. Tenía que permanecer en el poder y hacer lo mejor posible para asumir el mando.

Unos golpes sonaron en la puerta del despacho y levanté la vista. Al ver a la criada que había puesto a cargo de llevarle la comida a Sloane, me preocupé de inmediato. —¿Qué ha pasado?

Negó con la cabeza, casi con simpatía. —Nada, Maxim. Nada que yo pueda decir. Es solo que... —Se encogió de hombros y colocó las manos frente a ella—. Es solo que no está comiendo bien.

Fruncí el ceño. —¿Es por las náuseas matutinas?

Se encogió de hombros y luego negó con la cabeza. —No. Sospecho que eso habría empezado antes, y no ha mostrado ningún signo hasta ahora.

Asentí. —Es cierto. —Observé a la mujer mayor, deseando que me diera algún consejo—. Irá al médico mañana.

—Eso es bueno. —Hizo una mueca—. ¿Puedo ser tan atrevida como para hacer una sugerencia?

—Por favor. —Me incorporé, gesticulando con la mano para que hablara. Estaba desesperado por ayuda con esta situación.

—¿Quizás podría ir a hablar con ella? —Se estremeció en cuanto lo dijo, y me di cuenta de que no había ocultado mi ceño fruncido inmediato ante esa idea—. No pretendo entrometerme entre usted y la señorita Black, pero cuando recojo la bandeja, la veo, y... —Se encogió de hombros de nuevo.

—¿Y qué?

—Parece con el corazón roto. —Volvió a negar con la cabeza—. Perdóneme. No es mi lugar para... Oh. —Se giró cuando la abuela entró en la habitación. Hizo una reverencia y sonrió, retrocediendo —. Lo siento, Anastasia.

—No te preocupes. —Con un simple gesto, la abuela la despidió.

La miré impasible, sin humor para ningún juicio por su parte ahora. Escuchar un informe sobre Sloane con el corazón roto me jodía de una manera que nunca antes había experimentado.

Porque eso significaría reconocer que *yo* le había roto el corazón.

Que lo había tenido en algún momento.

A pesar de haberla secuestrado y obligado a quedarse conmigo, había llegado al punto en que quería entregarme su corazón y mantenerme en ese tipo de conexión.

*Joder. ¿Qué he hecho?*

—¿Corazón roto? —preguntó la abuela con frialdad mientras permanecía en la puerta.

Desvié la mirada.

Después de un largo momento, suspiró. —No me di cuenta de que era más serio que tu intento de cumplir con tu deber.

La miré con enfado entonces. —¿Qué diferencia supone? Querías que tuviera un heredero, así que lo tengo. —Le había dado esa noticia hace una semana, pero no fue hasta ahora que vino a hablar conmigo sobre ello. Era el único motivo por el que había agradecido estar demasiado ocupado para discutirlo con ella.

—Cierto.

—No has ocultado que no la apruebas.

—Ella no es de nuestro mundo.

Resoplé. —Ahora lo es. Ha formado parte de nuestro mundo desde que la traje aquí para que me diera un hijo.

—¿Como tu amante? —Arqueó una ceja.

—No me pidas que ponga una etiqueta a lo que ella es.

—Me imagino que tiene que ser mucho más que una amante si puede estar con el corazón roto porque la evitas.

—Me mintió. —Golpeé la mesa con la mano—. Podría haberme dicho desde el principio que estaba embarazada, y no lo hizo.

Serena y tranquila como siempre, no reaccionó. —¿Habrías cambiado tus planes con ella si lo hubieras sabido desde el principio?

Fruncí el ceño, odiando que me pusiera en el compromiso de responder a eso. Me había preguntado lo mismo durante la última semana, y me di cuenta de que no lo habría hecho. Seguiría deseándola con una intensidad impía. Seguiría abrazando el progreso gradual de aclimatarme a tenerla conmigo.

Porque me había comprometido con ella.

Nos habíamos convertido en algo más.

—Siempre has tenido problemas para confiar en una mujer —dijo como si fuera un hecho—, y con Beatrice en nuestro pasado, no puedo culparte por ello.

Exhalé un largo suspiro, esperando a que dijera lo que tenía que decir y me dejara en paz. Me estaba castigando a mí mismo al mantenerme alejado de Sloane. Y no quería que mi abuela siguiera sermoneándome.

—Pero nunca has experimentado la dificultad de amar a una mujer —añadió—. Y con Sloane... —Se encogió de hombros—. Te culparé por arruinar el comienzo de un amor sólido y duradero si no puedes superarte a ti mismo para darte cuenta de que la confianza *y* el amor funcionan en ambos sentidos, Maxim.

No dijo ni una palabra más, marchándose tan silenciosamente como había aparecido.

Me tomé muy en serio las palabras de mi abuela, reflexionando sobre ellas durante toda la tarde y a lo largo de la noche mientras

luchaba por decidir cómo proceder. Como un agujero infestado que crecía más y más profundo, me costaba respirar por el...

*Maldita sea, esto duele.*

Estar lejos de Sloane me hacía doler el pecho.

Si la abuela quería que admitiera que amaba a Sloane...

*Joder.* Miré fijamente al techo mientras yacía en la cama de invitados. —Lo hago —susurré en voz alta.

La amaba. Aunque no podía decir cuándo empezó, cómo, o exactamente por qué, simplemente sabía que era así. Secuestrarla no era la base ideal para una relación amorosa, pero habíamos conseguido forjar una felicidad amistosa mientras yo le ordenaba someterse y ella buscaba voluntariamente más de mi control.

No podía deshacerme del recuerdo de lo audazmente que me había puesto en un aprieto al preguntarme si me importaba *ella*, Sloane, la mujer hermosa y fuerte. No la mujer a la que quería dejar embarazada. No había tardado lo suficiente en pararme a considerar que siempre fue ella. Era su belleza y fortaleza, su voluntad de preocuparse y querer estar a mi lado y al de mi personal y familia.

No era solo un recipiente para darme un heredero.

No era solamente algo para usar y desechar.

Hizo falta que me lo preguntara así, tan directamente y con su corazón en juego, para que me diera cuenta de que no había conseguido hacerla verdaderamente feliz y segura sin que eso se entendiera o se transmitiera entre nosotros.

Mientras renunciaba al sueño, me dejé llevar pensando en todas esas veces que ella había intentado preguntarme. Pequeñas insinuaciones aquí y allá. Había intentado abordar el tema de qué pasaría después de que estuviera embarazada, y yo había rechazado todos esos intentos de conversación.

Parte de mi reticencia a responderle era porque no sabía qué decir. Llevaba tiempo luchando con cómo verla como algo más que la mujer a la que dejaría embarazada, porque ella se sentía como algo más. Ese miedo al compromiso me retenía, pero ahora que lo reconocía, estaba cautelosamente ansioso por arreglarlo.

Ella no tenía que temer que le quitara a nuestro hijo.

Si podíamos seguir trabajando mutuamente en confiar el uno en el otro, ella siempre estaría aquí con nuestro hijo o hija.

*Siempre estaría aquí* conmigo*.*

Me levanté para mirar el anillo de nuevo, sabiendo que por mucho que intentara resistirme a la idea del para siempre, ya la tenía en mente para ello.

Satisfecho de tener un plan para seguir adelante, volví a guardar el anillo en la caja, soñando con cómo se vería en su dedo. Guardando el estuche en mi bolsillo de nuevo, volví pesadamente a la cama y decidí que esta sería la última noche que nos atormentaría a ambos con esta distancia.

Ella tenía su primera cita médica mañana, y no podía esperar a tener la oportunidad de conocer a mi hijo o hija.

Y entonces encontraría la manera de explicarle a Sloane que quería conocer todo sobre ella por el resto de mi vida.

# SLOANE

—¿Estás lista?

Levanté la mirada hacia las puertas del ascensor que se abrían, frunciendo el ceño ante el saludo informal.

Todos los guardias y soldados de los Ivanov se dirigían a mí con más educación. Estaban entrenados para ser educados y formales, siempre.

Pero era Nik, el hermano de Maxim, quien me esperaba con una sonrisa arrogante en lugar de un guardia.

—¿Nik? —arqueé las cejas. No había tenido muchas oportunidades de conocer a los otros hermanos Ivanov. Rara vez pasaba mucho tiempo con ellos, pero entre Damon, Nik y Saul, tenía que admitir que me llevaba mejor con Nik. Maxim me explicó que a menudo estaba fuera como espía, y me preguntaba si estaba confundiendo el carisma de Nik con una habilidad más astuta en la que se apoyaba para el espionaje—. ¿Qué haces aquí?

Entró tranquilamente en el apartamento, con las manos en los bolsillos.

—Hoy soy tu guardia.

—¿Tú? —me puse de pie, odiando lo nerviosa que estaba por esta cita.

Soltó una ligera risa.

—¿Qué? ¿No soy lo suficientemente bueno?

—¡No! —negué con la cabeza, acercándome a él—. No, no. Para nada. —De hecho, me alegraba poder hablar con él. Era mejor que el aislamiento en que se había convertido mi vida desde que le dije a Maxim que estaba embarazada. Lo que debería haber sido un momento feliz para él se convirtió en la cuña que nos separó.

Sonrió mientras entrábamos en el ascensor.

—¿Nerviosa?

Asentí, sin intentar disimularlo.

—Joder, estoy nerviosísima.

Se rio.

—¿Por qué?

Fruncí el ceño, preguntándome si pensaba que acababa de enterarme del embarazo.

—Llevas un tiempo para acostumbrarte a estar embarazada, así que ¿qué hay de nuevo ahora? —Aunque su pregunta sonaba casual, capté el sarcasmo.

—¿Te lo contó? —le miré de reojo.

—¿Que estabas embarazada *antes* de que te sacara del club? Sí. —Me observó, sin darme la oportunidad de ponerme tímida o apartar la mirada mientras bajábamos.

—Bueno, estoy nerviosa porque Maxim me odia por no habérselo dicho antes.

Negó con la cabeza.

—Lo dudo mucho.

—¿Ah, sí?

—No puede odiarte cuando ha estado tan jodidamente miserable manteniéndose alejado de ti.

Me reí con amargura.

—Si no me odia por haberle ocultado ese secreto, entonces ¿por qué se mantendría alejado?

Se inclinó más cerca.

—Porque nunca antes ha estado enamorado.

Puse los ojos en blanco.

—Sí, claro.

—¿Esa es la única razón por la que estás nerviosa? ¿Esta pelea de enamorados entre vosotros?

Fruncí el ceño.

—Difícilmente la llamaría una pelea de enamorados. Le oculté un gran secreto. No me avergüenzo de haberlo hecho. Era la única forma en que podía intentar proteger a este bebé para que no me lo quitaran, y todavía no sé si lo hará.

Negó con la cabeza.

—No. Eso no va a pasar. —Levantando las manos, pareció ofrecer una tregua—. Mira, no es asunto mío cómo os juntasteis. Entiendo que él, bueno...

—Me secuestró —dije, impasible. No había otra forma de decirlo.

—Vale. Pero cuando concebisteis al bebé, no lo había hecho.

—Semántica.

—Lo que digo es que quizás el principio fue complicado. Pero he visto cómo estáis juntos. Encajáis. Tiene sentido. Y aunque empezó

no tan bien por las razones que ambos tuvierais, está saliendo bien.

—¿Está saliendo bien? —me reí una vez más—. No quiere verme ni hablar conmigo.

Las puertas se abrieron al nivel del garaje, y allí estaba él.

Con las manos en los bolsillos, rostro inexpresivo pero sugiriendo un destello de esperanza. Maxim estaba esperando entre el ascensor y el coche. La intensidad de sus ojos marrones sobre mí hizo que mi estómago diera un vuelco con una estúpida ráfaga de emoción que quise maldecir.

—¿Qué decías? —dijo Nik, con un tono tan burlón y bromista.

*Eso fue astuto.* Tenía que haber sabido que Maxim estaría aquí.

Miré fijamente a mi secuestrador y odié lo mucho que aún le anhelaba.

—¿Vienes? —preguntó, extendiendo una mano.

Le miré e intenté encontrar las palabras adecuadas, pero no me salió ninguna. Quería estar enfadada. Quería mantenerme firme. Pero él realmente tomaba todas las decisiones. Seguía sin tener control, y no podía cambiar el hecho de que él no me quería ni me amaba a *mí*.

—¿Eso es todo lo que tienes? —preguntó Nik, burlándose—. Al menos dile que lo sientes o algo primero.

Entrecerró los ojos hacia su hermano.

—¿Decirle que siento que no me contara antes lo de nuestro hijo?

Me apoyé contra la pared y alargué la mano para cerrar el ascensor. A la mierda con esto.

Nik bloqueó mi mano.

—Vale, empecemos de nuevo. Sloane, ¿puedes decirle que sientes haberle ocultado ese secreto?

Levanté la barbilla.

—No lo siento.

Maxim sonrió lentamente.

—Tan jodidamente cabezota.

Me negué a dejar que su sonrisa fuera contagiosa.

—Y nunca dejaré de serlo. No cuando se trata de proteger a mi hijo. No voy a renunciar a mi bebé para no volver a verlo nunca más.

—Por el amor de Dios —murmuró Maxim, alargando la mano para agarrar la mía y sacarme del ascensor—. Eso no va a pasar.

Me apresuré para seguirle el ritmo camino al coche.

—¡Eh!

—No voy a quitarte a tu hijo y echarte de casa en cuanto des a luz —dijo Maxim mientras me abría la puerta.

Le miré con recelo mientras subía.

—Sigue así —aconsejó Nik con ironía mientras se sentaba en el asiento del conductor.

Maxim se sentó en el asiento trasero conmigo, y Nik comenzó a alejarse.

—¿Qué estás haciendo? —exigí, demasiado cautelosa como para creerle simplemente que no secuestraría a mi bebé para tener un heredero.

Me miró como si debiera ser obvio.

—Voy a la cita con el médico.

—¿Tú? —mantuve cierta distancia entre nosotros en el asiento.

—Sí —respondió, observándome detenidamente como si no supiera qué hacer conmigo.

—¿Por qué?

—Porque sí. —No detuvo su inventario de mí—. ¿Cómo te encuentras?

Me reí incrédula.

—Vale, se acabó la broma. ¿Qué quieres?

—Ir a esta cita médica contigo.

—¿Para verificar que ya no miento? ¿Para controlar cada detalle de *tu* hijo?

Entrecerró los ojos.

—*Nuestro* hijo. Y quizás si nunca hubieras pensado en mentirme desde el principio, podríamos haber evitado todo esto.

—Quizás si me hubieras pedido que me fuera a casa contigo en lugar de secuestrarme, podríamos haber evitado...

—Basta —intervino Nik—. Basta. Maxim. —Le lanzó una mirada a su hermano a través del retrovisor—. Creía que habías entendido lo que te dije antes. Saca la cabeza de tu culo y pídele perdón de una puta vez.

Me mordí el labio ante sus duras palabras. No muchos se atrevían a hablarle así a Maxim.

Exhaló un largo suspiro y me observó.

—Visto en retrospectiva, entiendo por qué no confiarías en mí.

Me crucé de brazos.

—¿*Eso* es una disculpa?

Tomando mi mano y sosteniéndola, se quedó mirando nuestros dedos entrelazados sobre el asiento.

—Siento que no pudieras confiar en mí —intentó de nuevo.

—¡Eso tampoco es una disculpa! —exclamó Nik mientras giraba hacia el hospital, que estaba más cerca de lo que pensaba.

Maxim apretó los dientes y miró por la ventana. Después, volviéndose hacia mí, se serenó y me miró a los ojos.

—Lo siento, Sloane.

Me atreví a creerle. Quería creerle.

—Siento que sintieras que no te valoraba por nada más que por darme un hijo. Al principio, ese fue el motivo por el que te llevé. Tengo el deber de proporcionar un heredero, y con nuestro padre envenenado y alguien amenazando a la familia, era un asunto más urgente.

Parpadeé, de repente más preocupada.

—¿Envenenado? ¿Está bien?

Él se rio.

—No te estás centrando en lo importante.

—En serio, ¿está bien? —Nunca tuve padres, pero tenía que imaginar que tenerlos y perderlos sería un infierno. Y sin importar lo enfadada y herida que estuviera, no me gustaba la idea de que Maxim sufriera.

—Se está recuperando —dijo Nik desde el asiento delantero mientras entraba en el aparcamiento.

—Cuando te llevé, eso era lo que tenía en mente —admitió Maxim—. Sabía que necesitaba un heredero, y tú eras la única mujer que quería después de verte. Nunca he querido adaptarme a la idea de

comprometerme con una novia o un matrimonio debido a cómo nuestra madre traicionó a nuestro padre.

Asentí, tratando de contener las ganas de sonreír ampliamente mientras me explicaba.

—Y no me sorprende que no confiaras lo suficiente en mí como para decirme que estabas embarazada al principio, porque yo tampoco confiaba en ti. Te diste cuenta de eso. —Levantó nuestras manos y besó mis nudillos—. Eres demasiado inteligente para ser engañada así.

Salió del coche, instándome a seguirle. Cuando estuve de pie, me mantuvo atrapada entre la puerta abierta y el coche, su cuerpo bloqueándome mientras acunaba mi rostro. Sintiendo el aire fresco de la brisa apartando mi pelo hacia atrás, sentí como si estuviera entrando en la luz del sol por primera vez en años. Todo se sentía más ligero, cada respiración me llenaba de más optimismo mientras lo miraba.

—Lo siento, Sloane, por cualquier y todas las razones por las que puedas odiarme.

Negué ligeramente con la cabeza, poniendo mis manos en su pecho. Su corazón latía tan rápidamente bajo mi tacto.

—No te odio.

—¿Existe la posibilidad... —Se inclinó para besar mi mejilla y abrazarme más cerca—. De que me quieras tanto como yo te quiero a ti?

Cerrando los ojos con su aliento tan cálido mientras acariciaba mi mejilla, asentí y sonreí.

—Hay una gran posibilidad de eso, Maxim —susurré.

Rozó sus labios con los míos.

—¿Y existe la posibilidad de que me perdones por cómo reaccioné cuando me ocultaste un secreto así?

Lo besé suavemente.

—Siempre que tú me perdones por habértelo ocultado, sí.

Suspirando profundamente, me recogió en sus brazos y luego me besó con más fuerza, gruñendo en mi boca.

Mi corazón se sentía tan lleno que estallaría si seguíamos así. Reconciliarme con Maxim sería uno de los mejores e inolvidables momentos de mi vida, y mentalmente prometí que haría todo lo posible para no dejar que ninguna distancia se interpusiera entre nosotros de nuevo.

Pero fue un momento inolvidable por más de una razón.

Distraída en este beso con él, tardé en registrar el sonido de disparos.

Entonces, cuando fui empujada hacia abajo, con Maxim protegiéndome, me di cuenta de que habíamos estado tan perdidos en el momento que ninguno de los dos había notado a los hombres que se acercaron lo suficiente como para capturar a Nik y llevárselo.

# MAXIM

—¡Nik! —me volví al ver que lo arrastraban. Uno de los enmascarados le presionó algo contra el cuello, y mi hermano se desplomó.

—¡No! —me lancé hacia delante, pero en cuanto me alejé de Sloane, me detuve en seco y regresé corriendo para protegerla.

*¡Joder!*

Saqué mi pistola y disparé a los hombres que intentaban llevarse a Nik. Apunté lejos de él para que no quedara atrapado en el fuego cruzado, esperando que los otros hombres que nos seguían en el coche tuvieran la misma precisión.

El segundo SUV que nos seguía frenó en seco y los hombres salieron del vehículo. Al igual que yo, utilizaron las puertas abiertas del coche como parapeto para disparar a los enmascarados.

—Joder —rugí, harto de estos ataques e incidentes dirigidos a mi familia. Estaba enfermo de este aluvión constante de problemas, mayores que cualquier cosa a la que nos hubiéramos enfrentado antes. No era reflejo de mis habilidades como jefe interino mientras mi padre se recuperaba. Esta mierda llevaba ocurriendo un tiempo. Y ahora estaba escalando demasiado rápido para mi gusto.

—Cogedle —ordené a los hombres de los Ivanov que se ponían en formación conmigo. Todos disparamos a los hombres que arrastraban a mi hermano inconsciente, pero no se detuvieron. No les alcanzamos mientras lo acercaban a una furgoneta que esperaba al otro lado del aparcamiento.

En el momento en que lo metieran en la parte trasera, todo habría acabado. Lo transportarían y la búsqueda se volvería mucho más difícil.

—¡Id!

Los hombres corrieron tras ellos intentando evitar que esos cabrones metieran a Nik en el coche. Casi lo habían conseguido. Observando y quedándome quieto para defender a Sloane, me sentía desgarrado en dos.

Tenía que ayudar a mi hermano.

Pero también tenía que salvar a mi mujer. A mi hijo.

¡No podía alejarme de ella ni quedarme mirando cómo Nik era noqueado y se lo llevaban así!

—Ve —me instó Sloane. Me empujó por la espalda mientras se metía en el asiento trasero—. ¡Ve a por él!

—¡No! —le grité, sin poder creer que me animara a dejarla en peligro. ¿Estaba de broma? ¿Cómo demonios podía pensar que la abandonaría con todo lo que estaba pasando a nuestro alrededor?

—Estoy dentro. ¡Ve! —volvió a empujarme la espalda, incitándome a perseguir a los cabrones que se habían acercado sigilosamente y se lo habían llevado—. Me quedaré en el coche. Los guardias me mantendrán a salvo.

—No —gruñí—. Yo lo haré. Yo siempre te mantendré a salvo, Sloane. —Al volverme para mirarla brevemente en el fragor del momento, vi el miedo en sus ojos. No por ella, sino por mí. Por mi hermano.

Ella sería un objetivo como mi mujer. Y sería aún más objetivo al llevar a nuestro hijo. Dejarla estaba fuera de toda cuestión.

Pero también lo estaba no ir a rescatar a mi hermano del cautiverio.

—Quédate con ella —ordenó Damon, acercándose rápidamente como refuerzo. Él también había estado en el segundo SUV y ahora avanzaba a pie, corriendo rápido pero deteniéndose para gritarme—: Nos encargamos nosotros.

No me dio oportunidad de responder, ya había cruzado el aparcamiento y se escondía tras otro coche estacionado para disparar contra la furgoneta.

Viéndolo en acción, tuve que admitir que tenía razón.

Nunca estaba solo, ni como jefe en lugar de mi padre ni como líder supervisor. Era un jefe de la Mafia por ahora, pero siempre sería uno de los cuatro hermanos Ivanov y siempre trabajábamos en equipo.

—Nosotros nos ocupamos —dijo otro guardia mientras corría hacia mí, cubriéndome de un golpe—. Quédate atrás.

Sacudí la cabeza, desconcertado por la rapidez con que todo había ocurrido. Siguiendo su consejo, entré en el asiento trasero con Sloane, abrazándola y apartándole el pelo de la cara mientras ella se acurrucaba contra mí. Su corazón latía acelerado, y el mío también, pero juntos en este coche estábamos a salvo y fuera del alcance de cualquier otra persona.

—¿Quién...?

Negué con la cabeza ante su pregunta frenética. —No lo sé, joder. —Era demasiado pronto para saberlo con este secuestro recién ocurrido—. Tenemos muchos enemigos. Te informaré más tarde. Tienes que conocer todo lo que implica estar con mi familia. Pero hemos estado intentando localizar qué enemigo está tratando de acabar con nosotros.

No respondió, acariciándome el pecho de tal manera que no podía distinguir si se estaba consolando a sí misma o intentaba calmarme a mí.

Una vez que las furgonetas se habían ido y más hombres de los Ivanov perseguían a Nik, los mensajes inundaron mi pantalla con todos los hombres informándome y manteniéndome al día mientras lo perseguían.

Estaba furioso porque alguien se hubiera acercado sigilosamente para llevarse a mi hermano. Y estaba enfadado conmigo mismo por bajar la guardia mientras se lo llevaban.

Para que eso hubiera ocurrido así, esos cabrones nos estaban siguiendo. Nos tenían vigilados. Con Sloane fuera incluso para esta cita, no podía permitirme bajar la guardia en absoluto.

Con el móvil fuera, vi la hora en la esquina y supe que corríamos el riesgo de llegar tarde a la cita. En el contexto de presenciar el secuestro de mi hermano, parecía extraño centrarse en cualquier otra cosa. Pero esto no era una obligación insignificante. Esta sería la primera vez que sabría algo sobre mi heredero, mi hijo. Mi futuro que uniría a Sloane conmigo en un compromiso definitivo.

Además, mientras estábamos sentados allí y yo intentaba que mi corazón se calmara, me relajé —ligeramente— con el hecho de que mi hermano tenía razón. Damon estaba en lo cierto. Él estaba allí como refuerzo. Se ocupaba de esto, como muchos otros hombres que habían jurado sus vidas a mi familia.

No estaba solo. También tenía que proteger el futuro del Sindicato Ivanov.

*Si alguien puede encontrar a Nik, sería él.*

Damon era el gemelo fraterno de Nik, y siempre habían estado más unidos que cualquiera de nosotros. Eran opuestos en muchos aspectos, pero su conexión los hacía más cercanos que Saul y yo.

—Tenemos que entrar —le dije a Sloane—. No podemos perdernos esta cita.

Ella se echó hacia atrás para mirarme boquiabierta. —¿Qué? ¿Estás de broma? —Resopló y negó con la cabeza—. ¡Esos hombres acaban de aparecer y secuestrar a Nik!

Suspiré y asentí con la cabeza. Conmovido porque pudiera preocuparse tan rápida y genuinamente por mi hermano, supe que nunca tendría que dudar de su lealtad. Nunca tendría motivos para no confiar en lo cerca que se había vuelto de mí y de aquellos que me importaban.

*Ella pertenece conmigo. Con nosotros.*

Le besé la parte superior de la cabeza y luego hice un gesto de reconocimiento a los hombres fuera del coche. Nos flanquearían hasta que estuviéramos dentro. Cuando alargué la mano hacia la manija de la puerta, vi otro coche que llegaba con seguridad adicional para nosotros. —Y como dijo Damon, tenemos esto bajo control. Disponemos de recursos para ir tras él y lo *vamos a* recuperar.

Todavía frunciendo el ceño, tan dudosa y preocupada, salió del coche conmigo. —¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Confío en cada una de las personas que velan por nosotros, por él.

Me sujetó la mano con fuerza mientras caminábamos hacia la entrada. Tensa y agitada, se pegó a mí como una lapa. —No... no entiendo cómo puedes estar tan...

—Sí puedes. Puedes entenderlo, y por eso eres tan perfecta para mí, Sloane. Eres dura. Eres una superviviente, igual que nosotros. La única diferencia es que ahora, lucharemos para sobrevivir juntos.

Me miró mientras entrábamos en el centro, y juré que nunca olvidaría el amor sincero que brillaba en sus ojos en ese momento.

Quince minutos después, experimenté un momento aún más inolvidable al ver la figura ambigua de nuestro hijo en un monitor. Plasmada en blanco y negro mientras la técnica de ultrasonido medía al bebé estaba la imagen de mi heredero. No podía distinguir qué era qué y la mayor parte de lo que dijo la técnica me entró por un oído y me salió por el otro. Examinaría las notas del médico más tarde.

Con el latido constante del corazón de nuestro bebé en el altavoz, estaba hipnotizado con esta nueva vida que habíamos creado.

En la lujuria. En el amor. En lo que ella quisiera llamarlo. Sloane y yo nos unimos y habíamos formado este nuevo comienzo.

—Amo... —Sloane sorbió mientras miraba, tan hipnotizada como yo con la imagen en la pantalla y el sonido del latido del corazón.

Tomé su mano que aún sostenía con fuerza. —Te amo.

Ella se volvió para besarme, sonriendo con lágrimas no derramadas en sus ojos. —Yo también te amo. Y lo amo a él.

—¿Él? —Me reí una vez, luego fruncí el ceño y miré a la técnica, quien sonrió y negó con la cabeza.

—Imposible. Es demasiado pronto para saberlo —comentó.

—Yo puedo saberlo —predijo Sloane—. Lo estoy afirmando.

Puse los ojos en blanco y la besé de nuevo. —Podemos esperar y averiguarlo con certeza.

—Él o ella. No me importa. Amo a este bebé y te amo a ti —confesó, verdadera y abiertamente.

—Os amo a los dos más de lo que podéis imaginar —respondí.

*Y nunca, jamás dejaré que ninguno de vosotros sufra ni un solo día en esta vida.* Lo juré y lo mantendría para siempre. Era un futuro al que me comprometería con cada fibra de mi ser.

—Cásate conmigo.

Sloane volvió la cabeza hacia mí y arrugó la frente. —¿Qué?

—Cásate conmigo —repetí.

Puso los ojos en blanco y resopló. —Vale, iremos paso a paso.

Negué con la cabeza mientras la técnica limpiaba el gel del ultrasonido del vientre de Sloane. Cuando salió de la habitación, pareciendo darse cuenta de que este era un momento privado, ayudé a Sloane a incorporarse.

—No. Cásate conmigo.

Entrecerró los ojos mirándome. —¿Estás preguntando? ¿O es una orden?

Saqué la caja del anillo de mi bolsillo y se la presenté. —Cualquiera de las dos. Ambas.

Se rió una vez mientras le tomaba la mano y la sostenía. —¡Maxim! Tú... —Volvió a reír, mirándome con escepticismo pero con una sonrisa que crecía en su rostro—. Acabas de pasar una semana malhumorado y aislándome porque no podías comprometerte y ahora...

La callé con un beso, adorando cómo se acurrucaba contra mí y me besaba de vuelta con más intensidad. Ninguno de los dos podía resistirse al otro.

—Vamos a tomarnos esto con calma y... —Miró el anillo.

—No. Necesito saberlo, Sloane. Necesito saber que serás mía para siempre. Como mi esposa. Mi compañera, pase lo que pase.

Para alguien que nunca había querido confiar en una mujer por más de una noche, ahora estaba desesperado por confiar en su amor y perdón hacia mí.

Tenía que decir que sí.

—Por favor. No puedo tener un futuro sin ti. Sin ti *y* nuestro hijo para que podamos criarlo juntos.

# SLOANE

Los sueños despiertos me habían acercado a este momento. Había manifestado este futuro, pero después de los altibajos de ser secuestrada y luego aislada, necesitaba un segundo para absorber realmente lo que estaba ocurriendo aquí.

Maxim me estaba pidiendo matrimonio. Después de jurar que nunca se comprometería debido a sus problemas con su madre, que nunca querría estar con una mujer durante mucho tiempo.

Parecía un milagro que pudiera ser la mujer que domara a este jefe de la mafia, pero yo sabía lo que realmente estaba pasando aquí.

Era amor.

Así de simple.

Estábamos enamorados.

Y sabía con todo mi corazón y alma que él decía en serio cada palabra de su compromiso. Estaría *conmigo*. No solo poseerme y mantenerme encerrada en su casa. Criaría a nuestro hijo *conmigo*, no se llevaría a su heredero porque pudiera hacerlo.

—Sí —sentía que flotaba de felicidad al aceptar esto. Mientras deslizaba el precioso anillo de esmeralda y diamantes en mi dedo, lo doblé y atrapé su mano con la mía—. Pero aún no.

Frunció el ceño, acunando mi rostro. —No puedes retractarte. Dijiste que *sí*.

Sonreí y me incliné para besarle, deleitándome en el hecho de que este hombre rudo sería mío. Para siempre. El mundo lo sabría.

—Pero aún no. —Me aparté el pelo hacia atrás, sabiendo que tendría que acostumbrarme a esta sensación de ida y vuelta entre el peligro y la emoción, sin momentos aburridos en medio—. Nik. *Acaban* de llevárselo. Y dijiste que tu padre se está recuperando y...

Sonrió y me besó de nuevo, más lentamente. —Te quiero muchísimo.

—¿Porque soy práctica? —dije con un resoplido mientras me ponía de pie.

—Porque eres práctica. Y testaruda. —Volvió a besarme.

—Por eso digo que nos casaremos, pero aún no —repetí—. Al menos espera a que Nik esté bien y vuelva con nosotros. —Me negué a pensar en eso en términos de *si*. *Si* volvería con nosotros. Tenía que mantener toda mi fe en el poder de esta poderosa familia mafiosa.

—Sí. Podemos esperar hasta que regrese —respondió, sosteniendo mi mano mientras salíamos de la pequeña habitación.

—Y lo hará —afirmé.

—¿Me lo estás preguntando o afirmando? —Abrió la puerta para que pudiéramos recoger las fotos de nuestro bebé en recepción al salir.

—¿Ambas? —hice una mueca.

—*Volverá* con nosotros —dijo—. Mi teléfono no paraba durante la consulta. —Lo sacó de su bolsillo—. Muchos informes.

—Bien —dije antes de coger los papeles de la recepción y darles las gracias. La recepcionista parecía un poco nerviosa con todos los hombres Ivanov en la sala de espera para protegernos, y sabía que

ya estaba en camino de acostumbrarme a verlos en todas partes donde fuera. En todas partes donde fuera mi prometido.

Sonriendo a mi anillo, me sentía terrible por estar tan feliz y emocionada cuando Nik había sido secuestrado. Sin embargo, mientras caminábamos de vuelta al coche, Maxim estaba con su teléfono. Me agarraba la mano, y mientras escuchaba y respondía a sus hombres, parecía que seguían tras la pista de Nik, persiguiendo la furgoneta que se lo había llevado.

De vuelta en nuestro coche, hizo una pausa con su teléfono para sonreír al anillo en mi mano. Llevándola a sus labios, besó mi dedo justo encima del anillo.

—Quizás podamos fugarnos esta noche —dijo—. Parece que están a punto de ir tras ellos y sacar a Nik de la furgoneta.

Sonreí con ironía. —No seas impulsivo.

—No lo soy.

—Hace una hora que nos reconciliamos y ya estamos comprometidos.

Tocó el anillo, colocándolo para que las preciosas gemas sobresalieran por delante. —Elegí ese anillo la mañana que te llevé a desayunar.

—Mmm. —Me negué a pensar en la parte mala de esa mañana. Era cosa del pasado—. Todavía me debes esos tortitas —bromeé suavemente.

—Todo lo que quieras. —Me besó mientras nos alejábamos—. Todo lo que desees. —Me besó hasta que me sentí tan excitada que estuve a punto de preguntar si podíamos detenernos.

—Creo que supe que eras la elegida cuando me diste ese baile privado en el club —confesó.

—¿Sabías que yo era la elegida cuando estabas convencido de que no querías una *elegida*?

Asintió. —Eres tan testaruda que no pude resistirme. Desde el primer momento.

Sonreí, apoyando mi cabeza en su hombro mientras él volvía a revisar mensajes y atender llamadas sobre la recuperación de su hermano de las garras del enemigo.

Esperaba con ilusión todo lo que vendría. Estar en casa con él, formar una familia con él. Estaríamos juntos, pero tampoco me acostumbraría a no preocuparme.

Con la facilidad con que se llevaron a Nik, quedaba demostrado que estaba entrando en una vida llena de peligros.

Esas preocupaciones siempre estarían ahí ahora. Como la chica buena de Maxim, su novia mafiosa o su esposa, el peligro me estaría esperando a mí y a esta dulce e inocente vida dentro de mí. Nos quedaban siete meses más para conocer a este pequeño, pero cuando él o ella entrara en el mundo, tanto Maxim como yo lucharíamos para mantener a salvo nuestro futuro.

Suspiré, segura junto a mi jefe mafioso, y me relajé con un simple hecho: nunca me arrepentiría de elegir a este hombre para que fuera mío para siempre.